

UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y  
ESTUDIOS SOCIALES Y HUMANÍSTICOS  
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS  
SOCIALES Y HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y  
ESTUDIOS SOCIALES Y HUMANÍSTICOS  
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS  
SOCIALES Y HUMANÍSTICOS



---

STARR

---

CORINA  
O ITALIA

---

2

PQ2431

C68

1903

v. 2

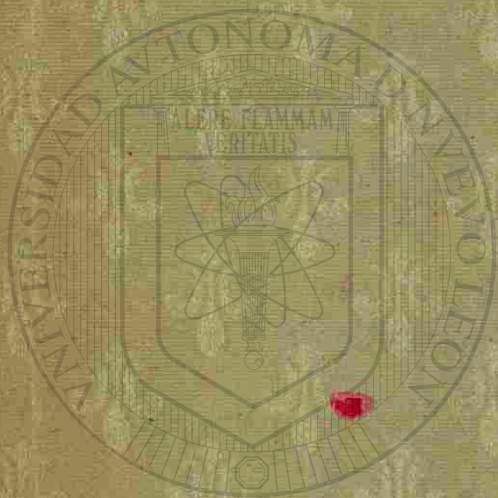


R. C.

---



1020026824



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# CORINA

6

## ITALIA

POR

MADAMA DE STAËL

SEPTIMA EDICION

PRECEDIDA DE ALGUNAS OBSERVACIONES

DE

MADAMA NECKER DE SAUSSURE

Y DE

M. SAINTE-BEUVE

DE LA ACADEMIA FRANCESA

TOMO II

100692

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS EDITORES

6, rue des Saints-Pères, 6

1903

30744



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

873  
5



PQ2431  
.C68  
1903  
v.2

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## DE CORINA

POR MADAMA NECKER DE SAUSSURE

En la literatura propiamente dicha y fuera del estadio de la política, la obra maestra de madama de Staël, la primera que le señaló rango distinguido entre los grandes escritores, fué su famoso é inmortal libro titulado *Corina*. Es una composición de genio en que fueron aunadas dos obras diferentes, una novela y un cuadro de la Italia. Entrambas ideas nacieron evidentemente á un tiempo, y se advierte ademas que la una sin la otra ni habrian podido halagar á su autor, ni corresponder á sus pensamientos. Por eso reina en ella, entre la mas rica variedad de colores y formas, un concierto que embelesa, á la par que hay esparcido por el conjunto de la obra un tinte armonioso. *Corina*, al mismo tiempo que obra del arte y produccion del ingenio, es un poema y una expansion del alma. El natural, pero un natural ardiente y apasionado, si bien tierno y melancólico, se trasluce en ella por doquiera, y no se encuentra una sola línea que no esté escrita con emocion. Madama de Staël se ha dividido por decirlo así entre sus dos principales personajes. Al uno ha dado sus eternos pesares, al otro nueva admiracion : *Corina* y *Oswaldo* son el entusiasmo y el dolor, y ambos á dos ella misma.

La primera parte, la Italia demostrada por el amor, es un embelesamiento continuo. *Corina* celebra todas las maravillas de las artes, dando á conocer á *Oswaldo* la mayor de las maravillas, Roma, expresion del genio de tantos siglos, Roma, triunfante del universo y del tiempo. Canta la magnificencia y fecundidad de la naturaleza del Mediodía, los monumentos del pasado en su melancolia augusta, los héroes, los poetas y los grandes ciudadanos que no existen ya. Cuanto ofrece de grande la historia, cuantos rasgos deleitosos, punzantes, y á veces cómicos, puede inspirar el momento presente á un espíritu observador, todo se encuentra reunido en sus palabras. A las miras originales de una imaginacion juvenil une el conocimiento de todo lo que se ha pensado acerca de los objetos de que habla. Sabe cuál ha sido la manera de juzgar de los antiguos y la de los artistas de la edad média, y cuál la de las diversas naciones modernas : y explica y pone de relieve el contraste de todas estas apreciaciones con la gracia animada de una mujer jóven que aspira ante todo á agradar y hacerse querer.

El autor ha relegado hábilmente á la sombra el comienzo del viaje de lord Nelvil para llevar toda la luz á la magnífica escena con que empieza verdaderamente la obra. Abrumado por la pesadumbre de haber perdido á su padre, Osvaldo lord Nelvil había entrado la víspera en Roma sin observar nada, cuando al siguiente día, por la mañana, fué despertado por un sol esplendente, el ruido de las charangas y el estampido del cañon. La musa de Italia, Corina, repentista, música, pintora y mujer hechicera, va á ser coronada en el Capitolio. La ciudad entera está en movimiento, la fiesta del genio va á ser celebrada por todo un pueblo. Se asocia uno á las diversas impresiones de Osvaldo cuando sigue involuntariamente el carro brillante de Corina. Como él, había concebido unas prevenciones contra la mujer que busca públicos homenajes, y como él también se reconcilia uno con Corina cuando cree ver esa fisonomía amable en que se refleja la bondad, la sencillez de corazón unidas al más bello entusiasmo. Se participa de su emoción, cuando mezclado con el gentío en el Capitolio, echa de ver que su noble talante, su traje de duelo y quizás su expresión de tristeza han llamado la atención de Corina; que se ha enternecido mirándole, que ha tenido necesidad ya de cambiar el asunto de sus cantos, y unir palabras sensibles á su himno triunfal. Pero el carácter de Osvaldo se revela á través de la turbación que experimenta. Se ve que la idea de patria predominará en él, y así es que cuando al salir del Capitolio cae la corona de Corina, cuando Osvaldo la recoge, y ella le da las gracias con dos palabras inglesas, el inimitable acento nacional es quien conturba toda su alma. Antes había sido seducido, y ahora se siente herido en el corazón; se sabe cual es en él la fibra delicada, y de este modo se anuncia la novela; y este magnífico exordio guarda el secreto de lo demás.

Las improvisaciones de Corina, que se suponen traducidas del italiano en la obra, añaden á esta un ornamento brillantísimo; no obstante, no sé si su brillantez manifiesta excede con mucho al encanto de los demás discursos de Corina. Todo cuanto dice Corina embelesa; en el círculo de amigos que la rodean, siempre excita el más vivo entusiasmo; sus palabras, esperadas siempre con impaciencia, siempre son justamente aplaudidas. Todos dicen: « Escuchad á Corina, y os encantará; » Corina habla y nos encanta en efecto; y no creemos que madama de Staël se alabe á sí misma al encomiar lo que ha escrito, tanta es la razón que nos parece tiene al ensalzarse. ¡ Enorme dificultad es para un autor la de anunciar un portento de ingenio y cumplir siempre lo prometido! ; predisponernos al asombro y asombrarnos no obstante eso! ; Esfuerzo inaudito, si la abundancia y facilidad del nùmen no excluyeran la idea de todo esfuerzo para dar la del prodigio!

Esa multitud de trozos de elocuencia y de cuadros apacibles no perjudica al interés de la ficción, porque el autor ha tenido

el arte de no valerse de las digresiones, mas que en los momentos en que la acción está suspendida, en que hasta teme el lector verle proseguir, y en que disfrutó tanto mejor de un momento de calma cuando siente que se prepara la tempestad.

El destino de Corina se halla rodeado de misterio; habla todas las lenguas, reúne todos los atractivos de todos los países, y no se sabe dónde ha nacido. Osvaldo, que no concibe otra dicha que la doméstica, quisiera unirse á ella con un vínculosagrado, pero ántes exige su confianza. Corina va dilirriendo de un día para otro esta explicación que el mismo lector teme, complaciéndose en esos paseos y correrías interesantes que no cesa de proponer á Osvaldo, á fin de distraerle de la curiosidad del corazón con la del espíritu. La felicidad, pero una felicidad que está á punto de acabar, y la pasión que ha de sobrevivirle respiran en los discursos de Corina. Cuanto mas se acerca el momento de la declaración fatal, tanto mas se esfuerza ella por aturdirse á sí misma y embriagar al que ama con los goces mas sublimes de la poesía y las artes. Parece que todos los objetos se abrillantan con colores mas vivos á medida que el cielo se va poniendo sombrío y cuando solo un rayo luminoso hiende todavía la nube que ha de surcar presto el rayo.

Después de haber trepado al Vesuvio con Osvaldo y visto de cerca los encendidos torrentes de lava, es cuando Corina entrega á lord Nelvil el cuaderno donde ha escrito su historia.

Nunca se ofreció concurso de circunstancias mas funesto. Corina es inglesa y no ha podido sobrellevar la vida monótona de una provincia de Inglaterra: Corina ha sido destinada en su infancia á ser la esposa de Osvaldo mismo; pero el padre de este, asustado al ver la vivacidad de los gustos y las ideas que se desarrollaban ya en ella, puso los ojos en Lucía, la hermana menor de Corina. Osvaldo se encuentra por lo tanto herido en su sentimiento de inglés no ménos que en su sentimiento de hijo, en todo lo que hay en él de mas profundo y arraigado que el amor mismo. La ficción toma desde entonces otro carácter, y se presiente que no se tratará ya mas que de separación y de muerte; no habrá ya on adelante en las relaciones de Osvaldo y Corina mas que combates crueles, amargas del alma, resultados de la oposición entre sentimientos igualmente vivos; mas que la desigualdad de conducta, consecuencia de ello, y esos miramientos que son mas tristes que los mismos sinsabores.

Osvaldo tiene que pensar por fin en regresar á su patria, y la descripción de su permanencia en Venecia con Corina, en el momento de separarse, es de una belleza lúgubre sumamente original. No pasaré mas adelante en este bosquejo; no puedo decidirme á delinear el horroroso viaje que Corina hizo á Inglaterra, le enfermedad de languidez que la consume, las bodas de Osvaldo con su hermana, de las cuales casi es

ella testigo, su regreso solitario á Florencia, la llegada de Osvaldo y Lucila á esta mansion, y finalmente la despedida de Corina á entrambos, despedida contenida en un himno sublime, verdadero canto del cisne.

La última mitad de la obra está toda en contraste con la primera; reina en ella el color mas sombrío y ofrece un desenvolvimiento que puede llamarse tremebundo del talento para pintar el dolor. Es una fecundidad extraordinaria de matices para graduar las impresiones tristes, para fijar, si así puede decirse, las fugaces miserias del corazón. Véase por de pronto una leve declinación en la dicha, luego una pena vaga y pasajera que adquiere á cada instante un carácter mas determinado; despues la desgracia en su fuerza mas cruel, y finalmente la desesperación con su apariencia mas tranquila, la desesperación de no ser demasiado suave y piadoso para revelarse, pero demasiado débil tambien para no morir.

A pesar de esta profunda tristeza, hay siempre una bella armonía en cada cuadro. Corina desgraciada es siempre una Musa inspirada, y el goce que siente cultivando las artes que tienen un objeto trágico, nunca es perdido para el lector.

Quizás haya que exceptuar de este elogio una intriga epistólica, cuyo teatro está en Paris. Este fragmento me parece que sale de tono, y el mérito que pueda tener no se halla en su lugar en la obra.

Se ha dicho que el personaje de Corina tenía algo de excesivamente teatral en punto á la verosimilitud; pero no es una naturaleza ordinaria la que ha querido pintar el autor, sino el carácter exaltado de una mujer poetisa que, cuando ama ó sufre, es siempre repentista. La conciencia de su talento y la de la admiración que excita no la abandonan nunca, y dan á la expresion de sus sentimientos mas verdaderos un color particularmente ostentoso. Madama de Staël, mucho mas sencilla que su heroina, debía no obstante concebir una modificación semejante de la existencia. Hasta es esta inspiración, llevada sobre el universo exterior como sobre las afecciones del alma, la que hace concordar la parte descriptiva con la parte romanesca de la composición.

Los que juzgan esta obra como novela encuentran que el héroe no es bastante apasionado; pero como Corina no debía ser superada en nada, ni siquiera en el amor, era menester un carácter absolutamente diferente del suyo, para que se sostuviera al lado de ella. El de Osvaldo está en la naturaleza, sobre todo en la de un inglés. ¡Cuántos de esos seres no existen, principalmente en los países austeros, que deploran alternativamente el placer y la rigidez, que parecen dominados á la vez por sus hábitos y el deseo de sustraerse de ellos, y que nunca están mas á punto de romper con sus pasiones ó con sus principios que cuando se les cree próximos á consentir en ellos! Este carácter que tenía á la desventurada Corina en

un estado de perpetuas alarmas, era tal vez exactamente el que se necesitaba para fijar su imaginación y cautivar sus pensamientos.

Todo lo que concierne á las bellas artes está lleno de intereses y mérito. Hay amenidad y vivacidad extrema en las impresiones, y no obstante se deja entrever una erudición ingeniosa. Las ideas mas notables de Vinckelmann, las que han añadido otros autores alemanes y aun las de los eruditos italianos, son expuestas por Corina, y parece que renacen á menudo en ella bajo la forma de la inspiración. Corina, con su entusiasmo, tiene todo el tacto de madama de Staël; en ella la admiración mas viva siempre está circunscrita; la palabra que la expresa señala su límite; ve lo que falta á través de lo que es, y sin cesar de gozar de lo que es.

No sé si se ha reprochado á madama de Staël el haberse pintado á sí misma en Corina. Tal vez hubiera en ella el deseo de debilitar las provinciones que se tienen en el mundo contra las mujeres de grande ingenio; tal vez quisiera tambien mostrar, como lo sabia por experiencia, que el amor de la gloria no suponía necesariamente los defectos con los cuales suele asociarla la opinion comun. Creó pues un ser semejante á ella, una mujer que une la necesidad de fama á una sensibilidad profunda, la movilidad de la imaginación á la constancia del corazón, la naturalidad en la conversacion á esa dignidad del ama que impone la de los modales, y en fin la pasión en toda su fuerza al exámen de sí misma y de los demas. Y ese ser que concibió, lo realizó de tal manera, le dió á los ojos de todos una forma tan marcada, que la ficción ha servido de prueba á la verdad; y Corina ha dado á conocer por fin á madama de Staël.

Sin embargo, semejante mira no pudo ménos de ser secundaria. No hay que buscar explicación para lo que es bello en sí. Corina es fruto de la inspiración; es un cuadro que se habia apoderado demasiado fuertemente de la imaginación del autor para que no experimentara la necesidad de delinearlo, y lo propio del genio es pintarse á sí mismo en sus obras.

Lo notable en la invención de la fábula es que lo imprevisible no representa en ella papel mas que en apariencia; los acontecimientos no hacen mas que poner de relieve la naturaleza de las cosas. Ninguna ley inmutable obligaba ciertamente al padre de Osvaldo á no admitir á Corina por nuera, pero se ve que este padre no está allí sino para representar los pensamientos secretos, ineludibles de Osvaldo mismo, el cual teme que una mujer célebre no sea propia para cumplir deberes oscuros. Lucila y Corina son tambien ideas generales; son la Inglaterra y la Italia, la dicha doméstica y los goces de la imaginación, el genio ostentoso y la virtud modesta y severa. Las alegaciones en pro y en contra de estos dos géneros de existencia son igualmente poderosas; los dos aspectos opuestos de



la vida están tratados con la misma viveza de concepcion, y continuamente se está examinando una gran cuestion en la obra sin que siquiera se sospeche, tanto es el interes dramático que arrastra irresistiblemente al lector.

*Corina* obtuvo un éxito portentoso. Una obra donde los artistas encontraban nuevo entusiasmo con nuevos medios de expresarlo, los eruditos similes ingeniosos, los viajeros direcciones acertadas, los críticos observaciones llenas de sutileza; donde las almas mas frias se abrian á la emociion; en fin donde habla deleite hasta para la misma malicia en esos retratos de las naciones tan festivamente características, una obra semejante, digo, arrebató á viva fuerza todos los sufragios y arrastro todas las opiniones. Solo se oyó una voz, un grito de admiracion en la Europa docta, y este fenómeno fué por doquiera un acontecimiento.

EXTRATO DE LOS *Retratos de las Mujeres*, POR  
M. SAINTE-BEUVE.

*Corina* salió á luz en 1807. El éxito fué instantáneo, universal; pero no es en la prensa donde debemos buscar los testimonios de ello. La libertad crítica, aun la literaria, iba á dejar de existir; madama de Staël no podía, por aquellos años, hacer insertar en el *Mercurio* un análisis ingenioso pero sencillo del notable ensayo de M. de Barante sobre el siglo décimooctavo. Cuando se dió á la estampa *Corina*, se estaba en visperas y bajo la amenaza de esta censura absoluta. El descontento del soberano contra la obra, probablemente porque ese entusiasmo ideal no era algo que le concerniera; bastó para paralizar los elogios impresos. No obstante, el *Publicista*, órgano moderado del mundo de M. Suard y de la libertad filosófica en las cosas del espíritu, dió tres buenos artículos firmados D. D., que deben ser de la señorita de Meulan (madama Guizot). Por otra parte, M. de Felatz continuó en los *Debates* su disputa meticolosa y parcamente cortés; M. Boutard elogió y reservó juiciosamente las opiniones relativas á las bellas artes. Un tal M. C. (cuyo nombre ignoro) escribió en el *Mercurio* un artículo sin malevolencia, pero sin valor. ¿Y qué le importa ya á madama de Staël esa crítica que viene detras? Con *Corina* ha entrado resueltamente en la gloria y el imperio. Hay un momento decisivo para los genios, aquel en que se establecen de tal suerte, que los elogios que pueden hacerse de ellos, solo interesan ya la vanidad, y el honor de los que los hacen. Les es un deudor de tener que alabarlos; su nombre llega á ser una ilustracion en el discurso; es como un vaso de oro que se toma prestado y con el cual se adorna nuestra morada. Esto

sucedió con madama de Staël, desde la publicacion de *Corina*. La Europa entera la coronó con este nombre. *Corina* es realmente la imagen de la independendencia soberana del genio, aun en tiempo de la opresion mas completa; *Corina* que se hace coronar en Roma, en ese Capitolio de la Ciudad eterna, donde no ha de sentar la planta el conquistador que la destierra. Madama Necker de Saussure (*Noticia*), Benjamin Constant (*Misceláneas*), M.-J. Chénier (*Cuadro de la Literatura*), han analizado y apreciado la obra de tal manera que abrevian nuestra tarea viniendo en pos de ellos: « *Corina*, dice Chénier, es todavía Delfina, pero perfeccionada, independiente, dando á sus facultades todo el vuelo, y siempre doblemente inspirada por el talento y el amor. » Sí, pero la misma gloria no es para *Corina* sino una distraccion ostentosa, una ocasion mas vasta para conquistar corazones: « Al buscar la gloria, dice á Osvaldo, siempre he esperado que con ella me haria amar. » El fondo del libro nos muestra esa lucha de las fuerzas noblemente ambiciosas ó sentimentales, y de la dicha doméstica, pensamiento perpetuo de madama de Staël. Por mas que *Corina* respandeeza por momentos como la sacerdotisa de Apolo, por mas que en las relaciones habituales de la vida sea la mas sencilla de los mujeres, alegre, varia, abierta á mil atractivos, capaz sin esfuerzo de la mas graciosa naturalidad; á pesar de todos estos recursos exteriores é interiores, no se librará de sí misma.

Desde que se siente presa de la pasion, de esa garra de buitre bajo la cual sucumben la felicidad y la independendencia, me place su impotencia en consolarse, me place su sentimiento mas fuerte que su genio, su frecuente invocacion á la santidad y á la duracion de los lazos que impiden solos los bruscos sinsabores, y oírta, á la hora de la muerte, confesar en su canto del cisne: « De todas las facultades del alma que he recibido de la naturaleza, la de sufrir es la única que haya ejercido por completo. » Esta parte prolongada de Delfina á través de *Corina* me seduce principalmente y me aficiona á la lectura; el admirable cuadro que por doquiera rodea las situaciones de un alma ardiente y móvil le da realce por su severidad. Esos nombres de amantes que esta vez no están grabados en las cortezas de alguna haya sino inscritos en las paredes de las ruinas eternas, se asocian á la grave historia y se trasforman en parte viviente de su inmortalidad. La pasion divina de un ser que no puede mirarse como imaginario introduce, á lo largo de los circos antiguos, una víctima mas que nunca será olvidada; el genio que le ha sacado de su seno es un vencedor mas, y no de los menores, en la ciudad de todos los vencedores.

Quando Bernardin de Saint-Pierre se paseaba con Rousseau; preguntando un dia á este si Saint-Preux no era él mismo: « No, le respondió Juan Jacobo; Saint-Preux no es enteramente lo que yo he sido, sino lo que habria querido ser. » Casi todos los novelistas poetas pueden decir así. *Corina* es, respecto

de madama de Staël, lo que habria querido ser, lo que en definitiva (y salvo en lo que hay de diferente entre el grupo del arte y el esparcimiento de la vida) ha sido. De Corina, no solamente tuvo el Capitolio y el triunfo, sino que tendrá tambien su muerte por el sufrimiento.

Esa Roma y ese Nápoles que madama de Staël expresaba á su manera en la novela-poema de *Corina*, M. de Chateaubriand las pintaba hácia el mismo momento en la epopeya de los *Mártires*. Aquí no se interpone ninguna nubecilla de Germania, sino que se vuelve á entrar con Eudoro en la antigua juventud; doquiera se nota la tersura viril del diseño y el esplendor primitivo y natural del pincel.

¡Roma, Roma! ¡mármoles, horizontes, cuadros mayores, para dar apoyo á pensamientos ménos efímeros!

Una persona de talento escribia: « ¡Cuánto me gustan ciertas poesías! sucede con ellas como con Roma, es todo ó nada: se vive con ella, ó no se comprende. » *Corina* no es mas que una variedad imponente en ese *culto romano*, en ese modo de sentir en épocas y con almas diversas la Ciudad eterna.

Una parte de *Corina*, tanto mas deleitosa cuanto ménos desahogada, es el espíritu de conversacion que á menudo se mezcla en ella por el Conde de Erfeuil y por los retornos hácia la sociedad francesa. Madama de Staël mojeta á esa sociedad demasiado frívolamente ingeniosa, pero en tales momentos ella misma forma parte de ella mas de lo que cree: lo que mejor sabe decir, como sucede con frecuencia, lo desdén.

Lo mismo que en *Delfina*, hay retratos en *Corina*: madama de Arbigny, esa mujer francesa que arregla y calcula todo, es uno de ellos, como lo era madama de Vernon. La nombraban quedito en la intimidad, así como se sabia tambien de qué elementos un tanto diversos se componia la noble figura de Osvaldo, así como se creia en la verdad fiel de la escena de la despedida, y como casi se recordaban las amarguras de Corina durante la ausencia.

Como quiera que sea, á pesar de las conversaciones y pinturas del mundo que hay en *Corina*, no hay lugar para reprochar á madama de Staël, á propósito de este libro, falta de consistencia y firmeza en el estilo y algo de muy precipitado en la distribucion de los pensamientos. Ha salido enteramente, con respecto á la ejecucion general de esta obra, de la conversacion ingeniosa, de la improvisacion escrita, como solia hacerlo á veces (*stans pedé in uno*) de pié y apoyada en el ángulo de una chimenea. Si hay todavía imperfecciones de estilo, solo se encuentran por varios accidentes; he visto señaladas con lápiz, en un ejemplar de *Corina*, una cantidad asombrosa de *perus*, que dan efectivamente monotonía á las primeras paginas. Sin embargo, preside un cuidadoso esmero en el pormenor de este monumento, y el escritor ha llegado al arte, á la majestad sostenida y al número.

# CORINA

## LIBRO DUODÉCIMO

### HISTORIA DE LORD NELVIL

#### CAPITULO I

He sido educado en la casa paterna con un cariño con una bondad que se me hace mas admirable desde que conozco á los hombres: y yo jamas he amado á nadie tan entrañablemente como á mi padre; mas con todo se me figura que si hubiese sabido, como lo sé ahora, la rara excelencia de su carácter, hubiera sido mi afecto aun mas tierno y mas exclusivo. Acuérdanse mil rasgos de su vida, que me parecian sencillísimos, porque mi padre los juzgaba tales, y me enternecen de un modo doloroso hoy que conozco su valor. Los cargos que nos hacemos respecto de una persona que amamos, y ya no existe, dan idea de lo que pudieran ser las penas eternas,

de madama de Staël, lo que habria querido ser, lo que en definitiva (y salvo en lo que hay de diferente entre el grupo del arte y el esparcimiento de la vida) ha sido. De Corina, no solamente tuvo el Capitolio y el triunfo, sino que tendrá tambien su muerte por el sufrimiento.

Esa Roma y ese Nápoles que madama de Staël expresaba á su manera en la novela-poema de *Corina*, M. de Chateaubriand las pintaba hácia el mismo momento en la epopeya de los *Mártires*. Aquí no se interpone ninguna nubecilla de Germania, sino que se vuelve á entrar con Eudoro en la antigua juventud; doquiera se nota la tersura viril del diseño y el esplendor primitivo y natural del pincel.

¡Roma, Roma! ¡mármoles, horizontes, cuadros mayores, para dar apoyo á pensamientos ménos efímeros!

Una persona de talento escribia: « ¡Cuánto me gustan ciertas poesías! sucede con ellas como con Roma, es todo ó nada: se vive con ella, ó no se comprende. » *Corina* no es mas que una variedad imponente en ese *culto romano*, en ese modo de sentir en épocas y con almas diversas la Ciudad eterna.

Una parte de *Corina*, tanto mas deleitosa cuanto ménos desahogada, es el espíritu de conversacion que á menudo se mezcla en ella por el Conde de Erfeuil y por los retornos hácia la sociedad francesa. Madama de Staël mojeta á esa sociedad demasiado frivolamente ingeniosa, pero en tales momentos ella misma forma parte de ella mas de lo que cree: lo que mejor sabe decir, como sucede con frecuencia, lo desdén.

Lo mismo que en *Delfina*, hay retratos en *Corina*: madama de Arbigny, esa mujer francesa que arregla y calcula todo, es uno de ellos, como lo era madama de Vernon. La nombraban quedito en la intimidad, así como se sabia tambien de qué elementos un tanto diversos se componia la noble figura de Osvaldo, así como se creia en la verdad fiel de la escena de la despedida, y como casi se recordaban las amarguras de Corina durante la ausencia.

Como quiera que sea, á pesar de las conversaciones y pinturas del mundo que hay en *Corina*, no hay lugar para reprochar á madama de Staël, á propósito de este libro, falta de consistencia y firmeza en el estilo y algo de muy precipitado en la distribucion de los pensamientos. Ha salido enteramente, con respecto á la ejecucion general de esta obra, de la conversacion ingeniosa, de la improvisacion escrita, como solia hacerlo á veces (*stans pedé in uno*) de pié y apoyada en el ángulo de una chimenea. Si hay todavía imperfecciones de estilo, solo se encuentran por varios accidentes; he visto señalados con lápiz, en un ejemplar de *Corina*, una cantidad asombrosa de *perus*, que dan efectivamente monotonía á las primeras paginas. Sin embargo, preside un cuidadoso esmero en el pormenor de este monumento, y el escritor ha llegado al arte, á la majestad sostenida y al número.

# CORINA

## LIBRO DUODÉCIMO

### HISTORIA DE LORD NELVIL

#### CAPITULO I

He sido educado en la casa paterna con un cariño con una bondad que se me hace mas admirable desde que conozco á los hombres: y yo jamas he amado á nadie tan entrañablemente como á mi padre; mas con todo se me figura que si hubiese sabido, como lo sé ahora, la rara excelencia de su carácter, hubiera sido mi afecto aun mas tierno y mas exclusivo. Acuérdanseme mil rasgos de su vida, que me parecian sencillísimos, porque mi padre los juzgaba tales, y me enternecen de un modo doloroso hoy que conozco su valor. Los cargos que nos hacemos respecto de una persona que amamos, y ya no existe, dan idea de lo que pudieran ser las penas eternas,

si la misericordia divina no nos dispensase su favor en semejante tormento.

Hallábame dichoso y sosegado en compañía de mi padre; pero deseaba viajar ántes de entrar á servir en el ejército. En mi país hay una excelente carrera civil para los hombres elocuentes; mas yo tenia y tengo aun tanta timidez que me hubiera costado mucho hablar en público, y así preferia ser militar, queriendo mas exponerme á los riesgos ciertos que á las desazones posibles. Mi amor propio, bajo todos respetos, es mas delicado que ambicioso, y siempre me ha parecido que los hombres se presentan á la imaginacion como fantasmas cuando reprenden, y como pigmeos cuando alaban. Deseaba ir á Francia, donde acababa de estallar aquella revolucion que, á pesar del género humano, pretendia empezar otra vez la historia del mundo: mi padre conservaba algunas preocupaciones contra Paris, donde habia estado hácia el fin del reinado de Luis XV, y no concebía cómo las tertulias podian convertirse en nacion, la presuncion en virtudes, y las vanidades en entusiasmo; pero no obstante consintió en mi viaje, porque le era repugnante exigir cosa alguna, y como que le estorbaba su autoridad paterna, cuando la obligacion no le ordenaba hacer uso de ella. Siempre temia que aquella autoridad alterase la sinceridad y la pureza de un afecto dependiente de lo mas libre y mas involuntario de nuestra naturaleza, y él necesitaba sobre todo de amor. Concediéndome

pues, al principio de 1791, teniendo yo 21 años cumplidos, seis meses de licencia para Francia, y partí con la intencion de conocer aquella nacion tan próxima á nosotros, y sin embargo tan diferente por sus instituciones y las costumbres que de ellas han resultado.

Pensaba no amar nunca aquel país, y tenia contra él las preocupaciones que nos inspiran la altivez y la gravedad inglesas; y ademas temia las burlas de todos los cultos del corazon y del pensamiento, detestando aquel arte de abatir todo entusiasmo y de desencantar todos los amores. El fondo de aquella jovialidad tan celebrada me parecia muy triste, pues heria de muerte mis sentimientos mas queridos: verdad es que entónces no conocia á los Franceses dignos de aprecio, y estos reunen á las prendas mas nobles unos modales llenos de atractivo. Admiróme la sencillez y la libertad que reinaban en las sociedades de Paris; tratábanse en ellas los intereses mas graves sin frivolidad ni pedantería, como si las ideas mas profundas se hubiesen hecho patrimonio de la conversacion, y la revolution del mundo entero se verificase solo para que fuese en Paris mas amable la sociedad. Encontraba hombres de instruccion seria, de superior talento, estimulados del deseo de agradar, mas que de la necesidad de ser útiles, ansiosos de los aplausos de un salon, aun despues de lograr los de una tribuna, y viviendo en la compañía de las mujeres mas bien por recibir elogios que por ser amados.

Todo estaba perfectamente combinado en Paris con respecto á la felicidad exterior : no habia la menor sujecion en las menudencias de la vida ; egoísmo, sí, en la sustancia, pero nunca en las formas ; un movimiento, un interes que ocupaban cada dia, sin dejar mucho fruto, mas sin permitir tampoco sentir su peso ; una prontitud de concebir, que daba lugar á indicar y entender con una palabra lo que en otra parte habria necesitado una larga explicacion ; un espíritu imitador que tal vez pudiera ser contrario á toda verdadera independenciam, pero que introduce en la conversacion aquella especie de acuerdo y de complacencia que no se halla en ninguna otra parte ; en fin un modo fácil de llevar la vida, de variarla y de apartarla de la reflexion, sin privarla del encanto del entendimiento. A todos estos medios de aturdirse, es menester agregar los espectáculos, los extranjeros, las novedades, y entónces se formará idea de la ciudad mas social del mundo. Casi me admiro de pronunciar su nombre en esta ermita, y en este desierto, al extremo opuesto de las impresiones que produce la poblacion mas activa del orbe ; pero era preciso pintaros aquella mansion, y el efecto que causó en mí.

¿ Lo creereis, Corona, ahora que me habeis visto tan melancólico, y tan abatido ? ¡ me dejé seducir del torbellino que me rodeaba ! alegréme de no tener un momento de tedio, aunque tampoco le tuviese de meditacion, y de embotar en mí la facultad

de padecer, aunque se resintiese la de amar. Si me es lícito juzgar por mí mismo, me parece que un hombre de carácter serio y sensible puede cansarse de la misma intension y profundidad de sus impresiones ; siempre vuelve á su naturaleza ; pero lo que le saca de ella, al ménos por algun tiempo, le hace bien. Vos, Corina, disipais mi melancolía natural, elevándome sobre mí mismo ; y haciéndome valer ménos de lo que valgo en realidad, aturdia una mujer, de quien os hablaré presto, mi tristeza interior. Sin embargo, aunque habia adoptado el gusto y la vida de Paris, no me habria bastado mucho tiempo, si no hubiese conseguido la amistad de un hombre, perfecto modelo del carácter frances en su antigua lealtad, y del espíritu frances en su nueva cultura.

No os diré, amiga mia, el nombre verdadero de las personas de quienes voy á hablaros, y cuando sepais toda mi historia, conoceréis las razones que me obligan á ocultarle. El conde Raimond era de una ilustrísima familia de Francia ; su alma tenia toda la altivez caballeresca de sus mayores, y su razon adoptaba las ideas filosóficas, cuando le prescribian sacrificios personales : no se habia mezclado activamente en la revolucion, pero gustaba de lo virtuoso en todos los partidos ; el valor del reconocimiento en unos, el amor de la libertad en otros, todo lo que era desinteresado le agradaba. La causa de todos los oprimidos le parecia justa, y

aquella generosidad de carácter sobresalía mas por el poco aprecio con que miraba su propia vida; no porque fuese en realidad desgraciado, sino porque habia tal oposicion entre su alma y la sociedad, cual es en general, que su pena diaria le apartaba de sí mismo. Yo fui bastante dichoso para inspirar intereses al conde Raimond; deseó vencer mi natural encogimiento, y para triunfar de él, se valió en nuestra amistad de un artificio verdaderamente novelesco: no veía ningun inconveniente para hacer un gran favor, ni para dar un corto placer. Quería ir á vivir la mitad del año á Inglaterra por no apartarse de mí, y me costaba mucho trabajo impedir que partiese conmigo cuanto poseía.

No tengo mas que una hermana, me decia, casada con un viejo muy rico, y soy libre para hacer lo que quiera de mis bienes; ademas, esta revolucion tomará mal giro, y acaso moriré en ella; hacedme, pues, disfrutar lo que tengo, mirándolo como vuestro. — ¡Ay! el generoso Raimond preveía su destino: quien sabe conocerse, rara vez se engaña sobre su suerte; y los presentimientos son las mas veces un juicio de nosotros mismos que todavía no nos hemos declarado del todo. El conde Raimond, noble, sincero, y aun imprudente, manifestaba toda su alma; para mí era un placer nuevo aquel carácter, porque entre los Ingleses no se exponen con facilidad á la vista los tesoros del alma, y nosotros hemos tomado la costumbre de dudar de

todo lo que se ostenta; pero la tierna bondad que encontraba en mi amigo, me daba á un mismo tiempo deleites fáciles y seguros, sin que me quedase duda alguna de sus prendas, aunque todas se mostraban á primera vista. No sentí ningun encogimiento en mi trato con él, y lo que aun era mucho mejor, me ponía bien conmigo mismo. Este era el amable Frances, á quien tuve aquella amistad perfecta, aquella hermandad de compañero de armas, de que solo la juventud es capaz, mientras no conoce el sentimiento de la rivalidad, y ántes que las carreras irrevocablemente señaladas surquen y dividan el campo del porvenir.

Dijome un dia el conde Raimond: — Mi hermana ha enviudado, y confieso no lo he sentido; no me gustaba su matrimonio; habia aceptado la mano de un viejo que acaba de morir, en un tiempo en que ni ella ni yo teníamos bienes; porque los míos proceden de una herencia que he tenido hace poco; pero no obstante me opuse á aquella union cuanto pude; no gusto de ninguna cosa hecha por cálculo, y mucho ménos en la accion mas solemne de la vida. Sin embargo, ella se ha portado perfectamente con un esposo á quien no amaba, y segun el mundo, no hay en todo esto nada que notar: ahora está libre y vuelve á vivir conmigo. La vereis; es una criatura muy amable tratada; y vosotros los Ingleses gustais de hacer descubrimientos: yo tengo por mas agradable leerlo todo desde luego en la fi-

sonomía; no obstante, vuestros modales encogidos no me han incomodado nunca; pero los de mi hermana me causan alguna sujecion.

Madama de Arbigny, hermana del conde Raimond, llegó al otro dia por la mañana, y aquella misma noche me presentó á ella: sus facciones eran parecidas á las de su hermano: tenia un sonido de voz análogo; pero un modo de acentuar del todo diverso, y mucha reserva y sagacidad en sus miradas: su rostro era muy agraciado, su cuerpo airoso, y en todos sus movimientos mostraba la mayor elegancia; no decia una palabra que no fuese oportuna; no faltaba á ninguna clase de atenciones, sin exageracion en su urbanidad; lisonjeaba el amor propio con mucha destreza, y daba á entender que le agradaban, sin comprometerse nunca; porque en todo lo respectivo á la sensibilidad, se explicaba siempre como si deseara ocultar á los demas lo que pasaba en su corazon. Sedújome la aparente semejanza de aquella conducta con la de las mujeres de mi país; parecíame que madama de Arbigny dejaba traslucir muchas veces lo que pretendia querer ocultar, y que la casualidad no ofrecia tantas ocasiones de enternecerse involuntariamente como se le presentaban; pero esta reflexion pasaba en un momento, y lo que de continuo sentia junto á madama de Arbigny era para mí nuevo y agradable.

Jamas me habia adulado nadie: en nuestro país sentimos profundamente el amor y el entusiasmo

que inspira; pero conocemos poco el arte de introducirse en el corazon por medio del amor propio. Ademas, yo acababa de salir de las universidades, y hasta entónces nadie en Inglaterra paraba la consideracion en mí. Madama de Arbigny notaba todas mis palabras; me trataba con particular atencion, no porque, en mi sentir, conociese bien todo lo que yo podia ser; pero, sin embargo, me descubria á mí mismo con mil observaciones de circunstancias, cuya sagacidad me confundia; parecíame á veces lo que hablaba algo artificioso; que lo hacia demasiado bien, y con una voz demasiado suave, que ordenaba con cuidado sus frases; mas aquella semejanza con su hermano, el hombre mas sincero del mundo, apartaba de mi ánimo las dudas, y contribuia á hacerme amable.

Un dia dije al conde Raimond el efecto que me causaba aquella semejanza, y me dió gracias; pero despues de reflexionar un instante, añadió: — Sin embargo, mi hermana y yo no nos parecemos en el carácter. — Calló despues de estas palabras; mas acordándome de ellas, así como de otras muchas circunstancias, me he convencido en lo sucesivo de que no deseaba verme esposo de su hermana. No puedo dudar que ya entónces tenia ella esta intencion, aunque no tan decidida como mas adelante; pasábamos juntos nuestra vida, y corrieron á su lado los dias, agradablemente, y sin disgusto todos. He reflexionado despues que siempre era de mi dic-

támen ; cuando empezaba una frase, ella la concluía, ó adivinando con anticipacion lo que iba á decir, se apresuraba á conformarse con ello ; y no obstante, á pesar de esta constante complacencia en las formas, ejercia un imperio muy despótico en mis acciones ; tenia un modo de decirme : — *Ciertamente os gobernaresis así, ciertamente no hareis tal cosa*, que me dominaba ; parecíame que perderia toda su estimacion si no correspondia á sus deseos, y apreciaba aquella estimacion, manifestada en algunas ocasiones con expresiones muy lisonjeras.

Sin embargo, creedme, Corina, porque ya lo pensaba ántes de conoceros ; no era amor lo que me inspiraba madama de Arbigny ; no le habia dicho que la amaba ; no sabia si seria del gusto de mi padre semejante nueva ; no le agradaba de que fuese mi esposa una Francesa, y yo no queria hacer cosa alguna que él no aprobase. Creo que mi silencio desazonaba á madama de Arbigny, porque muchas veces estaba de mal humor, al cual llamaba siempre tristeza, explicándole despues con motivos tiernos, bien que su fisonomía en los momentos en que se descuidaba tenia mucha sequedad ; pero aquellos instantes de desigualdad los atribuia yo á nuestras relaciones, de que tampoco me hallaba satisfecho ; porque amar un poco, y no amar del todo, incomoda.

Ni el conde Raimond ni yo hablábamos de su hermana ; esta era la primera reserva que habia

habido entre nosotros ; pero muchas veces me rogaba madama de Arbigny que no hablase de ella con su hermano, y si extrañaba esta prevencion, me decia : — No sé si sois como yo ; mas no puedo sufrir que un tercero, aunque sera mi íntimo amigo, se mezcle en mis sentimientos respecto de otro : gusto del secreto en todos mis cariños. — Esta explicacion me agradaba bastante, y cedia á sus deseos. Por aquel tiempo recibí una carta de mi padre llamándome á Escocia ; ya habian pasado los seis meses señalados para mi mansion en Francia, y como las turbaciones de este país iban siempre en aumento, no juzgaba conveniente para un extranjero permanecer mas en él. Su carta me causó al pronto mucho pesar ; conocia cuánta razon tenia mi padre ; deseaba en extremo verle ; mas la vida que tenia en Paris en compañía del conde Raimond y de su hermana, eran tan gustosa, que no podia dejarla sin sumo disgusto. Fui al momento á casa de madama de Arbigny, enseñéle mi carta, y en tanto que la leia, estaba absorto en mi pena, de tal manera que no advertí siquiera qué impresion le causaba. Solo la oí decirme algunas palabras para persuadirme á dilatar mi partida, á escribir á mi padre fingiéndome enfermo, en fin á *trampear* con su voluntad. Me acuerdo que esta fué la voz de que se valió ; iba á responder, y hubiera dicho la verdad, esto es, que mi partida se hallaba dispuesta para el día inmediato, cuando entró el conde Raimond, y



sabiendo de lo que tratábamos, declaró sin ningún rebozo debía obedecer á mi padre, sin motivo para vacilar. Admiróme aquella determinación tan pronta; esperaba que me rogase, y me detuviese; quería resistir á mis propios sentimientos; pero no pensaba que me facilitase tanto el triunfo, y por un instante hice agravio al afecto de mi amigo; lo advertió, y me cogió de la mano, diciéndome: — De aquí á tres meses estaré en Inglaterra, ¿por qué, pues, os he de detener en Francia? Tengo mis razones para no hacerlo, añadió á media voz. — Mas lo oyó su hermana, y dijo con precipitación que en efecto era prudente evitar los peligros que podía correr un Inglés en Francia, en medio de la revolución. Ahora estoy segurísimo de que no era á esto á lo que aludía el conde Raimond; pero no contradijo ni confirmó la explicación de su hermana. Yo partía, y no juzgó necesario decirme mas.

— Si pudiese ser útil á mi patria, me quedaria, continuó; pero lo veis, ya no hay Francia: ya no existen las ideas ni los sentimientos que la hacían amar: todavía echaré de ménos el suelo; mas volveré á encontrar mi patria cuando respire el mismo aire que vos. — ¡Cuánto me enternecieron las dulces expresiones de una amistad sincera! ¡cuánto venerancia en aquel momento el cariño de Raimond al de su hermana! Esta lo adivinó muy presto, y en la misma noche la vi bajo un aspecto enteramente nuevo. Llegaron gentes, hizo los honores de casa con

gran despejo, habló de mi partida con suma sencillez, y manifestó á todos que era para ella el acontecimiento ménos importante. Ya habia yo reparado muchas veces en ella tanto aprecio al miramiento, que jamas permitía á nadie conocer los sentimientos que me manifestaba; pero esta vez era ya excesivo el disimulo, y me ofendió de tal suerte su indiferencia que resolví irme ántes que se retirasen las gentes, y no quedarme solo con ella ni un instante. Vióme aproximar á su hermano para pedirle viniese á despedirse de mí al otro día por la mañana, y entónces se llegó á mí, diciéndome bastante alto, á fin de ser oída de los demas, que habia de darme una carta para una amiga suya de Inglaterra, y añadió muy velozmente y en voz muy baja: — ¡No echais de ménos mas que á mi hermano, no hablais mas que con él, y quereis iros y traspasarme el corazón! — Luego volvió á sentarse en medio de los que la acompañaban. Turbáronme aquellas palabras, y ya iba á quedarme, como ella deseaba, cuando el conde Raimond me asió del brazo, y me llevó á su aposento.

Después que se retiraron todas las gentes, oímos llamar con golpes repetidos en el cuarto de madama de Arbigny; el conde Raimond no hacía caso; pero yo le precisé á entrar en cuidado, y enviamos á preguntar qué era: respondieron que madama de Arbigny acababa de desmayarse. Me sentí muy conmovido, y quería volverla á ver, entrar otra vez en su aposento; mas el conde Rai-

mond lo estorbó tenazmente. — Evitemos esas despedidas, me dijo, las mujeres se consuelan siempre mejor cuando están solas. — No podía yo entender aquella dureza con su hermana, tan opuesta á la inalterable bondad de mi amigo, y me separé de él al otro dia con una especie de encogimiento que hizo ménos tierna nuestra despedida. ¡ Ah ! ¡ si hubiese adivinado el sentimiento delicadísimo que le impedía consentir que me aprisionase su hermana, no creyéndola á propósito para hacerme feliz; sobre todo si hubiese previsto los acaecimientos que nos iban á separar para siempre ! mis adioses habrían satisfecho su alma y la mia.

## CAPITULO II

Cesó Osvaldo de hablar durante algunos momentos; y Corina escuchaba su narracion con tanta ansia que tambien calló, temiendo dilatar el instante de que volviese á proseguir. — ¡ Seria feliz, continuó, si mi trato con madama de Arbigny hubiese acabado entónces, si hubiese permanecido al lado de mi padre, y si jamás hubiera pisado otra vez el suelo de Francia ! Pero la fatalidad, esto es, mi ca-

rácter débil, acaso ha emponsoñado para siempre mi vida, sí, para siempre, querida amiga, aun estando junto á vos.

Pasé cerca de un año en Escocia con mi padre, y nuestro recíproco cariño se hizo cada dia mayor, penetré en el santario de aquella alma celestial, y encontré en el afecto que me unia con él aquellas simpatías de la sangre, cuyos vínculos misteriosos dependen de todo nuestro ser. Recibia cartas de Raimond llenas de ternura, contándome las dificultades que hallaba para trasladar sus riquezas, y venir á juntarse conmigo; pero su perseverancia en este intento era siempre la misma. Yo tambien le amaba; mas ¿ qué amigo podia comparar á mi padre ? El respeto que me inspiraba, no perjudicaba á la confianza, sus palabras eran para mí oráculos, y las vacilaciones que por desgracia tiene mi carácter cesaban al momento que abria él los labios. *El cielo nos ha hecho*, dice un escritor inglés, *para amar todo lo venerable*. Mi padre no ha sabido, no ha podido saber cuánto le amaba, y mi fatal conducta debió hacerle dudar de mi cariño. Sin embargo tuvo compasion de mí; le di lástima al morir por el dolor que me causaria perderle. ¡ Ah ! Corina, voy adelantando en esta triste relacion, sostened mi valor, bien lo necesito. — Querido amigo, le dijo Corina, sentid algun placer en mostrar vuestra alma, tan noble y tan sensible, delante de quien mas os admira y ama el mundo.

mond lo estorbó tenazmente. — Evitemos esas despedidas, me dijo, las mujeres se consuelan siempre mejor cuando están solas. — No podía yo entender aquella dureza con su hermana, tan opuesta á la inalterable bondad de mi amigo, y me separé de él al otro dia con una especie de encogimiento que hizo ménos tierna nuestra despedida. ¡ Ah ! ¡ si hubiese adivinado el sentimiento delicadísimo que le impedía consentir que me aprisionase su hermana, no creyéndola á propósito para hacerme feliz; sobre todo si hubiese previsto los acaecimientos que nos iban á separar para siempre ! mis adioses habrían satisfecho su alma y la mia.

## CAPITULO II

Cesó Osvaldo de hablar durante algunos momentos; y Corina escuchaba su narracion con tanta ansia que tambien calló, temiendo dilatar el instante de que volviese á proseguir. — ¡ Seria feliz, continuó, si mi trato con madama de Arbigny hubiese acabado entónces, si hubiese permanecido al lado de mi padre, y si jamas hubiera pisado otra vez el suelo de Francia ! Pero la fatalidad, esto es, mi ca-

rácter débil, acaso ha emponsoñado para siempre mi vida, sí, para siempre, querida amiga, aun estando junto á vos.

Pasé cerca de un año en Escocia con mi padre, y nuestro recíproco cariño se hizo cada dia mayor, penetré en el santario de aquella alma celestial, y encontré en el afecto que me unia con él aquellas simpatías de la sangre, cuyos vínculos misteriosos dependen de todo nuestro ser. Recibia cartas de Raimond llenas de ternura, contándome las dificultades que hallaba para trasladar sus riquezas, y venir á juntarse conmigo; pero su perseverancia en este intento era siempre la misma. Yo tambien le amaba; mas ¿ qué amigo podia comparar á mi padre ? El respeto que me inspiraba, no perjudicaba á la confianza, sus palabras eran para mí oráculos, y las vacilaciones que por desgracia tiene mi carácter cesaban al momento que abria él los labios. *El cielo nos ha hecho*, dice un escritor inglés, *para amar todo lo venerable*. Mi padre no ha sabido, no ha podido saber cuánto le amaba, y mi fatal conducta debió hacerle dudar de mi cariño. Sin embargo tuvo compasion de mí; le di lástima al morir por el dolor que me causaria perderle. ¡ Ah ! Corina, voy adelantando en esta triste relacion, sostened mi valor, bien lo necesito. — Querido amigo, le dijo Corina, sentid algun placer en mostrar vuestra alma, tan noble y tan sensible, delante de quien mas os admira y ama el mundo.

Envióme por sus negocios á Lóndres, prosiguió lord Nelvil, y le dejé para no verle mas, sin que ningun interior estremecimiento me avisase semejante desgracia. En nuestras últimas conversaciones se mostró mas amable; parece que el alma de los buenos exhala, como las flores, un olor mas subido al acercarse la noche. Me abrazó saltándosele las lágrimas; decíame á veces que en su edad todo era solemne, pero yo confiaba de su vida como de la mia; nuestras almas se entendian tan bien, y era tan jóven para amar, que no me acordaba de su ancianidad. La confianza y el temor son inexplicables en los sentimientos; y mi padre me acompañó esta vez hasta el mismo umbral de la puerta de su palacio, de aquel palacio que despues he visto desierto y asolado como mi triste corazon.

No hacia ocho dias que estaba en Lóndres, cuando recibí de madama de Arbigny la fatal carta, cuyas palabras he conservado fielmente en mi memoria: « Ayer, diez le agosto, ha perecido mi hermano en las Tullerías defendiendo á su rey: me halló proscripta, como hermana suya, y precisada á buscar asilo para ocultarme, y escapar de las manos de mis perseguidores. El conde Raimond tenia reunido todo mi caudal con el suyo para remitirle á Inglaterra: ¿le habeis ya recibido, ó sabeis á quién le ha confiado para que os le entregase? No tengo mas que una línea de su mano, escrita desde el mismo palacio, en el instante de saber que se disponian para

atacarle; y en ella me dice me dirija á vos para que me entereis de todo. Si pudiéseis venir á llevarme. quizá me salvariais la vida; porque los Ingleses viajan todavía libremente por Francia, y yo no puedo lograr pasaporte; el nombre de mi hermano me haria sospechosa. Si la desventurada hermana de Raimond os interesa bastante para venir á buscarla, sabreis dónde me he retirado por mi pariente Mr. de Maltigues, en Paris; pero si teneis la generosa intencion de favorecerme, no perdais momento en verificarlo, porque segun dicen va á declararse la guerra entre nuestros dos países. »

Figuraos el efecto que produjo en mí esta carta. Mi amigo asesinado, desesperada su hermana, y su caudal, segun decia, en mis manos, aunque no tenia la mas leve noticia de ello: añalid á estas circunstancias el peligro de madama de Arbigny, y la idea de que podia salvarla de él, yendo á buscarla. No me pareció posible vacilar; y partí al instante, enviando á mi padre un correo que le llevase la carta, y la promesa de que ántes de quince dias estaria de vuelta. Por una cruel casualidad, el hombre á quien envié cayó malo en el camino, y la segunda carta que escribí de Douvres llegó á manos de mi padre ántes que la primera. Así supo mi partida, sin tener noticia de la causa, y cuando llegó la explicacion habia concebido una zozobra que ya no se desvaneció.

Llegué á Paris en tres dias, y me dijeron que

madama de Arbigny se habia retirado á una ciudad de provincia á sesenta leguas; por lo cual seguí mi camino para llegar donde estaba. Los dos nos sentimos profundamente conmovidos al volvernos á ver; ella en su desgracia era mucho mas amable, porque mostraba mas franqueza y ménos artificio en sus modales. Llorámos juntos á su noble hermano, y las públicas desventuras. Preguntéle con afan sobre su caudal, y me respondió que nada sabia; pero de allí á pocos dias supe que el banquero, á quien le habia confiado el conde Raimond, se lo habia vuelto; y lo mas extraño fué que lo supe por un negociante de la ciudad donde nos hallábamos por casualidad, el cual me añadió que madama de Arbigny nunca tuvo motivo fundado para recelar. Quedé confuso, y me encaminé á casa de madama de Arbigny para pedir la explicacion de todo esto: encontré allí á un pariente suyo, Mr. de Maltigues, quien me dijo con notable serenidad y prontitud acabada de llegar de Paris para traer á madama de Arbigny la noticia de la vuelta del banquero que pensaba habia marchado á Inglaterra, y de quien nada supo en un mes. Madama de Arbigny confirmó cuanto él decia, y la creí, acordándome, empero, que siempre halló pretextos para no enseñarme el supuesto billete de su hermano; he conocido despues se habia valido de un ardid para ponerme en recelo de su caudal.

Por lo ménos, ciertamente era rica, y en su deseo

de ser mi esposa no tenia parte motivo alguno de interes; pero la gran falta de madama de Arbigny era hacer una empresa de su cariño, usar de astucia cuando bastaba amar, y disimular continuamente cuando hubiera sido mejor manifestar con sencillez lo que sentia. Entónces me amaba cuanto puede amar quien combina lo que hace, y casi lo que piensa, y quien gobierna las relaciones del corazon como si fueran intrigas políticas.

La tristeza de madama de Arbigny aumentaba sus exteriores atractivos, y le daba cierta expresion tierna que me agradaba en extremo. Habiale declarado formalmente que no me casaria sin consentimiento de mi padre; pero no podia contenerme en demostrarle los movimientos que excitaba en mí su figura seductora; y como su intencion era aprisionarme á cualquier precio, me pareció no la veia firmemente determinada á negarse á mis deseos; y ahora representándome lo que pasó entre nosotros, se me antoja que vacilaba por motivos ajenos del amor, y que sus aparentes combates eran deliberaciones secretas. Estaba todo el dia á sólas con ella: y á pesar de la delicadeza de mis propósitos no pude resistir á mis impulsos, y madama de Arbigny me ligó con todas las obligaciones al concederme todos los derechos. Mostróme mas dolor y remordimiento que acaso tenía, y me unió estrechamente á su suerte con su mismo arrepentimiento. Quería llevarla conmigo á Inglaterra, hacer que mi padre la

conociese, y suplicarle consintiese en nuestra union; pero ella rehusaba salir de Francia sin ser mi esposa. Quizá en esto tenia razon; mas sabiendo de antemano que yo no podia determinarme á darle la mano sin permiso de mi padre, se valia de malos medios para no partir, y para detenerme, á pesar de las obligaciones que me llamaban á Inglaterra.

Mi deseo de abandonar la Francia se avivó mas, luego que se declaró la guerra entre ambas naciones, y tambien se multiplicaron los inconvenientes por parte de madama de Arbigny. Ora no podia lograr pasaporte, ora si queria partir solo, me aseguraba quedaria comprometida en Francia; porque despues de mi partida sospecharian que mantenía correspondencia conmigo. Aquella mujer tan suave, tan comedida, se entregaba á veces á arrebatos de desesperacion que trastornaban enteramente su alma; usaba de los atractivos de su semblante y de las gracias de su entendimiento para agradarme, y de su dolor para hacerme temer.

Acaso no debieran las mujeres mandar en nombre de las lágrimas, y sojuzgar así la fuerza con su debilidad; pero cuando no reparan en valerse de este medio, casi siempre tienen feliz éxito, á lo ménos por algun tiempo. Verdad es que la sensibilidad se enflaquece por el mismo imperio que se usurpa sobre ella, y que el poder del llanto, si se ejercita mucho, entibia la imaginacion; pero habia entónces en Francia mil ocasiones de reanimar el

nteres y la piedad. La salud de madama de Arbigny parecia tambien cada dia mas delicada: y la enfermedad es asimismo para las mujeres un medio horrible de dominar. Las que no tienen como vos, Corina, una justa confianza en su entendimiento y en su alma, ó las que no son, como nuestras Inglesas, tan altivas y tan tímidas que no pueden fingir, recurren al arte para enternecer; y lo mejor que entónces debe esperarse de ellas, es que su artificio sea originado por un sentimiento sincero.

Otra tercera persona tenia parte, sin saberlo yo, en mi trato con madama de Arbigny; Mr. de Maltigues, agradábale, y deseaba ser su esposo, pero su inmoralidad meditada le hacia indiferente á todo; gustaba de la intriga como de un juego, aun careciendo de interes en el fin, y auxiliaba á madama de Arbigny en el deseo que tenia de unirse conmigo, dispuesto á frustrar este proyecto si se le ofrecia ocasion de lograr el suyo. Aquel hombre me causaba aversion: apenas tendria treinta años, y sus modales y su aspecto eran sumamente secos. En Inglaterra, donde dicen que somos frios, no he visto cosa comparable á la seriedad de su semblante, cuando entraba en un aposento: ni le hubiera tenido por Frances, á no ser por su inclinacion á las burlas, y por su necesidad de hablar, muy reparable en un hombre cansado al parecer de todo, y que reducía semejante disposicion á sistema. Pretendia haber nacido en extremo sensible y entusiasta; pero que

el conocimiento de los hombres en la revolucion de Francia le habia desengañado : advirtió, decia, que en este mundo no hay nada bueno sino las riquezas ó el poder, ó las dos cosas juntas, y que las amistades en general debian considerarse como medios oportunos ó inoportunos, segun las circunstancias. Era bastante diestro en la práctica de esta opinion y solamente erraba en decirlo; mas aunque no tenia, como los Franceses de otros tiempos, deseo de agradar, le quedaba la necesidad de hacerse notable en la conversacion, y por conseguirlo cometia mil imprudencias; harto diferente en esto de madama de Arbigny, que se afañaba por lograr su fin; pero no se descubria, como Mr. de Maltigues, procurando brillar con la inmoralidad misma. Lo mas extraño en estos dos sujetos, era que la mas viva ocultaba bien su secreto, y el hombre circunspecto no sabia callar.

Tal cual era, Mr. de Maltigues dominaba de un modo singular á madama de Arbigny, adivinaba todos sus pensamientos, ó ella se los confiaba, porque acaso aquella mujer, habitualmente disimulada, necesitaba de cuando en cuando hacer una imprudencia, como para descansar; lo cierto es, que si Mr. de Maltigues la miraba con ceño, siempre se turbaba; si se mostraba descontento, se levantaba para hablarle aparte; si se iba enfadado, se encerraba casi al momento para escribirle. Yo no extrañaba este ascendiente de Mr. de Maltigues con madama de Arbigny; la conocia desde niña, y go-

bernaba sus negocios desde que ya no tenia otro pariente mas cercano; pero la causa principal de aquellos miramientos particulares era el proyecto que habia formado, y supe demasiado tarde, de darle su mano, si yo la dejaba; porque de ninguna manera queria pasar por una mujer despreciada. Semejante resolucion debiera persuadir no me amaba, y sin embargo, la única razon que podia tener para preferirme era el amor; mas toda su vida habia mezclado el cálculo con la pasion, y las presunciones facticias de la sociedad con los afectos naturales. Lloraba, porque se sentia conmovida; pero tambien lloraba, porque así se causa enternecimiento : gozabase en ser amada, porque amaba; pero tambien porque esto da aprecio entre las gentes; tenia buenos sentimientos, cuando estaba sola; pero no la contentaban si no podia hacerlos provechosos á su amor propio ó á sus deseos. Era una criatura formada por y para el trato, y que poseia el arte de exagerar la verdad tan frecuente en los paises donde el ansia de sobresalir con los sentimientos es mayor que los sentimientos mismos.

Nada sabia de mi padre hacia mucho tiempo, porque la guerra interrumpia nuestra correspondencia. Al fin recibí una carta por un conocido, en que me mandaba partiese en nombre de mi obligacion y de su cariño, declarándome formalmente que si me casaba con madama de Arbigny, le daria un disgusto mortal, y pidiéndome á lo ménos volviese

libre á Inglaterra, y no me determinase hasta haberle oído. Respondíle al punto, dándole mi palabra de honor de no casarme sin su consentimiento, y asegurándole que presto iria á acompañarle. Madama de Arbigny se valió primero de los ruegos, despues de la desesperacion para detenerme, y por último, viendo no lo conseguia, creo recurrió al ardid: pero ¿cómo lo habia yo de sospechar en aquel tiempo?

Una mañana entró en mi aposento sin color, descompuesto el cabello, y se arrojó á mis brazos suplicándome la amparase; parecia que iba á espirar de terror. Apenas pude comprender entre su agitacion que habia llegado la orden para prenderla, como hermana del conde Raimond, y que era forzoso le buscasse un asilo para libertarla de sus perseguidores. En aquellos mismos dias habian perecido algunas mujeres, y todos los temores parecian naturales. Llévela á casa de un negociante amigo mio; la oculté allí creyendo salvarla, y solo Mr. de Maltigues y yo sabiamos su retiro. ¡Quién no se interesa por una mujer en semejante situacion! ¡Quién se ha de apartar de una persona proscripta! ¡En qué dia, en qué instante podrá decirle: — Habeis contado con mi favor, y yo os le niego! — No obstante, la memoria de mi padre me perseguia de continuo, y muchas veces procuré lograr que madama de Arbigny me permitiese ausentarme; pero me amenazó con que se entregaria, si la dejaba, á

sus asesinos, y dos veces en medio del dia se salió de casa, en un horroroso enajenamiento que me llenó de pena y de temor. Seguía á la calle, suplicándola volviese; y por fortuna, por casualidad, ó por combinacion siempre encontramos á Mr. de Maltigues, quien la acompañó demostrándole cuán imprudente era su conducta. Entónces me resigné á quedarme, y escribí á mi padre, disculpándome cuanto pude; pero me afrentaba de hallarme en Francia, en medio de tan espantosos acontecimientos, y declarada la guerra con mi patria.

Mr. de Maltigues solia burlarse de mis escrúpulos; pero á pesar de su ingenio no preveía, y no se detenía á observar el efecto de sus burlas, porque excitaban mas en mí todos los sentimientos que procuraba desvanecer. Bien notaba madama de Arbigny esta impresion; mas no tenia dominio en Mr. de Maltigues, que casi siempre se determinaba por capricho, si le faltaba interes: recurria para enternecerme á su dolor verdadero, y á su dolor exagerado; valiase de la flaqueza de su salud tanto para agradar como para conmover, porque nunca era mas preciosa que cuando se desmayaba á mis piés: sabia hermohear su belleza como todo lo demas de sus atractivos, y sus mismas gracias exteriores estaban hábilmente combinadas con sus movimientos para aprisionarme.

Así vivia siempre agitado, siempre vacilante, temblando al recibir una carta de mi padre, mas



esgraciado cuando no la recibia, detenido por mi inclinacion á madama de Arbigny, y sobre todo por miedo á su desesperacion; porque haciendo una mezcla extraña, era la criatura mas moderada en la serie regular de la vida, la mas igual, y aun á veces la mas festiva; pero violenta en un arrebato hasta el último extremo, queria encadenar con la felicidad y con el temor, y siempre trasformaba su natural para acomodarle á sus intentos. Un dia, en el mes de setiembre de 1793, cuando hacia mas de un año que estaba en Francia, recibí carta de mi padre concebida en pocas palabras; pero tan melancólicas y tan dolorosas, Corina, que es fuerza me permitais no deciros las; me darian demasiado pesar. Ya estaba enfermo, mas no me lo manifestó: impidiéronselo sin duda su delicadeza y altivez; empero toda su carta demostraba tanto sentimiento de mi ausencia, y de la posibilidad de mi union con madama de Arbigny, que no comprendo cómo, al leerla, no preví la desventura que me amenazaba. Sin embargo, mi conmocion bastó para no vacilar mas, y fui á ver á madama de Arbigny con firme intencion de despedirme de ella. Al punto conoció mi resolucion, y recogiéndose en sí misma, se levantó de repente, y me dijo: — Antes de partir es menester sepáis un secreto que me sonrojo de declararos. Si me abandonais, no me dareis la muerte á mí sola; perecerá conmigo el fruto de mi oprobio, y de mi delincuente amor. — Es im-

posible explicar lo que sentí; aquella obligacion sagrada, aquella obligacion nueva, se apoderó de toda mi alma, y quedé sometido á madama de Arbigny como el mas humilde esclavo.

Hubiera sido su esposo, como ella queria, á no encontrarse tantas dificultades para que un Inglés se uniese con una Francesa, declarando como era preciso su nombre al magistrado civil. Dilaté, pues, nuestro enlace hasta que pudiésemos ir juntos á Inglaterra, y resolví no separarme de madama de Arbigny entretanto: al pronto se sosegó, perdiendo el temor de mi próxima partida; pero luego volvió á sus quejas, y á suponerse unas veces ofendida, y otras desgraciada, porque yo no vencia todos los inconvenientes para darle mi mano. Al fin hubiera cedido á su voluntad; habíame acometido la mas profunda tristeza; pasaba los dias enteros en mi aposento, sin poder salir de él; ocupábame todo una idea que jamas queria confesarme á mí mismo, y que me perseguia sin cesar: presentia la enfermedad de mi padre, y rehusaba creer mi presentimiento, pareciéndome debilidad. Por un resultado extraño del temor que me causaba el despecho de madama de Arbigny, combatia mi deber como si fuese una pasion; y lo que hubiera podido creerse una pasion, me atormentaba como un deber. Madama de Arbigny me escribia continuamente para que fuese á su casa; iba, y cuando la veia, no le hablabla de su situacion, porque no me agradaba re-

cordar los derechos que le daba sobre mí: ahora me parece que ella tambien me hablaba ménos que debia de este asunto; pero en aquel tiempo padecia yo demasiado para advertir cosa alguna.

En fin, una vez que habia estado sin salir tres dias, devorado de remordimientos, escribiendo veinte cartas á mi padre, y rasgándolas todas, vino Mr. de Maltigues, á quien no solia ver, porque no nos agradábamos, comisionado por madama de Arbigny, para sacarme de mi soledad; pero muy poco cuidadoso, segun vais á notar, del éxito de su embajada. Advirtió al entrar, ántes de que pudiese ocultarlo, que tenia el rostro bañado en llanto. — ¿De qué sirve esa afliccion, querido mio? me dijo: dejad á mi prima, ó casaos con ella, ambos partidos son igualmente buenos, pues que dan fin á todo. — Hay, le respondi, situaciones en la vida, en que aun sacrificándonos no acertamos á cumplir con todas nuestras obligaciones. — Nadie debe sacrificarse, replicó Mr. de Maltigues; yo por mí no pienso sea necesario hacerlo en ningunas circunstancias: con habilidad se sale de todo; ella es la reina del mundo. — No envidio la habilidad, le dije; pero quisiera por lo ménos, lo repito, resignándome á no ser feliz, no afligir á quien amo. — Creedme, repuso Mr. de Maltigues, no mezeleis con esta difícil obra, que llaman vivir, el sentimiento que mas la complica; es una enfermedad del alma, y tambien yo la padezco á veces, como cualquiera;

pero cuando me acomete, digo entre mí: ella pasará, y siempre cumplo lo que digo. — Mas le contesté, procurando como él no salir de las ideas generales, porque no podia ni queria manifestarle ninguna confianza, aun cuando se lograra extinguir el sentimiento, quedarian siempre el honor y la virtud, que se oponen frecuentemente á nuestros deseos de todas clases. — ¡El honor! replicó Mr. de Maltigues: ¿entendeis por honor reñir si á uno le insultan? en tal caso, no hay duda alguna; pero bajo todos los demas respectos, ¿qué interes tendriamos en dejarnos esclavizar por mil delicadezas vanas? — ¡Qué interes! interrumpí yo; me parece no es esa la voz oportuna. — Hablando con seriedad, prosiguió Mr. de Maltigues, hay pocas de sentido mas claro: ya sé que en otros tiempos decian: *Una honrosa desgracia, un glorioso reves*; pero hoy que todos son perseguidos, así los bribones, como los que se ha convenido en llamar hombres de bien, no hay en este mundo mas diferencia que entre los pájaros que han caido en la red, y los que han volado. — Yo creo en otra diferencia, le contesté, la prosperidad despreciada, y el infortunio estimado de las gentes honradas. — Buscadme, pues, replicó Mr. de Maltigues, buscadme esos hombres honrados que os consuelen de vuestras penas con su animoso aprecio; al contrario, me parece que la mayor parte de los que ostentan virtud, si sois feliz os disculpan, y os aman si sois pade-

roso. Ciertamente es en vos muy digno de alabanza no saber oponeros á un padre que debiera dejaros ya dueño de vuestras acciones; pero no por eso habeis de perder aquí la vida de todas maneras: yo por mí, quiero á toda costa excusar á mis amigos la desazon de verme padecer, y ahorrarme yo el espectáculo del triste rostro del consuelo. — Pensaba, interrumpí con viveza, que el fin de la vida de un hombre honrado, no era la felicidad, solo útil para él, sino la virtud provechosa para los demas. — ¡ La virtud, la virtud!... dijo Mr. de Maltigues, vacilando un poco, y determinándose luego, es un idioma para la plebe, que los augures no pueden hablar entre si sin reirse. Hay almas buenas á quienes todavía conmueven ciertas voces, ciertos sonidos armoniosos, y para ellas se toca el instrumento; pero toda esa poesía de fidelidad y de entusiasmo, se ha inventado para consolar á los que no han podido progresar en el mundo; viene á ser como el *de profundis* que se canta á los muertos: los vivos cuando están en prosperidad no pasan mucho cuidado de conseguir esa especie de obsequio.

Irritáronme de tal suerte estas palabras, que no pude dejar de responderle con altivez: — Sentiria, si tuviese algun dominio en casa de madama de Arbigny, admitiese en ella á un hombre que manifiesta semejante modo de pensar y de explicarse. — En cuanto á eso, cuando llegue el tiempo, respondió Mr. de Maltigues, determinareis lo que mejor os

pareciere, mas si mi prima toma mi consejo, no será esposa de un hombre que tanto se aflige por la posibilidad de este enlace: há mucho tiempo, ella puede deciroslo, le reprendo su flaqueza, y los medios de que se vale para conseguir un fin que no lo merece. — Al oir esta contestacion, ma; insultante por el tono con que la dió, hice seña á Mr. de Maltigues de que viniese conmigo; por el camino, debo decirlo, proseguia desenvolviendo su sistema con la mayor serenidad, y pudiendo morir de allí á un instante, no hablaba una palabra religiosa ni sensible. — Si yo hubiese dado en vuestras simplezas de jóvenes, me decia, ¿ os parece no me habria desengañado lo que pasa en mi país? ¿ Cuándo habeis visto que sirviese para nada ser escrupuloso? — Es verdad, respondí, en vuestro país sirve ahora un poco ménos que en otras partes; pero con el tiempo, y mas allá del tiempo, todo tiene su recompensa.

Pensé por el camino que si moria en mi lid con Mr. de Maltigues, no habia tomado precaucion alguna para informar de mi suerte á mi padre, ni para dejar á madama de Arbigny parte de mi hacienda á que la juzgaba acreedora. Miétras yo hacia estas reflexiones, pasámos por delante de la casa de Mr. de Maltigues, y le pedí licencia para subir á escribir dos cartas; convino en ello, y cuando volvimos á andar para salir de la ciudad, se las entregué, y le hablé de madama de Arbigny con sumo

interés, recomendándosela como á un amigo en quien tenia confianza. Esa demostracion le conmovió, porque en honor de la virtud, es fuerza observar que los hombres mas descaradamente osados en la inmoralidad se complacen infinito cuando les dan una muestra de estimacion: á la verdad, las circunstancias en que nos hallábamos eran bastante graves para causar alguna alteracion en Mr. de Maltigues; pero como por cuanto hay en el mundo no habria querido que se advirtiese, dijo burlándose estas palabras, tal vez dictadas por otro sentimiento mas serio.

— Sois una criatura apreciable, querido Nelvil, y me determino á hacer por vos una accion generosa, porque dicen que esto da ventura; en efecto la generosidad es prenda tan pueril, que debe encontrar su recompensa mas bien en el cielo que en la tierra. Pero ántes de servirlos, es menester establezcamos nuestras condiciones: á pesar de cuanto os dijere, no hemos de dejar de reñir. — Respondile con un consentimiento muy desdeñoso, segun creo, porque la precaucion oratoria me pareció, por lo ménos, inútil; y Mr. de Maltigues prosiguió con tono seco y desenfadado — Madama de Arbigny no os conviene; vuestros caracteres no tienen ninguna semejanza; vuestro padre sentiria en extremo tal matrimonio, y vos sentiriais en extremo disgustarle: mejor es, pues, que si vivo, sea yo quien se case con madama de Arbigny, y si muero tambien

será mejor se case con otro; porque mi prima, como persona de suma prevision, aun cuando ama, toma juiciosas precauciones por si acaso dejasen de amarla. Veréislo en sus cartas; os las dejo despues de mi muerte, y las hallareis en mi gaveta bajo esta llave. Conozco á mi prima desde que nació, y ya sabeis que aunque es misteriosísima no me oculta ninguno de sus secretos: cree no digo sino lo que quiero, y en efecto nada me exalte; mas tampoco hago caso de muchas cosas, y juzgo que nosotros los hombres debemos, en punto á mujeres, decirnoslo todo. Al fin, si muero, será por la sin par belleza de madama de Arbigny, y aunque estoy pronto á perecer por ella, no le agradezco mucho el favor de la situacion en que me ha puesto su doble trato. Con todo, no es seguro me mateis; — y acabando esta palabras, llegámos fuera de la ciudad, sacó sus espada, y se afirmó.

Habia hablado con singular viveza, y yo estaba confuso de lo que me habia dicho. La proximidad del riesgo, sin alterarle, le animaba mas, y yo no podia adivinar si inventaba una falsedad ó revelaba la verdad por vengarse. Sin embargo, en esta incertidumbre, miré mucho por su vida, porque tenia mucho ménos destreza que yo, y habria podido pasarle diez veces el corazon; pero me contenté con herirle en el brazo y desarmarle. Mostróse agradecido, y al acompañarle á su casa, le acordé la conversacion que precedió á nuestro combate.

Díjome entónces: siento haber faltado á la confianza de mi prima: el peligro es como el vino, embriaga; mas al fin me consuelo, porque no habriais sido dichoso con madama de Arbigny; es demasiado astuta para ser vuestra compañera. A mí me es indiferente, pues aunque me parece preciosa, y me agrada infinito su talento, jamas hará cosa alguna en mi daño, porque el matrimonio unirá nuestros intereses; mas vos que sois novelesco, hubiérais sido juguete suyo. En vuestra mano ha estado matarme; os debo la vida; por tanto no puedo negaros las cartas que os prometí despues de mi muerte. Leedlas, partid para Inglaterra, y no os den mucho cuidado las penas de madama de Arbigny: llorará, porque os ama; pero se consolará, porque es mujer bastante cuerda para no querer ser desgraciada, y mucho ménos que piensen lo es. De aquí á tres meses, será madama de Maltigues. — Cuanto me decia era cierto, como lo probaron aquellas cartas, por las cuales me convencí de que madama de Arbigny no se hallaba en la situacion que fingió declararme con rubor para obligarme á no partir, y que sobre este punto me habia engañado de un modo indigno. Me amaba, en verdad, pues lo decia en las mismas cartas á Mr. de Maltigues; mas le lisonjeaba con tanto arte, le dejaba tanta esperanza, y mostraba por complacerle un carácter tan diverso del que siempre me habia manifestado, que no pude dudar lo contemplaba con intencion de ser su esposa, si no lo era mia. ¡ Esta

era, Corina, la mujer que me ha privado para siempre de la paz del corazon y de la conciencia!

Le escribí al tiempo de irme, y no la volví á ver; y como Mr. de Maltigues lo predijo, despues he sabido que es su esposa. Pero me hallaba muy ajeno de pensar en la desgracia que me esperaba; creía conseguir el perdon de mi padre; estaba seguro de que diciéndole cómo me habian engañado, me amaría mas, porque me tendria por mas digno de compasion. Despues de viajar mas de un mes, noche y dia por en medio de Alemania, llegué á Inglaterra lleno de confianza en la inagotable bondad de un padre. ¡ Ay, Corina, al desembarcar me notició un periódico que mi padre ya no existia! Veinte meses han pasado desde aquel momento, y siempre está delante de mí como un fantasma que me persigue. Las letras que formaban estas palabras: *Lord Nelvil acaba de morir*, arrojaban llamas; el fuego de ese volcan es menos horroroso. Ni es esto tódo: supe habia muerto profundamente afligido de mi mansion en Francia, temiendo renunciase á la carrera militar, me casase con una mujer, de quien no tenia buen concepto, y que estableciéndome en un país que estaba en guerra con el mio, perdiese del todo mi opinion en Inglaterra. ¿ Quién sabe si no abreviaron sus dias estos dolorosos pensamientos? Corina, Corina, ¿ no soy un asesino, no lo soy, decídmelo? — No, exclamó ella, no, solo sois desgraciado, la bondad, la generosidad os arrebataron; os respeto á la par

que os amo: juzgaos en mi corazon, y tomadle por vuestra conciencia. El dolor os extravía: creed á la que os adora: el amor que yo siento no es ilusion; si os estimo, si os admiro es porque sois el mejor y el mas sensible de los hombres. — Corina, dijo Osvaigo, no merezco tanta alabanza: pero quizá no seré tan delincuente: mi padre me perdonó antes de morir: en un escrito suyo, dirigido á mí en sus dias postreros, he hallado voces suaves: habíale llegado una carta mía, que me justificó en algun modo; mas estaba hecho el daño, y el dolor que yo le causé, habia despedazado su corazon.

Cuando volví á entrar en su palacio, cuando me rodearon sus antiguos domésticos, me negué á sus consuelos: acuséme delante de ellos, fui á prostrarme sobre su sepulcro, y en él juré, como si aun durase para mí el tiempo de reparar, que jamas me casaria sin consentimiento de mi padre! Ay! ¡qué prometia á quien ya habia dejado de existir! ¡Qué significaban entónces aquellas palabras de mi delirio! Debo á lo ménos considerarlas como una promesa de no hacer cosa alguna que hubiera desaprobado durante su vida. Corina, dulce amiga, ¿por qué os sobresaltan estas voces? Mi padre pudo exigir de mi el sacrificio de una mujer falsa, que debia mi pasion solo á sus artificios; pero de la criatura mas sincera, mas natural y mas generosa, la primera que me ha inspirado aquel amor que purifica el

alma, en lugar de extraviarla, ¿por qué querian separarme los seres celestiales?

Al entrar en el aposento de mi padre, vi su capa, su sillón, su espada, todavía como otras veces, todavía allí; ¡pero su sitio estaba vacío y mis gritos le llamaban en vano! Ese manuscrito, esa coleccion de sus pensamientos, es lo único que me responde: ya habeis visto algunos trozos, dijo Osvaigo, dándosele á Corina; siempre le llevo conmigo; leed lo que escribia sobre la obligacion de los hijos con sus padres; leed, Corina, tal vez el dulce acento de vuestra voz me acostumbrará á sus palabras. Corina obedeció á Osvaigo, y leyó lo siguiente:

« ¡Ah! ¡qué poco necesitan para desconfiar de sí mismos un padre, una madre adelantados en la vida! ¡cuán fácilmente se creen de mas en la tierra! ¿De qué pensarán servir para vosotros, si ya no les pedís consejos? Vivís enteramente en el momento actual; os fija en él una pasion dominante; y todo cuanto no se refiere á ese momento os parece antiguo y fuera de uso. En fin, estais de tal suerte en vuestra persona de corazon y de ánimo, que creyendo formar solos un punto histórico, no atendeis á las semejanzas eternas entre el tiempo y los hombres, y la autoridad de la experiencia os parece una ficcion, ó una garantía vana, destinada únicamente para dar crédito á los viejos, y para deleite postrero de su amor propio. ¡Ah! ¡qué error! El mundo, este vasto teatro, no cambia de actores;

siempre sale á la escena el hombre mas el hombre no se renueva; y como todas sus formas dependen de algunas pasiones principales, cuyo círculo está recorrido mucho tiempo há, rara vez en las combinaciones ménos notables de la vida privada, deja de ser la experiencia, esta ciencia de lo pasado, origen fecundo de la mas útil enseñanza.

» ; Honor, pues, á los padres y á las madres! honor y veneracion, aunque solo será por su imperio pasado, por aquel tiempo que fué de ellos solos, y que ya no volverá; aunque no mas sea que por aquellos años para siempre perdidos, cuya augusta imágen llevan en su frente.

» Esta es vuestra obligacion, hijos presuntuosos, que os mostrais impacientes por correr solos el camino de la vida. Se irán, no lo podeis dudar, esos padres que tardan en haceros lugar: ese padre, cuyos discursos tienen todavía cierta severidad ofensiva: esa madre, cuya edad cansada exige cuidados molesto: se irán esos guardianes vigilantes de vuestra niñez, y esos protectores celosos de vuestra juventud; se irán, y buscareis en vano otros amigos mejores; se irán, y cuando ya no existan, se os presentarán con nuevo semblante; porque el tiempo que envejece á las personas cuando las vemos, las torna jóvenes para nosotros despues que las hace desaparecer la muerte; el tiempo les da entónces un esplendor que no advertíamos; las contemplamos en el cuadro de la eternidad donde ya no hay

edades, así como no hay graduacion; y si hubiesen dejado en la tierra una memoria de sus virtudes, las adornaríamos en idea con un rayo celestial, las seguiríamos con nuestras miradas á la mansion de los escogidos, las consideraríamos en aquellas moradas de gloria y de felicidad; y á la par de los brillantes colores con que formaríamos su auréola santa, nos veríamos ofuscados en medio de nuestros mas hermosos dias, y de los triunfos que mas nos deslumbran (1). »

— Corina, exclamó lord Nelvil con vehementísimo dolor, ¿juzgais que escribió contra mí esas crueles palabras? — No, no, respondió Corina; sabeis que os amaba, tenia confianza en vuestro cariño; y ademas, vos mismo me habeis dicho que estas reflexiones estaban escritas mucho ántes de cometer vos ese yerro que os causa tanto pesar. Escuchad mas bien, prosiguió Corina, hojeando el manuscrito que aun no habia dejado, escuchad estas reflexiones sobre la indulgencia, algunas páginas mas adelante :

« Caminamos en la vida, rodeados de lazos, y con planta mal segura; nuestros sentidos se dejan seducir con engañosos halagos; nuestra imaginacion nos extravía con resplandores mentidos, y nuestra razon misma recibe cada dia de la experiencia el grado de luz que le faltaba, y la con-

(1) Discurso sobre las obligaciones de los hijos con sus padres. Curso de moral religiosa. Véase la nota del tomo I, pág. 246.

fianza que necesita. Tantos peligros juntos con tanta flaqueza; tantos intereses varios, con prevision tan limitada, y tan reducida capacidad; en fin tantas cosas desconocidas, y una vida tan corta; todas estas circunstancias, todas estas condiciones de nuestra naturaleza, ¿no son para nosotros una advertencia del alto puesto que debemos dar á la indulgencia en el orden de las virtudes sociales? ¡Ay! ¿dónde está el hombre exento de flaquezas? ¿Dónde está el hombre que no tiene nada de que culparse? ¿dónde está el hombre que puede mirar hácia atras de su vida sin sentir algun remordimiento, y sin arrepentirse de algo? Solamente extraña las agitaciones de un alma timorata, el que nunca se examinó á sí propio, el que jamas vivió en la soledad de su conciencia (1). »

— Estas son, prosiguió Corina, las palabras que vuestro padre os envia desde el cielo; estas sí, son para vos. — Es verdad, dijo Osvado; sí, Corina, vos sois el ángel de los consuelos; vos me aliviais; pero si hubiera podido verle un momento ántes de morir, si hubiera sabido por mí que no era indigno de él, si me hubiera dicho que lo creia, no me atormentarian los remordimientos como al mayor delincuente; ni tendria este modo de obrar vacilante, este corazon inquieto, que á nadie promete ventura. No me juzgueis débil; el valor no puede nada con-

(1) Discurso sobre la indulgencia, en el Curso de moral religiosa. Véase la nota del tomo I, pág. 246.

tra la conciencia; procede de ella; ¿cómo la ha de vencer? Ahora mismo, conforme va creciendo la oscuridad, me parece ver en esas nubes los surcos del rayo que me amenaza. ¡Corina! ¡Corina! sosegad á vuestro infeliz amigo, ó dejadme tendido en esta tierra; quizá se abrirá á mis voces, y me permitirá penetrar hasta la mansion de los muertos.





LIBRO DÉCIMOTERCIO

EL VESUVIO Y EL CAMPO DE NAPOLES

CAPITULO I

Lord Nelvil permaneció mucho tiempo aterrado despues de la cruel narracion que habia conmovido toda su alma. Corina procuró volverle en sí con suavidad, y el raudal de fuego que caia del Vesuvio, hecho ya visible por la noche, hirió vivamente la imaginacion de Osvaldo; y aprovechándose Corina de aquella impresion para separarle de los recuerdos que le agitaban, se apresuró á llevarle consigo á la ribera de cenizas de la lava inflamada.

El terreno que pasaron ántes de llegar á ella huia bajo su planta, y parecia los rechazaba léjos de una mansion enemiga de cuanto vive; en aquellos

sitios ya no hay conexion entre la naturaleza y el hombre: ya no puede creerse su dominador; huye de su tirano muriendo. El fuego del torrente es de color fúnebre; empero cuando abrasa las viñas ó los árboles, se ve salir de él una llama clara y brillante: mas la misma lava es opaca, cual se representa un rio del infierno, y rueda lentamente como una arena negra de dia, y encendida de noche. Al llegar se oye un leve rumor de centellas que causa tanto mas temor cuanto es mas ligero, y cuanto parece que la astucia se junta con la fuerza; así se llega el tigre real á su presa secretamente y con lentos pasos. Aquella lava se adelanta sin apresurarse jamas, y sin perder un instante; si encuentra un muro elevado, si se opone á su tránsito algun edificio, párase, y amontona delante del obstáculo sus torrentes negros y bituminosos, y por fin le sepulta bajo sus ardientes olas. Su caminar no es bastante veloz para que los hombres no puedan huir; pero alcanza, como el tiempo, á los imprudentes y á los ancianos, que viéndola venir pesada y silenciosa juzgan fácil escapar de ella. El resplandor que arroja es tan encendido, que por vez primera se refleja la tierra en el cielo, y le hace parecer un continuo relámpago; y luego aquel cielo se repite en la mar, y la naturaleza se abrasa en aquella triple imagen del fuego. Oyese, y se hace ver el viento en torbellinos de llama dentro del abismo de donde sale la lava: da terror lo que pasa en las entrañas

de la tierra, y sentimos que bajo nuestra planta la estremecen extraños furoros. Las peñas que rodean el manantial de la lava, están cubiertas de azufre y de betun, cuyos colores tienen una apariencia infernal: verde lívido, oscuro amarillo, y macilento encarnado, forman como una disonancia para los ojos, y atormentan la vista, como rasgarían el oído aquellos sonidos penetrantes que lanzaban las hechiceras cuando llamaban, en la noche, la luna á la tierra.

Todo lo que rodea el volcan recuerda el infierno, y las descripciones de los poetas son tomadas sin duda de estos lugares. Allí es donde se comprende como han creído los hombres en la existencia de un genio maléfico que se opusiese á las intenciones de la Providencia; porque es fuerza que contemplando aquella mansión se hayan preguntado, si solo la bondad presidia á los fenómenos de la creación, ó si algun principio escondido forzaba á la naturaleza, como al hombre, á la ferocidad. — Corina, exclamó lord Nelvil, ¿son estas infernales riberas la patria del dolor? ¿levanta su vuelo desde esta cumbre el ángel de la muerte? Si no viese tu mirar celestial, perderia aquí hasta la memoria de las obras de la divinidad que adornan el mundo; y no obstante, este aspecto del infierno, con todo su horror, me causa ménos espanto que los remordimientos del corazón; todos los riesgos pueden despreciarse, pero ¿cómo nos ha de libertar de las culpas que nos

baldonamos, respecto de él, un objeto que ya no existe? ¡Jamás! jamás! ¡Ah! Corina, ¡qué palabra de hierro y de fuego! Los suplicios inventados por los sueños del padecer, la rueda dando vueltas sin cesar, el agua huyendo al acercarse á ella, las piedras cayendo otra vez conforme se levantan, son una imagen débil para expresar ese terrible pensamiento, ¡lo imposible, lo irreparable!

Reinaba profundo silencio entorno de Corina y de Osvaldo; sus propios guías se habían retirado á lo lejos, y como cerca del cráter no hay animal, ni insecto, ni planta, no se oía mas que el silbido de la llama agitada. Empero, llegó á aquel sitio un ruido de la ciudad: el sonar de las campanas que llegaba rompiendo los aires: acaso celebraban la muerte, acaso avisaban del nacimiento; no importa, causaron á los viajantes una dulce sensación. — Querido Osvaldo, dijo Corina, dejemos este desierto, volvamos á bajar hácia los vivos; mi alma se halla mal aquí. Todos los demas montes, acercándonos al cielo, parece nos elevan sobre la vida terrenal; pero en este sitio, solamente experimento horror y zozobra; se me antoja que veo á la naturaleza tratada como un delincuente, y condenada, como un ser depravado, á no sentir ya mas el aliento benéfico de su criador; no, no es esta la mansión de los buenos, vámonos.

En tanto que Corina y lord Nelvil bajaban hácia la llanura, caía una lluvia copiosa, y á cada ins-

tante estaban casi apagadas sus hachas. Acompañabanlos los lazzaroni dando continuos gritos, capaces de causar terror á quien no supiese que es un hábito en ellos; pero aquellos hombres se sienten á veces agitados de un exceso de vida que no saben en qué emplear, porque reunen en igual grado pereza y violencia; y su fisonomía mas señalada que su carácter, parece indica una especie de viveza, en que no tienen parte alguna el entendimiento ni el corazón. Osvaldo, receloso de que la lluvia dañase á Corina, ó llegase á faltarles la luz, en fin de que se viese expuesta á algun riesgo, no pensaba en otra cosa, y un interes tan tierno sosegó poco á poco la alteracion de su alma. Volvieron á encontrar su coche á la falda del monte; no se pararon en las ruinas de Herculano, casi enterradas de nuevo, por no trastornar la ciudad de Pórtici, que está edificada encima de aquella ciudad antigua; llegaron á Nápoles hácia media noche, y Corina ofreció á lord Nelvil, cuando se despidieron, entregarle al otro dia por la mañana la historia de su vida.

---

## CAPITULO II

En efecto, al dia siguiente por la mañana, quiso Corina hacer el esfuerzo prometido, y aunque e

mayor conocimiento que tenia ya del carácter de Osvaldo redoblaba su cuidado, salió de su aposento, llevando lo que habia escrito, temblando, pero resuelta á entregarlo. Entró en la sala de la posada donde vivian los dos; y ya encontró allí á Osvaldo que acababa de recibir cartas de Inglaterra: una de ellas estaba encima de la chimenea, y su letra causó tanta novedad á Corina, que con inexplicable turbacion preguntó de quién era. — De lady Edgermond, respondió lord Nelvil. — ¿Teneis correspondencia con ella? interrumpió Corina. — Lord Edgermond era amigo de mi padre, repuso Osvaldo, y pues la casualidad ha hecho hablemos de ella, no os ocultaré que mi padre pensó que algun dia pudiera convenirme tomar por esposa á su hija Lucila Edgermond. — ¡Santo Dios! exclamó Corina, y cayó en una silla, casi desmayada. — ¿De dónde nace esa cruel conmocion? dijo lord Nelvil; ¿qué podeis temer de mí, Corina, si os amo, si os idolatro? Cuando mi padre, al morir, me hubiese mandado ser esposo de Lucila, no me juzgaria por cierto libre, y me hubiera apartado de vuestro irresistible atractivo; pero solamente me aconsejó ese enlace, escribiéndome él mismo que no podia formar concepto de Lucila, por ser todavía niña. No la he visto tampoco mas que una vez, y apenas tendria doce años; ni me he comprometido de manera alguna con su madre; mas no obstante, las dudas, la vacilacion que habreis advertido en mis

## CAPITULO III

Habia resuelto Corina dar á lord Nelvil una funcion durante los ocho dias de plazo que habia pedido, y esta idea de fiesta se juntaba en su corazon con los mas tristes sentimientos. Era imposible, examinando el carácter de Osvaldo, que no la tuviese cuidadosa la impresion que le haria su narracion, pues era menester juzgar á Corina como poeta, como artista, para perdonarle el sacrificio de su clase, de su familia, de su país, y de su nombre, al entusiasmo del talento y de las bellas artes. Lord Nelvil tenia seguramente toda la disposicion necesaria para admirar la imaginacion y el genio; pero creia que las relaciones de la vida social debian ser primero que todo, y que el principal destino de las mujeres, y aun de los hombres, no era el ejercicio de las facultades intelectuales, sino el cumplimiento de las obligaciones peculiares de cada uno. Los remordimientos crueles que habia experimentado, apartándose de la senda que se proponia seguir, habian fortalecido aun mas los principios severos de moral, innatos en él. Las costumbres de Inglaterra, los hábitos y las opiniones de un país, donde tanto se aprecia el respeto mas escrupuloso á las obligaciones y á las leyes, le tenian en vínculos

bastante estrechos sobre muchos puntos: en fin el desaliento nacido de una profunda tristeza hace amar lo que está en el órden natural, lo que camina por si mismo, y no exige resolucion nueva ni decision contraria á las circunstancias que nos señala la suerte.

El amor de Osvaldo á Corina habia modificado todo su modo de sentir; pero el amor no cambia nunca enteramente el carácter, y Corina descubria aquel carácter por entre la pasion que le vencia; y acaso el atractivo de lord Nelvil consistia en mucha parte en aquella oposicion entre su naturaleza y su cariño; oposicion que daba nuevo precio á todas las demostracions de afecto. Mas llegaba el instante en que las inquietudes pasajeras que Corina habia siempre evitado, y solo habian causado una turbacion leve y melancólica en la felicidad de ambos, debian decidir de su vida. Aquella alma nacida para la ventura, acostumbrada á las sensaciones variadas del talento y de la poesía, se admiraba de la aspereza y de la constancia del dolor; y agitaba entónces todo su ser un temblor que no sienten las mujeres resignadas mucho tiempo á padecer.

Sin embargo, en medio del mas cruel afan preparaba secretamente un dia brillante que queria dar aun á Osvaldo: así se juntaban de un modo novelesco su imaginacion y su sensibilidad. Convidó á los Ingleses residentes en Nápoles, á algunos Napolitanos y Napolitanas, cuyo trato le agradaba; y la mañana del dia escogido para ser juntamente el de

una fiesta, y víspera de una declaración que podía destruir para siempre su dicha, animaba sus facciones una singular inquietud, y le daba una expresión absolutamente nueva. La vista de una persona distraída podía equivocarse aquella expresión tan viva con la alegría; pero sus movimientos agitados y rápidos, sus miradas siempre vagas, probaban harto á lord Nelvil lo que pasaba en su alma. En vano procuraba sosegarla con las más tiernas palabras. — Dentro de dos días me diréis eso, respondía, si pensáis de la misma manera; ahora estas dulces protestas aumentan mi mal. — Y se apartaba de él.

Los coches que habían de llevar á las gentes convidadas por Corina, llegaron al anochecer, cuando se levanta el viento del mar, y refrescando el aire, permite al hombre contemplar la naturaleza. El primer descanso del paseo fué el sepulcro de Virgilio, donde se detuvieron Corina y los que la acompañaban antes de atravesar la gruta de Posilipo. El sepulcro está colocado en el sitio más hermoso del mundo, y el golfo de Nápoles le sirve de perspectiva: su aspecto es tan magnífico y tan sosegado, que inclina á creer fué escogido por el mismo Virgilio, á quien habría podido servir de epitafio este sencillo verso de las Geórgicas:

*Illo Virgilium me tempore dulcis alebat  
Parthenope..... (1).*

(1) La dulce Partenope era mi asilo.

Sus cenizas descansan allí todavía, y la fama de su nombre atrae á aquel sitio los obsequios del universo. Nada más puede el hombre arrancar en esta tierra á la muerte.

Petrarca plantó sobre este sepulcro un laurel, y Petrarca fué, y el laurel se muere. Los extranjeros, que vienen en tropel á honrar la memoria de Virgilio, han escrito su nombre en las paredes que rodean la urna: cansan estos nombres oscuros que parece están allí solo para turbar la idea pacífica de soledad que aquella mansión excita. Petrarca, nadie más, era digno de dejar una señal durable de su viaje al sepulcro de Virgilio. Bájase otra vez en silencio de aquel asilo funeral de la gloria; recordando los pensamientos y las imágenes que el talento del poeta hizo para siempre sagrados. ¡Admirable hablar con las gentes futuras, hablar que el arte de escribir eterniza y renueva! ¿Qué sois, pues, tinieblas de la muerte? ¡Las ideas, los sentimientos, las expresiones de un hombre subsisten, y no subsistiría lo que era él! No; es imposible semejante contradicción en la naturaleza.

— Osvaldo, dijo Corina á lord Nelvil, las sensaciones que acabais de experimentar, no preparan bien para una fiesta; pero ¡cuántas fiestas, añadió con una especie de exaltación en sus miradas, cuántas fiestas ha habido cerca de los sepulcros! — Amiga mía, respondió Osvaldo, ¿cuál es la causa de esa pena secreta que aflige vuestro pecho? Confíad en

mí, yo os he debido los seis meses mas felices de mi vida; y tal vez en este tiempo he endulzado yo tambien vuestros dias. ¡Ah! ¡quién seria impío con la dicha! ¡Quién podria privarse del deleite sin igual de complacer á una alma como la vuestra! ¡Ah! harto es ser necesario para el mas humilde mortal; serlo para Corina, creedme, es demasiada gloria, demasiada delicia para renunciarla. — Creo vuestras promesas, respondió Corina; pero ¿no hay momentos en que señorea el corazon un no sé qué violento y extraño, acelerando sus latidos con dolorosa zozobra?

Atravesaron á la luz de las hachas la gruta de Posilipo: pásase así aun en medio del dia, porque es un camino abierto por debajo del monte de cerca de un cuarto de legua, y al llegar á la mitad, apenas se divisa la claridad en los dos extremos. Aquella larga bóveda retiembla con resonar extraordinario; los pasos de los caballos, las voces de sus conductores hacen un estruendo que aturde, y no deja en la mente ningun pensamiento seguido. Los caballos de Corina arrastraban su coche con portentosa rapidez, y sin embargo no se contentaba de su velocidad, y decia á lord Nelvil: — Querido Osvaldo, ¡qué despacio caminan! haced que vayan mas de prisa. — ¿De dónde nace esa impaciencia, Corina? respondió Osvaldo: en otros tiempos, cuando estábamos juntos, no procurábais precipitar las horas, disfrutábais de ellas. — Ahora, dijo Corina, es pre-

ciso que se decida todo; es preciso que todo llegue á su fin, y me siento con necesidad de acelerarlo todo, aunque sea mi muerte.

Al salir de la gruta se experimenta una sensacion muy penetrante de placer, de encontrar la luz y la naturaleza; ¡y qué naturaleza se presenta á la vista! En el campo de Italia faltan frecuentemente los árboles, mas aquí se ven con abundancia: la tierra ademas se halla cubierta de tantas flores, que es el país donde ménos se necesitan aquellas selvas que son lo mas bello de la naturaleza en cualquiera otra region. Es tanto el calor en Nápoles, que no permite pasear por el dia ni aun á la sombra; pero por la noche se ofrece enteramente á la vista aquel país despejado, ceñido del mar y del cielo, y se respira frescor por donde quiera. La transparencia del aire, la variedad de los sitios, la figura pintoresca de los montes, caracterizan de tal suerte el aspecto del reino de Nápoles, que los pintores dibujan con preferencia sus paisajes: allí tiene la naturaleza un poder y una originalidad imposibles de explicar con ninguno de los atractivos que se desean en otras partes.

— Ahora pasamos, dijo Corina á los que la acompañaban, por encima de las márgenes del lago Averno, cerca del Flejetonte, y allí delante teneis el templo de la Sibila de Cúmas: ya atravesamos los sitios celebrados por el nombre de las delicias de *Bayas*; pero no os aconsejo que nos detengamos en

este instante : recogeremos los recuerdos de la historia y de la poesía que nos rodean, en llegando á un paraje desde donde los descubramos todos juntos.

En el cabo Miseno habia hecho preparar Corina las danzas y la música : no puede verse cosa mas pintoresca que aquella fiesta. Todos los marineros de Bayas estaban vestidos de colores vivos, y bien contrapuestos; algunos Orientales que venian de un bajel levantino anclado entónces en el puerto, bailaban con las aldeanas de las islas vecinas de Ischia, y de Prócida, cuyo traje ha conservado semejanza con los vestidos griegos; oíanse á lo léjos voces armoniosamente unidas, y los instrumentos se respondian de eco en eco, detras de las peñas, como si fuesen los sonidos á perderse en el mar. El ambiente que allí se respiraba era suavísimo, llenaba el alma de un sentimiento de alegría que animaba á todos, y llegó á dominar á la misma Corina. Propusiéronle que se mezclase en la danza de las aldeanas, y al pronto convino con placer; mas apenas hubo empezado, los sentimientos mas tristes le tornaron odiosas las diversiones de que participaba, y alejándose rápidamente del baile y de la música, fué á sentarse á la orilla del cabo, inmediata á la mar. Osvaldo la siguió presuroso; pero al llegar junto á ella, se juntó tambien la gente que los acompañaba para suplicar á Corina improvisase en tan hermoso sitio; y era tal su turbacion en aquel

instante, que se dejó llevar hácia el cerro elevado donde habian puesto su lira, sin poder reflexionar en lo que le pedian.

---

#### CAPITULO IV

No obstante, Corina deseaba que Osvaldo volviese á oirla otra vez, como en el dia del Capitolio, con todo el talento que habia recibido del cielo; porque si debia ser ya perdido para siempre, queria que ántes de apagarse resplandeciesen sus rayos postreros para su amado. Este deseo la hizo encontrar en la misma agitacion de su alma la inspiracion que habia menester. Estaba templada su lira, y todos sus amigos ansiosos de oirla; el mismo pueblo que la conocia por fama, aquel pueblo que en el mediodía es, por su imaginacion, buen juez de la poesía, rodeaba callado el recinto donde se hallaban colocados los amigos de Corina, y todos aquellos semblantes napolitanos expresaban con su viva fisonomía la mas curiosa atencion. Alzabase la luna en el horizonte; mas aun hacian su luz desmayada los rayos postreros del dia : desde lo alto de la colina que sale hácia el mar, y forma el cabo Miseno,

este instante : recogeremos los recuerdos de la historia y de la poesía que nos rodean, en llegando á un paraje desde donde los descubramos todos juntos.

En el cabo Miseno habia hecho preparar Corina las danzas y la música : no puede verse cosa mas pintoresca que aquella fiesta. Todos los marineros de Bayas estaban vestidos de colores vivos, y bien contrapuestos; algunos Orientales que venian de un bajel levantino anclado entónces en el puerto, bailaban con las aldeanas de las islas vecinas de Ischia, y de Prócida, cuyo traje ha conservado semejanza con los vestidos griegos; oíanse á lo léjos voces armoniosamente unidas, y los instrumentos se respondian de eco en eco, detras de las peñas, como si fuesen los sonidos á perderse en el mar. El ambiente que allí se respiraba era suavísimo, llenaba el alma de un sentimiento de alegría que animaba á todos, y llegó á dominar á la misma Corina. Propusiéronle que se mezclase en la danza de las aldeanas, y al pronto convino con placer; mas apenas hubo empezado, los sentimientos mas tristes le tornaron odiosas las diversiones de que participaba, y alejándose rápidamente del baile y de la música, fué á sentarse á la orilla del cabo, inmediata á la mar. Osvaldo la siguió presuroso; pero al llegar junto á ella, se juntó tambien la gente que los acompañaba para suplicar á Corina improvisase en tan hermoso sitio; y era tal su turbacion en aquel

instante, que se dejó llevar hácia el cerro elevado donde habian puesto su lira, sin poder reflexionar en lo que le pedian.

---

#### CAPITULO IV

No obstante, Corina deseaba que Osvaldo volviese á oirla otra vez, como en el dia del Capitolio, con todo el talento que habia recibido del cielo; porque si debia ser ya perdido para siempre, queria que ántes de apagarse resplandeciesen sus rayos postreros para su amado. Este deseo la hizo encontrar en la misma agitacion de su alma la inspiracion que habia menester. Estaba templada su lira, y todos sus amigos ansiosos de oirla; el mismo pueblo que la conocia por fama, aquel pueblo que en el mediodía es, por su imaginacion, buen juez de la poesía, rodeaba callado el recinto donde se hallaban colocados los amigos de Corina, y todos aquellos semblantes napolitanos expresaban con su viva fisonomía la mas curiosa atencion. Alzabase la luna en el horizonte; mas aun hacian su luz desmayada los rayos postreros del dia : desde lo alto de la colina que sale hácia el mar, y forma el cabo Miseno,



se descubrieron claramente el Vesuvio, el golfo de Nápoles, las islas de que está sembrado, y la campiña dilatada desde Nápoles hasta Gaeta; en fin, la región del universo, donde mas huellas han dejado los volcanes, la historia y la poesía. Así fué, que de comun acuerdo, todos los amigos de Corina la rogaron tomase por asunto de los versos que iba á cantar, *las memorias que recordaban aquellos lugares*. Recorrió su lira, y empezó con voz alterada: su mirar era hermoso; pero quien la conocia como Osvaldo podia descubrir en sus ojos la inquietud de su alma; procuró, no obstante, contener su pena, y elevarse á lo ménos por un instante sobre su situación personal.

CANTO IMPROVISO DE CORINA EN EL CAMPO DE NAPOLES.

« La naturaleza, la poesía y la historia son aquí rivales en grandeza; aquí puede abrazar una mirada no mas todos los tiempos y todos los prodigios.

« Viendo estoy el lago de Averno, volcan apagado, cuyas olas inspiraban otros dias terror; y Aqueron y Flejetonte siempre hirviendo al calor de una llama subterránea, son los rios de este infierno visitado por Enéas.

» La ciudad de Cúmas, el antro de la Sibila, el templo de Apolo, yacian en esa altura: mirad el bosque donde se cogió el ramo de oro; la tierra de a Eneida os rodea, y las ficciones que el genio hizo

sagradas, se tornaron memorias, cuyos vestigios vamos todavía buscando.

» Un Triton sumergió en esas ondas al temerario Troyano que osó desafiar á las Divinidades con su canto; esas peñas huecas y sonoras son cual las pintó Virgilio: la imaginacion es fiel cuando es poderosa; y el genio del hombre crea cuando siente á la naturaleza, imita cuando presume inventarla.

» En el centro de esas masas terribles, antiguos testigos de la creacion, se ve un monte nuevo á que dió nacimiento el volcan. Aquí la tierra es borrascosa como la mar, y no vuelve como ella mansamente á sus limites: el pesado elemento, levantado por los temblores del abismo, ahonda los valles y alza los montes y sus olas empedernidas atestiguan las tormentas que desgarran su seno.

» Si herís este suelo, resuena la profunda bóveda, cual si el mundo habitado fuese solo una corteza próxima á romperse. El campo de Nápoles es imagen de las pasiones humanas; sulfuroso y fecundo á un tiempo, sus peligros y sus placeres nacen, al parecer, de esos volcanes inflamados que dan al aire tanta suavidad, y hacen rugir el trueno bajo nuestra planta.

» Plinio estudiaba la naturaleza para admirar mejor á Italia; alababa su país como la mas hermosa de las regiones cuando no podia honrarla con otros titulos, y buscando la ciencia como un guerrero las conquistas, partió de este promontorio

mismo para observar el Vesuvio por entre las llamas, y las llamas le consumieron.

» ¡ Oh memoria, noble poder, tu imperio está en estos lugares! De siglo en siglo, ¡ destino singular! se queja el hombre de lo que perdió, como si los tiempos anteriores fuesen todos sucesivamente depositarios de una felicidad que ya no existe; y en tanto que el pensamiento se ufana con sus progresos, y se abalanza á lo venidero, nuestra alma parece se acuerda con dolor de una antigua patria, á que la aproxima lo pasado.

» Los Romanos, cuyo esplendor envidiamos nosotros, ¿ no envidiaban la sencillez varonil de sus mayores? Otro tiempo despreciaban esta region voluptuosa, y sus delicias solo domaron á sus enemigos: mirad á Cápua allá léjos; ella venció á aquel guerrero, cuya alma inflexible resistió á Roma mas tiempo que todo el orbe.

» Y los Romanos tambien moraron luego en estos sitios: cuando el vigor de su ánimo servia únicamente para sentir mas la afrenta y el dolor, se emblandecieron sin remordimiento; en Bayas se vieron conquistar al mar terreno para sus palacios; ahondaron los montes para sacar de ellos columnas, y los señores del orbe, esclavos por fin, sojuzgaron á la naturaleza para consolarse de verse sojuzgados.

» Ciceron perdió la vida cerca del promontorio de Gaeta, que se presenta á nuestra vista: los triunviros, sin respeto á la posteridad, le robaron los

pensamientos que aquel grande varon habria concebido; y aun dura el crimen de los triunviros, pues su delito fué contra nosotros.

» Ciceron cayó al puñal de las tiranos; y Escipion, todavia mas desgraciado, se vió desterrar de su patria aun libre; y terminó sus dias en esta ribera, y las ruinas de su sepulcro se llamann *la Torre de la Patria*. ¡ Tierna alusion á la memoria que ocupaba se pecho magnánimo!

» Mario se refugió en esos pantanos Minturnianos, cerca de la morada de Escipion. Así en todos tiempos han perseguido las naciones á sus grandes hombres; mas consuélanse con la apoteosis, y el cielo donde los Romanos pensaban mandar tambien, recibe entre sus estrellas á Rómulo, Numa y César: astros nuevos que confunden á nuestros ojos los rayos de la gloria y de la luz celestial.

» No bastan las desgracias; aqui están las huellas de todos los delitos. Mirad al extremo del golfo la isla de Caprea, dondè la vejez desarmó á Tiberio: donde aquella alma juntamente cruel y voluptuosa, violenta y cansada, se hartó hasta de delitos, y quiso sumirse en los mas viles placeres, como si no le hubiese degradado bastante la tiranía.

» El sepulcro de Agripina está en estas riberas, enfrente de la isla de Caprea: no se levantó hasta despues de muerto Neron; el asesino de su madre proscribió tambien sus cenizas, y vivió largo tiempo en Bayas, en medio de las memorias de su delito.

¡Qué monstruos junta á nuestra vista la casualidad! Tiberio y Neron se están mirando.

» Las islas que los volcanes hicieron salir de la mar, sirvieron casi al nacer para los crímenes del antiguo mundo; los infelices confinados en estas solitarias peñas, en medio de las olas, miraban de léjos su patria, procuraban respirar sus esencias en los aires, y tal vez, despues de un largo destierro, haciales saber la sentencia de muerte que sus contrarios no los habian, al ménos, olvidado.

» ¡Oh tierra, toda bañada en sangre y en lágrimas, jamas cesaste de producir frutos y flores! ¿no tienes compasion para el hombre? ¿y vuelve su polvo á tu seno materno sin hacerte temblar? »

Aquí descansó Corina algunos instantes. Todos los que habia reunido la fiesta arrojaban á sus piés ramas de laurel y de mirto : el resplandor suave y puro de la luna hermoseaba su semblante; el fresco ambiente del mar movia sus cabellos pintorescamente, y la naturaleza parecia que se gozaba en adornarla. Mas de improviso asaltó á Corina un enternecimiento irresistible : consideró aquellos sitios encantadores, aquella dulcísima tarde, á Osvaldo que estaba á su lado, y acaso no estaria siempre, y llenáronse sus ojos de llanto. El mismo pueblo que acababa de darle aplausos tan ruidosos, respetaba su conmovion, y todos aguardaban callando que sus palabras hiciesen participar de sus sentimientos. Recorrió un rato su lira, y no dividiendo ya su

canto en octavas, se entregó en sus versos á un impulso siempre seguido.

« Algunas memorias del corazon, algunos nombres de mujeres, reclaman tambien nuestras lágrimas. En Miseno, en este propio sitio donde estamos, conservó la viuda de Pompeyo, Cornelia, hasta la muerte su noble luto : en estas riberas lloró largos dias Agripina á Germánico, hasta que llegó uno en que el mismo asesino que le robó su esposo, la encontró digna de ir en pos de él. La isla de Nísida fué testigo de los adioses de Bruto y de Porcia.

» Así vieron las mujeres amigas de los héroes perecer el objeto que adoraban : en vano siguieron largo espacio sus huellas : vino un dia que fué preciso dejarle. Porcia se da la muerte; Cornelia estrecha contra su pecho la urna sagrada, ya sorda á sus voces; Agripina irrita muchos años en vano al matador de su esposo : y estas criaturas desventuradas, vagando como sombras por las desiertas orillas del eterno rio, suspiran por llegar á la opuesta márgen; claman en su soledad preguntando al silencio, y piden á toda la naturaleza, á ese cielo estrellado, y á ese mar profundo, un sonido de una voz querida, un acento que ya no oirán mas.

» ¡Amor, poder supremo del corazon, misterioso entusiasmo que encierra en sí mismo la poesia, el heroísmo y la religion! ¿qué acontece cuando el destino nos separa del que tenia el secreto de nues-

tra alma, y nos habia dado la vida del corazon, la vida celestial? ¿qué acontece cuando la ausencia ó la muerte dejan sola á una mujer en la tierra? Desfallece y cae. ¿Cuántas veces dieron estas peñas que nos rodean su frio apoyo á esas viudas abandonadas, que se sostenian otro tiempo en el seno de un amigo, en el brazo de un héroe!

» Delante de vosotros está Sorrento; allí vivia la hermana del Taso, cuando llegó como peregrino á pedir á esta oscura amiga un asilo contra la injusticia de los príncipes : sus largos dolores casi habian perturbado su razon; solo le quedaba ya genio; solo le quedaba el conocimiento de las cosas divinas, todas las ideas de la tierra se habian turbado. Así el talento, asombrado del desierto que le rodea, recorre el universo sin hallar nada parecido á él : la naturaleza perdió su eco, y el vulgo juzga locura aquella desazon de un alma que no respira en este mundo bastante aire, bastante entusiasmo, bastante esperanza.

» La fatalidad, prosiguió Corina con una alteracion cada vez mayor, la fatalidad ¿no persigue á las almas exaltadas, á los poetas, cuya imaginacion depende del poder de amar y de padecer? Hállanse desterrados de otra region; la bondad universal no debia ordenarlo todo para el corto número de los escogidos ó de los proscriptos. ¿Qué querian decir los antiguos cuando hablaban del destino con tanto terror? ¿qué puede ese destino para los se-

res vulgares y serenos? Siguen las estaciones, y recorren dócilmente el círculo habitual de la vida. Pero la sacerdotisa que daba los oráculos se sentia agitada de un poder cruel. No sé qué fuerza involuntaria precipita al genio hácia la desventura : ¿oye el ruido de las esferas que no pueden percibir los órganos mortales; penetra misterios de sensibilidad desconocidos para los demas hombres, y en su alma vive oculto un Dios que no basta á contener!

» ¿Criador sublime de esta hermosa naturaleza, protégenos! Nuestros impulsos son débiles, y nuestras esperanzas engañosas : las pasiones nos mandan con tumultuosa tiranía, que no nos permite libertad ni descanso. Quizá lo que haremos mañana decidirá de nuestra suerte; quizá ayer dijimos una palabra que ya nada basta á remediar. Cuando nuestro entendimiento se eleva á los mas altos pensamientos, sentimos como en la cima de los edificios elevados un vahido que confunde todos los objetos á nuestra vista; pero entónces mismo el dolor, el terrible dolor, no se pierde en las nubes, las surca y las rompe. ¿Oh Dios mio! ¿qué quiere ella anunciarnos?..... »

Al decir estas palabras, cubrió el semblante de Corina una mortal palidez : cerráronse sus ojos, y hubiera caido al suelo, si lord Nelvil no hubiese estado tan cerca para sostenerla.

## CAPITULO V

Volvió en sí Corina, y la vista de Osvaldo, que mostraba en sus miradas la mas tierna expresion de interes y cuidado, la sosegaron un poco. Los Napolitanos advertian con admiracion la opaca tinta de la poesia de Corina; pasmábalos la armoniosa belleza de su lenguaje; empero habrian deseado que inspirase sus versos una disposicion ménos triste; porque no consideraban á las bellas artes, y entre las bellas artes á la poesia mas que como un modo de distraerse de las penas de la vida, y no de escudriñar mas sus terribles secretos. Pero los Ingleses que oyeron á Corina estaban admirados de ella.

Embelesábanse de ver expresados de aquella manera los sentimientos melancólicos con la fantasia italiana: y aquella hermosa Corina, cuyas facciones vivas, cuyo mirar lleno de calor, estaban destinados para pintar la ventura, aquella hija del sol, herida de secretas penas, se parecia á las flores todavía frescas y lozanas; mas á quien un punto negro causado por una picadura mortal amenaza con próximo fin.

Embarcáronse todos para volver á Nápoles; y el calor y la calma que reinaban entónces hacian disfrutar vivamente del placer de caminar por la mar.

Goethe ha pintado en un delicioso romance esta propension que se siente á las aguas en medio del calor. La ninfa del rio pondera al pescador el deleite de sus ondas; convidale á refrescarse en ellas, y él vencido poco á poco se arroja por fin á gozarlas. Este poder mágico del agua se parece, en algun modo, á la mirada de la serpiente que atrae estremecciendo. La ola que se va levantando de léjos, y haciéndose lentamente mayor, y acelerándose mas y mas conforme se acerca á la orilla, parece corresponde con un deseo secreto del corazon que empieza suavemente, y llega á hacerse irresistible.

Corina estaba mas serena; las delicias del buen tiempo sosegaban su alma; habia recogido las trenzas del cabello para percibir mejor algun vientecillo que volase entorno de ella: y así mostraba un semblante mas hermoso que nunca. Los instrumentos de aire que seguian en otro bote producian un efecto delicioso, porque hacian armonía con el mar, con las estrellas, y con la suavidad embelesadora de una noche de Italia; pero causaban todavía una conmocion mas tierna; parecian las voces del cielo en medio de la naturaleza. — Querida amiga, dijo Osvaldo en voz baja, querida amiga de mi corazon, jamas olvidaré este dia: ¿podrá haber otro mas feliz? — Y al pronunciar estas palabras, se le llenaron los ojos de lágrimas. Uno de los seductores atractivos de Osvaldo era aquella facilidad de enternecerse, con que aun reprimiéndose, se bañaban mu-

chas veces sus ojos de llanto; entónces tenia su mirar una expresion irresistible: y á veces en medio mismo de una agradable burla, se le notaba agitado de una secreta ternura que se mezclaba con su alegría, y le daba noble gracia. — ¡Ay! respondió Corina, no, ya no espero otro dia como el de hoy; ¡sea bendecido, al ménos, como el postrero de mi vida, si no es, si no puede ser aurora de una felicidad duradera!

## CAPITULO VI

Cuando llegaron á Nápoles empezaba á mudar el tiempo; oscureciase el cielo, la tormenta que se manifestaba en el aire, embravecia ya con violencia las olas, como si la borrasca del mar respondiese del seno de las ondas á la borrasca del cielo. Iba Osvaldo algunos pasos delante de Corina, porque queria mandar que trajesen hachas para llevarla con mas seguridad hasta su morada. Al pasar por el arrabal, vió reunidos á muchos lazzaroni que gritaban bastante alto: *¡ Ah! ¡ pobre hombre! no puede salir: no hay remedio; va á perecer.* — ¿Qué decís? exclamó non vehemencia lord Nelvil: ¿de

quién habláis? — *De un pobre anciano, respondieron, que se bañaba allí abajo no distante del muelle; le ha sobrecogido la borrasca, y no tiene bastante vijor para luchar con las olas, y salir á la orilla.* El primer movimiento de Osvaldo fué arrojarse al agua; mas acordándose del espanto que causaria á Corina, cuando llegase, ofreció todo el dinero que llevaba, y prometió doble suma á quien se echase á sacar al anciano. Los lazzaroni se negaron, diciendo: *Tenemos mucho miedo: hay demasiado peligro; no puede ser:* En aquel instante desapareció el anciano debajo de las ondas. Ya no dudó Osvaldo, y se lanzó al mar, sin hacer caso de las olas que le cubrian la cabeza: luchó, no obstante, felizmente con ellas, alcanzó al anciano que si tardase un instante mas perecia, y cógele y llévale á la orilla. Pero la frialdad del agua, y los violentos esfuerzos de Osvaldo contra el mar embravecido, le hicieron tando daño, que en el punto en que dejaba al anciano en la arena, cayó, y se extendió en su rostro tal palidez que todos creyeron habia fallecido.

Corina pasaba entónces, sin recelar ni remotamente lo que acababa de suceder. Vió un gran gentío, y oyendo gritar: *Está muerto*, iba á apartarse de allí, cediendo al terror que aquellas palabras la causaban, cuando vió á un Inglés de los que la acompañaban romper presuroso el tropel. Dió algunos pasos en pos de él, y lo primero que hirió su vista

fué el vestido de Osvaldo, que dejó en la orilla al arrojarle al agua. Cogió aquel vestido con una desesperacion convulsiva, creyendo que ya no quedaba nada mas de Osvaldo, y cuando le conoció á él mismo, aunque al parecer sin vida, se lanzó sobre su cuerpo inanimado con una especie de arrebato; y apretándole con sus brazos enajenada, tuvo la imponderable dicha de sentir todavía los latidos del corazón de Osvaldo, acaso reanimado por la inmediacion de Corina. — ¡Vive! exclamó, ¡vive! — Y en aquel instante recobró un vigor, un ánimo, que apenas tenían los amigos de Osvaldo: pidió auxilios por todas partes; supo usar de ellos, sosteniendo la cabeza de Osvaldo desmayado y bañándole con sus lágrimas; y á pesar de la mas cruel inquietud, acordándose de todo, no perdía un instante, ni su dolor interrumpia sus cuidados. Osvaldo se mostraba algo aliviado; mas aun no habia vuelto en sí: Corina hizo le llevasen á su casa: allí se arrodilló á su lado, le rodeó de esencias que debian reanimarle, y le llamaba con acento tan tierno, tan apasionado, que la vida debia volver á aquella voz: oyóla Osvaldo y abrió los ojos, y le apretó la mano.

¿Es posible que para disfrutar de semejante momento sea menester sentir las angustias de la muerte? ¡Pobre naturaleza humana! ¡no conocemos lo infinito sino por el dolor, y en todos los placeres de la vida, no hay nada capaz de compensar la desesperacion de ver morir á un objeto amado!

— ¡Cruel! exclamó Corina, ¡cruel! ¿qué habeis hecho? — Perdon, respondió Osvaldo con voz trémula, perdon. En el instante en que me vi próximo á perecer, creedme, dulce amiga, tenia miedo por vos. — ¡Expresion admirable del amor correspondido, del amor en el momento mas dichoso de la reciproca confianza! Corina, tiernamente conmovida de estas deliciosas palabras, no pudo acordarse de ellas hasta su postrer día sin sentir cierto enternecimiento, que al ménos por algunos instantes hace perdonar todo.

## CAPITULO VII

El segundo movimiento de Osvaldo fué llevarse la mano al pecho para buscar el retrato de su padre; teniale allí, pero las aguas le habian borrado de tal manera que apenas podia conocerse. Osvaldo, amargamente afligido de aquella pérdida, exclamó: — ¡Dios mio! ¡hasta su imágen me quitais! — Corina suplicó á lord Nelvil le permitiese restablecer el retrato: consintió en ello, pero sin mucha esperanza. ¡Cuál fué su asombro, cuando al cabo de tres dias se le volvió, no solamente reparado, sino mas pare-

cido que nunca! — Sí, dijo Osvaldo embelesado, sí, habeis adivinado sus facciones y su fisonomía: este es un milagro del cielo que os señala por compañera de mi suerte, pues os revela la memoria del que eternamente debe disponer de mi vida. Corina, prosiguió arrojándose á sus piés, reina eternamente en mi alma; mira el anillo que mi padre dió á su esposa, el anillo mas precioso y mas sagrado ofrecido por la buena fe mas noble, y aceptado por el corazon mas fiel; le saco de mi dedo para ponerle en el tuyo; y desde este instante ya no soy libre, mientras le conserveis, cara amiga, no lo soy: contraigo esta obligacion solemne ántes de saber quién sois; creo á vuestra alma; y ella me lo ha dicho ya todo. Los acaecimientos de vuestra vida, si proceden de vos, deben ser nobles como vuestro carácter; si nacen de la suerte, y fuisteis victima de ella, doy gracias al cielo por haberme encargado repararlos. Así pues, Corina mia, decidme ya vuestros secretos, debeis declararlos á quien con sus promesas se ha anticipado á vuestra confianza.

— Osvaldo, respondió Corina, esa conmocion tan tierna dimana de un error, y no puedo aceptar ese anillo sin desvanecerle: pensais que he adivinado por una inspiracion del alma las facciones de vuestro padre; pero debo deciros que le he visto muchas veces á él mismo. — ¿Vos habeis visto á mi padre? exclamó lord Nelvil, ¿y cómo? ¿en qué sitio? ¿es posible, Dios mio? ¿quién sois, pues? — Tomad vues-

tro anillo, dijo Corina con reprimida alteracion, ya debo volverle. — No, replicó Osvaldo, despues de callar un instante, juro no ser jamas esposo de otra, mientras no me volvais ese anillo. Pero perdonad la turbacion que acabais de excitar en mi alma; recuérdanse ideas confusas, y mi inquietud es dolorosa. — Lo veo, repuso Corina, y voy á abreviarla; pero ya vuestra voz no es la misma; ya mudan vuestras palabras. Quizá luego que leais mi historia, quizá la horrorosa voz de adios... — ¡Adios! exclamó lord Nelvil: no, amada amiga; solo pudiera decirtelo en el lecho de la muerte: no lo temas ántes. — Fuése Corina, y pocos minutos despues entró Teresina en el aposento de Osvaldo, para entregarle de parte de su señora el escrito que se va á leer.





## LIBRO DÉCIMOCUARTO

HISTORIA DE CORINA

### CAPITULO I

Osvaldo, voy á empezar por la declaracion que ha de decidir de mi vida : si despues de haberla leido, no os parece posible perdonarme, no paseis adelante, y lanzadme léjos de vos; pero si no se rompen todos nuestros vínculos al saber el nombre y la suerte que he renunciado, quizá lo que luego veais me servirá de disculpa.

Lord Edgermond era mi padre; nací en Italia de su primera mujer que era Romana, y Lucila Edgermond, destinada á ser vuestra esposa, es hermana mia paterna, y fruto del segundo matrimonio de mi padre con una Inglesa.

Ahora oidme. Criéme en Italia, y perdí á mi madre cuando tenia diez años; pero como al morir manifestó sumo deseo de que me acabase de educar ántes de pasar á Inglaterra, me dejó mi padre en Florencia con una tia de mi madre hasta que cumplí quince años. Habianse formado mi talento, mis inclinaciones, y aun mi carácter, cuando la muerte de mi tia determinó á mi padre á llevarme á su compañía. Habitaba en una ciudad poco considerable de Northumberland, que no puede, á mi parecer, dar ninguna idea de Inglaterra; y esto es cuanto yo he sabido de ella en los seis años de mi residencia allí. Mi madre, desde niña, no me hablaba sino de la desgracia de no vivir en Italia; y mi tia me repitió mil veces que mi madre habia muerto del disgusto de tener que ausentarse de su patria : ademas, mi buena tia estaba en la inteligencia de que una católica se condenaba si vivia en tierra protestante; y aunque yo no pensaba así, me causaba mucho temor la idea de ir á Inglaterra.

Parti con un sentimiento inexplicable de tristeza; la mujer que vino á buscarme no sabia italiano; y aunque todavía decia yo algunas palabras en aquella lengua á hurtadillas con mi pobre Teresina, que consintió en seguirme, si bien no cesaba de llorar por su patria, me fué indispensable dejar la costumbre de aquellos sonidos armoniosos, que tanto agradan, aun á los extranjeros, y cuyo atractivo se unia para mí con todas las memorias de la niñez.

Adelantéme hácia el Norte; sensacion triste y penosa que experimentaba, sin conocer la causa con claridad. Cinco años hacia que no habia visto á mi padre cuando llegué á su casa; y apénas pude conocerle: parecióme que su semblante habia tomado carácter mas grave; sin embargo, me recibió con ternura, y me dijo que me semejaba mucho á mi madre. Vi á mi hermanita, entónces de tres años, y el rostro mas blanco, y los cabellos de seda mas rubios que jamas he visto: miréla con admiracion, porque en Italia apénas hay figuras semejantes á la suya; mas desde luego me gustó mucho, y aquel mismo dia cogí algunos cabellos para hacer de ellos un brazaletes, que siempre he conservado. Por fin, se presentó mi madrastra, y la impresion que me hizo á primera vista, se aumentó renovándose durante los seis años que pasé en su compañía.

Lady Edgermond gustaba exclusivamente de la provincia donde habia nacido, y mi padre, á quien dominaba, sacrificó por ella la mansion de Lóndres y de Edimburgo. Era una mujer fria, majestuosa, callada, cuyos ojos manifestaban ternura mirando á su hija; pero al mismo tiempo tenia cierta determinacion en la expresion de su fisonomia, y en sus palabras, que parecia mostraba la imposibilidad de hacerle entender una idea nueva, ni aun una voz á que no estuviese hecho su entendimiento. Recibíome bien; pero advertí con facilidad que mis modales le causaban novedad, y que se proponia mu-

darlos, si pudiese: miéntras comimos no se habló una palabra, aunque teníamos convidados á algunos vecinos; y yo cansada de tanto silencio, quise á la mitad de la comida hablar algo con un hombre ya anciano que estaba á mi lado. Sabia bastante bien el inglés, porque desde niña me lo enseñó mi padre, y cité en la conversacion versos italianos purísimos y sumamente delicados; pero que hablaban de amor: mi madrastra, que sabia algo de italiano, me miró, sonrojóse, é hizo seña á las mujeres mas presto de lo acostumbrado para que se retirasen á preparar el té dejando en los postres á los hombres solos. Yo ignoraba esta costumbre, que se extraña mucho en Italia, donde no se concibe sociedad agradable, faltando mujeres; y discurri al pronto que mi madrastra estaba tan incomodada conmigo, que no queria permanecer en el aposento donde yo me hallaba; mas luego me tranquilicé, porque me hizo seña de que la siguiese, y no me reprendió en las tres horas que estuvimos en la sala esperando á los hombres.

Al tiempo de cenar me dijo mi madrastra con bastante suavidad, que no se usaba hablasen las jóvenes, y en especial jamas debian citar versos en que se pronunciase la palabra amor. — Miss Edgermond, añadió, debeis procurar olvidar todo lo de Italia, y ojalá jamas la hubiéseis conocido. — Pasé la noche llorando; tenia el corazon oprimido de tristeza; fui á pasearme por la mañana; pero hacia una niebla horrorosa, y no divisé el sol, que al ménos

me habria acordado mi patria; encontré á mi padre, que se llegó á mí, y me dijo: Hija mia, aquí no sucede como en Italia, las mujeres, entre nosotros, no tienen mas destino que las obligaciones domésticas; tus habilidades te servirán de recreo en la soledad, y quizá hallarás un marido á quien complazcan; pero en una ciudad reducida como esta, todo cuanto llama la atencion excita envidia, y no encontrarías quien fuera tu esposo, si llegasen á presumir que tus inclinaciones no son conformes; aquí el modo de vivir debe sujetarse á los antiguos estilos de una provincia remota. Pasé con tu madre en Italia doce años, cuya memoria es para mí dulcísima; entónces era jóven, y la novedad me agradaba; ahora he vuelto á mi rincón, y me encuentro en él bien, porque una vida regular, y aun algo uniforme, hace pasar el tiempo sin advertirlo. Pero no es cordura oponerse á los usos del país donde se vive, y siempre causa perjuicio hacerlo, porque en un pueblo tan corto como el nuestro, todo se sabe, todo se repite; no hay cabida para la emulacion, sí para los celos, y mas vale sufrir un poco de tedio, que encontrar siempre semblantes atónitos y malévolos, que te pidiesen á cada instante cuenta de tus acciones.

No, amado Osvaldo, no podeis figuraros la pena que sentí, miéntras hablaba de este modo mi padre; acordábame de él, cual le habia conocido en mis primeros años, lleno de gracia y de viveza, y ahora le veia encorvado bajo el manto de plomo que el

Dante describe en el infierno, y que la medianía arrojaba sobre los hombros de los que se someten á su yugo; todo se apartaba de mi vista, el entusiasmo de la naturaleza, de las bellas artes, de la sensibilidad; y mi alma me atormentaba como una llama inútil que me abrasaba á mí misma por falta de otro alimento. Soy naturalmente apacible, y así mi madre no tenia motivo para quejarse en mi trato con ella; mucho ménos mi padre, porque yo le amaba entrañablemente, y solo en su conversacion encontraba todavía algun placer. Hallábase resignado, pero sabia que lo estaba; miéntras la mayor parte de nuestros caballeros campesinos pensaban tener la vida mas juiciosa y mas agradable del mundo, bebiendo, cazando, y durmiendo.

Su satisfaccion me turbaba de tal manera, que á veces me preguntaba á mí misma si no era realmente locura mi modo de pensar; y si aquella existencia sólida en todo, que evita á la par el dolor y el pensamiento, no era mejor que mi sistema de vida; pero ¿de qué me hubiera servido este triste convencimiento? de afligirme por mi talento como de una desgracia, en tanto que en Italia se miraba como un beneficio del cielo.

Algunas personas habia, entre las que tratábamos, no faltas de ingenio; mas le sofocaban como un resplandor importuno; y regularmente hácia los cuarenta años ya se habia entorpecido aquel leve movimiento como todo lo demas. Mi padre, al acer-

carse el fin del otoño, iba muchas veces á caza, y solíamos estar esperándole hasta media noche : durante su ausencia, estaba en mi cuarto la mayor parte del dia cultivando mis habilidades, y mi madrastra no lo llevaba á bien. — ¿ Para qué es todo eso? me decia, ¿ serás mas feliz? y esta palabra me desesperaba. ¿ Qué es pues la felicidad, decia entre mí, sino el desarrollo de nuestras facultades. ¿ No es lo mismo darse la muerte fisica ó moralmente? Y si debo sofocar mi entendimiento y mi alma, ¿ para qué he de conservar el miserable resto de vida que me agita en vano? Pero me guardaba de hablar de esta manera á mi madrastra, porque habiéndolo intendado una vez ó dos, me respondió que una mujer no tenia que cuidar sino de la casa de su marido, y de la salud de sus hijos; que todas las demas presunciones eran perjudiciales, y que el mejor consejo que podia darme era que las disimulase si las tenia. Esta contestacion, aunque tan comun, me dejaba absolutamente sin respuesta, porque el entusiasmo, la emulacion, todos estos motores del alma y del genio, necesitan mucho fomento, y se marchitan como las flores bajo un cielo triste y helado.

No hay cosa mas fácil que aparentar moralidad, desaprobando cuanto pertenece á un alma elevada : hasta el deber, destino el mas noble del hombre, puede desfigurarse como cualquiera otra idea, y volverse arma ofensiva de que se valen los ánimos apocados, las personas medianas y satisfechas de sí

para imponer silencio al talento, y libertarse del entusiasmo del genio, en fin de todos sus contrarios. Diríase, al oírlos, que el deber consiste en el sacrificio de las facultades superiores, y que el ingenio es una culpa digna de expiarse haciendo precisamente la propia vida que los demas ; pero ¿ es cierto que la virtud prescribe á todos los caracteres reglas semejantes? Las grandes ideas, los sentimientos generosos, ¿ no son en esta vida deuda de los seres capaces de pagarla? ¿ Cada mujer no debe, como cada hombre, abrirse camino conforme á su carácter y á su talento? ¿ y hemos de imitar el instinto de las abejas, cuyos enjambres se suceden sin progreso y sin variedad?

No, Osvaldo, perdonad al orgullo de Corina ; mas yo pensaba haber nacido para otro destino ; siéntome tan sumisa á quien amo como aquellas mujeres que me rodeaban, y no consentian juzgar á su entendimiento, ni desear á su corazon ; y si quisiérais pasar vuestros dias en el centro de la Escocia, seria dichosa allí viviendo y muriendo con vos ; pero léjos de renunciar á mi imaginacion, me serviria para gozar mejor de la naturaleza, y cuanto mas se dilatase mi entendimiento, mas gloria y mas ventura hallaria en declararos dueño de él.

Mi madrastra estaba casi igualmente disgustada con mis ideas y con mis acciones ; no le bastaba hiciese la misma vida que ella, si no era por las propias razones ; porque pretendia que las disposicio-

nes que le faltaban solo se considerasen como una enfermedad. Vivíamos bastante próximos á la orilla del mar, y el viento del norte se sentia con frecuencia en nuestro castillo: yo le oía silbar por la noche en los largos corredores de nuestra morada, y de dia favorecia maravillasamente nuestro silencio, cuando estábamos reunidas. El tiempo era húmedo y frio; no se podia casi salir sin experimentar una sensacion dolorosa: tenia la naturaleza cierto influjo enemigo, que me hacia acordar amargamente de su beneficencia y su dulzura en Italia.

Por el invierno volvíamos á la ciudad, si es ciudad un lugar donde no hay teatro, ni edificios, ni música, ni pinturas; era puramente una reunion de vecinos, una colección de objetos pesados, á un mismo tiempo diferentes y uniformes.

El nacimiento, las bodas y la muerte componian toda la historia de nuestra sociedad, y estos tres acaecimientos variaban aun ménos allí que en otras partes. Figuraos qué cosa seria para una Italiana como yo, estar sentada muchas horas al dia al rededor de una mesa de té, despues de comer, con las amigas de mi madrastra. Nuestra tertulia constaba de siete mujeres, las mas circunspectas de la provincia, dos de ellas solteras de cincuenta años, tímidas como las de quince, pero mucho ménos alegres. Decia una mujer á otra: *querida mia, ¿os parece que está el agua bastante caliente para echar encima del té?* — *Querida mia,* respondia la otra,

*creo es demasiado presto, porque los señores no parece vienen todavía.* — *¿Estarán hoy mucho tiempo en la mesa?* decia la tercera, *¿qué juzgais, querida mia?* — *No sé,* respondia la cuarta, *pienso que la semana próxima es la eleccion del parlamento, y tal vez se detendrán hablando de ella.* — *No,* replicaba la quinta, *mas bien estoy en que hablan de aquella caza de zorros que tanto los divirtió la semana pasada, y debe empezar otra el lunes; no obstante, creo que presto acabarán de comer.* — *¡Ah! no lo espero,* decia suspirando la sexta, y volvian á callar. — Yo habia estado en los conventos de Italia, y me parecian muy ruidosos en comparacion de aquel círculo, donde no sabia qué hacerme.

Cada cuarto de hora se levantaba una voz para hacer la pregunta mas insulsa, y conseguir la mas fria respuesta, y el tedio volvía á caer con nuevo peso sobre aquellas mujeres, que habrian podido parecer desgraciadas, si el hábito contraido desde la niñez no enseñase á soportarlo todo. Por fin, venian los señores, y aquel momento tan esperado no causaba gran mudanza en la situacion de las mujeres; los hombres proseguian su conversacion junto á la chimenea, y ellas permanecian en el extremo del aposento distribuyendo las tazas de té, hasta que llegando la hora de irse, se despedian con sus esposos, dispuestas á comenzar de nuevo al dia siguiente una vida que no se diferenciaba de la vispera

sino por la fecha del almanaque, y la huella de los años que venia por fin á imprimirse en el rostro de aquellas mujeres, como si durante este tiempo hubieran vivido.

Todavía no acierto cómo pudo salvarse mi talento del frio mortal que me rodeaba, porque no debo disimularlo, todos los modos de ver tienen dos aspectos: puede alabarse el entusiasmo, y tambien censurarse; el movimiento y la quietud, la variedad y la monotonía, pueden impugnarse y defenderse con diversos argumentos; puede hablarse en favor de la vida; pero no falta qué decir en abono de la muerte, ó de lo que se parece á ella. No es pues seguro que pueda despreciarse sencillamente la conversacion de las personas medianas: porque á pesar nuestro penetran en lo mas profundo de nuestra mente, nos esperan en los instantes en que la superioridad nos ha causado disgustos, para decirnos un *pues* muy pacifico, muy moderado, al parecer; y no obstante, es la voz mas dura que puede oirse. La envidia es soportable solo en los paises donde esta envidia procede de la admiracion de los talentos; pero ¡qué desgracia excede á la de vivir donde la superioridad excitase celos y no entusiasmo; dónde se viese uno aborrecido como un poderoso, siendo ménos fuerte que un ente oscuro! Esta era mi situacion en aquella triste morada; el ruido que hacia importunaba á todos, y no podia, como á Lóndres ó en Edimburgo, encontrar aque-

llos hombres eminentes que saben juzgar y conocer, y que sintiendo la necesidad de los placeres inagotables del entendimiento y de la conversacion, habrian hallado algun deleite en discurrir con una extranjera, aunque no se conformase en todo con las costumbres de su país.

Pasaba á veces dias enteros en las tertulias de mi madrastra, sin oir una palabra que correspondiese á una idea, ni á un sentimiento; siquiera se atrevian á usar de ademanes hablando; veíase en el rostro de las jóvenes la mas hermosa frescura, los colores mas vivos, y la mas completa inmovilidad: ¡extraña oposicion entre la sociedad y la naturaleza! Todas las edades venian á tener los mismos placeres; tomaban té, jugaban al whist, y envejecian las mujeres haciendo siempre una cosa y quietas siempre en el propio sitio; seguro estaba el tiempo de que no podria errarlas, pues sabia donde cogerlas.

En las ciudades mas reducidas de Italia hay teatro, música, improvisadores, mucho entusiasmo de la poesia y de las artes, y un sol hermoso: en fin se siente la vida; pero yo la olvidaba enteramente en la provincia donde habitaba, y creo hubiera podido enviar en mi lugar una muñeca levemente perfeccionada por la mecánica: habria ocupado muy bien mi puesto en la sociedad. Como en Inglaterra hay en todas partes intereses de varias especies que hacen honor á la humanidad, los hombres, por

mas retirados que vivan, siempre tienen medios para ocupar dignamente sus ocios; pero la existencia de las mujeres en el rincón solitario donde yo habitaba, era harto insulsa. Algunas habia que perfeccionándose con la naturaleza y la reflexion, desvolvieron su entendimiento, y descubrí en ellas algunos acentos, algunas miradas, algunas palabras dichas en voz baja, que salian de la línea comun; pero la opinioncilla del país, omnipotente en su círculo reducido, sofocaba del todo aquellas semillas; hubiera parecido una casquivana, una mujer de virtud dudosa, quien se entregase á hablar, á mostrarse de alguna manera, y lo peor despues de tantos inconvenientes era no conseguir ninguna ventaja.

Al principio intenté reanimar aquella sociedad dormida; propúseles leer versos ó tener música; y ya en una ocasion habíamos señalado el día para empezar; pero luego una mujer se acordó de que hacia tres semanas le habia convidado á cenar su tia; otra de que estaba en el luto de una prima vieja, á quien jamas habia visto, y de cuya muerte hacia ya tres meses; otra, en fin, de que tenia que dar ciertas disposiciones domésticas: y todo esto era muy puesto en razon; pero lo sacrificado siempre eran los placeres de la imaginacion y del entendimiento, y á veces oia tanto: *no puede ser*, que entre aquellas continuas negaciones, la mejor de todas me hubiera parecido no vivir.

Yo misma, despues de haber luchado algun tiempo, habia renunciado á mis inútiles tentativas, no porque mi padre me las prohibiese, ántes habia persuadido á mi madrastra que no me atormentase sobre este punto; sino porque las insinuaciones, miradas á hurto, miéntras estaba hablando, mil leves desazones semejantes á los lazos con que los pigmeos rodeaban á Gulliver, me imposibilitaban todos los movimientos, de suerte que al fin hacia como las demas, con la diferencia de que yo me moria de tedio, de impaciencia, y de disgusto en mi corazón. Así habia ya pasado cuatro años, los mas fastidiosos del mundo, y lo que mas afliccion me daba, era sentir entibiarse mi talento: á pesar mio, se me iba llenando el entendimiento de pequeneces, porque en una sociedad donde se carecia de aficion á las ciencias, á la literatura, á las pinturas, á la música, donde la imaginacion á nadie ocupa, los hechos despreciables, las murmuraciones nimias, son precisamente el asunto de las conversaciones; además, que los ánimos sin actividad, é incapaces de meditacion, tienen cierto encogimiento, cierta delicadeza y sujecion, que hacen el trato desagradable é incómodo.

En semejante sociedad solo se halla deleite en una regularidad metódica, oportuna para aquellas, cuyo deseo es deshacer todas las superioridades para poner el mundo á su nivel; pero esta uniformidad es un dolor habitual para los caracteres lla-

mados á un destino propio; y el sentimiento amargo de la malevolencia, que á pesar mio excitaba, se unia con la opresion causada por el vacío, que me estorbaba respirar. En vano se dice: tal hombre no es digno de juzgarme, tal mujer no es capaz de comprenderme; el semblante humano tiene sobre el corazon humano gran poder; y cuando leemos en aquel semblante una secreta desaprobacion, siempre nos molesta á pesar nuestro; en fin el círculo que nos rodea oculta al cabo el resto del mundo; el objeto mas pequeño puesto delante del ojo, intercepta el sol; esto mismo sucede tambien con la sociedad en que vivimos; ni la Europa ni la posteridad podrian hacernos insensibles á los chismes de la casa vecina; y quien desea ser feliz y dilatar su genio, debe, ante todas cosas, escoger bien la esfera que inmediatamente ha de rodearle.

## CAPITULO II

No tenia mas entretenimiento que la educacion de mi hermanita; mi madrastra no queria que aprendiese la música; pero me permitió enseñarle italiano y dibujo, y me persuado que aun se acordará de am-

bas cosas, porque haciéndole justicia, manifestaba entónces bastante disposicion... ¡Osvaldo! ¡Osvaldo! si me he tomado tanto trabajo para vuestra felicidad, me complazco de él, y me complaceria hasta en el sepulcro.

Iba á cumplir veinte años; y mi padre pensaba en casarme: aquí va á manifestarse toda la fatalidad de mi suerte. Mi padre era íntimo amigo del vuestro, y en vos fué, Osvaldo, en quien se fijó para darme esposo; si entónces nos conociéramos, y si me amárais, la suerte de ambos hubiera sido venturosa y serena. Habia oido hablar de vos con tantas alabanzas que, fuese presentimiento ó vanidad, me lisonjeaba en extremo la esperanza de ser esposa vuestra. Erais, á la verdad, demasiado jóven para mí, pues yo tengo diez y ocho meses mas; pero vuestro talento, y vuestra inclinacion al estudio excedian, segun afirmaban, á vuestra edad, y yo formaba tan suave idea de la vida con un carácter cual pintaban el vuestro, que esta esperanza desvanecia enteramente mis prevenciones contra el modo de vivir de las mujeres en Inglaterra. Sabia, por otra parte, que tratábais de estableceros en Edimburgo ó en Lóndres, y estaba segura de que en cualquiera de las dos ciudades hallaria el trato mas fino: decia para mí entónces, lo que todavia creo, esto es, que la desgracia de mi situacion consistia en habitar en una ciudad corta, y situada en el extremo de una provincia del norte, porque solo las grandes ciudades convienen á las



mados á un destino propio; y el sentimiento amargo de la malevolencia, que á pesar mio excitaba, se unia con la opresion causada por el vacío, que me estorbaba respirar. En vano se dice : tal hombre no es digno de juzgarme, tal mujer no es capaz de comprenderme; el semblante humano tiene sobre el corazon humano gran poder; y cuando leemos en aquel semblante una secreta desaprobacion, siempre nos molesta á pesar nuestro; en fin el círculo que nos rodea oculta al cabo el resto del mundo; el objeto mas pequeño puesto delante del ojo, intercepta el sol; esto mismo sucede tambien con la sociedad en que vivimos; ni la Europa ni la posteridad podrian hacernos insensibles á los chismes de la casa vecina; y quien desea ser feliz y dilatar su genio, debe, ante todas cosas, escoger bien la esfera que inmediatamente ha de rodearle.

## CAPITULO II

No tenia mas entretenimiento que la educacion de mi hermanita; mi madrastra no queria que aprendiese la música; pero me permitió enseñarle italiano y dibujo, y me persuado que aun se acordará de am-

bas cosas, porque haciéndole justicia, manifestaba entónces bastante disposicion... ¡Oswaldo! ¡Oswaldo! si me he tomado tanto trabajo para vuestra felicidad, me complazco de él, y me complaceria hasta en el sepulcro.

Iba á cumplir veinte años; y mi padre pensaba en casarme: aquí va á manifestarse toda la fatalidad de mi suerte. Mi padre era íntimo amigo del vuestro, y en vos fué, Oswaldo, en quien se fijó para darme esposo; si entónces nos conociéramos, y si me amárais, la suerte de ambos hubiera sido venturosa y serena. Habia oido hablar de vos con tantas alabanzas que, fuese presentimiento ó vanidad, me lisonjeaba en extremo la esperanza de ser esposa vuestra. Erais, á la verdad, demasiado jóven para mí, pues yo tengo diez y ocho meses mas; pero vuestro talento, y vuestra inclinacion al estudio excedian, segun afirmaban, á vuestra edad, y yo formaba tan suave idea de la vida con un carácter cual pintaban el vuestro, que esta esperanza desvanecia enteramente mis prevenciones contra el modo de vivir de las mujeres en Inglaterra. Sabia, por otra parte, que tratábais de estableceros en Edimburgo ó en Lóndres, y estaba segura de que en cualquiera de las dos ciudades hallaria el trato mas fino: decia para mí entónces, lo que todavia creo, esto es, que la desgracia de mi situacion consistia en habitar en una ciudad corta, y situada en el extremo de una provincia del norte, porque solo las grandes ciudades convienen á las

personas que salen de la regla comun, cuando quieren vivir en sociedad : en ellas varía la vida, y la novedad gusta ; pero en los parajes donde se ha tomado un hábito bastante dulce de la uniformidad, no es bien divertirse una vez para conocer el tedio de todos los dias.

Agrádame repetirlo, Osvado, aunque nunca os habia visto, esperaba con ansia á vuestro padre, que debia venir á pasar ocho dias en casa del mio, y este deseo tenia entónces demasiado poco fundamento para no ser precursor de mi destino venidero. Cuando llegó lord Nelvil, deseé agradarle, y acaso por desearlo con exceso trabajé para conseguirlo mas que debia ; manifesté todas mis habilidades, bailé, canté, improvisé para él, y mi entendimiento, largo tiempo reprimido, rompió quizá con demasiada fuerza sus cadenas. En siete años me ha sosegado la experiencia ; tengo ménos afán de mostrarme ; estoy mas acostumbrada á mí misma ; sé esperar mejor ; acaso presumo ménos de la buena disposicion de los demas ; pero tambien deseo sus aplausos con ménos ardor ; en fin, puede ser que entónces tuviese algo extraño. ¡ La juventud, en sus dias primeros, es tan fogosa, y tan imprudente ! ¡ se abalanza á la vida con tanta viveza ! El entendimiento por superior que sea, nunca suple por el tiempo ; y si bien con el entendimiento se sabe hablar de los hombres como si se conociesen, no es el obrar consiguiente á aquellas mismas observaciones ; hay cierta efervescencia en las ideas que

no nos permite acomodar nuestra conducta á nuestros propios raciocinios.

Creo, sin saberlo con certeza, que parecí á lord Nelvil demasiado viva, porque despues de pasar ocho dias en casa de mi padre, y haberse mostrado en ellos amabilísimo conmigo, nos dejó y escribió á mi padre que habiéndolo reflexionado todo, encontraba á su hijo muy jóven para verificar el matrimonio tratado. Osvado, ¿qué pensareis de esta declaracion ? Podia disimularos esta circunstancia de mi vida : no lo he hecho : ¿ seria posible os pareciese una sentencia contra mí ? Sé que en siete años me he mejorado ; y ¡ hubiera visto vuestro padre sin conmoverse mi cariño y mi entusiasmo hácia vos ! Osvado, os amaba, y nos hubiéramos entendido.

Mi madrastra proyectó casarme con el hijo de su hermano mayor, que poseía una hacienda en nuestras inmediaciones ; era hombre de treinta años, rico, de hermosa figura, de ilustre nacimiento, y de muy buen carácter ; pero tan plenamente convencido de la autoridad de un marido sobre su mujer, y del destino sumiso y doméstico que la competia que solo dudar de esto le hubiera indignado, como si se pudiese en cuestion el honor ó la probidad, Maclinson (así se llamaba) me tenia bastante cariño, y no le causaba la menor inquietud lo que decian de mi genio y de mi carácter singular, porque en su casa habia tanto orden, y se ejecutaba todo tan regularmente, á la misma hora, y de la misma manera, que

era imposible ocasionar en ella la mas leve variacion. Ni dos tias ancianas que la gobernaban, ni los criados, ni aun los caballos, habrian sabido hacer siquiera una cosa diferente de la vispera, y á mi parecer los muebles que asistian á aquella especie de vida ya en tres generaciones, se hubieran salido por sí mismos de sus sitios, si se les hubiese presentado algo nuevo. Tenia razon por tanto Mr. Maclinson, en no temer mi entrada en aquella casa; era en ella tan fuerte el peso de los hábitos que la corta libertad que yo me tomase habria podido divertirle un cuarto de hora cada semana; pero ciertamente no hubiera causado mas consecuencias.

Era un hombre bueno, incapaz de dar disgusto; mas, no obstante, si yo le hubiera hablado de las desazones sin número que pueden atormentar á un alma activa y sensible, me habria tenido por hipochondriaca, y me aconsejara sencillamente montar á caballo y tomar el aire. Deseaba ser mi esposo por lo mismo que no recelaba las necesidades del entendimiento ni de la imaginacion, y yo le gustaba sin que él me entendiese. Si sospechara no mas lo que era una mujer de talento y las ventajas y los inconvenientes que puede tener, temiera no ser bastante amable á mis ojos; pero semejante inquietud estaba muy distante de su cabeza: figuraos mi repugnancia á tal matrimonio. Rehuséle determinadamente; mi padre me apoyó; pero mi madrastra concibió de resultas gran rencor contra mí, porque era una mujer

despótica, en su corazon, por mas que su timidez la estorbase en algunas ocasiones manifestar su voluntad: si no adivinaban sus deseos, se incomodaba; y cuando le resistian, despues de haberse violentado para explicarse, lo perdonaba ménos, por quanto la habia costado mas dejar su acostumbrada reserva.

Toda la ciudad desaprobó claramente mi negativa. ¡Un enlace tan proporcionado, un caudal tan cuantioso, un hombre tan apreciable, una familia tan distinguida! esta era la voz general. Intenté explicar por qué no me convenia aquel enlace tan proporcionado; pero al momento que me ausentaba, se olvidaban de todas mis razones, porque volvian á renacer en la cabezas de mis oyentes sus ideas habituales, y recibian con nuevo placer á aquellas antiguas amigas, de que yo las separé un instante.

Una mujer mucho mas discreta que las demas, aunque se habia conformado en todo exteriormente con la vida comun, me llamó un dia á sólas, oyéndome hablar con mas viveza, y me dijo estas palabras, que me hicieron profunda impresion: — Querida os fatigais mucho por un resultado imposible; no mudareis la naturaleza de las cosas, y una reducida ciudad del norte, sin conexion con lo demas del mundo, sin aficion á las artes ni á las letras, no puede ser sino como es; si habeis de vivir aquí, someteos; idos, si podeis; no hay mas medios que estos dos. Este raciocinio era harto evidente, y sentí hácia aquella mujer cierta estimacion que no me

tenia á mí misma, porque dotada de inclinaciones bastante análogas á las mías, supo resignarse con el destino que yo no podia soportar; y amando la poesía, y los deleites ideales, juzgaba mejor de la fuerza de las cosas, y de la obstinacion de los hombres. Procuré verla con frecuencia, pero en vano; su entendimiento salia del círculo; mas su vida se encerraba en él; y todavía creo que temia despertar con nuestras conversaciones su natural superioridad: ¿de qué la hubiera servido?

## CAPITULO III

No obstante, habria pasado toda mi vida en la triste situacion en que me hallaba, si hubiera conservado á mi padre; pero un accidente repentino me le robó: perdí en él mi protector, mi amigo, el único que me entendia en aquel desierto poblado, y fué tanta mi desesperacion que apenas pude resistir á mi pena. Tenia veinte años cuando murió, y me hallé sin mas arrimo, sin mas allegados que mi madrastra, con quien al cabo de cinco años que viviamos juntas, no trataba mas que el primer dia. Empezó de nuevo á hablarme de Mr. Maclinson; y aunque no tenia autoridad para mandarme darle la

mano, no admitia en su casa á nadie mas, y me declaraba sin rebozo que no favoreceria otro enlace; no porque amase mucho á Mr. Maclinson, si bien era tan próximo pariente suyo, sino porque le parecia desdeñosa en despreciarle, y hacia causa comun con él, mas por defender la medianía que por amor propio de familia.

Cada dia se iba haciendo mas odiosa mi situacion, y ya me sentia acometida de la enfermedad del país, dolor el mas inquieto que puede apoderarse del alma. El destierro es á veces para los genios vivos y sensibles un tormento mucho mas cruel que la muerte; la imaginacion toma en desagrado todos los objetos que nos rodean, el clima, el suelo, el habla, los usos, la vida en total, y la vida por menor; hay una pena para cada momento y para cada situacion; porque la patria nos proporciona mil placeres habituales que nosotros mismos no conocemos hasta haberlos perdido:

..... *La favella, i costumi,  
L'aria, i tronchi, il terren, le mura, i sassi* (1)  
METASTASIO.

Ya es una desazon bastante viva no ver los lugares donde pasámos la infancia; las memorias de aquella edad, un particular encanto, tornan jóven el corazón, y al mismo tiempo suavizan la idea de

(1) ..... habla y costumbres,  
Aires, troncos, terreno, montes, peñas.

la muerte : el sepulcro á par de la cuna, parece que pone toda una vida bajo la misma sombra ; mientras los años pasados en un suelo extranjero son como ramas sin raíces. La generacion que va delante de nosotros, no nos vió nacer ; no es para nosotros la generacion de los padres, la generacion protectora ; los extranjeros no entienden mil intereses que son comunes entre paisanos ; es preciso explicarlo, comentarlo, decirlo todo, en lugar de aquella comunicacion fácil, de aquella efusion de pensamientos que comienza en el momento de volvernos á hallar entre nuestros conciudadanos. No podia acordarme, sin enternecerme, de las expresiones cariñosas de mi país. *Cara, carisima*, decia algunas veces paseándome sola para imitarme á mí misma la acogida tan afable de los Italianos y las Italianas, comparándola con la que ahora tenia.

Vagaba todos los días por el campo, donde acostumbraba oír por la noche en Italia tan armoniosas tonadas, cantadas por voces tan acordes, y solo resonaban en las nubes los graznidos de los cuervos. El sol tan hermoso, y el suavísimo ambiente de mi país, se hallaba sustituido con las nieblas ; apenas sazaban las frutas, no veia viñas, las flores crecian desmayadamente, y á larga distancia unas de otras ; los abetos cubrian todo el año los montes, como una negra vestidura : cualquier edificio antiguo, cualquiera cuadro, un solo cuadro hermoso, hubiera dado aliento á mi alma ; mas en vano ha-

ría buscado treinta leguas al contorno. Todo estaba triste y amortecido al rededor de mí, y las habitaciones y los habitantes únicamente servian para privar á la soledad de aquel horror poético que causa en el alma dulce estremecimiento. Hallábase comodidad, algun comercio y cultivo cerca de nosotros ; en fin, lo necesario para poder decir : *Debeis estar contenta, no os falta nada*. ; Estúpido juzgar por lo exterior de la vida, cuando todo el hogar de la felicidad y del padecer está en el santuario mas íntimo y mas secreto de nosotros mismos !

A los veinte y un años debia naturalmente entrar á poseer la hacienda de mi madre, y la que mi padre me habia dejado : entónces me ocurrió en mis meditaciones solitarias, pues era huérfana y mayor de edad, la idea de volver á Italia para hacer allí una vida independiente y toda dedicada á las bellas artes. Cuando me vino este pensamiento, me embriagó de felicidad, y al pronto no entendí pudiese dar mi proyecto lugar á ninguna objecion ; mas luego que se sosegó un poco mi fiebre de esperanza, me atemorizó aquella resolucion irreparable ; y figurándome lo que dirian todos mis conocidos, me pareció absolutamente impraticable el mismo intento que al principio se me representó tan fácil ; empero la imágen de aquella vida en medio de todas las memorias de la antigüedad, de la pintura y de la música se habia ofrecido á mis ojos con tantas circunstancias, y tanto atractivo, que me ins-

piró mayor aborrecimiento á mi molesta existencia.

Mi talento que temia perder se aumentó con el estudio no interrumpido de la literatura inglesa, y el modo profundo de sentir y pensar que caracteriza á vuestros poetas, habia fortalecido mi entendimiento y mi alma, sin quitarme nada de la imaginacion viva que al parecer solo pertenece á los habitantes de nuestras regiones. Podia, pues, creerme destinada á gozar de bienes extraordinarios por la reunion de raras circunstancias que me habian dado doble educacion, y si puedo decirlo así, me hicieron hija de dos naciones diferentes. Acordábame de la aprobacion que habia concedido en Florencia un corto número de buenos jueces á mis primeros ensayos de poesia: exaltábame pensando en los nuevos triunfos que podria obtener; en fin, tenia gran esperanza en mí misma: ¿no es esta la ilusion primera y la mas noble de la juventud?

Me parecia que iba á ser señora del universo el dia en que ya no sintiese el soplo disecador de la malévola medianía; pero cuando era menester tomar una resolucion y partir escapándome secretamente, me detenia la opinion pública, que me causaba mucho mas miramiento en Inglaterra que en Italia; pues aunque no me hallaba bien en la reducida ciudad donde vivia, respetaba el conjunto del país de que ella era parte. Si mi madrastra hubiese consentido en llevarme á Londres ó á Edimburgo, si hubiera tratado de casarme con un hombre de bastante

talento para apreciar el mio, jamas habria renunciado mi nombre ni mi existencia, aun para volver á mi antigua patria. En fin, por mas duro que fuese para mí el dominio de mi madrastra, quizá nunca me hubiera determinado á mudar de situacion, á no ser por una infinidad de circunstancias que se juntaron como para resolver mi ánimo indeciso.

Tenia conmigo á la camarera italiana que conoceis, á Teresina: es Toscana, y aunque su entendimiento no se ha cultivado, usa de aquellas expresiones nobles y armoniosas que dan tanta gracia á la conversacion mas trivial de nuestro pueblo. Solamente con ella hablada mi lengua, y este vinculo me hacia amarla mas. Veíala muchas veces triste, sin atreverme á preguntarle el motivo, recelando que echaba de ménos, como yo, nuestro país, y temiendo no poder contener mis propios sentimientos, si los excitaban los sentimientos ajenos. Hay penas que se suavizan comunicándose; pero las dolencias de la imaginacion se aumentan cuando se confian, y se aumentan en especial, cuando se descubre en otro un dolor semejante al nuestro. Entónces parece invencible el mal que padecemos, y no procuramos lidiar con él. Mi pobre Teresina cayó repentinamente enferma de gravedad; y oyéndola quejarse dia y noche, me resolví al cabo á preguntarle la causa de sus penas. ¿Cuál fué mi admiracion de oirla decir casi todo lo que yo habia sentido! No habia reflexionado tanto como yo sobre

el principio de sus pesares; los atribuía á circunstancias locales, y á ciertas personas en particular; pero la tristeza de la naturaleza, la insulsez de la ciudad donde vivíamos, la frialdad de su habitantes, la violencia de sus usos, sentíalo, sin comprenderlo todo, y exclamaba de continuo: — ¡Oh país mío! ¿no te volveré á ver? — Y en seguida, no obstante, añadía que no quería dejarme, y lloraba con una amargura que me rompía el corazón, por no poder conciliar su cariño hácia mí, su hermoso cielo de Italia, y el placer de oír su lengua nativa.

Ninguna cosa hizo mas sensacion en mi ánimo que aquella repetición de mis propias impresiones en una criatura vulgar, pero que habia conservado el carácter y las inclinaciones italianas en su natural viveza, y le ofrecí volverla á Italia. — Con vos, me respondió. — Callé, y entónces se arrancó los cabellos, y juró que nunca se apartaria de mí; mas al pronunciar estas palabras, parecia próxima á espirar. Por fin, se me escapó decirle que yo volveria tambien, y este dicho únicamente dirigido á sosegarla, se hizo mas solemne por el gozo imponderable que le causó, y por la confianza que fundó en él. Desde aquel dia, sin decirme nada, hizo conocimiento con algunos negociantes de la ciudad, y me avisaba con puntualidad cuando salia un buque del puerto inmediato para Génova, ó para Liorna; escuchábala, y no le respondia, y ella imitaba mi silencio; pero se le llenaban los ojos de lágrimas. Cada

dia se alteraba mas mi salud con el clima, y con mis interiores penas; mi ánimo necesitaba movimiento y alegría, os lo he dicho mil veces, el dolor me haria morir; hay dentro de mí demasiada lucha contra él, y para vivir es preciso ceder á su fuerza.

Renovábase, pues, frecuentemente en mi alma la idea que me ocupaba desde la muerte de mi padre; pero amaba mucho á Lucila, que entónces tenia nueve años, y á quien cuidaba yo hacia seis, como segunda madre: pensé un dia que si partiese en secreto perjudicaria de tal modo á mi reputacion que podria padecer el nombre de mi hermana; y este recelo me hizo renunciar por algun tiempo á mis proyectos. Una noche, empero, en que sentia mas las desazones que experimentaba, tanto en mis relaciones con mi madrastra, como en mis relaciones con la sociedad, me hallé sola á cenar con lady Edgermond; y despues de una hora de silencio, me asaltó tal tedio de su imperturbable frialdad, que empecé la conversacion lamentándome de la vida que tenia, mas para precisarla á hablar, que para lograr ningun resultado; pero animándome poco á poco indiqué de improviso la posibilidad, en una situacion como la mia, de dejar para siempre á Inglaterra. No se turbó nada mi madrastra, y con una serenidad y un tono seco, que no olvidaré mientras viva, me dijo: Miss Edgermond, teneis veinte y un años; por consiguiente son vuestras la hacienda de vuestra madre, y la que vuestro padre os ha de-

jado : así pues, sois libre para gobernaros como quiéris; mas si tomáis una resolución que os deshonre en la opinión pública, debeis por vuestra familia mudar de nombre, y daros por muerta. — Levantéme con ímpetu al oír estas palabras, y salí sin reponder.

Aquella desdeñosa dureza me causó la mayor indignación, y por un instante se apoderó de mi alma un deseo de venganza absolutamente ajeno de mi carácter. Sosegáronse estos impulsos; mas el convencimiento de que nadie se interesaba en mi dicha, rompió los vínculos que todavía me unían con la casa donde habia visto á mi padre. Es verdad, no me gustaba lady Edgermond; pero tampoco la miraba con la indiferencia que ella manifestaba; enternecíame su cariño á su hija; pensaba haberle inspirado interés con los cuidados que empleaba con aquella niña, y tal vez, al contrario, aquellos mismos cuidados habian excitado sus celos; porque cuantos mas sacrificios se habia impuesto en todos puntos, mas vehemente era en el único afecto que se consentia. Todo el ardor, toda la viveza de que es capaz el corazón humano, dominado por la razón bajo todos los demas respectos, se encontraba en su carácter cuando se trataba de su hija.

En medio del resentimiento que excitó en mi alma la conversacion con lady Edgermond, vino á decirme Teresina muy conmovida, que en el puerto de donde solo distábamos algunas leguas, habia en-

trado un buque de Liorna mismo, y venian á bordo de él unos negociantes conocidos suyos, las gentes mas honradas del mundo. — Todos son Italianos, me dijo llorando, no saben hablar mas que en italiano; dentro de ocho dias se vuelven á embarcar, y van en derechura á Italia; si la señora se hallase resuelta... — Volveos con ellos, buena Teresina, le respondi. — No señora, exclamó; mas quiero morir. — Y salióse de mi aposento, donde yo me quedé reflexionando sobre mis obligaciones respecto de mi madrastra. Parecíame claro que deseaba separarme de su lado; la disgustaba mi influjo con Lucila; temia que el concepto en que me tenían de persona extraordinaria perjudicase algun dia á la colocacion de su hija; en fin, indicándome el deseo de que me diese por muerta, me habia dicho el secreto de su corazón; y este amargo consejo, que tanto me indignó al pronto, me pareció bastante juicioso, despues de reflexionarlo. — Sí, por cierto, exclamaba, pasaré por muerta en estos lugares donde mi existencia es solo un sueño inquieto: reviviré con la naturaleza, con el sol, con las bellas artes, y las frias letras que componen mi nombre, escritas en un sepulcro vano, ocuparán tan bien como yo mi lugar en esta mansion falta de vida. Sin embargo, estos impulsos de mi alma hácia la libertad no me dieron todavía valor para una resolución decisiva; hay momentos en que parece podemos lo que deseamos, y otros en que se nos figura debe triunfar de



todos los sentimientos del alma el orden habitual de las cosas. Hallábame en esta indecision, que podia durar siempre, pues ningun motivo exterior me obligaba á determinarme, cuando el domingo siguiente á mi conversacion con mi madrastra, vi, al anocheecer, debajo de mis ventanas, á unos cantores italianos que habian venido en el bajel de Liorna, y Teresina habia llamado para causarme una sorpresa gustosa. No puedo explicar la conmocion que senti; cubrió mi rostro un diluvio de llanto; renováronse todas mis memorias, porque no hay cosa como la música para acordar lo pasado, y no solo lo recuerda, sino que se presenta, cuando ella le llama, semejante á sombras de las personas amadas, y vestido de un velo melancólico y misterioso. Cantáron los músicos aquellas dulcísimas palabras de Montí, compuestas en su destierro.

*Bella Italia, amate sponde,  
Pur vi torno a riveder :  
Tremi in petto, e si confonde  
L'alma oppressa dal piacer* (1).

Sentíame como embriagada, como llena hácia Italia de cuanto puede inspirar el amor, deseo, entusiasmo, recuerdos; ya no era señora de mí misma, toda mi alma la arrastraba mi patria; necesitaba verla, respirarla, oirla, cada latido de mi corazón

(1) *Bella Italia, ó tierra amada,  
Ya, por fin, te vuelvo á ver :  
Dentro el pecho enajenada  
Tiembla el alma de piacer.*

era un llamamiento á mi hermosa morada, á un risueño país. Si se ofreciese á los muertos en sus sepulcros la vida, no levantarían la losa que los cubre con mas ansia que yo sentia por apartar de mí todas mis vestiduras de muerta, y tomar otra vez posesion de mi fantasía, de mi genio, de la naturaleza. En el momento de aquella exaltacion causada por la música, me hallaba muy distante de determinar cosa alguna, porque eran mis sentimientos demasiado confusos para formar idea fija, cuando entró mi madrastra, y me pidió mandase cesar el canto, porque era escandalosa la música en domingo. Quise replicar; los Italianos se iban al otro día; hacia seis años que no disfrutaba de semejante placer; pero mi madrastra no me escuchó, y diciéndome era menester primero que todo respetar los estilos del país donde vivíamos, se acercó á la ventana, y mandó á sus criados despidiesen á mis pobres paisanos. Partieron, y de cuando en cuando me repetían un adiós que me traspasaba el corazón.

Ya se habia llenado la medida de mis pesares; el bajel se ausentaba al día siguiente; Teresina, á todo riesgo, y sin darme noticia, lo habia preparado todo para mi partida: Lucila, hacia ocho días, estaba en casa de una parienta de su madre: las cenizas de mi padre no descansaban en la casa de campo donde habitábamos, porque dispuso que su sepulcro se levantase en su hacienda de Escocia. Por fin, partí sin avisar á mi madrastra, dejándole una

carta en que le noticiaba mi resolución. Partí en uno de aquellos momentos en que nos entregamos al destino, en que todo parece preferible á la esclavitud, al disgusto y al tedio; en que la juventud irreflexiva se fia del porvenir, y lo ve en el cielo como una estrella brillante que le promete suerte feliz.

#### CAPITULO IV

Al perder de vista las costa de Inglaterra, me asaltaron pensamientos mas inquietos; pero como no habia dejado allí ningun cariño muy íntimo, presto me consolé llegando á Liorna con todo el encanto de Italia. A nadie dije mi nombre verdadero, segun se lo prometí á mi madrastra; y adopté el de Corina, agradable á mi oído por la historia de una mujer griega, amiga de Píndaro (1). Mi figura habia mudado tanto, conforme se iba desenvolviendo, que estaba segura de no ser conocida; viví bastante sola en Florencia, y debia suponer lo que ha sucedido, esto es, que nadie sabria en Roma quién era. Mi madrastra me escribió habia propa-

(1) No debe confundirse el nombre de Corina con el de Corilla, improvisadora italiana, de quien todos han oído hablar. Corina era una Griega, famosa en la poesía lírica, de quien el mismo Píndaro recibió lecciones.

gado la voz de que los médicos me ordenaron hacer un viaje al mediodía para restablecer mi salud, añadiendo luego que habia muerto en el camino. No contenia su carta ninguna reflexion; me remitió con suma puntualidad todo mi caudal, bastante cuantioso, pero no me ha vuelto á escribir. Cinco años pasaron desde el momento de que hablo, hasta el instante en que os ví la primera vez; cinco años bastante venturosos, durante los cuales vine á establecerme en Roma, creció mi reputacion, las bellas artes y la literatura me dieron mas deleites solitarios que aplausos, y no conocí, hasta veros, todo el imperio que puede tener la pasion: mi fantasia daba y quitaba algunas veces colores á mis ilusiones, sin causarme amargos pesares; todavía no me señoreaba un cariño capaz de dominarme. La admiracion, el respeto, el amor, no aprisionaban todas las potencias de mi alma; concebía, aun amando, mas prendas y mas atractivo; en fin, permanecía superior á mis propias impresiones, en lugar de rendirme á ellas.

No exijais os cuente como dos hombres, cuya pasion á mí se ha manifestado harto, ocuparon sucesivamente mi vida ántes de conoceros; seria preciso violentar mi convencimiento íntimo para persuadirme ahora que otro ha podido interesarme, y siento de ello tanto arrepentimiento como dolor. Solamente os diré lo que ya habeis sabido por mis amigos; mi existencia independiente era para mí

tan agradable, que despues de largas vacilaciones y penosas escenas, rompí dos veces los lazos que la necesidad de amar me hizo contraer, y que no pude resolverme á hacer indisolubles. Un gran señor alemán quiso ser mi esposo, y llevarme á su patria, donde le obligaban á residir su clase y su hacienda : un príncipe italiano me ofreció en Roma mismo la mas espléndida fortuna. El primero logró agradarme, inspirándome la mayor estimacion; pero con el tiempo advertí la escasez de sus luces : cuando estábamos solos me costaba mucho trabajo mantener la conversacion, y ocultarle sus faltas : no me atrevia, hablando con él, á manifestar lo que puedo ser, por miedo de incomodarle; preví la tibieza de su pasion al momento que le tratase con ménos miramiento, y es, no obstante, difícil conciliar el miramiento con la estimacion. Las contemplaciones de una mujer por una inferioridad sea cual fuere, en un hombre, siempre suponen mas compasion que amor; y la especie de cálculo y de reflexion que exigen desfiguran la celestial naturaleza de una pasion involuntaria. El príncipe italiano tenia un entendimiento fecundo y lleno de gracia : queria establecerse en Roma; participaba de todas mis inclinaciones, y gustaba de mi modo de vivir; pero noté en una ocasion importante que carecia de fortaleza de alma, y conocí que en las circunstancias delicadas de la vida habia yo de alentarle y sostenerle; desde entónces huyó el amor, porque las mujeres

necesitan apoyo, y no hay cosa que tanto las entibie como verse precisadas á darle. Dos veces, pues, me desengañó de mis sentimientos, no por desgracias ni por errores, sino porque la observacion me descubrió lo que la imaginacion me habia ocultado.

Creíme destinada á no amar nunca con todo el poder de mi alma : á veces me afligia esta idea, pero mas frecuentemente celebraba ser libre; temia en mí esta facultad de padecer, esta naturaleza apasionada que amenaza mi felicidad y mi vida; mas siempre me tranquilizaba pensando era difícil aprisionar mi razon, y no creia que jamas correspondiese nadie á la idea que yo formaba del carácter y del entendimiento de un hombre : siempre esperaba escaparme del dominio absoluto de una pasion, notando algunos defectos en el objeto que me agradara; ignoraba que hay defectos capaces de aumentar el amor por la misma inquietud que causan. Osvaldo, la melancolía, la incertidumbre que os desalientan en todo, la severidad de vuestras opiniones alteran mi reposo sin entibiar mi cariño: pienso muchas veces que este cariño no me ha de hacer feliz; pero entónces juzgo de mí, no de vos.

Ya sabeis la historia de mi vida; el abandono de Inglaterra, mi mudanza de nombre, la inconstancia de mi corazon, nada he disimulado. Sin duda juzgareis que la imaginacion me ha extraviado frecuentemente; pero si la sociedad no aprisionase á las mujeres con vinculos de todas clases, de que están

libres los hombres, ¿ qué habria en mi vida que impidiese amarme ? ¿ engañé nunca ? ¿ hice nunca mal ? ¿ amancillóse mi alma con intereses vulgares ? Sencillez, bondad, pundonor, ¿ perderá Dios mas á la huérfana sola en el mundo ? ¿ Dichosas las mujeres que hallan á sus primeros pasos en la vida al que siempre deben amar ! ¿ Pero lo merezco yo ménos por haberle conocido harto tarde ?

Sin embargo, os lo diré, milord, y creereis mi franqueza ; si pudiese pasar mi vida á vuestro lado, y no ser vuestra esposa, me parece, á pesar de perder una gran ventura, y una gloria, la mayor de todas á mis ojos, que no quisiera unirme á vos. Quizá este matrimonio es para vos un sacrificio ; quizá un día os acordareis con dolor de esa hermosa Lucila, mi hermana, á quien vuestro padre os destinó : es doce años mas jóven que yo ; su nombre se conserva puro como la primera flor primaveral, en tanto que seria preciso hacer revivir en Inglaterra el mio, puesto ya bajo el imperio de la muerte. Lo sé, Lucila tiene un alma suave y cándida, y si he de juzgar por su infancia, puede ser capaz de entenderos amándoos. Osvaldo, sois libre ; cuando lo deseéis, se os restituirá vuestro anillo.

Acaso quereis saber ántes de decidir os cuanto padeceré si me abandonéis : lo ignoro : á veces se levantan dentro de mi alma movimientos tumultuosos, mas fuertes que mi razon, y no seria delincuente si semejantes movimientos me hiciesen enteramente

insoportable la vida. Tambien es cierto que tengo muchas facultades para ser feliz, y tal vez siento dentro de mí como una fiebre de pensamientos que hace circular la sangre con mas velocidad. Todo me interesa ; hablo con placer ; disfruto deliciosamente del talento de los demas, del interes que me manifiestan, de las maravillas de la naturaleza, y de las obras del arte que no ha herido de muerte la afectacion. ¿ Pero estará en mi mano vivir no viéndoos ? Juzgadlo vos, Osvaldo ; me conoceis mejor que yo misma ; no soy responsable de lo que podré sentir ; quien clava el puñal es quien debe saber si es mortal la herida : mas cuando lo fuese, Osvaldo, debiera perdonárosla.

Mi felicidad depende absolutamente de la pasion que hace seis meses me habeis mostrado : desafiaria todo el poder de vuestra voluntad y de vuestra delicadeza á engañarme sobre la alteracion mas leve de esta pasion : apartad en este punto toda idea de deber ; no conozco promesa ni garantia para el amor. Sola la divinidad puede hacer renacer una flor cuando la ha marchitado el viento. Una voz, una mirada vuestra bastarian para darme á entender que vuestro corazon no era el mismo, y aborreceria cuanto pudiérais ofrecérme en lugar de vuestro amor, de ese rayo divino, mi celestial auréola. Sed, pues, libre ahora, Osvaldo, libre cada dia, y libre tambien aun cuando fuéseis mi esposo, porque si cesáseis de amarme, yo os libertaria muriendo

de los lazos indisolubles que os uniesen conmigo.

Luego que hayais leído esta carta, quiero volver á veros; mi impaciencia me conducirá hácia vos, y al miraros sabré mi suerte; la desgracia es veloz, y el corazon, aunque tan débil, no debe engañarse en las funestas señales de un destino irrevocable. Adios.



## LIBRO DÉCIMO QUINTO

LA DESPEDIDA DE ROMA Y EL VIAJE A VENECIA

### CAPITULO I

Con profunda sensacion leyó Osvaldo la carta de Corina. Agitábase una mezcla confusa de diversas penas; ora ofendido de la pintura que hacia de una provincia de Inglaterra, y pensando entre sí con despecho que jamas podia semejante mujer ser feliz en la vida doméstica; ora compadecido de sus pesares, y sin poder ménos de amar y admirar la franqueza y la sencillez de su narracion. Sentíase tambien celoso de los afectos que habia tenido ántes de conocerle, y cuanto mas procuraba disimularse á sí mismo aquellos celos, mas le atormentaban; en fin, la parte que su padre tenia en su historia le

de los lazos indisolubles que os uniesen conmigo.

Luego que hayais leído esta carta, quiero volver á veros; mi impaciencia me conducirá hácia vos, y al miraros sabré mi suerte; la desgracia es veloz, y el corazon, aunque tan débil, no debe engañarse en las funestas señales de un destino irrevocable. Adios.



## LIBRO DÉCIMOQUINTO

LA DESPEDIDA DE ROMA Y EL VIAJE A VENECIA

### CAPITULO I

Con profunda sensacion leyó Osvaldo la carta de Corina. Agitábase una mezcla confusa de diversas penas; ora ofendido de la pintura que hacia de una provincia de Inglaterra, y pensando entre sí con despecho que jamas podia semejante mujer ser feliz en la vida doméstica; ora compadecido de sus pesares, y sin poder ménos de amar y admirar la franqueza y la sencillez de su narracion. Sentíase tambien celoso de los afectos que habia tenido ántes de conocerle, y cuanto mas procuraba disimularse á sí mismo aquellos celos, mas le atormentaban; en fin, la parte que su padre tenia en su historia le

afligia amargamente, y era tal la angustia de su alma que ya no sabia lo que hacia ni lo que pensaba. Salió con precipitacion á mediodía, y con un sol abrasador : á estas horas no hay nadie en las calles de Nápoles, el miedo del calor obliga á todos los seres vivos á mantenerse á la sombra : encaminóse hácia Pórtici, andando sin objeto, y los rayos ardientes que caian sobre su cabeza excitaban y confundian sus pensamientos.

Corina, en tanto, despues de esperar algunas horas, no pudo resistir á la necesidad de ver á Osvaldo : entró en su aposento, y no hallándole, le causó su ausencia un terror mortal : vió encima de la mesa de lord Nelvil su manuscrito, y no dudando que le habria leído ántes de salir, pensó se habia ausentado del todo, y no le volveria á ver mas. Entónces se apoderó de ella un dolor insoportable ; quiso esperar, y cada instante la consumia ; paseaba presurosa por su aposento, y luego se paraba de repente por no perder el mas leve rumor que pudiese anunciar su vuelta. En fin, no resistiendo mas á su afan, bajó para preguntar si habian visto pasar á lord Nelvil, y hácia qué parte se dirigia. El dueño de la posada respondió que lord Nelvil habia ido hácia Pórtici ; pero sin duda, añadió, no habrá ido muy léjos, porque á aquella hora era muy peligroso el sol. Este temor, junto con los demas, determinó á Corina, y aunque no llevaba en la cabeza cosa alguna que la resguardase del calor comenzó á andar

á la ventura por la calle. Los anchos empedrados blancos de Nápoles, aquellos empedrados de lava, y colocados allí como para multiplicar el efecto del calor y de la luz, abrasaban su piés, y la deslumbraban con el reflejo de los rayos del sol.

No habia pensado llegar á Pórtici ; pero continuaba adelantándose, cada vez con mas velocidad, porque la pena y la inquietud apresuraban sus pasos : nadie parecia en el camino ; en aquellas horas hasta los animales están escondidos, y temen á la naturaleza. El soplo mas leve de viento, ó el carro mas ligero que atraviesa la calzada, llena el aire de un polvo horroroso ; los prados cubiertos de él no dan ya idea por su color de vegetacion ni de vida.

De cuando en cuando se sentia Corina próxima á caer, y no encontraba un árbol para apoyarse, y su razon se extraviaba en aquel desierto encendido : ya no le quedaban mas que algunos pasos para llegar al palacio del rey, bajo cuyos pórticos hubiera hallado sombra y agua para refrescarse ; pero faltábanle fuerzas ; en vano intentaba andar, ya no veia el camino, ocultábaselo un vahido, y le representaba mil luces, aun mas vivas que la del día ; y luego de improviso sucedia á las luces una nube que la rodeaba de oscuridad sin frescura. Abrasábala una sed ardiente ; encontró á un lazzarone, única criatura humana que podia exponerse en aquel momento al poder del clima, y le pidió que le buscara

un poco de agua; mas él, viendo sola en medio de un camino, á semejantes horas, á una mujer tan notable por su hermosura, y por la elegancia de sus vestidos, no dudó que estuviese loca, y se apartó de ella con terror.

Por fortuna volvía Osvaldo hácia atrás en el instante mismo, y llegaron á su oído algunos acentos de Corina; corrió á ella fuera de sí, y la recibió en sus brazos al tiempo de caer desmayada; llevóla de aquel modo hasta Pórtici, y la hizo volver en sí á fuerza de cuidados y de cariños.

Luego que le conoció, le dijo, todavía como enajenada: — Me ofrecisteis no ausentaros, sin mi consentimiento: puedo pareceros ahora indigna de vuestro afecto; pero vuestra promesa ¿por qué la despreciais? — Corina, replicó Osvaldo, jamas se acercó á mi corazon la idea de dejaros; solamente queria reflexionar sobre nuestra suerte, y sosegarme ántes de volveros á ver. — ¡Pues bien! respondió Corina, procurando aparentar tranquilidad, habeis tenido bastante tiempo durante las horas mortales que por poco me cuestan la vida; habeis tenido bastante tiempo; hablad, decidme cuál es vuestra resolucion. — Osvaldo, asustado del sonido de voz de Corina, que descubria su interior agitacion, se arrodilló delante de ella, y le dijo: — Corina, el corazon de tu amigo no se ha mudado; ¿qué he sabido para que perdieses tu encanto? Pero escucha. Y como temblaba con mas violencia, prosi-

guió con afan: — Escucha sin terror á quien no quede vivir sabiendo que eres desventurada. — ¡Ah! exclamó Corina, hablais de mi felicidad; ya no se trata de la vuestra. No rehusó vuestra compasion; ahora la necesito; mas ¿pensais que yo querria vivir de ella sola? — No, los dos viviremos de mi amor, dijo Osvaldo; volveré... — ¡Volvereis! interrumpió Corina, ¡ah! ¿con qué quereis partir? ¿Qué ha sucedido? ¿qué se ha mudado desde ayer? ¡infeliz de mí! — ¡Dulce amiga! no se turbe así tu corazon, repuso Osvaldo, y déjame descubrirte, si puedo, lo que siento; es mucho ménos de lo que temes, mucho ménos; pero es preciso, dijo esforzándose para explicarse, es preciso que conozca las razones que pudo tener mi padre de oponerse, hace siete años, á nuestra union: jamas me habló de esto; lo ignoro todo sobre ese punto; pero su amigo mas íntimo que vive en Inglaterra, sabrá cuáles fueron sus fundamentos. Si, como me figuro, dependió su resolucion de circunstancias poco graves, no importa; te perdonaré haber dejado el país de tu padre y mio; una patria tan noble; esperaré que el amor te vuelva á unir con ella, y que prefieras la felicidad doméstica, y las virtudes sencillas y naturales, al mismo esplendor de tu genio: lo esperaré, lo haré todo: mas si mi padre se hubiese declarado contra ti, Corina, jamas seré esposo de otra; empero tampoco podré serlo tuyo jamas.

Quando acabó de decir estas palabras, corria por



la frente de Osvaldo un sudor helado, y el propio esfuerzo que habia hecho para hablar de aquel modo era tan notable, que Corina, sin pensar mas que en su situacion, tardó algun rato en responderle, y tomándole de la mano, le dijo: — ¡Cómo! ¡partís! ¡vais á Inglaterra, y me dejais! — Osvaldo calló. — ¡Cruel! exclamó Corina desesperada, no respondeis; no os oponéis á lo que os digo. ¡Ah! ¡es, pues, cierto! ¡Ah! decíalo, mas no lo creía. — Gracias á vuestro cuidado, respondió Osvaldo, recobré la vida que iba á perder, y esta vida pertenece á mi patria durante la guerra. Si puedo unirme con vos, no nos separaremos mas, y os restituiré vuestro nombre y vuestra existencia en Inglaterra; mas si se nos niega este destino harto venturoso, volveré á Italia, en haciéndose la paz; estaré largo tiempo en vuestra compañía, y no haré en vuestra suerte otra variacion sino daros un nuevo amigo fiel. — ¡Ah! ¡no hareis variacion en mi suerte, dijo Corina, cuando sois mi único interes en el mundo, cuando he probado esa copa deliciosa que da la felicidad ó la muerte! Pero á lo ménos, decidme, ¿cuándo será vuestra partida? ¿cuántos dias me quedan? — Amada amiga, dijo Osvaldo apretándola contra su corazon, juro que no te dejaré ántes de tres meses, y aun entónces, quizá... — Tres meses, exclamó Corina; viviré siquiera todo ese tiempo; es mucho, no esperaba tanto. Vamos, ya me siento mejor; tres meses son un porvenir, añadió con una mezcla de tristeza y de alegría que en-

LA DESPEDIDA DE ROMA Y EL VIAJE, ETC. 119  
 terneció hondamente á Osvaldo. — Los dos subieron callando al coche que los llevó á Nápoles.

---

 CAPITULO II

Al llegar encontraron al príncipe de Castel-Forte esperándolos en la posada. Corrió la voz de que lord Nelvil habia dado la mano á Corina, y aunque esta nueva causó mucho pesar al príncipe, vino para cerciorarse personalmente de su verdad, y para reunirse en algun modo con su amiga, aun despues de hallarse enlazada con otro. La melancolia de Corina, el estado de abatimiento en que la veia por primera vez, le dieron suma inquietud; mas no se atrevió á preguntarla, porque parecia evitaba toda conversacion relativa á aquel punto. Hay situaciones en que el alma teme fiarse de nadie, porque una palabra dicha ú oida seria bastante para disipar á nuestros propios ojos la ilusion que nos hace soportar la existencia; y la ilusion en los sentimientos exaltados de cualquiera naturaleza, tiene la particularidad de que nos contemplamos á nosotros mismos, como complaceríamos á un amigo á quien temiésemos afligir desengañándole; ponemos nues-

tro propio dolor bajo el amparo de nuestra propia compasion.

Al dia siguiente, Corina, que era la criatura mas natural del mundo, y no procuraba hacer impresion con su dolor, quiso mostrarse alegre, volver en sí, y aun pensó que el medio mejor para detener á Osvaldo era manifestarse amable, como en otros tiempos; comenzaba, pues, con viveza, á hablar de una cosa interesante; de improviso se apodera de ella la distraccion, y vagaban sus miradas sin objeto. Poseia, en el mas eminente grado la facilidad de explicarse, y ahora vacilaba en la eleccion de las voces, y á veces usaba de una expresion que no tenia connexion alguna con lo que queria decir: entónces se reia ella misma: pero entre aquella risa, se llenaban sus ojos de lágrimas. Osvaldo se afligia de verla padecer por él: procuraba hablarle á sólas; pero ella huia con cuidado todas las ocasiones.

— ¿Qué pretendéis saber de mí? le dijo un dia que instaba por hablarla. Me doy lástima; no hay mas. Tenia alguna vanidad de mi talento, amaba la gloria y los aplausos: hasta la alabanza de los indiferentes era objeto de mi ambicion; ahora, empero, de nada me cuido, y no me ha desengañado de esos vanos placeres la felicidad, sino un mortal desaliento. No os culpe; nace de mí, ¡acaso le veneré al fin! pasan tantas cosas dentro del alma que no podemos prever ni dirigir; pero os hago justicia, Osvaldo: padeceis por mí, ya lo veo. Y yo

tambien os tengo compasion; ¿por qué este sentimiento no ha de convenirnos á los dos? ¡Ay! puede dirigirse á cuanto respira, sin exponerse á errar muchas veces.

Osvaldo no era entónces ménos desgraciado que Corina: la amaba con extremo: pero su historia habia ofendido su modo de pensar y sus cariños antiguos. Parecíale que su padre lo habia previsto y determinado todo para él de antemano, y que despreciaria sus consejos si tomaba por esposa á Corina: no obstante, no podia renunciar á ella y se encontraba nuevamente sumergido en las mismas dudas, de que esperó salir cuando supiese la suerte de su amiga. Ella, por su parte, no habia deseado unirse en matrimonio con Osvaldo; y si se hubiera creído segura de que no la dejaria nunca, no habria necesitado nada mas para ser dichosa; pero le conocia bastante para saber que él no comprendia la felicidad sino en la vida doméstica, y que si renunciaba á ser su esposo habia precisamente de ser amándola ménos. La partida de Osvaldo para Inglaterra le parecia una señal de muerte; sabia cuánto influjo tenian en él las costumbres y las opiniones de aquel país; en vano proyectaba pasar su vida con ella en Italia; no dudaba que volviéndose á hallar en su patria, se le haria odiosa de nuevo la idea de dejarla: en fin veia que todo su poder dimanaba de su atractivo; ¿y qué es este poder en la fantasia, cuando sitian por todas partes la fuerza y

la realidad de un órden social, tanto mas dominador cuanto se funda en ideas nobles y puras?

Corina, antormentada de estas reflexiones, habria deseado tener algun imperio sobre su pasion á Osvaldo. Procuraba hablar con el principe de Castel-Forte de los objetos que siempre la interesaron, la literatura y las bellas artes; pero cuando entraba Osvaldo en el aposento, la dignidad de su semblante, una mirada melancólica que lanzaba á Corina como si le dijese: *¿por qué quieres renunciar á mi?* destruia todos sus proyectos. Veinte veces quiso Corina decir á lord Nelvil que su irresolucion la ofendia, y que estaba resuelta á separarse de él; pero le veia, ora apoyar la cabeza en la mano como un hombre oprimido de sentimientos dolorosos, ora respirando con pena, ó suspenso á la orilla del mar, ó alzando los ojos al cielo cuando se oian sonidos armoniosos; y aquellos movimientos tan sencillos, cuya magia solo ella conocia, trastornaban al punto todos sus esfuerzos. El acento, la fisonomia, cierta gracia en cada ademan, descubren al amor los secretos mas íntimos del alma, y quizá un carácter, aparentemente frio como el de lord Nelvil, no podia manifestarse sino á la que amaba; la imparcialidad no adivina nada, y solo puede juzgar de lo que se ostenta. Corina, en el silencio de la reflexion, intentaba en vano lo que otros tiempos la habia servido, cuando pensaba amar; llamaba en su favor su talento observador que discernia fácilmente las

faltas mas leves; procuraba excitar su imaginacion á que le represente á Osvaldo con facciones ménos seductoras; mas no tenia cosa alguna que no fuese noble, tierna y sencilla; y ¿cómo habia de deshacer á sus propios ojos el encanto de un carácter y de un entendimiento tan perfectos y tan naturales? Solo el fingimiento puede dar lugar á que el corazon se despierte de improviso, admirándose de haber amado.

Por otra parte, Osvaldo y Corina tenian una simpatía particular y de gran poder; no eran sus inclinaciones las mismas, rara vez convenian en sus opiniones, y no obstante, allá en lo hondo de su alma habia misterios parecidos, sentimientos dimanados de un propio origen; en fin, no sé qué semejanza secreta que suponía la misma naturaleza, si bien todas las circunstancias exteriores la habian modificado de diversa manera. Corina advirtió, pues, no sin temor, que aumentaba su pasion á Osvaldo, observándole de nuevo, juzgándole menudamente, y luchando con violencia contra la impresion que hacia en su alma.

Ofreció al principe de Castel-Forte volver á Roma en su compañía; y lord Nelvil conoció queria evitar ir sola con él: entristeciósese, pero no se opuso; ignoraba ya, si lo que podia hacer por Corina bastaba para su felicidad, y le intimidaba este pensamiento. Sin embargo, Corina hubiera deseado que rehusase por compañero de viaje al principe de

Castel-Forte; mas no lo dijo: su situacion no era ya sencilla como en otros dias; no disimulaban aun, y no obstante Corina proponia lo que hubiera deseado que Osvaldo negase, y ya se habia mezclado la inquietud en un afecto que, por espacio de seis meses, les dió cada dia una felicidad casi pura.

Al volver por Capua y por Gaeta, al ver otra vez aquellos mismos sitios que poco ántes habia atravesado con tanto deleite, sentia Corina un recuerdo amargo. Aquella hermosísima naturaleza que en vano la llamaba ahora á la felicidad, redoblaba su tristeza; porque cuando aquel cielo delicioso no desvanece el dolor, hace padecer mas, por la oposicion de su expresion risueña. Llegaron á Terracina por la noche, con un frescor suavísimo, y el propio mar rompía sus olas contra las mismas peñas. Corina desapareció despues de cenar: Osvaldo, no viéndola volver, salió sobresaltado, y su corazon, como el suyo á Corina, le guió hácia el sitio donde descansaron cuando iban á Nápoles. Divisó desde léjos á Corina, arrodillada delante de la peña en que se habian sentado; y vió, mirando á la luna, que estaba cubierta de una nube, como dos meses ántes á la misma hora. Corina, al acercarse Osvaldo, se levantó, y le dijo enseñándole aquella nube: — ¿Hacia yo bien de creer en el presagio? Pero no es verdad que hay compasion en el cielo? me avisaba de lo venidero, y hoy ya lo estais viendo, lleva luto por mí.

« Osvaldo, no olvideis observar si pasa esa misma nube por la luna cuando yo muera. — ¡Corina, Corina! exclamó lord Nelvil, ¿he merecido que me hagais espirar de dolor? Felizmente podeis lograrlo, os lo afirmo, hablad de esa manera otra vez, y me vereis caer sin vida á vuestras plantas. Pero ¿cuál es mi delito? Vos sois una persona independiente de la opinion por vuestro modo de pensar; vivís en un país donde nunca es severa, y aun cuando lo fuese, vuestro genio os hace reinar sobre ella. Quiero, en todos lances, pasar mis dias junto á vos; quiérollo: ¿de qué procede vuestro dolor? Si no pudiese ser vuestro esposo, sin agraviar una memoria que reina igual á vos en mi alma, ¿no me amárais bastante para hallar ventura en mi cariño, en la consagracion de todos los instantes de mi vida? — Osvaldo, repuso Corina, si creyese que nunca nos separaríamos, no desearia ninguna otra cosa; pero... — ¿No está en vuestro poder el anillo, prenda sagrada?... — Os le volveré, respondió ella. — No, jamas. — ¡Ah! sí, os le volveré, prosiguió Corina, cuando deseeis recobrarle; y si no me amais, ese mismo anillo me lo dirá. ¿No nos enseña una antigua creencia que el diamante es mas fiel que el hombre, y se empaña cuando nos hace traicion quien nos le dió? (1) — Corina, dijo Osvaldo, ¿os atreveis á

(1) La preocupacion de la fantasía que persuade á Corina que el diamante avisa de la traicion, se halla apoyada en una tradicion antigua, recordada en una comedia de Calderon. El

hablar de traicion? vuestro sentido se enajena; ya no me conoceis. — ¡Perdon, Osvaldo, perdon! exclamó Corina; en las pasiones profundas se halla dotado el corazon improvisamente de un instinto portentoso, y las penas se hacen oráculos. ¿Qué quiere decir, pues, esta palpitacion dolorosa que agita mi pecho? ¡Ay! amigo, no la temiera si solo anunciase mi muerte.

Acabando estas palabras se ausentó precipitadamente Corina: temia hablar mucho tiempo con Osvaldo; no se complacia en el dolor, y procuraba alejar las impresiones de tristeza; pero volvian con mayor violencia despues que las habia ahuyentado. Al otro dia, cuando pasaron las lagunas pontinas, tuvo Osvaldo con su amiga aun mayores cuidados

príncipe D. Fernando de Portugal se dirige al rey de Fez, de quien es prisionero: quiso mas morir en cadenas que entregar á un rey moro una ciudad cristiana, que su hermano el rey Eduardo ofrecia por su rescate. Irritado el Moro de esta accion, le trató con la mayor crueldad, y el noble príncipe para aplacarle le recuerda que la misericordia y la generosidad son los distintivos verdaderos del poder soberano: citale cuanto hay real en el universo; al leon, al delfin, al águila, de los animales; busca tambien en las plantas, y aun en las piedras, los caracteres de bondad natural que se atribuyen á las que reinan, al parecer, sobre las demas, y entónces dice que el diamante, capaz de resistir al hierro, se rompe por sí mismo, y se vuelve polvo para avisar al que le lleva cuando le amenaza la traicion. No puede decirse si es verdadero este modo de considerar á toda la naturaleza enlazada con los sentimientos y el destino humano; pero sí es muy cierto que agrada á la imaginacion, y que la poesia en general, y en particular los poetas españoles, le deben grandes bellezas.

que la primera vez; recibíolos ella con dulzura y gratitud, pero como que decian sus miradas: *¿por qué no me dejais morir?*

### CAPITULO III

¡Qué desierta parece Roma viniendo de Nápoles! Éntrase por la puerta de San Juan de Latran; atraviéanse calles solitarias: el ruido de Nápoles, su poblacion, la viveza de sus habitantes acostumbran á cierto movimiento que al pronto hace á Roma muy triste; agrada de nuevo despues de estar allí algun tiempo; pero quien está acostumbrado á la vida de las distracciones, siempre siente melancolia cuando entra en sí mismo, aunque se encontrase mejor. Por otra parte, la mansion de Roma en la estacion en que se hallaban, á fines de julio, es muy peligrosa: el mal aire hace inhabitables muchos barrios, y el contagio se derrama á veces sobre toda la ciudad. Aquel año, en especial, eran las zozobras mayores de lo acostumbrado, y todos los semblantes llevaban la estampa de un secreto terror.

Al llegar, encontró Corina en el mismo umbral de la puerta á un religioso que le pidió licencia para

hablar de traicion? vuestro sentido se enajena; ya no me conoceis. — ¡Perdon, Osvaldo, perdon! exclamó Corina; en las pasiones profundas se halla dotado el corazon improvisamente de un instinto portentoso, y las penas se hacen oráculos. ¿Qué quiere decir, pues, esta palpitacion dolorosa que agita mi pecho? ¡Ay! amigo, no la temiera si solo anunciase mi muerte.

Acabando estas palabras se ausentó precipitadamente Corina: temia hablar mucho tiempo con Osvaldo; no se complacia en el dolor, y procuraba alejar las impresiones de tristeza; pero volvian con mayor violencia despues que las habia ahuyentado. Al otro dia, cuando pasaron las lagunas pontinas, tuvo Osvaldo con su amiga aun mayores cuidados

príncipe D. Fernando de Portugal se dirige al rey de Fez, de quien es prisionero: quiso mas morir en cadenas que entregar á un rey moro una ciudad cristiana, que su hermano el rey Eduardo ofrecia por su rescate. Irritado el Moro de esta accion, le trató con la mayor crueldad, y el noble príncipe para aplacarle le recuerda que la misericordia y la generosidad son los distintivos verdaderos del poder soberano: citale cuanto hay real en el universo; al leon, al delfin, al águila, de los animales; busca tambien en las plantas, y aun en las piedras, los caracteres de bondad natural que se atribuyen á las que reinan, al parecer, sobre las demas, y entonces dice que el diamante, capaz de resistir al hierro, se rompe por sí mismo, y se vuelve polvo para avisar al que le lleva cuando le amenaza la traicion. No puede decirse si es verdadero este modo de considerar á toda la naturaleza enlazada con los sentimientos y el destino humano; pero sí es muy cierto que agrada á la imaginacion, y que la poesia en general, y en particular los poetas españoles, le deben grandes bellezas.

que la primera vez; recibíolos ella con dulzura y gratitud, pero como que decian sus miradas: *¿por qué no me dejais morir?*

---

### CAPITULO III

¡Qué desierta parece Roma viniendo de Nápoles! Éntrase por la puerta de San Juan de Latran; atraviéanse calles solitarias: el ruido de Nápoles, su poblacion, la viveza de sus habitantes acostumbran á cierto movimiento que al pronto hace á Roma muy triste; agrada de nuevo despues de estar allí algun tiempo; pero quien está acostumbrado á la vida de las distracciones, siempre siente melancolia cuando entra en sí mismo, aunque se encontrase mejor. Por otra parte, la mansion de Roma en la estacion en que se hallaban, á fines de julio, es muy peligrosa: el mal aire hace inhabitables muchos barrios, y el contagio se derrama á veces sobre toda la ciudad. Aquel año, en especial, eran las zozobras mayores de lo acostumbrado, y todos los semblantes llevaban la estampa de un secreto terror.

Al llegar, encontró Corina en el mismo umbral de la puerta á un religioso que le pidió licencia para

bendecir su casa, á fin de preservarla del contagio : consintió en ello Corina, y el sacerdote corrió todos los aposentos, rociándolos con agua bendita, y recitando oraciones en latin, Lord Nelvil se sonreia un poco ; mas Corina estaba enternecida — Yo encuentro, le dijo, un atractivo indefinible en todo lo que es religioso, porque es tan necesario el auxilio divino cuando las ideas y los sentimientos salen del círculo comun de la vida ! Los entendimientos superiores son los que á mi parecer necesitan mas de una proteccion sobrenatural. — Ciertamente existe esa necesidad, replicó lord Nelvil, mas ¿ se satisface de cualquier modo ? — Yo jamas me niego á orar repuso Corina, en compañía de cualquiera que me ofrece unir su plegaria á la mia. — Teneis razon, dijo lord Nelvil : y dió al sacerdote anciano y tímido su bolsa para los pobres, y él se fué bendiciéndolos á los dos.

Luego que los amigos de Corina supieron su llegada, corrieron presurosos á verla ; ninguno se admiró de que volviese sin ser esposa de lord Nelvil ; ninguno, por lo ménos, le preguntó las razones que habian impedido su union ; era tanto el placer de volverla á ver que hacia olvidar todas las demas ideas. Corina se esforzaba para manifestarse la misma, pero no podia conseguirlo ; iba á contemplar las obras maestras de las artes, que en otros dias le causaban tanto deleite, y hallaba dolor en cuanto sentia. Paseábase, ora por la villa Borghese,

ora cerca del sepulcro de Cecilia Metela, y la vista de aquellos sitios tan agradable para ella ántes, la molestaba ; ya no experimentaba aquella suave suspension, que haciendo conocer la inestabilidad de todos los placeres, les da un carácter mas tierno : ocupábale un pensamiento fijo y doloroso ; y la naturaleza que nada dice que no sea vago, no hace bien alguno cuando nos domina inquietud positiva.

En fin, en el trato de Corina y Osvaldo se habia introducido una sujecion incómoda ; no era todavía desgracia, porque en las profundas conmociones que causa, alivia tal vez el corazon oprimido, y hace nacer de la tormenta un relámpago capaz de descubrirlo todo : sino una violencia mutua, vanas tentativas para eludir las circunstancias que á ambos los agobiaban, inspirándoles cierto descontento reciproco : ¿ es imposible, en efecto, padecer sin culpar á quien amamos ? ¿ No bastaria una mirada, un acento para desvanecerlo todo ? empero esa mirada, ese acento no llegan cuando los esperamos, no llegan cuando son precisos. Nada hay fundado en el amor, parece una potencia divina que piensa y siente dentro de nosotros, sin que nos sea dado tener ningun influjo sobre ella.

De improviso se extendió en Roma una enfermedad contagiosa, cual no se habia visto en mucho tiempo ; acometió á una jóven, y sus amigos y familia, que no quisieron abandonarla, perecieron

tambien : la casa inmediata á la suya experimentó igual suerte; veíase pasar á todas horas por las calles de Roma aquella hermandad vestida de blanco, y cubierto el rostro, que acompaña á la iglesia los muertos, como si los llevasen sombras. Van colocados, con el rostro sin velo, en una especie de andas; únicamente se les echa encima de los piés un tafetan pajizo ó color de rosa, y á veces se divierten los muchachos en jugar con las manos heladas del que ya fué. Aquel espectáculo tremendo y vulgar juntamente, va acompañado del murmullo triste y monótono de algunos salmos; música sin modulacion en que ya no se percibe el acento del alma humana.

Una noche que estaban solos lord Nelvil y Corina, y que lord Nelvil padecia mucho por el sentimiento doloroso y oprimido que advertia en ella, oyó debajo de sus ventanas aquellos sonidos lentos y prolongados que anunciaban una ceremonia fúnebre : escuchó algun tiempo callado, y luego dijo á Corina : — Quizá mañana me asaltará esa enfermedad contra quien no hay defensa, y sentireis no haber dicho á vuestro amigo algunas palabras tiernas, en un dia que podia ser el postrero de su vida. Corina, la muerte nos amenaza de cerca á los dos; ¿no bastan los males de la naturaleza, sino que tambien nos hemos de despedazar el corazon mutuamente? — Al punto sobrecogió á Corina la idea del peligro que corria Osvaldo en medio del contagio, y le suplicó se ausentase de Roma. Él lo rehusó con la

mayor determinacion; entónces le propuso ir juntos á Venecia, y consintió con alegría, porque temblaba por Corina, viendo tomar mayor fuerza cada dia al contagio.

Fijaron su partida de allí á dos dias; pero no habiendo visto lord Nelvil á Corina la víspera, por tenerle ocupado un Inglés amigo suyo, que iba á partir, recibió en la misma mañana un billete en que ella le decia que un asunto repentino é indispensable le obligaba á pasar á Florencia, desde donde iria á juntarse con él en Venecia dentro de quince dias : pediale que pasase por Ancona, para cuya ciudad le encargaba una comision al parecer importante : el estilo de la carta era tierno y sosegado; y desde Nápoles no habia encontrado Osvaldo tan suave ni tan sereno el lenguaje de Corina. Creyó, pues, lo que la carta contenia, y disponiase á partir, cuando le ocurrió el deseo de ver otra vez la casa de Corina ántes de salir de Roma. Llega, y la mujer anciana que cuidaba de ella le dice que han marchado con su señora todos los criados, y no responde á todas sus preguntas una palabra mas. Vase á casa del principe de Castel-Forte, que nada sabia de Corina, y se admiraba en extremo de que hubiese partido sin darle aviso; por fin, se apoderó el sobresalto del corazon de lord Nelvil, y discurrió ir á Tivoli para ver al apoderado de Corina, que se hallaba establecido allí, y debia haber recibido alguna orden suya.



Monta á caballo, y con extraordinaria velocidad, nacida de su agitacion, llega á la casa de Corina; todas las puertas estaban abiertas; entra, corre algunos aposentos, sin ver á nadie, penetra, por fin, hasta el de Corina, y entre la oscuridad que reinaba en él, vela tendida en su lecho, y á Teresina sola á su lado: lanza un grito al tiempo de conocerla: aquel grito hace volver en sí á Corina; divísale, y dícele levantándose: — No os acerqueis, os lo prohibo; ¡muero, si os acercais! — Un profundo terror sobrecogió á Osvaldo; pensó que su amiga le acusaba de algun delito oculto que creia haber descubierto; creyó le aborrecia, le despreciaba; y poniéndose de rodillas explicó aquel temor con una desesperacion y un abatimiento que sugirieron de improviso á Corina la idea de aprovecharse de su error, mandándole apartarse de ella para siempre, como si en efecto fuese culpado.

Iba á salir, ofendido y turbado, iba á dejarla, cuando Teresina exclamó: — ¡Ah! milord, ¿abandonais á mi buena señora? ¡ha despedido á todos, y ni aun mi cuidado queria, porque tiene la enfermedad contagiosa! Al oír estas palabras que al instante instruyeron á Osvaldo del delicado ardid de Corina, se arrojó enajenado en sus brazos, con un enternecimiento que no habia experimentado jamas. En vano le rechazaba Corina, en vano se indignaba con Teresina por haber declarado su secreto; Osvaldo hizo seña imperiosamente á Teresina de que

se fuese, y apretando á Corina contra su corazon, y cubriéndola de llanto y de caricias: — Ahora, exclamó, ahora no morirás sin mí, y si corre por tus venas el fatal veneno, al ménos, gracias al cielo, le he respirado sobre tu pecho. — ¡Cruel y querido Osvaldo, respondió Corina, á qué tormento me condenas! ¡Dios mio, pues no quiere vivir sin mí, no permitireis que perezca! ¡No, no lo permitireis! Y acabando estas palabras le faltaron las fuerzas. Por espacio de ocho dias estuvo en sumo riesgo; en medio de su delirio repetia sin cesar: ¡Que aparteis de mí á Osvaldo, que no se acerque, que no sepa donde estoy! Y cuando volvía en sí, y le conocia, deciale: ¡Osvaldo! ¡Osvaldo! estais ahí: ¡nos reuniremos en muerte y en vida! — Y cuando le veia descolorido, la asaltaba un terror mortal, y pedia en su enajenamiento auxilios para lord Nelvil á los médicos que le habian dado la prueba rarísima de afecto de no abandonarla.

Osvaldo tenia continuamente entre sus manos las manos ardientes de Corina; siempre apuraba la copa que ella habia medio bebido; en fin procuraba con tanta ansia participar del riesgo de su amiga, que ella misma cesaba de combatir aquel sacrificio amoroso, y poniendo la cabeza sobre el brazo de lord Nelvil se resignaba con su voluntad. Dos seres que se aman bastante para conocer que no existirian uno sin otro, ¿no pueden, llegar á aquella noble y tierna intimidad que todo lo hace comun, hasta la

misma muerte (1)? Por fortuna no contrajo lord Nelvil la enfermedad : Corina se restableció; pero otro mal penetró mas que nunca en su corazón, porque la generosidad y el amor que su amigo le manifestó, redoblaron todavía el cariño con que le amaba.

#### CAPITULO IV

Decidióse, pues, que para evitar el aire funesto de Roma, irían lord Nelvil y Corina á Venecia. Habían vuelto á su silencio habitual sobre sus proyectos futuros; pero se hablaban de su pasión con mas ternura que nunca, y Corina huía con igual cuidado que lord Nelvil el asunto de conversacion que alteraba la deliciosa paz de su mútuo trato. Era tanto deleite pasar un día con él; complaciase tanto, al parecer, con la conversacion de su amiga; observaba todos sus movimientos, estudiaba sus mas le-

(1) Mr. Dubreuil, habilísimo médico frances, tenia un amigo llamado Mr. de Péméja, hombre de no menor talento. Cayó malo Mr. Dubreuil de una enfermedad mortal y contagiosa, y llenando de visitas su cuarto el interes que causaba su salud, llamó á Mr. de Péméja y le dijo : Es menester que se vaya toda esa gente; amigo mio, ya sabeis que mi enfermedad se pega, y aquí no debe estar nadie sino vos. — ¡Qué expresion! ¡Dichoso quien la oye! Mr. de Péméja murió quince dias despues de su amigo.

ves deseos con interes tan constante y tan seguido, que parecia imposible existiese de otra manera, ni que diese tanta felicidad, no siendo él mismo dichoso. Corina hallaba su seguridad en la misma ventura que disfrutaba, y al fin, despues de algunos meses de semejante situacion, viene á creerse que es inseparable de la existencia, y que así es la vida. Habíase, pues, sosegado de nuevo la agitacion de Corina, y acudia de nuevo á socorrerla su imprevision.

No obstante, la víspera de salir de Roma experimentaba se sentia muy melancólica, temiendo y deseando ausentarse para siempre de ella. La noche anterior al día señalado para su partida, no podia conciliar el sueño, y oyó pasar por debajo de sus ventanas un tropel de Romanos y Romanas que se paseaban cantando al resplandor de la luna. No pudo resistir al deseo de seguirlos, y de recorrer de aquel modo por última vez su ciudad querida; vistióse, hizo la siguiesen á lo léjos su noche y sus criados; y echándose un velo porque no la conociesen, alcanzó á poco trecho aquel tropel, que se habia parado en el puente de Santángelo, enfrente del mausoleo de Adriano. Parecia que la música expresaba en aquel sitio la vanidad de los esplendores mundanos, y que se veia en el aire la gran sombra de Adriano, pasmada de no hallar en la tierra mas huellas de su poder que un sepulcro. El tropel continuó su camino siempre cantando, en medio

del silencio de la noche, en las horas en que duermen los dichosos : y aquella música tan suave y tan pura como que sonaba para dar consuelo á los que padecian. Seguiala Corina, siempre arrastrada por el hechizo irresistible de la melodía que no permite sentir ninguna fatiga, y hace caminar con alas por la tierra.

Paráronse los músicos delante de la columna Antonina, y de la columna Trajana; saludaron luego al obelisco de San Juan de Latran, y cantaron á la vista de cada edificio : el idioma ideal de la música convenia dignamente con la expresion ideal de aquellos monumentos; solo el entusiasmo reinaba en la ciudad mientras dormian todos los intereses vulgares. En fin, se alejaron los cantores, y dejaron á Corina sola junto al coliseo : quiso entrar en su recinto para despedirse de Roma antigua; y no es posible conocer la impresion del coliseo no habiéndole visto sino de dia, porque el sol de Italia tiene un esplendor que da á todo cierto aire festivo; pero la luna es el astro de las ruinas. A veces por las aberturas del anfiteatro, que parece se levanta hasta las nubes, se descubre parte de la bóveda del cielo, como una cortina de azul oscuro puesta detras del edificio; y las plantas que se agarran á las paredes destruidas, y crecen en parajes solitarios, visten los colores de la noche, y el alma tiembla y se enternece al mismo tiempo de verse sola con la naturaleza.

Uno de los lados del edificio está mucho mas destruido que el otro : así luchan desigualmente con el tiempo dos contemporáneos; abate al mas débil, y el otro resiste, y cae de allí á poco. — ¡Sitios majestuosos, exclamó Corina, donde ningun ser vivo existe conmigo ahora, donde solo mi voz responde á mi voz! ¿cómo no se calman las tormentas de las pasiones con este sosiego de la naturaleza, que deja pasar tan quietamente á su vista las generaciones humanas? ¿no tiene mas fin que el hombre el universo, y son todas sus maravillas únicamente para reflejarse en su alma? ¡Osvaldo! ¡Osvaldo! ¿por qué te he de amar con tanta idolatría? ¿por qué me he de abandonar á estos sentimientos de un dia, de un dia comparados con las esperanzas sin fin que nos unen á la divinidad? ¡Oh Dios mio! si es verdad, como creo, que os admira mas quien es capaz de mas reflexion hacedme hallar en el pensamiento un asilo contra los dolores que mi corazon padece. Ese noble amigo, cuyas miradas tan tiernas no pueden borrarse de mi memoria, ¿no es un ente pasajero como yo? empero entre esas estrellas hay un amor eterno, el único que puede bastar á la inmensidad de nuestros deseos. — Corina permaneció largo tiempo sumida en sus meditaciones, y luego, por fin, se encaminó lentamente hácia su morada.

Pero ántes de entrar en ella, quiso ir á San Pedro, y esperando allí el dia, subir á la cúpula, y decir adios desde aquella altura á la ciudad de

Roma. Al acercase á San Pedro, el primer pensamiento que le ocurrió fué figurarse aquel edificio como seria cuando llegase tambien á ser ruina, y objeto de admiracion á los siglos futuros. Representóse aquellas columnas ahora en pié, medio tendidas en la tierra, aquel pórtico hecho pedazos, y aquella bóveda descubierta; mas aun entónces el obelisco de los Egipcios debia reinar sobre las nuevas ruinas; aquel pueblo trabajó para la eternidad terrestre. Al fin rayó la aurora, y desde la cima de San Pedro contempló Corina á Roma lanzada en el campo inculto, como un oasis en los desiertos de Libia. Está rodeada de asolacion; pero aquel número infinito de campanarios, de cúpulas, de obeliscos, y de columnas que la dominan, y sobre los cuales se levanta todavía San Pedro, dan á su aspecto una belleza portentosa: esta ciudad posee, digámoslo así, un encanto individual; ámasela como un ser animado; y sus edificios y sus ruinas son amigos, á quienes se dice adios.

Corina dirigió sus sentimientos al coliseo, al panteon, al castillo Santángelo, á todos los sitios, cuya vista habia renovado tantas veces los placeres de su imaginacion. Adios, tierra de las memorias, exclamaba, adios, mansion donde no depende la vida de la sociedad ni de los sucesos, donde el entusiasmo se reanima con las miradas, y con la íntima union del alma y de los objetos exteriores. Partió, voy á seguir á Osvaldo, sin saber siquiera qué suerte

me destina él, á quien prefiero á la suerte independiente que me ha hecho pasar tan venturosos dias. Quizá volveré; mas ¡ay! será con el corazon herido, con el alma sin vigor; ¡y vosotras mismas, bellas artes, antiguos monumentos, sol, que tantas veces invoqué en las regiones nebulosas donde me hallé desterrada, no podreis ya nada conmigo!

Derramó lágrimas al pronunciar estos adioses; pero jamas pensó Corina un instante dejar partir á Osvaldo solo. Las resoluciones que proceden del corazon tienen la particularidad de que al tomarlas se forma juicio de ellas, y á veces las desaprueba uno mismo con severidad, sin vacilar realmente en tomarlas: porque cuando la pasion se enseñoorea de un ánimo superior, separa del todo la accion y el raciocinio, y para perturbar aquella no necesita que este se engañe.

Los cabellos de Corina y su velo, dispuestos pintorescamente por el viento, daban á su semblante tan notable expresion, que las gentes al verla salir de la iglesia, fueron en pos de ella hasta su coche, dándole muestras vivísimas del entusiasmo que les inspiraba. Corina volvió á suspirar cuando se apartó de aquel pueblo, cuyas impresiones son siempre tan apasionadas, y á veces tan amables.

Mas aun no bastaba. Era fuerza que Corina sufriese la prueba de los adioses y del sentimiento de sus amigos. Inventaron fiestas para detenerla algunos dias: compusieron versos para repetirle de mil

modos que no debía abandonarlos, y al partir, por fin, la acompañaron todos á caballo hasta veinte millas de Roma. Hallábase enterneada en extremo; y Osvaldo bajaba los ojos confuso, culpándose de arrebatarle tantos deleites; empero sabia que si le propusiera quedarse, la hubiera afligido aun mas. Parecia egofista en apartar á Corina de Roma, y en realidad no lo era; por cuanto el temor de desconsolarla partiendo solo, podia mas en él que la felicidad de que disfrutaba en su compañía: ignoraba qué habia de hacer, ni veía cosa alguna mas allá de Venecia; pero habia escrito á un amigo de su padre en Escocia, á fin de que le noticiase si emplearian presto á su regimiento activamente en la guerra, y aguardaba respuesta. A veces proyectaba llevar á Corina á Inglaterra, y al punto advertia que la desacreditaria para siempre conduciéndola en su compañía á aquel país sin ser su mujer: en otras ocasiones pensaba casarse con ella en secreto ántes de partir, para endulzar la amargura de la separacion, y de allí á un instante desechaba semejante idea. — ¿Hay secretos para los muertos? decia; y ¿qué ganaré en hacer misteriosa esa union á que solo se opone el respeto de un sepulcro? — En fin padecia infinito; su alma, falta de vigor en todo lo que dependia de la ternura, sufría crueles agitaciones de contrarios afectos. Corina se le entregaba como una víctima resignada; se exaltaba en medio de sus penas con sus mismos sacrificios, y con la generosa imprudencia

de su corazón, mientras Osvaldo responsable de la suerte ajena, contraía cada instante nuevos vínculos, sin adquirir poder para entregarse á ellos, y sin disfrutar de su amor ni de su conciencia, pues que solamente los sentía para su guerra interior.

Al tiempo de despedirse de Corina todos sus amigos, recomendaron con ansia su felicidad á lord Nelvil: cumplimentáronle por verse amado de la mujer mas superior, y el baldon secreto que al parecer encerraban sus felicitaciones fué un nuevo pesar para Osvaldo. Advirtiéndolo Corina, y abrevió aquellas demostraciones de amistad, si bien eran tan amables. No obstante, cuando sus amigos, que volvian la cabeza de trecho en trecho para saludarla, desaparecieron, dijo á lord Nelvil solo estas palabras: — Osvaldo, ya no tengo mas amigo que vos. — ¡O como sentía en aquel momento necesidad de jurarle que seria su esposo! Estuvo muy próximo á hacerlo; pero despues de un largo padecer, impide entregarse á los primeros impulsos una desconfianza insuperable, y todas las resoluciones decisivas hacen temblar, aunque las pida el corazón. Corina pensó traslucir lo que pasaba en el alma de Osvaldo, y por un sentimiento delicado se apresuró á hablar de la region que iban recorriendo.

## CAPITULO V

Viajaban al principio del mes de setiembre : y en la llanura hacia un tiempo hermosísimo ; pero cuando entraron en los Apeninos, experimentaron la sensacion del invierno ; aquellos altos montes alteran con frecuencia el temple del clima, y rara vez se reune la suavidad del aire con el placer que causa el aspecto pintoresco de las montañas encumbradas. Una noche que iban en su coche Corina y lord Nelvil, se levantó repentinamente un terrible huracan ; rodeábalos una oscuridad profundísima, y los caballos, tan briosos en aquellos países, que es preciso ponerlos al tiro por sorpresa, los llevaban con inconcebible velocidad ; y ellos sentian una dulce conmocion de verse arrastrar así juntos. — ¡ Ah ! exclamó lord Nelvil, si nos llevasen léjos de cuanto conozco en la tierra, si pudiesen trepar á los montes, y arrojarlos en otra vida donde encontraríamos á mi padre que nos recibiria, y nos daria su bendicion ! ¿ quieres, dulce amiga ? y la apretaba contra su corazon con violencia. Corina no estaba ménos enternecida, y le dijo : — Llévame donde quieras ; aprisioname como una esclava á tu destino : ¿ no tenian en otro tiempo los esclavos habilidades que embelesaban á sus señores ? Pues bien, yo haré lo

mismo contigo ; tú, Osvaldo, mirarás con respeto á la que se consagra de esta manera á tu suerte, y no querrás que despues de verse condenada por las gentes, se sonroje jamas á tu vista. — Debo, exclamó lord Nelvil, y quiero conseguirlo ó sacrificarlo todo ; es preciso que sea tu esposo, ó que muera á tu piés de amor, sofocando el embeleso que me inspiras. Pero sí, lo espero, podré unirme contigo públicamente, y gloriarme de tu cariño. ¡ Ah ! dímelo, por Dios, ¿ no he perdido de tu afecto por los combates que despedazan mi pecho ? ¿ Piensas que te amo ménos ! — Y al decir esto, era su acento tan amoroso, que por un instante volvió toda su confianza á Corina : á los dos los estaba animando la pasion mas suave y mas pura.

Paráronse en tanto los caballos ; apeóse primero lord Nelvil, y sintió el viento frio que soplabá con fuerza, y que no advertia en el coche. Podía figurarse que habia llegado á las costas de Inglaterra ; el aire helado que respiraba, no convenia ya con la hermosa Italia, ni aconsejaba, como el del medio-día, el olvido de todo, ménos del amor. Presto volvió á sus dolorosas reflexiones, y Corina conociendo la volubilidad inquieta de su imaginacion, lo adivinó con harta facilidad.

Al dia siguiente llegaron á Nuestra Señora de Loreto, que se halla colocada en lo alto de un monte, de donde se descubre el mar Adriático. Mientras que lord Nelvil fué á dar algunas disposiciones para

el viaje, Corina se encaminó á la iglesia, donde está la imágen de la Virgen, encerrada en medio del coro en una capillita cuadrada, y cubierta de bajos relieves bastante dignos de nota. El piso de mármol que rodea el santuario está ahondado por los peregrinos que le han dado vuelta de rodillas, y Corina se enterneció contemplando aquellos rastros de la oracion; y poniéndose de rodillas tambien en aquel mismo piso que habian apretado tantos infelices, imploró á la imágen de la bondad, al símbolo de la sensibilidad celestial. Cuando volvió Osvaldo halló á Corina postrada delante de aquel templo, y bañada de llanto. Suspendióse y le dijo: — Querido Osvaldo, ¿no es verdad que muchas veces no nos atrevemos á elevar al Ser supremo nuestros ruegos? ¿Cómo le hemos de confiar todas las penas del corazon? ¿No es un placer poder confiarlas á una virgen, mirándola como intercesora de los débiles humanos? Padeció en esta tierra, donde vivió; y la imploraba en vuestro favor con mas resolucion; el ruego directo me habria parecido demasiado austro. No hay nadie á mi parecer que no tenga dentro de su alma una idea singular y misteriosa acerca de su propio destino. Un acaecimiento que siempre temenos, sin que fuese probable, y al fin llega; el castigo de una culpa, aunque sea imposible comprender la conexion que liga con ella nuestra desgracia, sorprenden á veces la imaginacion. Siempre, desde niña, he temido vivir en Inglaterra; y

¡ay! quizá el sentimiento de no poder morar en ella, será causa de mi desesperacion: conozco que mi suerte tiene algo de insuperable en ese punto, que hay un obstáculo contra el cual lucho y me despedazo en vano. Cada cual concibe su vida interior, enteramente diversa de lo que parece: creemos confusamente en un poder sobrenatural que obra sin saberlo en nosotros, y se oculta bajo la apariencia de las circunstancias exteriores, siendo el único principio de todo. ¡Amado amigo, las almas capaces de reflexionar viven sumidas continuamente en el abismo de sí mismas sin encontrarle jamas el fin! — Cuando Osvaldo escuchaba hablar á Corina de este modo, siempre se admiraba de que pudiese al mismo tiempo experimentar sentimientos tan apasionados, y dominar, al juzgarlos, sus propias impresiones. — No, decia entre sí muchas veces, ninguna sociedad en la tierra puede contentar al que probó la conversacion de una mujer semejante.

Llegaron á Ancona de noche, porque lord Nelvil temia le conociesen: así sucedió, á pesar de sus precauciones, de suerte que la mañana siguiente rodearon los habitantes la casa donde se alojaba. Despertóse Corina á las voces de *¡viva lord Nelvil!* *¡viva nuestro libertador!* que resonaban debajo de sus ventanas; estremeciéndose al oirlas, y levantándose con precipitacion, se metió entre el tropel para ver alabar á su amado. Lord Nelvil, avisado de que el pueblo clamaba vehemente por verle, hubo de pre-

sentarse al fin : creía que Corina estaba aun durmiendo, y que ignoraba lo que sucedía. ¡ Cuánto se admiró de encontrarla en medio de la plaza, ya conocida, ya amada de toda aquella agradecida muchedumbre que la rogaba fuese su intérprete ! La imaginación de Corina se complacía algo en todas las circunstancias extraordinarias, y ella era su encanto, y á veces su defecto. Dió gracias á lord Nelvil, en nombre del pueblo, con tanta gracia que embelesó á todos los habitantes ; decía : *Nos, hablando de ellos : nos habeis salvado, os debemos la vida.* Y cuando se adelantó para presentar á lord Nelvil en su nombre la corona de encina y de laurel que habían tejido, la sobrecogió una sensación imposible de definir : sintióse intimidada al llegar junto á Osvaldo. En aquel instante todo el pueblo que en Italia es tan voluble y tan entusiasta, se inclinó delante de él, y Corina, involuntariamente, dobló la rodilla presentándole la corona. Lord Nelvil se turbó al verlo, de tal modo, que no pudiendo soportar mas aquella escena pública, y el homenaje que le rendía su adorada, la llevó consigo lejos del tropel.

Al tiempo de partir, Corina, bañada en lágrimas, dió gracias á los buenos habitantes de Ancona, quienes la acompañaban con sus bendiciones, mientras Osvaldo se escondía en la testera del coche, y repetía sin cesar : — ¡ Corina arrodillada á mis piés ! ¡ Corina, sobre cuyas huellas quisiera yo postrarme ! ¡ Merecí semejante agravio ? ¡ Juzgais que tengo la

indigna vanidad... — No por cierto, interrumpió Corina ; mas me sobrecogió de improviso aquel sentimiento de respeto, que siempre inspira á una mujer el hombre á quien ama. Los homenajes exteriores se dirigen á nosotras ; pero en la verdad, en la naturaleza, la mujer es quien reverencia profundamente al que escogió por defensor. — ¡ Sí, yo seré tu defensor hasta el día postrero de mi vida, exclamó lord Nelvil, el cielo es testigo ! no se habrán refugiado en vano tanta alma y tanto genio al abrigo del amor. — ¡ Ay ! respondió Corina, no necesito mas que ese amor, ¿ y qué promesa podría asegurarme ? No importa ; conozco que me amas ahora mas que nunca, no turbemos esta vuelta. — ¡ Esta vuelta ! interrumpió Osvaldo. — Sí, no retracto esa expresión, dijo Corina ; pero no la expliquemos, prosiguió, haciendo suavemente á lord Nelvil seña de que callara.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

CAPITULO VI

AL DE BIBLIOTECAS

Siguieron dos días las orillas del mar Adriático ; pero aquel mar no causa, por el lado de la Romania, el efecto que el Océano ni aun el Mediterráneo ; el camino sirve de márgen á sus ondas, y se en-



cuenta césped en sus riberas; no así se representa la imaginación el imperio tremendo de las tempestades. En Rimini y en Cesena se deja la tierra clásica de los acontecimientos de la historia romana: y la última memoria que ocurre al pensamiento es el Rubicon, pasado por César, cuando determinó hacerse dueño de Roma. Una reunión singular, se ve hoy no distante del Rubicon, la república de San Marino, como si aquel débil vestigio de la libertad debiese subsistir junto á los lugares donde se destruyó la república del mundo. Desde Ancona, se va entrando por grados en una región que presenta un aspecto del todo diverso del estado eclesiástico. El Bolones, la Lombardia, las cercanías de Ferrara y de Rovigo, son dignos de nota por su belleza y su cultivo; no se halla ya aquella asolación poética que indicaba la proximidad de Roma, y los terribles acaecimientos que pasaron allí. Entónces se dejan

*Les pins, deuil de Pété, parure des hivers* (1),  
Verso de Mr. de SABRAN.

y los cipreses coníferos (2), imagen de los obeliscos, y los montes y el mar. La naturaleza, del mismo modo que el viajante, dice adios poco á poco á los rayos del mediodía, ya no crecen los naranjos al aire libre, y ocupan su lugar los olivos, cuyo pálido

- (1) . . . . . los pinos  
Luto del verano, y del invierno adorno.  
(2) . . . . . et coniferi cupressi.  
VIRGILIO.

y ligero verdor conviene, al parecer, á los bosquecillos que habitan las sombras en el Eliseo, y algunas leguas mas allá tambien los olivos desaparecen.

Al entrar en el Bolonesado, se ve una risueña llanura, donde las viñas, en forma de guirnaldas, unen á los olmos entre sí: toda la campiña parece engalanada como para un dia festivo. Corina se sintió conmovida por la oposición de su disposición interior, y el brillo resplandeciente de la región que se ostentaba á su vista. — ¡Ah! dijo á lord Nelvil suspirando, ¿deberia presentar la naturaleza tantas imágenes de ventura á dos amigos que van á separarse? — No, no se separarán, dijo Osvaldo, cada dia tengo para hacerlo ménos valor: vuestra inalterable dulzura agrega á la pasión que inspirais el atractivo del hábito. Soy feliz junto á vos, como si no fuéseis el genio mas digno de admiración, ó mas bien porque lo sois, porque la superioridad verdadera da una bondad perfecta; quien está satisfecho de sí, de la naturaleza, y de los demas, ¿qué sentimiento amargo puede experimentar?

Llegaron juntos á Ferrara, una de las ciudades mas tristes de Italia, por cuanto es al mismo tiempo grande y desierta: los pocos habitantes que de trecho en trecho se encuentran por la calle, caminan muy despacio, como seguros de tener tiempo para todo. Cuesta trabajo comprender cómo existió en aquellos mismos lugares la corte mas espléndida, la que cantaron el Ariosto y el Taso; y aun se enseñan

allí manuscritos suyos, y del autor del *Pastor fido*.

El Ariosto supo vivir sosegadamente en medio de una corte; pero todavía se ve en Ferrara la casa donde encerraron al Taso como loco; y no es posible leer sin enternecerse el sinnúmero de cartas en que aquel desventurado pide la muerte que obtuvo hace tantos días. El Taso tenía aquella organización particular del talento, que le hace tan temible para los que le poseen; su imaginación se revolvía contra él mismo, y si conocía tan bien todos los secretos del alma, si tenía tantos pensamientos, era porque padecía muchas penas. *Quien no padeció*, dice un profeta, *¿qué sabé?*

Corina se parecía á él bajo ciertos respectos; su ingenio era mas alegre, mas variadas su impresiones; pero su imaginación necesitaba también de mucho cuidado, porque en lugar de distraerla de sus pesares, aumentaba el poder que tenían. Enganábase lord Nelvil en creer muchas veces que las brillantes facultades de Corina le darian recursos independientes de sus cariños: ¡ay! cuando una persona de genio se halla dotada de verdadera sensibilidad, sus mismas facultades multiplican sus disgustos; hace descubrimientos en su propia pena, como en lo demás de la naturaleza, y siendo inagotable la desventura del corazón, la siente mejor quien tiene mas ideas.

## CAPITULO VII

Embárcanse en la Brenta para llegar á Venecia, y por los dos lados del canal se ven los palacios de los Venecianos, grandes y algo maltratados como la magnificencia italiana. Están adornados de un modo extraño, que en nada recuerda el gusto de la antigüedad: la arquitectura veneciana se resiente del comercio con el Oriente, y es una mezcla del gusto morisco y gótico que llama la atención sin agrandar á la fantasía. El álamo, este árbol regular, como la arquitectura, rodea casi por todas partes el camino, el cielo es de un color azul subido que hace oposición con el brillante verde de la campiña; este verde se mantiene por la abundancia excesiva de las aguas; y el cielo y la tierra son de dos colores contrapuestos con tanta fuerza, que la misma naturaleza tiene, al parecer, cierto afeite, sin presentar aquel vago misterioso que hace amar el mediodía de Italia. La vista de Venecia es mas portentosa que agradable: semeja al pronto una ciudad anegada, y es preciso reflexionar para admirar el genio de los mortales que conquistaron aquella mansión á las aguas. Nápoles está construida en anfiteatro á la orilla del mar; pero Venecia se halla en un terreno enteramente llano, de forma que las tor-

res de las iglesias se parecen á los mástiles de un navío inmóvil en medio de las ondas. La imaginación se entristece entrando en Venecia : despídese de la vegetación ; ni una mosca se ve en aquel recinto ; todos los animales están desterrados de él ; solo está allí el hombre para luchar con el mar.

En esta ciudad, compuesta de canales en lugar de calles, reina sumo silencio, y solo le interrumpe el ruido de los remos ; no es campiña, pues no hay un árbol ; no es ciudad, pues no se oye el movimiento mas leve ; ni es navío, pues no camina ; es una morada que la tormenta convierte en cárcel, porque hay ratos en que no se puede salir de la ciudad ni de casa. Hay en Venecia hombres de la plebe que nunca han pasado de un barrio á otro, ni han visto la plaza de San Márcos, y para quienes seria un prodigio un caballo ó un árbol. Aquellas góndolas negras que se deslizan por los canales, semejan féretros ó cunas, la última y la primera morada del hombre. Por la noche no se ve pasar mas que el reflejo de los faroles que alumbran á las góndolas, porque entre la oscuridad no se distingue su color negro : parecen sombras que se escurren por el agua, guiadas por una estrellita. En este recinto todo es misterio, el gobierno, las costumbres, el amor : ciertamente ofrece muchos deleites al corazón y al entendimiento despues que se logra penetrar aquellos secretos ; pero los extranjeros deben hallar muy triste la primera impresion.

Corina que creia en los presentimientos, y cuya imaginación herida lo convertia todo en presagios, dijo á lord Nelvil : — ¿ De qué procede la melancolía profunda de que me siento sobrecogida al entrar en esta ciudad ? ¿ no es prueba de que me amenaza en ella alguna gran desgracia ? Al tiempo de pronunciar estas palabras, oyó estallar tres cañonazos de una de las islas de la laguna. Estremeciósese Corina de aquel estruendo, y preguntó á sus gondoleros el motivo : es por una religiosa que toma el velo, respondieron, en uno de esos conventos de en medio del mar. Entre nosotros se estila que en el instante de pronunciar las mujeres los votos religiosos, arrojan á su espalda un ramillete de flores que llevan miéntras dura la ceremonia. Esta es la señal de renunciar al mundo ; y los cañonazos que acabais de oír anunciaban ese momento cuando entráramos en Venecia. Semejantes palabras hicieron temblar á Corina : Osvaldo sintió sus manos heladas entre las suyas, y extendíase en su rostro una mortal palidez. — Querida amiga, le dijo, ¿ cómo os causa tanta impresion la casualidad mas sencilla ? — No, dijo Corina, esto no es sencillo ; creedme, las flores de la vida están para siempre arrojadas á mi espalda. — Cuando te amo mas que nunca, interrumpió Osvaldo, cuando es tuya toda mi alma.... — Esos rayos de la guerra, prosiguió Corina, cuyo estampido anuncia en otras partes la victoria ó la muerte, están destinados aquí para solemnizar el oscuro

sacrificio de una tierna doncella. ¡ Uso inocente de esas armas tremendas que trastornan el orbe ! ¡ Aviso solemne de una mujer resignada á las mujeres que todavía luchan con el destino !



CAPITULO VIII

El poder del gobierno de Venecia, en los últimos años de su existencia, consistía casi enteramente en el imperio del hábito y de la imaginacion. Fué terrible, y era suave; fué animoso, y era tímido: se ha excitado con facilidad el odio contra él, porque habia causado terror, y le han trastornado con facilidad porque ya no debia causarle. Era una aristocracia que amaba mucho el favor popular; pero al modo del despotismo, divirtiendo al pueblo, y no ilustrándole. Sin embargo, para un pueblo es una situacion bastante agradable que le diviertan, especialmente en los países donde el clima y las bellas artes desenvuelven hasta en las clases mas ínfimas de la plebe las inclinaciones de la imaginacion. No daban al pueblo los placeres groseros que le embrutecen, sino música, pinturas, improvisadores, fiestas; y allí el gobierno cuidaba de sus súbditos como un Sultan

de su serrallo. Pedíales únicamente, como á mujeres, que no se mezclasen en asuntos políticos; pero á este precio les prometia muchas diversiones, y aun bastante gloria, porque los trofeos de Constantinopla que enriquecen las iglesias, los pendones de Chipre y de Candia que ondean en la plaza pública, y los caballos de Corinto, alegran los ojos del pueblo; y el leon al lado de San Márcos le parece emblema de su gloria.

Como el sistema del gobierno prohibia á los súbditos ocuparse en los negocios públicos, y la situacion de la ciudad imposibilitaba la agricultura, el paseo y la caza, no les quedaba á los Venecianos mas interes que la diversion: esta ciudad era una ciudad de placeres. El dialecto veneciano es dulce y ligero como un soplo agradable: parece imposible que los que resistieron á la liga de Cambrai hablasen una lengua tan flexible. Aquel dialecto es hermoso cuando se destina á la gracia, ó á una burla discreta; pero cuando se usa para asuntos mas serios, cuando se oyen versos sobre la muerte en aquellos sonidos delicados, y casi infantiles, se cree que aquel suceso, cantado de semejante manera, es una ficcion poetica, y nada mas.

Los hombres tienen generalmente mas ingenio en Venecia que en lo demas de Italia, porque su gobierno, cual era, les ofreció con mas frecuencia las ocasiones de pensar; pero su fantasía no es por naturaleza tan fogosa como en el mediodía de Italia;

y la mayor parte de las mujeres, si bien amabilísimas, han contraído, por el hábito, de vivir entre gentes, un idiona de *sentimentalidad*, que sin enfrenar la libertad de las costumbres, hace los amorios afectados. El mayor mérito de las Italianas, entre todas sus faltas, es no tener ninguna vanidad; y este mérito se ha perdido algo en Venecia, donde hay mas trato que en ninguna ciudad de Italia; porque la vanidad se manifiesta particularmente con el trato. Se hallan los aplausos en la sociedad tan presto, y con tanta frecuencia, que todos los cálculos son momentáneos, y que para las alabanzas *no se fia al tiempo* un minuto. Sin embargo, se hallaban todavía en Venecia muchos vestigios de la originalidad y soltura de los modales italianos; las señoras mas principales recibian las visitas en los cafés de la plaza de San Márcos, y aquella extraña confusion impedía que los salones llegasen á ser con demasiada seriedad arena para las pretensiones del amor propio.

Quedan tambien aun costumbres populares y antiguos estilos: estos suponen siempre respeto á los mayores, cierta juventud de corazon que no se cansa de lo que fué, ni del enternecimiento que causa; y ademas la vista de la ciudad, por sí sola, es sumamente á propósito para despertar infinitas memorias é ideas; la plaza de San Márcos, toda cercada de tiendas azules, bajo las cuales descansa un tropel de Turcos, Griegos y Armenios,

termina con la iglesia, parecida en lo exterior mas á una mezquita que á un templo cristiano: aquel sitio hace conocer en algun modo la vida indolente de los Orientales, que pasan sus dias en los cafés bebiendo sorbetes y fumando perfumes; á veces se ven en Venecia pasar Turcos y Armenios lánguidamente tendidos en barcos descubiertos, con jarros llenos de flores á sus piés.

Los hombres y las mujeres principales, nunca salian sino vestidos con un dominó negro; tambien suelen, porque en Venecia el sistema de la igualdad consiste especialmente en los objetos exteriores, verse góndolas negras siempre, gobernadas por barqueros vestidos de blanco, con ceñidores de color de rosa; y esta oposicion no deja de ser notable; diríase que el traje de fiesta está abandonado á la plebe, mientras los grandes del estado siempre se hallan destinados al luto. En la mayor parte de las ciudades europeas es preciso que la imaginacion de los escritores aparte cuidadosamente lo que sucede todos los dias, porque nuestros usos, y aun nuestro mismo lujo, no son nada poéticos. Pero en Venecia no hay cosa alguna vulgar en esta clase; los canales y los barcos forman un cuadro pintoresco de los acontecimientos mas sencillos de la vida.

En el arrabal de los Esclavones se encuentran de continuo títeres y charlatanes, y hombres que hacen relaciones, dirigidas de todas maneras á la imaginacion del pueblo. Los hombres de las relaciones lla-

man en particular la atención : regularmente son episodios del Taso y del Ariosto, recitados en prosa con suma admiración de los que los escuchan. Los oyentes, sentados en rueda al rededor del que habla, están los mas medio vestidos y sin menearse por exceso de curiosidad; de cuando en cuando les traen vasos de agua, los cuales pagan como en otras partes se paga el vino; y aquel sencillo refresco es lo único que el pueblo necesita en horas enteras, tan ocupado se halla su ánimo. El narrador hace los ademanes mas vivos del mundo; levanta la voz, se enfada, se apasiona, y no obstante se conoce que en su interior está sosegadísimo : pudiera decirsele como dijo Safo á la bacante que se agitaba sin hallarse conmovida : *Bacante, que no estás ebria, ¿ qué me quieres?* Con todo, la pantomima animada de los habitantes del mediodía no da idea de afectación; es un hábito particular que les han comunicado los Romanos, también grandes gesticuladores, y depende de su disposición viva, brillante y poética.

La imaginación de la plebe, aprisionada con los placeres, era fácil de ajustar con el prestigio de poder, que rodeaba al gobierno veneciano. Jamás se veía en Venecia un soldado; y se atropellaba la gente en el teatro cuando por casualidad se presentaba alguno con un tambor en la comedia; pero bastaba que se mostrase el esbirro de la inquisición de estado, con un ducado en el gorro, para resta-

LA DESPEDIDA DE ROMA Y EL VIAJE, ETC. 439

blecer el orden entre mas de treinta mil hombres reunidos un día de pública festividad. Hermoso sería un poder tan sencillo si dimanase de respeto á la ley; pero le fortificaba el terror de las providencias secretas de que se valía el gobierno para mantener la quietud del estado. Las cárceles (cosa sin ejemplo) estaban en el mismo palacio del Dux; y las había encima y debajo de su aposento; *la Boca del Leon*, donde se echaban todas las delaciones, también está en el palacio donde tenía su morada el jefe del gobierno : la sala donde residían los inquisidores de estado se veía colgada de negro, y solo recibía luz por arriba; el juicio se parecía desde luego á la sentencia; y *el Puente de los suspiros*, este era su nombre, iba del palacio del Dux á la cárcel de los reos de estado. Al cruzar por el canal que pasaba por el lado de aquellas prisiones, se oía clamar : *¡ Justicia, favor!* y no podían conocerse las voces confusas y lamentables. En fin, cuando ya estaba sentenciado un reo, venía á buscarle un barco de noche: salía por una puertecita que daba al canal; llevábanle á alguna distancia de la ciudad, le anegaban en un paraje de las lagunas donde no se permitía pescar : ¡ idea horrorosa que perpetúa el secreto aun despues de la muerte, y no deja al desventurado esperanza de que sus reliquias hagan saber á sus amigos que padeció, y ya fué!

En la época en que Corina y lord Nelvil llegaron á Venecia, hacia cerca de un siglo que no se habían

verificado semejantes ejecuciones; pero el misterio que hiera la imaginacion existia; y aunque lord Nelvil se hallaba mas distante que nadie de mezclarse de modo alguno en los asuntos politicos de un país extranjero, se sentia oprimido por aquella arbitrariedad sin apelacion que dominaba en Venecia sobre la cabeza de todos.



CAPITULO IX

— No debeis juzgar, dijo Corina á lord Nelvil, solamente por las impresiones desagradables que producen en vuestro ánimo esos medios silenciosos del poder: es preciso que observeis tambien las prendas eminentes de aquel Senado que convertia á Venecia en república para los nobles, y les inspiraba otro tiempo la energía y la grandeza aristocrática. Los vereis, severos unos con otros, establecer á lo ménos en su seno las virtudes y los derechos que deben pertenecer á todos: veréislos paternales con sus súbditos, cuanto es posible, considerándolos únicamente bajo el respecto de su bienestar físico: en fin les hallareis suma vanidad de su patria, de esa patria que es propiedad suya, pero que saben

hacer amable al mismo pueblo excluido de ella por tantos respectos.

Corina y Osvaldo volvieron juntos á la sala donde entónces se celebraba el consejo: hállase rodeada de los retratos de todos los Duces; pero, en lugar del que fué degollado como traidor á su patria, han pintado una cortina negra, sobre la cual está escrito el dia de su muerte, y la especie del suplicio. Las vestiduras reales y magnificas que cubren las imágenes de los demas Duces, hacen mayor la impresion de aquella terrible cortina negra. Hay en esta sala un cuadro que representa el juicio final, y otro el momento en que el mas poderoso emperador, Francisco Barbaroja, se humilló delante del Senado de Venecia: es hermosa idea reunir de esta suerte todo cuanto debe exaltar la altivez de un gobierno, y abatir la misma altivez delante del cielo.

Fueron Corina y lord Nelvil á ver el arsenal: delante de la puerta hay dos leones esculpidos en Grecia, y trasladados luego desde el puerto de Atenas para ser guardianes del poder veneciano; guardianes inmóviles, que solo defienden lo que se respeta. El arsenal está lleno de trofeos marítimos; y la famosa ceremonia de las nupcias del Dux con el mar Adriático, y todas las instituciones de Venecia, dan fe de su reconocimiento al mar. Tienen por esta parte alguna semejanza con los Ingleses, y lord Nelvil advirtió claramente el interes que aquella semejanza debia inspirarle.

Llevóle Corina á la cima de la torre llamada el campanario de San Márcos, que se halla á algunos pasos de la iglesia. Desde allí se descubre toda la ciudad en medio de las ondas, y el dique inmenso que la defiende del mar; á lo léjos se divisan las costas de la Istria, y de la Dalmacia. — A la parte de esas nubes, dijo, Corina, está Grecia. ¡No es bastante esta idea sola para conmover! Allí hay todavía hombres de imaginacion fogosa, de carácter exaltado, envilecidos por la suerte; pero quizá destinados como nosotros á reanimar un día las cenizas de sus mayores. Siempre es algo un país que ha existido; siquiera sus habitantes se afrentan de su actual situacion; mas en las regiones que nunca consagró la historia, ni aun recela el hombre que hay otro destino que la oscuridad servil heredada de sus abuelos.

Esa Dalmacia que divisais desde aquí, prosiguió Corina, otro tiempo habitada por un pueblo tan belicoso, conserva todavía algo de salvaje. Los Dalmacios están tan ignorantes de lo que pasó hace quince siglos, que todavía llaman á los Romanos *los omnipotentes*; es cierto que manifiestan noticias ménos añejas nombrándoos, á vosotros, *los guerreros del mar*, porque habeis llegado muchas veces á sus puertos; pero no saben cosa alguna de lo demas del mundo. Agradaríame, continuó Corina, ver todos los países donde hay algo original en las costumbres, en los trajes, ó en el habla: el mundo ci-

vilizado es muy monótono, y en muy poco tiempo se conoce; ya he vivido bastante para conseguirlo. — ¿ Quien vive junto á vos, interrumpió Osvaldo, ve jamas el término de lo que hace pensar y sentir? — ¡ Quiera Dios, respondió Corina, que tampoco se disipe ese encanto!

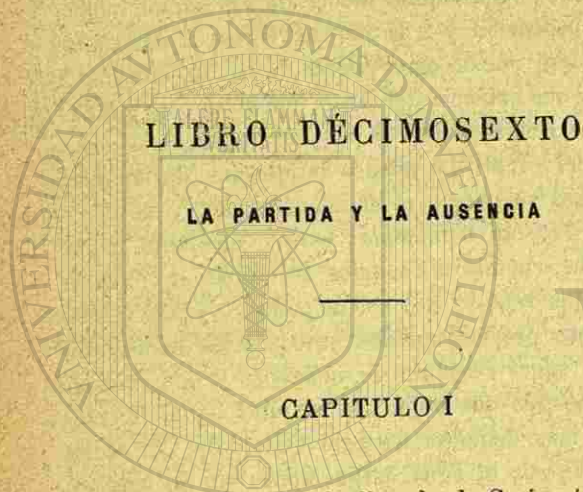
Pero dediquemos, prosiguió, todavía un momento á esa Dalmacia; cuando bajemos de la altura en que estamos, ya no divisaremos ni aun las líneas dudosas que nos indican de léjos ese país tan confusamente como un recuerdo en la memoria de los hombres. Entre los Dalmacios hay improvisadores, y tambien los salvajes los tienen, asimismo se hallaban entre los antiguos Griegos y casi siempre los hay en los pueblos que tienen imaginacion sin vanidad social; pero el ingenio natural se torna epigrama mas que poesía en los países donde el temor de ser objeto de la burla es causa de que cada cual se afana por apoderarse de esta arma primero: los pueblos que se han conservado mas cercanos á la naturaleza, le han guardado igualmente un respeto muy favorable á la imaginacion. *Las cavernas son sagradas*, dicen los Dalmacios, expresando sin duda de esta manera un terror vago de los secretos de la tierra. Su poesía se parece algo á la de Osian, aunque habitan en el mediodía; pero no hay mas que dos modos muy distintos de sentir la naturaleza; animarla, como los antiguos, perfeccionarla con mil formas brillantes, ó dejarse llevar como los



bardos escoceses del temor del misterio, y de la melancolía que inspira lo incierto y lo desconocido. Desde que estoy con vos, me agrada esta última especie : en otro tiempo tenia bastante esperanza y viveza para amar las imágenes risueñas, y gozar de la naturaleza, sin temer al destino. — Yo soy, pues, dijo Osvaldo, yo soy quien ha marchitado esa hermosa imaginacion á que debí los placeres mas deliciosos de mi vida. — No es culpa vuestra, respondió Corina, sino de una pasion violenta : el talento necesita de una independenciam interior que el verdadero amor no consiente jamas. — ¡ Ah ! si es así, exclamó lord Nelvil, calle tu genio, y sea mio todo tu corazon. No pudo decir estas palabras sin conmoverse, porque en su mente prometian mas que expresaban. — Entendiólo Corina, y no se atrevió á responder, temerosa de alterar tan suave impresion.

Sentiase amada, y como tenia costumbre de vivir en un país donde los hombres lo sacrifican todo al cariño, se sosegaba fácilmente, persuadiéndose que lord Nelvil no podría separarse de ella : al mismo tiempo indolente y apasionada, discurría que bastaba ganar días, y que el peligro de que ya no se hablaba habia pasado. Corina vivía, en fin, como los mas de los hombres cuando los amenaza mucho tiempo la misma desgracia ; llegan á creer que no sucederá, únicamente porque todavía no ha sucedido

El aire de Venecia, y la vida que allí se hace es en extremo adecuada para adormir el alma con esperanzas ; el tranquilo mecer de los barcos inclina á la suspension y á la pereza. Oyese á veces á un gondolero puesto en el puente de Rialto, empezar á cantar una estancia del Taso, mientras otro gondolero le responde con la estancia siguiente al otro lado del canal. La música antiquísima de aquellas estancias se parece el canto de iglesia, y de cerca se advierte su monotonía ; pero al aire libre, y por la noche, cuando los sonidos se dilatan en el canal como los reflejos del sol al ponerse, y los versos del Taso prestan tambien sus bellezas de ternura á todo aquel conjunto de imágenes y de armonía, es imposible que dejen de inspirar aquellos cantos la mas deliciosa tristeza. Osvaldo y Corina se paseaban por el agua largas horas uno al lado de otro, tal vez se decian una palabra ; y mas frecuentemente asidos de las manos, se entregaban callando á los pensamientos vagos que producen la naturaleza y el amor.



## LIBRO DÉCIMOSEXTO

### LA PARTIDA Y LA AUSENCIA

#### CAPITULO I

Luego que supieron la llegada de Corina á Venecia, todos tuvieron suma curiosidad de verla. Cuando iba á un café de la plaza de San Márco, se atropellaba la gente debajo de las galerías de la plaza para divisarla un instante, y todos la buscaban con el mayor afán. En otro tiempo gustaba de producir aquel efecto brillante donde quiera que se mostraba, confesando ingenuamente que la admiración tenía para ella mucho atractivo. El genio inspira necesidad de gloria, y no hay ningún bien que no deseen aquellos á quien la naturaleza dió medios de conseguirle : no obstante, en su actual situación,

tenía Corina todo lo que al parecer se oponía á los hábitos de la vida doméstica, tan apreciados de lord Nelvil.

Erraba Corina, para ser feliz, en apasionarse de un hombre que debía contradecir su existencia natural ; y reprimir mas que fomentar su talento ; pero no es difícil entender cómo una mujer que se dedicó mucho á las letras, y á las bellas artes, puede amar en un hombre prendas y aun inclinaciones diferentes de las suyas. Se cansa uno tantas veces de sí mismo, que no puede seducirnos lo que se nos parece ; es menester armonía en los sentimientos y oposición en los caracteres, para que nazca el amor juntamente de la simpatía y de la variedad. Lord Nelvil poseía este doble atractivo en supremo grado : uníase en el trato con todos por la dulzura y la facilidad de su conversacion ; pero lo irritable y receloso de su alma no permitía cansarse jamás de la gracia y complacencia de sus modales. Aunque la profundidad y la extension de sus ideas le proporcionaban para todo, sus opiniones políticas y sus inclinaciones militares le inspiraban mas propension á la carrera de las acciones que á la de las letras ; pensaba que las acciones son siempre mas poéticas que la misma poesía. Mostrábase superior á los triunfos de su talento, y en esta parte hablaba de sí con mucha indiferencia : y Corina, por agradarle, procuraba hacer lo mismo, comenzando á menospreciar sus propios triunfos, para semejar mas á las

mujeres modestas y retiradas, cuyo modelo ofrecia la patria de Osvaldo.

No obstante, los obsequios que Corina recibió en Venecia causaron á lord Nelvil una sensacion agradable; porque era tan cariñosa la acogida de los Venecianos, expresaban con tanta gracia y tanta viveza el placer que les daba hablar con Corina, que Osvaldo se gloriaba de verse amado de una mujer tan atractiva y tan generalmente admirada. Ya no tenia celos de la gloria de Corina, seguro de que le preferia á todo, y su amor se aumentaba, al parecer, con lo que oia decir de ella; olvidábase hasta de Inglaterra; pegábasele algo de la indiferencia de los Italianos á lo venidero; y Corina advertia su mudanza, y su imprudente corazon se regocijaba como si pudiese durar.

El italiano es la única lengua de Europa, cuyos diferentes dialectos tienen una índole particular: pueden escribirse libros, y componerse versos en cada uno de ellos, más ó ménos distantes del italiano clásico; pero entre los diversos idiomas de Italia, solo el napolitano, el siciliano y el veneciano tienen el honor de contarse, y el veneciano pasa por el más original y más gracioso de todos. Pronunciábase Corina con una dulzura encantadora, y el modo con que cantaba algunas *barcarolas*, de estilo alegre, probaba que debia representar la comedia igualmente bien que la tragedia. Mortificáronla infinito para que tomase papel en una ópera cómica que

iban á hacer entre amigos la siguiente semana. Corina no habia querido desde que conocia á Osvaldo mostrarle su habilidad en este género; jamás se habia sentido con el ánimo bastante libre para semejante entretenimiento; y aun llegó á pensar que tanto entregarse á la alegría pudiera traer desgracias; pero esta vez, por un exceso de confianza, consintió en lo que le pedian. Osvaldo se lo rogó con empeño, y convinieron en que representaria *la hija del aire*: así se llamaba la pieza escogida.

Esta pieza, como la mayor parte de las de Gozzi, se componia de hechicerías extravagantes, originalísimas y muy divertidas. Trufaldino y Pantalon salen muchas veces en estos dramas burlescos, al lado de los reyes más poderosos del orbe: lo maravilloso contribuye á las burlas; pero lo cómico se ennoblece con aquellas mismas maravillas, que nunca pueden tener cosa alguna vulgar ni baja. *La hija del aire, ó Semíramis en su juventud*, es la mujer ansiosa de obsequios, dotada por el cielo y por el infierno para subyugar al universo: crióse en una cueva como una salvaje, y hábil como una encantadora, y dominadora como una reina, reúne la gracia premeditada con la viveza natural, el valor guerrero con la frivolidad de una mujer, y la ambición con el aturdimiento. Este papel requiere un estro de imaginación y de jovialidad, que solamente puede dar la inspiración del momento; y todos se juntaron para suplicar á Corina se encargase de él.

## CAPITULO II

Hállase á veces en el destino un juego extraño y cruel, como si fuese un poder que quiere inspirar temor, y se niega á la familiaridad confiada: quizá cuando nos entregamos mas á la esperanza, y en especial cuando parece que burlamos con la suerte, y contamos con la felicidad, pasa en el tejido de nuestra historia algo temible, y vienen las fatales hermanas á mezclar su negro hilo, y á enredar la obra de nuestras manos.

Era el 17 de noviembre cuando Corina despertó llena de gozo por representar á la noche la comedia. Escogió, para presentarse de salvaje en el primer acto, un vestido muy pintoresco: sus cabellos que debian vagar esparcidos, estaban compuestos, no obstante, con un esmero que manifestaba vivo afan de agradar, y su noble figura un carácter de artificio y malicia sumamente gracioso. Llegó al palacio donde habia de representarse la comedia; ya se hallaban todo reunidos; solo faltaba Osvaldo. Corino dilató cuanto pudo la representacion, y empezaba á sobresaltarse de su ausencia: por fin, al tiempo que salia al teatro, le divisó en un rincon oscurísimo de la sala; pero le divisó; y el mismo

pesar que le causó la expectativa, redobló su contento, y se halló inspirada por el recocijo, como en el Capitolio por el entusiasmo.

Mezclábanse las palabras y el canto, y estaba la pieza compuesta del modo que era permitido improvisar el diálogo; lo cual daba gran ventaja á Corina, y animaba la escena mas. Cuando cantaba, hacia conocer el espíritu de las arias bufas italianas con particular elegancia; y sus ademanes, acompañados de la música, eran juntamente nobles y cómicos; excitaba risa sin dejar de ser majestuosa, y su papel y su habilidad dominaban á los actores y á los espectadores, burlándose graciosamente de unos y de otros.

¡Ah! ; quién no se hubiera compadecido de aquel espectáculo, si pensara que aquella felicidad tan confiada iba á llamar el rayo, y aquella alegría tan triunfante haria presto lugar á los mas acerbos dolores!

Los aplausos de los espectadores eran tan continuos y tan sinceros que se comunicaba su placer á Corina: sentia aquella especie de conmocion que causa el recreo cuando da un sentimiento vivo de la existencia, é inspirando el olvido del destino, suelta el ánimo un instante de todo lazo, y le despeja de toda nube. Osvaldo habia visto á Corina representar el dolor mas profundo en un tiempo en que se lisonjaba de hacerla venturosa; y ahora la veia expresar purísimo contento, en el punto en que

acababa de recibir una nueva harto fatal para los dos. Mil veces pensó apartar á Corina de aquella alegría temeraria; mas gozaba de un triste placer viendo todavía en aquel amable semblante la hermosa expresion de la felicidad.

Al fin de la pieza se presentó Corina vestida elegantemente de reina amazona; mandaba á los hombres, y ya casi á los elementos, con aquella seguridad de sus gracias que puede tener una mujer hermosa, si no es sensible: porque basta amar para que no pueda tranquilizarnos enteramente ningun don de la suerte ó de la naturaleza. Pero aquella artificiosa coronada, aquella soberana hechicera que representaba Corina, mezclaba portentosamente el enojo con la burla, el desden con el ansia de agradar, la gracia con el imperio absoluto: reinaba al parecer, tanto sobre el destino como en los corazones; y al subir al trono sonrió á sus vasallos imponiéndoles sumision con una amable arrogancia. Todos los espectadores se levantaron para aplaudir á Corina como á la reina verdadera. Tal vez aquel momento era en el que mas distaba el dolor de su corazon; pero de improviso vió á Osvaldo, que no pudiendo ya contenerse, se cubria el rostro con las manos para ocultar su llanto: turbóse al instante, y aun no habia caido el telon, cuando bajando de aquel trono, funesto ya, entró presurosa en el aposento inmediato.

Siguióla Osvaldo, y cuando advirtió de cerca su

palidez, la sobrecogió tal espanto que hubo de apoyarse contra la pared para sostenerse, y díjole trémula: — ¡Osvaldo! ¡Dios mio! ¡qué teneis! — Es fuerza que parta esta noche para Inglaterra, le respondió sin saber lo que hacia, porque no debía exponer á su desgraciada amiga, noticiándole de aquella suerte tan funesta nueva. Adelantóse ella hácia él, enteramente fuera de sí, y exclamó: — No; ¡no es posible que me causeis ese dolor! ¡Qué hice para merecerlo? ¡Me llevareis en vuestra compañía? — Apartémonos de esta cruel muchedumbre, respondió Osvaldo: ven conmigo, Corina. — Siguióle sin entender ya lo que le decian, respondiendo desalentada, vacilante, y tan descompuesto el rostro, que todos pensaron se hallaba acometida de algun repentino accidente.

## CAPITULO III

Luego que se hallaron juntos en la góndola, dijo Corina en su enajenamiento á lord Nelvil: — ¡Ay! lo que acabais de noticiarme es mil veces mas cruel que la muerte: sed generoso; arrojadme á esas ondas, y pierda en ellas esta pasion que me despedaza. Osvaldo, hacedlo con valor; no es menester tanto

como acabais de manifestar. — Si decís una palabra mas, respondió Osvaldo, voy á precipitarme á vuestra vista en el canal. Escuchadme; esperad que lleguemos á vuestra casa; entónces decidireis de mi suerte y la vuestra. En nombre del cielo, sosegaos. — Era tan doloroso el acento de Osvaldo, que calló Corina, y solamente temblaba con tanta violencia que apénas pudo subir las escaleras de su aposento. Al entrar en él se arrancó todos sus adornos como espantada; y lord Nelvil, viendo en aquel estado á la que hacia algunos momentos se hallaba tan brillante, se arrojó deshecho en lágrimas en una silla, y exclamó: — ¿Soy un bárbaro? santo cielo ¡Corina! ¡Corina! ¿me juzgas digno de este nombre? — No; dijo ella, no puedo creerlo. ¿No teneis todavía ese mirar que me hacia cada día feliz? Osvaldo, vos cuya presencia era para mí como un rayo del cielo, ¿es posible que me esteis dando temor, y que no me atreva á alzar los ojos para miraros, en fin, que esté aquí delante de vos como delante de un asesino? ¡Osvaldo! ¡Osvaldo! — Y acabando estas palabras se arrojó suplicante á sus piés.

— ¿Qué miro? exclamó él levantándola con furor. ¿quieres que me deshonne? Lo haré. Mi regimiento se embarca dentro de un mes; acabo de saberlo: me quedaré, atiende, me quedaré si me muestras ese dolor, ese dolor omnipotente en mí; pero no sobreviviré á mi afrenta. — No pido os quedeis, repuso Corina, ¿pero qué mal os hago en seguros?—

Mi regimiento va á partir para las islas, y no se permite á ningun oficial llevar consigo á su mujer. — Dejadme, á lo ménos, acompañaros hasta Inglaterra. — Las mismas cartas que acabo de recibir, dicen que ya se sabe nuestro amor allí; han hablado de él los papeles públicos, y han empezado á sospechar quién sois, de suerte que vuestra familia, á instancia de lady Edgermond, ha declarado no os reconoceria ahora ni nunca. Dadme tiempo para convencer, para precisar á vuestra madre á hacer lo que debe; ved que si llego en vuestra compañía, y me obligan á separarme de vos, ántes de restituiros vuestro nombre, os entrego á todo el rigor de la opinion, sin hallarme allí para defenderos. — ¡Me lo negais todo! dijo Corina; y acabando estas palabras cayó sin sentido, y dando su cabeza con violencia en el suelo, empezó á derramar sangre. Osvaldo, al mirarlo, lanzó dolorosísimos gritos; entró Teresina sumamente azorada, y volvió á su señora el conocimiento. Cuando abrió los ojos Corina, advirtió en un espejo su semblante pálido y desmayado, y sus cabellos descompuestos y bañados en sangre. — Osvaldo, dijo entónces, Osvaldo, no estaba yo así el dia que me encontrásteis en el Capitolio; llevaba en las sienes la corona de la gloria y de la esperanza, y ahora está manchada de sangre y de polvo; mas no os es lícito despreciarme por este estado en que vos me habeis puesto. Pueden hacerlo los demas; pero vos no, no podeis: es fuerza

os dé lástima el amor que me inspirásteis, es fuerza.

— ¡Ten! exclamó lord Nelvil, no puedo resistir mas. — Y haciendo seña á Teresina para que se saliese, ciñó á Corina con sus brazos, y le dijo: — Estoy determinado á quedarme; harás lo que quieras de mí: sufriré lo que me destine el cielo, mas no te abandonaré en esta desventura, ni te llevaré á Inglaterra hasta haber asegurado tu suerte, para no dejarte expuesta á los crueles insultos de una mujer altanera. Quédome, sí, quédome, porque no puedo separarme de tí. — Estas palabras hicieron volver en su acuerdo á Corina, poniéndola en un abatimiento mas penoso todavía que la desesperacion pasada. Sintió sobre sí el peso de la necesidad; inclinó la cabeza, y permaneció largo rato en profundo silencio. — Habla, dulce amiga, le dijo Osvaldo, hazme oír el sonido de tu voz; ya no tengo mas que ella para sostenerme, y quiero me sirva de guía. — No, respondió Corina, no, partireis, es forzoso; y manifestó su resignacion con un raudal de llanto. — Amiga mia, exclamó lord Nelvil, tomo por testigo á este retrato de mi padre, que tienes aquí delante de tus ojos; y ya sabes si es sagrado para mí el nombre de un padre; tómole por testigo de que mi vida está en poder tuyo, mientras fuera necesaria para tu dicha. Cuando vuelva de las islas, veré si puedo restituirte tu patria, y hacerte recobrar la clase y la existencia debidas; pero si no lo consigo, tornaré á Italia á vivir y morir á tus piés. — ¡Ay! replicó

Corina, ¿y esos peligros de la guerra, que vais á arrostrar?... — No los temo, repuso Osvaldo, y saldré libre de ellos; mas si perezco yo, el hombre mas desconocido, quedaria mi memoria en tu cozon; quizá jamas oirias pronunciar mi nombre, sin sentirte los ojos llenos de lágrimas; ¿no es verdad, Corina? dirias: *Conocile, y me amó*. — ¡Ah! déjame, déjame, exclamó ella, mi aparente serenidad te engaña; mañana, cuando vuelva el sol, y diga yo: *¡No le veré mas, no le veré mas!* ¡tal vez moriré, y fuera ventura! — ¿Por qué, Corina, por qué? exclamó lord Nelvil. ¿Temes no verme mas? ¿no es para tí nada esta promesa solemne de reunirnos par siempre? ¿duda de ella tu corazon? — No, respétoos mucho para no creeros, dijo Corina; y mas me costaria renunciar á mi admiracion y á mi amor. Os considero como un ser angelical, como el carácter mas puro y mas noble que se ha mostrado en la tierra; no me cautiva solo vuestra presencia, sino la idea de que jamas se reunieron en un mismo objeto tantas virtudes, y que vuestro celestial mirar os fué dado para expresarlas todas: no dudo, pues, de vuestras promesas. Huiria del aspecto de la figura humana; me inspiraria terror, y no mas, si lord Nelvil pudiera engañar: ¡pero la separacion nos expone á tantos acasos, y esa terrible palabra, *adios!* — Jamas, interrumpió él, jamas Osvaldo podrá decirte el adios postrero sino en su lecho de muerte. — Y era su conmocion tan profunda al pronunciar es

as palabras, que empezando Corina á temer alterase su salud, procuró reprimirse, siendo mas digna de compasion.

Comenzaron, pues, á hablar de aquella partida cruel, de los medios de escribirse, y de la certeza de volverse á reunir. Un año fué el plazo señalado para su ausencia; porque Osvaldo se creia seguro de que no debia durar mas; por fin, quedábanles aun algunas horas, y Corina esperaba tener esfuerzo. Mas cuando Osvaldo le hizo saber que la góndola vendria á buscarle á las tres de la mañana, y vió su péndulo poco distante de aquel momento, estremeciéronse todos su miembros, y ciertamente no le causara mayor espanto verse próxima al cadalso. Tambien Osvaldo iba, al parecer, perdiendo su resolucion de instante en instante, y Corina que siempre le habja visto dueño de sí, sentia desgarrarse su corazon mirándole padecer tanto. ¡ Pobre Corina! ¡ le consolaba, y debia ser mil veces mas desgraciada que él!

— Escuchadme, lord Nelvil, le dijo : cuando esteis en Lóndres, os dirán los hombres ligeros de aquella ciudad, que las promesas amorosas no comprometen el honor; que todos los Ingleses del mundo han amado, en sus viajes, Italianas, y las han olvidado á la vuelta; que algunos meses de felicidad no imponen obligacion á quien la da, ni á quien la recibe, y que la vida entera no puede en vuestra edad depender del atractivo que hallásteis algun tiempo en

el amor de una extranjera. Tendrán en apariencia razon, razon segun el mundo; pero vos que habeis conocido este corazon, y reinais en él, vos que sabeis cómo os ama, ¿ hallareis sofismas para disculpar una herida mortal? ¿ las burlas frívolas y bárbaras de los hombres del dia impedirán que vuestra mano tiemble al clavar un puñal en mi pecho? — ¡ Ah! ¿ qué dices? exclamó lord Nelvil; no me detiene solo tu dolor, sino el mio. ¿ Dónde encontraré ventura semejante á la que disfruté á tu lado? ¿ Quién me entenderia en el universo, como tú me has entendido? El amor, Corina, el amor, tú sola le siéntes, y tú sola le inspiras; ¿ con cuál otra mujer puede existir esta armonia del alma, esta inteligencia íntima del entendimiento y del corazon? Corina, lo sabes; tu amigo no es un hombre voluble; no por cierto, Para él todo es serio en la vida; ¿ y para ti sola desmentiria su natural?

— No, no, respondió Corina, no tratareis con desprecio á un alma sincera : y no sereis vos, Osvaldo, no sereis vos, á quien encuentre insensible mi desesperacion; pero inmediato á vos me está amenazando un terrible enemigo, la despótica severidad, la medianía despreciadora de mi madrastra : os dirá cuanto pueda para mancillar mi vida pasada; mas no querais os repita de antemano sus crueles conversaciones. En vez que el talento sea disculpa á sus ojos, será, estoy cierta, la mayor culpa mia : no comprende sus encantos, solo ve sus riesgos, y halla



inútil, y acaso reprehensible, cuanto no concuerda con el destino que ella se ha señalado; toda la poesía de la ternura le parece un capricho importuno, que usurpa el derecho de menospreciar su razon. En nombre de las virtudes que yo respeto tanto como vos, condenará mi carácter y mi suerte; Osvaldo, os dirá que soy indigna de vos. — ¿Y cómo podré oirla? interrumpió Osvaldo; ¿qué virtudes osaría ensalzar mas que tu generosidad, tu franqueza, tu bondad, tu cariño? ¡Criatura celestial! júzguense por la regla comun las mujeres comunes! mas afrenta al hombre, á quien tú hubieras amado, y no te respetase á la par que te adora! Ninguna cosa en el universo iguala tu entendimiento ni tu corazon: en el divino manantial de donde vienen tus sentimientos, todo es amor y verdad. Corina, Corina: ¡Ah! no puedo dejarte: desfallece mi esfuerzo; si no me sostienes, no partiré; ¿y tú has de darme valor para afligirte? — Pues bien, dijo Corina, pasemos algunos instantes primero que recomiende mi alma á Dios, para que me dé aliento de oír tocar la hora señalada para tu ausencia. Nos hemos amado, Osvaldo, con tiernísimo cariño; te he confiado los secretos de mi vida; los hechos no son nada; pero los sentimientos mas íntimos de mi ser, tú los sabes todos: no tengo una idea que no esté unida contigo; si escribo algunas líneas en que se derrame mi alma, tú solo me inspiras; á ti es á quien dirijo todos mis pensamientos, así como mi último suspiro será para

ti. ¿Dónde, pues, sería mi asilo si me abandonases? Las bellas artes me recuerdan tu imágen; la música es tu voz; tu mirar, el cielo. Todo ese genio, que otro tiempo inflamaba mi mente, no es ya mas que amor. Entusiasmo, reflexiones, inteligencia, nada tengo que no sea comun contigo.

¡Dios poderoso que me oís! dijo levantando los ojos al cielo. ¡Dios, que no sois desapiadado con las penas del corazon, mas nobles que todas! quitadme la vida cuando cese de amarme, quitadme el resto lastimoso de existencia, que solo me serviría para padecer. Lleva consigo cuanto hay mas tierno y mas generoso en mi pecho; si deja extinguir ese fuego depositado dentro de su seno, apáguese tambien mi vida, donde quiera que me encontrare. ¡Dios santo! no me habeis criado para sobrevivir á todos los sentimientos nobles; y ¿qué me restaria cuando cesase de estimarle? porque tambien él debe amarme, si, debe. Siento dentro de mi corazon un cariño que manda el suyo. ¡Oh, Dios mio! volvió á exclamar, la muerte ó su amor. — Acabando esta plegaria, se inclinó hácia Osvaldo, y hallóle postrado á sus piés, acometido de convulsiones horrosas; el exceso de su ternura habia vencido sus fuerzas; despreciaba los auxilios de Corina, queria morir, y su cabeza estaba al parecer absolutamente trastornada. Corina apretó dulcemente sus manos con las suyas, repitiéndole cuanto él mismo le habia dicho ántes: afirmóle que le creia, y fiaba en su vuelta, y se sentia

mucho mas serena : estas suaves palabras aliviaron algo á lord Nelvil; pero sentia acercarse la hora de su separacion, y cada vez le parecia mas imposible determinarse á la partida.

— ¿Por qué, dijo á Corina, por qué no iríamos al templo ántes de ausentarnos á pronunciar el juramento de una eterna union? — Estremeci6se Corina al escuchar estas palabras, mir6 á lord Nelvil, y agit6 su corazon el mayor sobresalto, acord6se que Osvaldo, al contarle su historia, le habia dicho que el dolor de una mujer era omnipotente en su alma, a~nadiendo que su pasion se entibiaba con los propios sacrificios que aquel dolor obtenia de 6l. A esta idea se despertaron toda la firmeza y toda la altivez de Corina, y despues de algunos instantes de silencio, respondi6 : — Es preciso hayais visto otra vez, ántes de decidiros á ser mi esposo, vuestros amigos y vuestra patria. Deberialo en este instante, milord, á la conmocion de la partida, y no lo quiero así. — No insisti6 mas Osvaldo; á lo m6nos, dijo asiendo la mano de Corina, lo juro de nuevo, mi fe va unida con ese anillo que os he dado; mi6ntas le conserves, jamas tendr4 otra derechos en mi suerte; si una vez le despreciais, si me le volveis... — Cesad, cesad, interrumpi6 Corina, de manifestar un cuidado que no podeis sentir. ¡Ah! no ser6 yo quien rompa primero la union sagrada de nuestros corazones, sab6islo; no ser6 yo, y casi me sonrojaria de afirmar lo que es harto seguro.

Entre tanto se llegaba la hora : Corina perdia el color á cada ruido, y lord Nelvil permaneci6 sumido en hondo dolor, sin tener aliento para pronunciar siquiera una voz. Al fin, pareci6 á lo l6jos por entre la ventana el fatal resplandor, y muy luego se par6 delante de la puerta la negra barca. Vi6la Corina, y retrocedi6 con espanto, y cay6 en los brazos de Osvaldo, exclamando : — ¡Ahí est4n! ¡ahí est4n! adios, partid, acab6 ya todo. — ¡Dios mio! dijo lord Nelvil, ¡oh padre! ¡me lo mandais! y apret4ndola contra su corazon, la ba~n6 con sus l4grimas. — Partid, le grit6 ella, partid, es forzoso. — Llamad á Teresina, respondi6 Osvaldo, no puedo dejaros sola en esta situacion. — ¡Sola, ay! dijo Corina, ¡y no lo estar6 hasta que volvais! — No puedo salir de este aposento, exclam6 lord Nelvil, no puedo. — Y al pronunciar estas palabras, era tanta su desesperacion, que sus miradas y sus deseos invocaban la muerte. — Pues bien, dijo Corina, yo dar6 esa se~nal; yo misma abrir6 esa puerta; pero concededme algunos instantes. — ¡Ay! sí, permanezcamos juntos, permanezcamos todav4; esa cruel guerra vale mas que ausentarme de ti.

Oy6ronse ent6nces debajo de las ventanas de Corina los barqueros que llamaban á los criados de lord Nelvil; respondieron, y uno de ellos lleg6 á llamar á la puerta de Corina, anunciando que *todo estaba dispuesto*. — Sí, todo est4 dispuesto, respondi6 Corina, y apart4ndose de Osvaldo, púsose á

orar con la cabeza apoyada contra el retrato de su padre. Sin duda se le recordaba toda su vida en aquel momento; su conciencia exageró todas sus faltas, temió no merecer la misericordia divina, á pesar de sentirse tan desventurada, que debia creer en la piedad del cielo. Por fin, levantándose alargó la mano á lord Nelvil, y le dijo — :Partid, yo lo quiero ahora, y quizá dentro de un instante ya no podré; partid, y bendiga Dios vuestros pasos, y déme á mí tambien favor; bien lo necesito. Osvaldo se precipitó otra vez en sus brazos, y apretándola contra su corazon con una pasion inexplicable, y trémulo y pálido, como un hombre que camina al suplicio, se salió de aquel aposento, donde acaso habia amado la postrera vez, y se habia sentido amar de un modo que jamas repitió el destino.

Cuando Corina perdió de vista á Osvaldo, la sobrecogió una terrible palpitation que no le permitia respirar, turbáronse sus ojos de tal manera que los objetos perdian ante ellos toda realidad, y andaban como vagantes, ora cerca, ora léjos de su vista; parecíale que el aposento donde estaba se movia á uno y otro lado, como en un terremoto, y se apoyaba para resistir á aquel movimiento. Por espacio de un cuarto de hora, oyó todavía el ruido que hacian los criados de Osvaldo, acabando los preparativos de su partida: aun estaba él allí en la góndola; aun podia volverle á ver; pero temíase á sí misma, y él, por su parte, se hallaba tendido en

aquella góndola, casi sin sentido. Al fin partió, y en aquel punto se abalanzó Corina fuera de su aposento para llamarle; mas Teresina la detuvo. Entonces empezaba una terrible lluvia; resonaba el viento mas impetuoso, y la casa donde vivia Corina estaba conmovida casi como una nave en medio del mar. Sentíase sobresaltada por Osvaldo, que iba atravesando las lagunas con aquel horroroso tiempo, y bajó á la orilla del canal con intencion de embarcarse, y seguirle á lo ménos hasta la tierra firme; pero era tan oscura la noche, que no habia siquiera una barca. Corina caminaba con cruel agitación por las estrechas losas que separan el canal de las casas: aumentaba sin cesar la borrasca, y á cada momento se acrecentaba su temor por Osvaldo: llamaba barqueros á la ventura, y ellos pensaban que sus gritos eran clamores de los infelices que se anegaban durante la tormenta, y sin embargo nadie se atrevia á acercarse, tanto espanto daban las ondas embravecidas del gran canal.

En esta situacion esperó Corina la luz del dia: el tiempo se fué sosegando, y el gondolero que habia llevado á Osvaldo le trajo de su parte la nueva de haber pasado las lagunas con felicidad. Todavía este momento era semejante casi á la dicha, y hasta algunas horas despues no sintió la desgraciada Corina de nuevo la ausencia; y las largas horas, y los tristes dias, y la inquieta y roedora pena que debia ya ocupar solamente su pecho.

## CAPITULO IV

Mil veces estuvo Osvaldo, durante los primeros días de su viaje, para volver á buscar á Corina; pero los motivos que le arrebatában, vencieron su deseo: en el amor es un paso decisivo haberle vencido una vez; ya se desvaneció el prestigio de su omnipotencia.

Al acercarse á Inglaterra, se renovaron en el alma de Osvaldo todos los recuerdos de la patria: el año que acababa de pasar en Italia no tenía conexión con ninguna otra época de su vida; parecía como una aparición brillante que había herido su imaginación; mas no unido enteramente las opiniones ni las inclinaciones que hasta entónces compusieron su existencia. Hallábase de nuevo á sí mismo; y aunque el sentimiento de verse separado de Corina le impedía experimentar ninguna impresión de felicidad, adquiría otra vez cierta firmeza de ideas, desvanecida por aquel vago encantador de las bellas artes y de Italia. Apenas puso el pié en el suelo de Inglaterra, le sorprendieron el orden y la comodidad, la riqueza y la industria que donde quiera se le presentaban; á su vista se despertaron con mayor fuerza las inclinaciones, los hábitos, y la afición á ciertos objetos que nacieron con él. En aquel

país, donde tienen los hombres tanta dignidad, y las mujeres tanto recato, donde la felicidad doméstica es el vínculo de la felicidad pública, solo para compadecerla pensaba Osvaldo ya en Italia. Parecía que en su patria la razón humana se hallaba más noblemente estampada por todas partes, mientras en Italia, bajo muchos respetos, únicamente recuerdan las instituciones y el estado social, la confusión, la debilidad y la ignorancia. Las pinturas seductoras y las impresiones poéticas daban lugar en su corazón al sentimiento profundo de la libertad y de la moral; y aunque siempre amaba á Corina, desaprobaba suavemente que no se hubiese hallado bien en una región, á su parecer, tan prudente y tan noble. En fin, si hubiese pasado de un país donde divinizaron la imaginación, á otro país árido ó frívolo, todos sus recuerdos, y toda su alma le habrían llamado con imperio hácia Italia; pero trocaba el deseo indefinido de una felicidad novelesca por el orgullo de los verdaderos bienes de esta vida, la independencia y la seguridad: volvía á la existencia propia de los hombres, la acción con objeto. La meditación es más bien patrimonio de las mujeres, de esos seres débiles y resignados desde la cuna; el hombre quiere obtener lo que anhela, el hábito del valor, y el sentimiento de la fuerza le irritan contra su destino, si no consigne gobernarle según sus deseos.

Osvaldo encontró en Londres á los amigos de su

niñez; oyó hablar aquella lengua enérgica y vigorosa que indica mas sentimientos que expresa; volvió á ver aquellos semblantes graves que improvisamente se despliegan cuando triunfan de su reserva habitual afectos profundos; halló otra vez el placer de hallar descubrimientos en los corazones que se manifiestan por grados á la vista del observador; en fin, sintió que estaba en su patria, y quien no salió nunca de ella ignora por cuantos vínculos posee nuestro amor. Sin embargo, Osvaldo no separaba la memoria de Corina de ninguna de sus impresiones; y como crecía su afecto á Inglaterra, y se sentía mayor repugnancia á dejarla de nuevo, todas sus reflexiones le confirmaban en las resoluciones de hacer á Corina su esposa, y establecerse en Escocia con ella.

Ansiaba embarcarse para volver mas presto, cuando llegó la orden para suspender la salida de la expedición en que iba su regimiento; pero decían al mismo tiempo que de un día á otro cesaría la suspensión, y era tanta la incertidumbre acerca de este punto, que ningun oficial tenía la libertad para disponer de quince días. Esta situación hacia desgraciadísimo á lord Nelvil; padecía cruelmente por verse ausente Corina, y no tener tiempo ni poder para formar ó seguir ningun plan duradero. Pasó seis semanas en Lóndres sin tratar con nadie, únicamente pensando en el instante de ver á Corina, y padeciendo mucho por el tiempo que le precisaban

á pasar léjos de ella. En fin, determinó emplear aquellos días de espectacion en visitar á lady Edgermond, en el Northumberland, y persuadirla á que reconociese á Corina de un modo auténtico por hija de lord Edgermond, declarando falsa la voz de su muerte; porque sus amigos le enseñaron los papeles públicos en que se habian insertado insinuaciones injuriosas sobre la existencia de Corina, y sintió un deseo vehementísimo de restituirla á la clase, y al aprecio que merecía.

## CAPITULO V

Partió lord Nelvil para la hacienda de lady Edgermond; pensaba conmovido que iba á ver la mansion donde Corina pasó tantos años; al paso que tambien sentía alguna turbacion por la necesidad de hacer entender á lady Edgermond que se hallaba resuelto á renunciar á su hija, y la confusion de estos varios sentimientos le agitaba y le hacia cavilar. Los sitios por donde transitada adelantándose hácia el norte de Inglaterra, le recordaban á Escocia cada vez mas, y la memoria de su padre, presente siempre en su fantasia, penetraba mas y mas en su corazon.

Al llegar á casa de lady Edgermond le admiró el buen gusto que reinaba en la disposicion del jardin y del palacio; y como la señora de la casa no se hallaba aun pronta para recibirle, paseóse por el parque, y divisó á lo léjos, por entre las hojas, á una jóven del mas airoso cuerpo, con cabellos rubios de portentosa hermosura, contenidos apénas en un sombrerillo. Estaba leyendo con suma atencion; y Osvaldo conoció á Lucila, aunque no la habia visto en tres años, y en el tránsito de la infancia á la juventud, se habia aumentado su beldad de un modo pasmoso. Acercóse á ella, saludóla, y olvidándose de que se hallaba en Inglaterra, quiso cogerla de la mano para besársela respetuosamente, segun el estilo de Italia; retrocedió la jóven dos pasos, sonrojóse en extremo, y haciéndole una profunda cortesía, le dijo: — Caballero, voy á avisar á mi madre que deseais verla, — y se ausentó. Lord Nelvil quedó admirado de aquel aire majestuoso y modesto, y de aquel semblante angelical.

Esta era Lucila, que apénas entraba en los diez y seis años: tenian sus facciones suma delicadeza; su estatura quizá era demasiado alta; porque en su ademan se advertia alguna flaqueza; y en su tez hermosísima se sucedian á cada momento la palidez y el rubor. Hallábanse sus ojos azules inclinados con tanta frecuencia hácia el suelo, que ciertamente su fisonomía estaba en aquella delicadeza de su tez, que descubria sin querer ella las impresio-

nes que ocultaba de todas maneras su profundo recato. Desde que viajaba por el mediodía, se borró de la mente de Osvaldo la idea de semejante figura, y de semejante expresion. Sobrecogióle un sentimiento de respeto; arrepintióse de haberse llegado con aquella especie de confianza; volviendo al palacio, despues que Lucila entró en él, pensaba en la celestial pureza de una tierna doncella, que jamas se apartó de su madre, y que nada conoce de la vida sino el cariño filial.

Lady Edgermond estaba sola cuando entró á visitarla lord Nelvil; habiala visto dos veces con su padre algunos años ántes; mas fijó muy poco entónces la atencion, en lugar que ahora la observó con cuidado para compararla con el retrato que Corina le habia hecho; parecióle verdadero, por muchos respetos; pero creyó advertir en los ojos de lady Edgermond mas sensibilidad que Corina le atribuyó, y se persuadió que no estaba hecha como él á adivinar las fisonomías reservadas. Su primer interes con lady Edgermond era determinarla á reconocer á Corina, anulando cuanto habian dispuesto para hacerla pasar por muerta. Empezó, pues, la conversacion hablando de Italia, y de los deleites que en ella habia hallado. — Es una mansion divertida para un hombre, respondió lady Edgermond; pero sentiria que una mujer, por quien me interesara, se hallase en ella contenta mucho tiempo. — No obstante, respondió lord Nelvil, sentido ya de aquella

insinuacion, allí he encontrado la mujer mas distinguida que he conocido jamas. — Puede ser en cuanto al entendimiento, replicó lady Edgermond; pero un hombre apreciable busca otras prendas en la compañera de su vida. — Y tambien las halla, interrumpió Osvaldo acalorado. — Iba á proseguir, y á explicar sin rebozo lo que hasta entónces habian los dos indicado; pero entró Lucila, y se acercó á hablar á su madre al oido. — No, hija mia, respondió en voz alta lady Edgermond, no puedes ir hoy á ver á tu prima; debes acompañar á comer á lord Nelvil. — Lucila al oír esto se sonrojó mas que en el jardin, y sentándose junto á su madre, tomó de encima de la mesa una labor de bordado, y se puso á trabajar, sin levantar nunca los ojos, ni mezclarse en la conversacion.

Casi impacientó á lord Nelvil con su silencio, porque Lucila no ignoraba verosímilmente que habian tratado de unirlos; y aunque su preciosa figura le causaba cada vez mayor impresion, se acordó de cuanto Corina le habia dicho acerca del efecto probable de la educacion que lady Edgermond daba á su hija. Generalmente en Inglaterra las solteras tienen mas libertad que las mujeres casadas, y así la razon como la moral explican esta costumbre; pero lady Edgermond la quebrantaba, no por lo tocante á las mujeres casadas, sino á las jóvenes, y era de dictámen de que en todas situaciones convenia en su sexo la mas rigurosa reserva. Lord Nelvil que-

ria declarar á lady Edgermond sus intenciones con respecto á Corina, apénas se viese solo con ella otra vez, mas Lucila no se salió, y lady Edgermond mantuvo la conversacion hasta la hora de comer, con sencilla razon y con un juicio firme, que la hizo respetar de lord Nelvil. Habria deseado oponerse á aquellas opiniones tan resueltas sobre todos puntos, y muchas veces no acordes con las suyas; mas conocia que si soltaba una palabra contraria á las ideas de lady Edgermond, le daria de sí una opinion imposible de mudar; y vacilaba en aquel primer paso del todo irreparable con una persona que no admitia distinciones ni excepcion alguna, y juzgaba de todas las cosas por reglas generales y positivas

Avisaron que estaba la comida en la mesa; y Lucila se acercó á su madre para darle el brazo, á cuyo tiempo advirtió Osvaldo que lady Edgermond andaba con mucho trabajo. — Tengo, dijo á lord Nelvil, una enfermedad dolorosísima, y acaso mortal. — Lucila perdió el color al oír estas palabras; y notándolo lady Edgermond, repuso con suavidad: — El cuidado de mi hija, empero, me ha salvado la vida una vez, y quizá me salvará mucho tiempo. — Lucila inclinó la cabeza para que no advirtiesen su enternecimiento: y cuando la levantó, aun estaban bañados sus ojos en lágrimas; pero no se habia atrevido á coger siquiera la mano á su madre; todo habia pasado allá dentro de su corazon, y no pensó en

los demas sino para ocultarles lo que sentia. Entre tanto Osvaldo estaba hondamente conmovido de aquella modestia, de aquella sujecion en reprimirse; y su fantasia, alterada poco ántes por el poder de la pasion, se complacia en mirar la inocencia, y como que veia en torno de Lucila una nube que descansaba deliciosamente la vista.

Durante la comida, queriendo Lucila evitar á su madre las mas leves molestias, lo servia todo con incesante esmero, y lord Nelvil no oyó el metal de su voz sino cuando le ofrecia de los diferentes manjares; pero aquellas palabras, casi sin sentido, sonaban con encantadora dulzura, y lord Nelvil se preguntaba á sí mismo cómo era posible que manifestasen toda un alma los movimientos mas sencillos, y las mas comunes palabras. — Es menester, repetia entre sí, el genio de Corina que excede á cuanto la imaginacion puede desear, ó esos velos misteriosos del silencio y de la modestia, que permiten á cada hombre suponer las virtudes y los sentimientos que desea. — Levantáronse de la mesa lady Edgermond y su hija, y lord Nelvil intentó seguirlas; pero lady Edgermond era tan inmediatamente fiel á la costumbre de salirse á los postres, que le dijo permanecièse en la mesa hasta que ella y su hija preparasen el té en la sala, donde lord Nelvil se juntó con ellas un cuarto de hora despues. Pasó la tarde sin lograr hallarse solo un instante con lady Edgermond, porque no se apartó Lucila; no sabia

qué hacer, é iba á partir para la ciudad inmediata, proponiéndose volver al dia siguiente para hablar á lady Edgermond, cuando ella le pidió se quedase aquella noche en su palacio. Aceptó al punto, sin dar mayor importancia á aquel ofrecimiento, y no obstante se arrepintió, porque creyó notar en las miradas de lady Edgermond que consideraba su detencion allí, como una razon de pensar que todavia aspiraba á su hija: y esto fué un nuevo fundamento para decidirle á solicitar en el mismo instante una conversacion que ella señaló para la mañana del siguiente dia.

Hizose lady Edgermond llevar á su jardin; y Osvaldo le ofreció su brazo para ayudarla á dar algunos pasos: miróle fijamente lady Edgermond, y luego le dijo: — Bien, vamos. — Le dió Lucila el brazo de su madre, diciéndole en voz sumamente baja, porque su madre no lo oyese: — Milord, id poco á poco. — Lord Nelvil se estremeció de aquellas voces dichas en secreto. Así habria podido dirigirla una palabra tierna aquella figura angelical no hecha, al parecer, para los cariños de la tierra. No pensó Osvaldo que su conmocion en aquel instante fuese una ofensa para Corina, creyóla solamente un homenaje á la pureza celestial de Lucila. Volvieron al palacio á la hora de la oracion de la noche, que lady Edgermond hacia diariamente en su casa, reuniendo á todos sus criados. Hallábanse juntos en el salon bajo, la mayor parte eran enfermos y



ancianos; y habian servido al padre de lady Edgermond y al de su esposo. Conmovióse Osvaldo al ver aquel espectáculo que le recordaba lo que tantas veces habia presenciado en la casa paterna: arrodilláronse todos, ménos lady Edgermond, á quien no lo permitia su dolencia; mas juntó las manos, y bajó los ojos con respetable recogimiento.

Lucila estaba de rodillas al lado de su madre, y se encargó de la lectura, primero de un capítulo del Evangelio, y despues de una oracion adecuada á la vida rural y doméstica: habíala compuesto lady Edgermond, y tenian sus expresiones cierta severidad opuesta al sonido de voz tímido y suave de su hija al leerlas; pero aquella severidad misma aumentó el efecto de las últimas palabras que Lucila pronunció con trémulo acento. Despues de orar por los criados, por los parientes, por el rey, y por la patria, dijo: « Haznos tambien, Dios mio, la gracia de que la niña de esta casa viva y muera sin manchar su alma con un pensamiento siquiera, ni siquiera con un sentimiento que no sea conforme á sus obligaciones; y que su madre, ya próxima á volver junto á ti, logre el perdon de sus propias culpas en nombre de las virtudes de su única hija. »

Lucila repetia esta oracion todos los dias; pero aquella noche, presenciándola Osvaldo, se enterneció mas que acostumbaba, y soltáronse de sus ojos algunas lágrimas ántes de acabar la lectura, ni poder cubrirse el rostro con las manos, y ocultar á

todos su lanto. Mas Osvaldo las vió correr, y se le llenó el corazon de un enternecimiento mezclado con respeto, contemplando aquel aire juvenil tan próximo á la infancia, y aquel mirar que conservaba, al parecer, la memoria reciente del cielo. Un rostro tan hermoso, entre tantos rostros que todos pintaban la vejez ó la enfermedad, parecia imagen de la piedad divina: y Osvaldo reflexionaba sobre aquella vida de Lucila, tan austera y tan retirada, sobre aquella belleza incomparable, privada de todos los placeres y de todos los obsequios del mundo, y su alma se penetró de la mas pura conmocion. Tambien la madre de Lucila merecia y lograba respeto; era severa todavia mas consigo misma que con los demas: los límites de su entendimiento debian atribuirse mas bien al extremado rigor de sus principios, que á falta de inteligencia natural, y en medio de toda las obligaciones que se habia impuesto, y de todas su inflexibilidad natural y adquirida, tenia una pasion á su hija, tanto mas profunda, cuanto la aspereza de su carácter procedia de una ternura reprimida, y daba nuevo vigor al único afecto que no habia sofocado.

A las diez de la noche reinaba por todas partes en la casa el silencio; y Osvaldo pudo reflexionar libremente sobre el dia que acababa de pasar. No queria confesarse á sí mismo que Lucila habia hecho impresion en su alma: acaso no era aun cierto; pero aunque Corina encantaba la imaginacion de

mil maneras, cierta especie de ideas, cierto sonido musical, si es licito decirlo así, solo se acordaba con Lucila : las imágenes de felicidad doméstica se unian mas fácilmente con el retiro de Northumberland, que con el carro triunfante de Corina ; en fin, Osvaldo no podia dejar de conocer que Lucila era la esposa que su padre le hubiera escogido ; pero amaba á Corina, y poseia su amor ; habia jurado no formar jamas otros vínculos, y bastaba para que persistiese en la intencion de declarar al otro dia á lady Edgermond su propósito de dar la mano á Corina. Durmióse pensando en Italia ; y no obstante le pareció, entre sueños, que veia pasar velozmente á Lucila en figura de un ángel : despertó, y quiso apartar de su memoria aquella imagen, mas volvía una vez y otra vez, y en la postrera que se le presentó, voló, al parecer, la figura, y tornó á despertarse, sintiendo ya no poder detener aquel objeto que se desvanecia delante de sus ojos. Comenzaba á rayar el dia ; y bajó Osvaldo á pasearse al jardin.

#### CAPITULO VI

Acababa de salir el sol, y lord Nelvil presumia que nadie estaria levantado, mas engañábase ; Lucila

se hallaba ya dibujando al balcon ; y el viento movia sus cabellos, sueltos todavía, cual si fuese la misma figura del sueño de lord Nelvil, de forma que un momento se conmovió como si viese una aparicion sobrenatural. Pero despues se sonrojó de que le hubiese alterado tanto una cosa tan sencilla. Permaneció algun tiempo delante del balcon y saludó á Lucila, mas no pudo corresponderle, porque no levantaba los ojos de su labor. Continuó, pues, su paseo, y habria deseado mas que nunca ver á Corina para que disipase las impresiones vagas que no acertaba á explicar : agradábale Lucila como una cosa desconocida ; y quisiera que Corina desvaneciese aquella leve imagen que á cada instante se le ofrecia con nuevas formas.

Volvió á la sala, y encontró á Lucila colocando el dibujo que acabada de hacer en un marquito oscuro, enfrente de la mesa del té de su madre. Vió Osvaldo el dibujo ; era únicamente una rosa blanca sobre su vástago ; pero dibujada con suma gracia. — ¿ Sabeis pintar ? le dijo Osvaldo. — No, milord, solo sé imitar flores, y aun las mas fáciles ; aquí no hay maestro, y lo poco que he aprendido lo debo á algunas lecciones de mi hermana. Al decir esto suspiró. Lord Nelvil se sonrojó mucho, y le dijo : — Y esa hermana qué ha sido de ella ? — Ya no vive, repuso Lucila ; pero siempre la lloraré. — Osvaldo entendió que Lucila se hallaba engañada, como todos, sobre la suerte de su hermana ; pero aquella palabra : siempre la llo-

mil maneras, cierta especie de ideas, cierto sonido musical, si es licito decirlo así, solo se acordaba con Lucila : las imágenes de felicidad doméstica se unian mas fácilmente con el retiro de Northumberland, que con el carro triunfante de Corina ; en fin, Osvaldo no podia dejar de conocer que Lucila era la esposa que su padre le hubiera escogido ; pero amaba á Corina, y poseia su amor ; habia jurado no formar jamas otros vínculos, y bastaba para que persistiese en la intencion de declarar al otro dia á lady Edgermond su propósito de dar la mano á Corina. Durmióse pensando en Italia ; y no obstante le pareció, entre sueños, que veia pasar velozmente á Lucila en figura de un ángel : despertó, y quiso apartar de su memoria aquella imagen, mas volvía una vez y otra vez, y en la postrera que se le presentó, voló, al parecer, la figura, y tornó á despertarse, sintiendo ya no poder detener aquel objeto que se desvanecia delante de sus ojos. Comenzaba á rayar el dia ; y bajó Osvaldo á pasearse al jardin.

#### CAPITULO VI

Acababa de salir el sol, y lord Nelvil presumia que nadie estaria levantado, mas engañábase ; Lucila

se hallaba ya dibujando al balcon ; y el viento movia sus cabellos, sueltos todavía, cual si fuese la misma figura del sueño de lord Nelvil, de forma que un momento se conmovió como si viese una aparicion sobrenatural. Pero despues se sonrojó de que le hubiese alterado tanto una cosa tan sencilla. Permaneció algun tiempo delante del balcon y saludó á Lucila, mas no pudo corresponderle, porque no levantaba los ojos de su labor. Continuó, pues, su paseo, y habria deseado mas que nunca ver á Corina para que disipase las impresiones vagas que no acertaba á explicar : agradábale Lucila como una cosa desconocida ; y quisiera que Corina desvaneciese aquella leve imagen que á cada instante se le ofrecia con nuevas formas.

Volvió á la sala, y encontró á Lucila colocando el dibujo que acabada de hacer en un marquito oscuro, enfrente de la mesa del té de su madre. Vió Osvaldo el dibujo ; era únicamente una rosa blanca sobre su vástago ; pero dibujada con suma gracia. — ¿ Sabeis pintar ? le dijo Osvaldo. — No, milord, solo sé imitar flores, y aun las mas fáciles ; aquí no hay maestro, y lo poco que he aprendido lo debo á algunas lecciones de mi hermana. Al decir esto suspiró. Lord Nelvil se sonrojó mucho, y le dijo : — Y esa hermana qué ha sido de ella ? — Ya no vive, repuso Lucila ; pero siempre la lloraré. — Osvaldo entendió que Lucila se hallaba engañada, como todos, sobre la suerte de su hermana ; pero aquella palabra : siempre la llo-

raré, le pareció manifestaba un carácter amable, y se enterneció. Iba Lucila á retirarse, advirtiendo improvisamente que estaba sola con Osvaldo, cuando entró en la sala lady Edgermond : miró á su hija con extrañeza y severidad al propio tiempo, y le hizo seña de que se fuese. Aquella mirada advirtió á Osvaldo lo que aun no habia reparado, esto es, que Lucila habia hecho sin duda algun cosa muy extraordinaria con arreglo á sus costumbres, permaneciendo en su compañía algunos minutos sin su madre; y lo agradeció como hubiera apreciado en otra una demostracion de interes muy notable.

Sentóse lady Edgermond, y despidió á los criados que la llevaron sosteniéndola hasta su sillón : estaba descolorida, y temblaban sus labios al tiempo de ofrecer á lord Nelvil una taza de té. Observó él aquella agitacion, y aumentóse la turbacion que experimentaba; pero movido del deseo de servir á su amada, dió principio á la conversacion : — Señora, dijo á lady Edgermond, he visitado muy frecuentemente en Italia á una mujer por quien debeis tener un interes particular. — Lo dudo, respondió lady Edgermond, porque en aquel país no me interesa nadie. — Pensaba, prosiguió lord Nelvil, que la hija de vuestro esposo tendria algun derecho á vuestro cariño. — Si la hija de mi esposo, dijo lady Edgermond, fuese una criatura indiferente á sus obligaciones y á la opinion, no le desearia mal por cierto; pero celebraria no oír hablar de ella jamas.

— ¿Y si esa hija que abandonais, repuso Osvaldo acalorado, fuese la mujer mas justamente celebrada del mundo por sus admirables habilidades de todas clases, continuariais despreciándola? — Lo mismo, respondió lady Edgermond; yo no hago caso de las habilidades que apartan á una mujer de sus verdaderas obligaciones. Hay actrices, músicos, artistas para divertir á las gentes; pero el único destino propio de las mujeres como nosotras, es dedicarse á cuidar de su esposo y educar á sus hijos. — ¡Cómo! repuso Osvaldo, ese talento nacido del alma, y que no puede existir sin el carácter mas elevado, y sin el corazón mas sensible, ese talento que va unido con la bondad mas tierna, y con el alma mas generosa, ¿le menospreciareis porque dilata el entendimiento, porque da á la misma virtud un dominio mas vasto, y un influjo mas general? — ¿A la virtud? replicó lady Edgermond con amarga sonrisa; no comprendo, á la verdad, lo que quereis decir con esa palabra aplicada de esa manera. La virtud de una persona que huyó de la casa paterna, la virtud de una persona que se estableció en Italia, haciendo la vida mas independiente, recibiendo obsequios de todos, por no decir mas, y dando un ejemplo todavía mas pernicioso para otras que para ella misma, renunciando á su nacimiento, á su familia, hasta el nombre de su padre... — Señora, la interrumpió Osvaldo, ese ha sido un sacrificio generoso por complaceros, por ceder á vuestros deseos, en favor de

vuestra hija; temió haceros daño si conservaba vuestro nombre... — ¡Temió! exclamó lady Edgermond, prueba de que conocia le deshonraba. — Ya es demasiado, interrumpió Osvaldo violentamente; Corina Edgermond será muy en breve lady Nelvil; y veremos entónces si os sonrojais de reconocerla por hija de vuestro esposo. Confundis en las reglas vulgares á una criatura colmada de dotes que jamas tuvo otra mujer; á un ángel de entendimiento y de bondad, á un genio admirable, con un carácter sensible y tímido; á una imaginacion sublime, á una generosidad sin límites, á una criatura que puede haber cometido yerros; porque tan asombrosa superioridad no siempre está acorde con la vida comun; pero que tiene una alma hermosísima, superior á sus yerros, y que con una de sus acciones ó de sus palabras los haria desaparecer todos. Honra al que escoge por protector, mas que le honrara la reina del orbe nombrándole su esposo. — Quizá, milord, respondió lady Edgermond esforzándose para contenerse, acusareis á mi entendimiento de limitado; pero no alcanzo nada de cuanto acabais de decir. Yo entiendo por moralidad solamente el cumplimiento exacto de las reglas establecidas; y fuera de esto, no veo mas que prendas mal empleadas, dignas de lástima cuando mas. — Muy árido habria sido el mundo, señora, respondió Osvaldo, si jamas se hubiera concebido el genio, ni el entusiasmo, y se hubiese convertido la naturaleza hu-

mana en una cosa tan arreglada y tan uniforme. Pero dejando una discucion vana, vengo á preguntaros formalmente si reconocereis por hija vuestra á miss Edgermond, cuando sea lady Nelvil. — Ménos, replicó lady Edgermond; porque la memoria de vuestro padre me obliga, si puedo, á estorbar la union mas funesta. — ¡Cómo mi padre! dijo Osvaldo, á quien siempre turbaba aquel nombre. — ¡Ignorais, prosiguió lady Edgermond, que rehusó para vos la mano de miss Edgermond, cuando aun no habia cometido ninguna falta, cuando solo preveia con la sagacidad suma de su carácter lo que seria con el tiempo? ¡Qué! sabeis..... — La carta de vuestro padre sobre este asunto á milord Edgermond está en poder de milord Dickson, antiguo amigo suyo, se la entregué luego que supe vuestro trato con Corina en Italia, á fin de que os la hiciese leer al volver; no debia hacerlo yo.

Calló Osvaldo algunos instantes, y luego repuso: — Lo que os pido, señora, es justo; lo exige vuestro propio honor; desvaneced los rumores que habeis esparcido sobre la muerte de vuestra hijastra, y reconocedla honrosamente por quien es, por hija de lord Edgermond. — No quiero contribuir en manera alguna, respondió lady Edgermond, á la desgracia de vuestra vida; y si la actual existencia de Corina, esa existencia sin nombre y sin amparo, puede ser motivo para que no la hagais vuestra esposa, ¡Dios y vuestro padre me libren de allanar

semejante obstáculo! — Señora, respondió lord Nelvil, la desgracia de Corina seria un vínculo mas entre ella y yo. — ¡Pues bien! replicó lady Edgermond con una vehemencia que jamas la habia dominado, y que sin duda procedia del disgusto de perder para su hija un esposo por tantos títulos apreciable, ¡pues bien! prosiguió, haceos los dos desgraciados; porque ella tambien será infeliz; aborrece este país, y no puede acomodarse á nuestras costumbres y á nuestra vida severa. Necesita un teatro donde muestre ese talento que estimais tanto, y que hace la vida tan penosa. Veréisla cansada de esta tierra ansiando volver á Italia; y os arrastrará, y dejareis vuestros amigos, y vuestra patria, y la de vuestro padre, por una extranjera, amable en buen hora, pero que si quisiérais os olvidaria, porque no hay cosa mas mudable que esas cabezas exaltadas. Las penas profundas solo son para las mujeres á quienes vosotros llamais vulgares, esto es, para las que viven únicamente destinadas á su esposo y sus hijos. — La violencia del movimiento de lady Edgermond, que acostumbrada á reprimirse, quizá no se habia dejado llevar en su vida otra vez de semejante impulso, conmovió de tal suerte sus nervios, ya débiles, que acabando de hablar se quedó desmayada. Viéndola Osvaldo en aquella situacion, llamó apresurado para pedir auxilios.

Acudió Lucila en extremo asustada, y dando pronto olo lanzó á Osvaldo una

mirada inquieta, como si dijera: *¿ Vos habeis hecho daño á mi madre?* Aquella mirada llegó á lord Nelvil al corazon; y cuando volvió lady Edgermond en sí, procuraba manifestarle cuánto se interesaba en su salud; pero ella le apartó con tibieza, y se sonrojó pensando que acaso con su turbacion habia humillado á su hija, y descubierto su deseo de darla por esposo á lord Nelvil. Hizo seña á Lucila de que saliese, y dijo: Milord, de todas maneras debeis consideraros libre de la especie de compromiso que podia haber entre nosotros: mi hija es demasiado niña para tomar empeño en el proyecto que formamos vuestro padre y yo; pero tambien es oportuno, una vez destruido este proyecto, que no volvais mas á mi casa mientras mi hija permanezca soltera. — Me ceñiré, pues, replicó Osvaldo inclinándose delante de ella, á escribiros para tratar de la suerte de una persona á quien no abandonaré jamas. — Hareis vuestro gusto, respondió lady Edgermond con voz ahogada. — Y lord Nelvil partió.

Pasando á caballo por la avenida, divisó de lejos, en el bosque, la gentil figura de Lucila. Refrenó el paso de su caballo para volverla á ver, y le pareció que Lucila traia la misma direccion que él escondiéndose entre los árboles. El camino pasaba por delante de un pabellon, situado al extremo del parque: Osvaldo observó que Lucila entraba en él y cruzó por delante, mas no la vió: despues de pa-

sar volvió muchas veces la cabeza, y notó en otro sitio, de donde se descubria todo el camino, un leve movimiento en las hojas de uno de los árboles colocados junto al pabellon. Paróse enfrente del árbol, pero no advirtió cosa alguna: partió dudoso de si habia acertado; y luego volvió de improviso atras veloz como un relámpago, mirando cual si se le hubiese caído algo. Entónces vió en la orilla del camino á Lucila, y la saludó con respeto: echóse ella el velo con precipitacion, y se entró en el bosque, sin reflexionar que ocultándose, manifestaba el motivo de su venida allí; la pobre niña no habia experimentado en su vida ninguna cosa tan viva, ni tan reprehensible como el sentimiento que la hizo desear ver pasar á lord Nelvil; y en vez de pensar en saludarle sencillamente, creia que ya la despreciaba por haber adivinado su intento. Osvaldo comprendió todas estas ideas, y se sintió suavemente lisonjeado de aquel inocente interes, expresado con tanta timidez y tanto candor. — Nadie, pensaba, puede vencer en sinceridad á Corina; pero tampoco nadie conoce mejor á sí mismo y á los demas, en vez que á Lucila seria preciso hacerle conocer el amor que inspirase y el que sintiese. — ¿Mas ese encanto de un dia puede bastar para toda la vida? Y pues no dura tan amable ignorancia de sí mismo, pues es forzoso que cada cual penetre por fin dentro de su alma, y sepa lo que siente, ¿no vale mas la sencillez que sobrevive á este descubrimiento, que

la sencillez que le precede? — Así comparaba en sus reflexiones á Corina y Lucila; pero aquella comparacion no era todavía, creíalo al ménos, sino un simple entretenimiento de su ánimo, ni suponía que nunca le ocupase con mas seriedad.

---

## CAPITULO VII

Despues de dejar la casa de lady Edgermond, partió Osvaldo á Escocia. La inquietud que le habia causado la vista de Lucila, el cariño que conservaba á Corina, todo cedió á la sensacion que sintió al mirar los sitios donde habia vivido con su padre: arrepentíase de las distracciones á que se entregó un año, y temia no ser ya digno de poner la planta en la morada que deseara no haber abandonado nunca. ¡Ay! despues de perder el objeto mas amado; ¿quién puede estar satisfecho de sí mismo, no habiéndose mantenido en el retiro mas solitario? Basta vivir entre las gentes para olvidar en alguna manera el culto de los fueros; en vano vive su memoria dentro de nuestro corazon; préstase á la actividad de los vivos, que aleja la idea de la muerte, como incómoda ó inútil, ó á lo ménos como cansada. En fin, si la soledad no dilata los sen-

timientos y la meditacion, la existencia, cual es, enseñoera otra vez las almas mas tiernas, y les da nuevos intereses, nuevos deseos y nuevas pasiones. Esta necesidad de distraerse es misera condicion de la naturaleza humana; y aunque la Providencia quiso que el hombre fuese así, para que sufriese la muerte en sí mismo y en los demas, á veces en medio de las distracciones, nos sentimos sobreco- gidos por el remordimiento de admitirlas, y como que una voz dulce y resignada nos dice: *Yo os amaba, ¡y me habeis olvidado!*

Estos sentimientos ocupaban el corazon de Osvaldo, miéntras volvía á su morada; y no sintió entónces la misma desesperacion que la vez primera, sino una profunda tristeza. El tiempo habia acostumbrado á todos á la pérdida que lloraba; ya no creían los sirvientes deber pronunciar delante de él el nombre de su padre; cada cual habia vuelto á sus ocupacionas diarias: habíanse apretado las filas, y ya crecia la generacion de los hijos para ponerse en el lugar de la de los padres. Encerróse Osvaldo en el aposento del suyo, donde halló su capa, su baston, su silla, todo en el propio sitio: mas ¿dónde estaba la voz que respondía á su voz, y el corazon de padre que palpitaba al volver á abrazar á su hijo? Sumióse lord Nelvil en profundas meditaciones. — ¡Oh destino humano! exclamó bañado el rostro de lágrimas, ¡qué quierdes de nosotros! ¡Tanta vida para perecer, tanto pensar

para que todo cese! No, no, me oye mi único amigo, está aquí presente y ve mis lágrimas, y nuestras almas inmortales se esperan. ¡Oh Dios! ¡oh padre! ¡guiadme en la vida! Esas almas de hierro que al parecer poseen en sí misma las calidades inmutables de la naturaleza física, no conocen las indecisiones ni el arrepentimiento; pero los seres compuestos de imaginacion, de ternura y de conciencia, ¡pueden dar un paso sin perderse! Procuran tomar por guía el deber; y el mismo deber se oscurece á sus ojos, si no le revela al corazon la divinidad.

Por la tarde fue Osvaldo á pasearse en la alameda favorita de su padre; y seguía su sombra por entre los árboles. ¡Ay! ¿quién no esperó alguna vez en el favor de sus plegarias que se le apareciese una imágen querida, que al fin lograría un milagro á fuerza de amar? ¡Vana esperanza! No sabremos nada hasta el sepulcro. Duda de las dudas, el vulgo te desconoce; pero cuanto mas se ennoblece el entendimiento, mas invenciblemente le atraen los abismos de la reflexion. En tanto que Osvaldo se entregaba todo á ella, oyó un coche en la avenida, y vió apearse un anciano, y venir con lento paso hácia él: conmovióle profundamente aquel aspecto de un anciano, en tal hora y en tal lugar, y conociendo á milord Dickson, antiguo amigo de su padre, le recibió con cierta ternura que en otra ocasion no le hubiera iuspirado.



## CAPITULO VIII

En nada era igual Mr. Dickson al padre de Osvaldo; no tenia su talento ni su carácter; pero estaba cerca de él cuando falleció, y habiendo nacido en el mismo año, parecia se quedaba algunos dias atras para llevarle nuevas del mundo. Dióle Osvaldo el brazo para subir la escalera, sintiendo algun deleite en cuidar de la ancianidad, única semejanza que podia hallar en Mr. Dickson. Este anciano habia visto nacer á Osvaldo, y no tardó en hablarle con libertad de cuanto le pertenecia. Desaprobó severamente su enlace con Corina; mas sus débiles argumentos habrian tenido aun mucho ménos ascendiente que los de lady Edgermond, en el ánimo de Osvaldo, si Mr. Dickson no le entregara la carta que su padre lord Nelvil escribió á lord Edgermond cuando determinó deshacer el matrimonio proyectado entre su hijo y Corina, entónces miss Edgermond. Hé aqui esta carta escrita en 1791, durante el primer viaje de Osvaldo á Francia; leyóla temblando.

CARTA DEL PADRE DE OSVALDO A LORD EDGERMOND.

« ¿Me perdonaréis, amigo mio, si os propongo una variacion en el proyecto de union entre nues-

tras dos familias? Mi hijo tiene diez y ocho meses ménos que vuestra hija mayor; mejor es destinarle á Lucila, vuestra segunda hija, que tiene doce años ménos que su hermana. Pudiera no daros mas motivo; pero como no ignoraba la edad de miss Edgermond cuando os la pedí para Osvaldo, pensaria faltar á la confianza de la amistad, si os ocultase cuáles son las razones por que deseo no se verifique este matrimonio. Hace veinte años somos amigos, y podemos hablarnos con franqueza, tanto mas cuanto los dos son bastante jóvenes para modificarse con nuestros consejos. Vuestra hija es preciosa; pero creo estoy viendo en ella una de aquellas hermosas griegas, que encantaban y sojuzgaban el orbe: y no os ofenda la idea que puede sugerir esta comparacion; sin duda vuestra hija no recibió de vos, ni ha hallado en su corazon mas que principios y sentimientos purísimos; pero necesita agradar, vencer, hacer impresion. Tiene aun mas talento que amor propio, mas un talento tan particular debe excitar forzosamente deseo de manifestarle; y no sé qué teatro puede ser bastante para esa actividad de ánimo, para esa vehemencia de imaginacion, para ese carácter fogoso que se demuestra en todas sus palabras; arrastraria por precision á mi hijo fuera de Inglaterra; porque semejante mujer no puede ser aquí feliz; y solo en Italia se hallará bien.

» Ha menester aquella existencia independiente sometida solo al capricho; nuestra vida campestre,

nuestras costumbres domésticas se opondrían á sus inclinaciones : mas un hombre nacido en nuestra dichosa patria, debe ser Inglés primero que todo ; es fuerza cumpla con sus obligaciones de ciudadano ; y en los países donde las instituciones políticas dan á los hombres ocasiones honrosas de obrar, y de mostrarse, las mujeres deben estar á la sombra. ¿Cómo pretender que una criatura tan superior como vuestra hija se contente con esta suerte ? Creedme, dadle esposo en Italia ; allí la llaman su religion, sus inclinaciones y su talento. Si mi hijo diese la mano á miss Edgermond, sin duda la amaría mucho, porque ninguna mujer reúne mas atractivos ; y procuraría, por complacerle, introducir en su casa estilos extranjeros. Presto perdería este espíritu nacional, estas preocupaciones, si así quereis llamarlas, que nos unen entre nosotros, y hacen á nuestra nacion un cuerpo, una asociacion libre, pero indisoluble, que no puede perecer mientras todos no perezcamos. Mi hijo tardaría poco en sentirse mal en Inglaterra, viendo que su mujer no era aquí feliz : iría á establecerse en Italia, y su expatriacion, si yo estaba vivo, me haría morir de pesar, no solo por privarme de un hijo, sino porque le arrebataría el honor de servir á su patria.

» ¡Qué suerte para un habitante de nuestros montes, arrastrar una existencia ociosa en el seno de los placeres de Italia ! ; Un escocés *chischisveo* de su mujer, cuando no de la de otro ! ; Inútil para la

familia, á quien ya no apoya ni guía ! Conozco á Osvaldo, y sé que vuestra hija le dominaría : por tanto celebro que su actual mansion en Francia le haya evitado la ocasion de ver á miss Edgermond ; y me atrevo á suplicaros, amigo mio, que si muero antes de casarse mi hijo, no permitais conozca á vuestra hija mayor hasta que la menor se halle en edad de fijarle. Creo nuestra amistad bastante antigua y bastante sagrada para esperar de vos esta prueba de cariño : decid á mi hijo, si fuese necesario, mi voluntad sobre este punto ; estoy seguro de que la respetará, y mas si he fallecido.

» Cuidad asimismo, os lo ruego, de la union de Osvaldo con Lucila : es muy niña ; mas no obstante he advertido en sus facciones, en la expresion de su semblante y en el sonido de su voz, la mas tierna modestia. Esa es la mujer verdaderamente inglesa que hará venturoso á mi hijo ; si no vivo bastante para presenciar esta union, regocijaréme en el cielo, y cuando nos juntemos un dia, protegeremos, dulce amigo, á nuestros hijos con nuestras bendiciones y nuestras plegarias. — Vuestro todo. — Nelvil. »

Despues de esta lectura, guardó Osvaldo el silencio mas profundo, lo cual dió lugar á Mr. Dickson á continuar sus largos discursos sin que le interrumpiese. Admiró la sagacidad de su amigo, en haber procurado tan exacto concepto de miss Edgermond, aunque estaba muy distante de poder presumir la conducta reprehensible que tuvo despues. Decidió, en

nombre del padre de Osvaldo, que semejante matrimonio seria para su memoria un mortal agravio; y Osvaldo supo por él, que durante su fatal mancion en Francia, despues de escritas ya con ceño aquella carta en 1792, no halló consuelo su padre mas que en casa de lady Edgermond, donde pasó todo un verano, delicándose á educar á Lucila, de quien estaba prendado. En fin, sin arte, pero sin rebozo hirió Mr. Dickson el corazon de Osvaldo en sus senos mas delicados.

De esta suerte iba reuniéndose todo para destruir la felicidad de Corina ausente, y sin mas defensa que sus cartas para hacer que Osvaldo recordase de cuando en cuando su memoria. Tenia contra sí la naturaleza de las cosas, el influjo de la patria, el recuerdo de un padre, la conjuracion de los amigos en favor de las resoluciones fáciles y del camino comun, y el naciente atractivo de una niña, que al parecer estaba tan conforme con las esperanzas puras y sosegadas de la vida doméstica.

## LIBRO DÉCIMOSÉTIMO

### CORINA EN ESCOCIA

#### CAPITULO I

Corina, entre tanto, se habia establecido cerca de Venecia, en una campiña á orillas del Brenta : queria permanecer en los sitios donde vió á Osvaldo la vez postrera, y ademas pensaba encontrarse mas cerca que en Roma para recibir las cartas de Inglaterra : el principe de Castel Forte habia escrito ofreciéndose á visitarla, y ella lo habia rehusado, porque su mutua amistad mandaba confianza; y si hubiese tratado de separarla de Osvaldo, si le hubiera dicho lo que se acostumbra; esto es, que la ausencia debe entibiar el cariño, semejante palabra pro-

nombre del padre de Osvaldo, que semejante matrimonio seria para su memoria un mortal agravio; y Osvaldo supo por él, que durante su fatal mancion en Francia, despues de escritas ya con ceño aquella carta en 1792, no halló consuelo su padre mas que en casa de lady Edgermond, donde pasó todo un verano, delicándose á educar á Lucila, de quien estaba prendado. En fin, sin arte, pero sin rebozo hirió Mr. Dickson el corazon de Osvaldo en sus senos mas delicados.

De esta suerte iba reuniéndose todo para destruir la felicidad de Corina ausente, y sin mas defensa que sus cartas para hacer que Osvaldo recordase de cuando en cuando su memoria. Tenia contra sí la naturaleza de las cosas, el influjo de la patria, el recuerdo de un padre, la conjuracion de los amigos en favor de las resoluciones fáciles y del camino comun, y el naciente atractivo de una niña, que al parecer estaba tan conforme con las esperanzas puras y sosegadas de la vida doméstica.

## LIBRO DÉCIMOSÉTIMO

### CORINA EN ESCOCIA

#### CAPITULO I

Corina, entre tanto, se habia establecido cerca de Venecia, en una campiña á orillas del Brenta : queria permanecer en los sitios donde vió á Osvaldo la vez postrera, y ademas pensaba encontrarse mas cerca que en Roma para recibir las cartas de Inglaterra : el principe de Castel Forte habia escrito ofreciéndose á visitarla, y ella lo habia rehusado, porque su mutua amistad mandaba confianza; y si hubiese tratado de separarla de Osvaldo, si le hubiera dicho lo que se acostumbra; esto es, que la ausencia debe entibiar el cariño, semejante palabra pro-

nunciada sin reflexion habria sido para Corina un golpe mortal : perfirió, pues, vivir sin ver á nadie. Empero no es fácil vivir solo, en una situacion desgraciada, y con un alma fogosa, las ocupaciones de la soledad requieren sosiego; y cuando agita el ánimo la inquietud, una distraccion forzada, vale mas, por importuna que sea, que la continuacion del mismo sentimiento. Si puede adivinarse como se llega á la locura, es ciertamente cuando se apodera del ánimo un solo pensamiento, y no permite á la sucesion de los objetos variar las ideas. Ademas Corina era una criatura de tan viva imaginacion, que se consumia á sí misma cuando faltaba alimento á sus facultades.

¡ Qué vida sucedia á la que acababa de tener por espacio de cerca de un año ! Osvaldo estaba casi todo el dia á su lado, observaba todos sus movimientos; recibia con afan sus palabras, y sus ingenio excitaba el ingenio de Corina. La analogia, la diferencia que tenian entre sí, animaba á la par su conversacion, y en fin Corina miraba de continuo aquel semblante tan tierno y tan amable, y tan constantemente cuidadoso de ella. Cuando la turbaba la mas leve inquietud, cogiale Osvaldo la mano, y apretándola contra su corazon, renacia en el pecho de Corina la serenidad, y mas que la serenidad, una esperanza vaga y dulcísima; ahora aridez, y nada mas, por fuera; tristeza, y nada mas en el corazon; no tenia otro acaecimiento, ni otra varie-

dad en su vida sino las cartas de Osvaldo; y la tardanza de los correos en el invierno le causaba cada dia el tormento de la expectativa; y aun esto tambien se frustaba con frecuencia. Paseábase todas las mañanas á orillas del canal, cuyas aguas yacen adormecidas bajo de las anchas hojas, llamadas lirios de las aguas : esperaba la llegada de la góndola negra, que conducia las cartas de Venecia : habíase acostumbrado á distinguirla desde muy léjos, y le palpitaba el corazon, al verla, con horrorosa violencia; bajaba el mensajero de la góndola, y á veces le decia : *Señora, no hay cartas*, y proseguia sosegadamente sus demas negocios, como si no tener cartas fuese la cosa mas sencilla del mundo. Otra vez le decia : *Si, señora, hay*. Recorriálas todas con mano trémula, y no veia letra de Osvaldo : entónces era horroroso el resto del dia; pasaba la noche en sueños, y al dia inmediato padecia las mismas ansias que absorbian todas sus horas.

En fin acusó de su padecer á lord Nelvil, pareciéndole que podria escribir con mas frecuencia, y se quejó á él tiernamente. Justificóse, y ya sus cartas empezaban á ser ménos cariñosas; porque en vez de expresar sus propios cuidados, se dedicaba á desvanecer los de su amiga.

No se ocultaba esta mudanza á la triste Corina, que pasaba los dias y las noches estudiando una frase, una voz de las cartas de Osvaldo, y procurada descubrir, leyéndolas sin cesar, respuesta á sus

temores, ó una interpretacion capaz de darle algunos dias serenos.

Esta situacion conmovia sus nervios, y debilitaba el vigor de su entendimiento : tornábase supersticiosa, y amedrentábanla los continuos presagios que pueden formarse de cada suceso, cuando siempre persigue el mismo temor. Iba á Venecia un dia á la semana por recibir las cartas algo mas temprano, y asi variaba el tormento de aguardarlas. Al cabo de algunas semanas, tomó una especie de aborrecimiento á todos los objetos que veia á la ida y á la vuelta ; todos se le presentaban como los espectros de sus pensamientos, y se le ofrecian á la vista con horrorosas facciones.

Una vez al entrar en la iglesia de San Márços, se acordó de que cuando llegó á Venecia le habia ocurrido que acaso ántes de su partida la llevaria allí lord Nelvil, y la tomaria por esposa á la faz del cielo ; entónces se entregó enteramente á aquella ilusion : vióle entrar debajo de aquellos pórticos, acercarse al altar, y prometer á Dios amar siempre á Corina, creyó se arrodillaba delante de Osvaldo, y recibia la corona nupcial : el órgano que resonaba en la iglesia, las antorchas que la alumbraban hacian su vision mas viva ; y por un instante dejó de sentir el vacío cruel de la ausencia ; solo la ocupó aquel enternecimiento que llena el alma, y hace oír dentro del corazon la voz del objeto de nuestro cariño. De improviso llamó la atencion de Corina un

murmullo sordo ; volvióse, vió un féretro que entraban en la iglesia : vaciló al mirarle, turbáronse sus ojos, y desde aquel momento le persuadió su imaginacion que su amor á Osvaldo causaria su muerte.

---

## CAPITULO II

Luego que Osvaldo acabó de leer la carta de su padre, entregada por milord Dickson, se halló largo espacio el hombre mas desgraciado y mas irresoluto del mundo. La alternativa cruel de despedazar el alma de Corina, ú ofender la memoria de su padre, era tan terrible, que mil veces invocó á la muerte por evitarla ; en fin, hizo lo que habia hecho tantas veces, dilató el instante de la decision, y dijo entre sí, que iria á Italia para hacer á Corina misma juez de sus tormentos y de la resolucion que debia tomar. Pensaba que su obligacion le mandaba no ser esposo de Corina ; era libre de no unirse jamas con Lucila ; pero ¿ cómo habia de pasar la vida con su amiga ? ¿ sacrificaría por ella su patria, ó la traeria á Inglaterra menospreciando su reputacion y su suerte ? En esta perplejidad dolorosa habria partido para Venecia, si no se hubiese esparcido de mes en mes

la voz de que su regimiento se iba á embarcar ; habria partido para hacer saber á Corina lo que todavia no se determinaba á escribirle.

Sin embargo el estilo de sus cartas se resintió forzosamente de su estado : no queria escribir lo que pasaba en su alma, pero tampoco podia ya explicarse con la misma pasion. Habia resuelto ocultar á Corina los obstáculos que encontraba para hacerla reconocer, por cuanto esperaba lograrlo con el tiempo, y no queria exasperarla sin necesidad contra su madrastra. Sus cartas se hacian mas cortas por varias especies de disimulos ; llenábalas de asuntos extraños, y nada decia de sus proyectos futuros ; en fin, cualquiera otra, ménos Corina, habria conocido con certeza lo que sucedia en el corazon de Osvaldo ; pero un cariño extremado da al mismo tiempo mas penetracion y mas credulidad. Como si todo se hubiese de ver por fuerza en esta situacion de un modo sobrenatural, descubriese lo oculto, y no se descubriese lo claro, porque repugna la idea de padecer tanto, sin que lo motive algo extraordinario, y de que produzcan semejante desesperacion circunstancias sencillísimas.

Osvaldo era en extremo infeliz, así por su situacion personal, como por la afliccion que debia causar á su amada ; y sus cartas manifestaban disgusto sin decir el fundamento de él. Acusaba á Corina por el dolor que le afligia, como si no fuera mil veces mas digna de lástima ; en fin trastornaba abso-

lutamente el alma de su amiga. Ya no mandaba en sí misma ; turbábase su razon ; ocupaban sus noches las imágenes mas funestas, y el dia no las desvanecia, y la desventurada Corina no acertaba á creer que aquel Osvaldo, de quien recibia cartas tan duras, tan agitadas, tan amargas, fuese el mismo á quien conoció tan tierno y tan generoso : sentia una ansia irresistible de volverle á ver y de hablarle. — ¡ Oigale yo, exclamaba, dígame que es él, quien rasga de esta suerte sin piedad el corazon de aquella cuya mas leve pena afligia otro tiempo tan vivamente el suyo ; dígame, y me someteré á mi destino. Pero sin duda inspira estas palabras un poder infernal ; no es Osvaldo ; no, no es Osvaldo quien me escribe : me han calumniado con él ; para tanta desgracia es forzosa alguna perfidia.

Un dia resolvió Corina pasar á Escocia, si puede llamarse resolucion el dolor invencible que obliga á mudar á cualquier precio de situacion ; no osaba escribir á nadie su partida, ni se determinó á decirlo aun á Teresina, y siempre se lisonjaba que lograria de su propia razon no partir : así solo aliviaba su imaginacion proyectando un viaje, con un pensamiento diferente del de la víspera, con un poco de esperanza en lugar del pesar : en nada podia ocuparse, la lectura se le habia hecho cansada, la música la estremecia dolorosamente, y el espectáculo de la naturaleza que inclina á la meditacion aumentaba sus penas. Aquella criatura tan viva pasaba

los días inmóvil, ó á lo ménos sin ningun movimiento exterior; ya descubria su mortal palidez los tormentos de su alma; miraba á cada momento el reloj, esperando que hubiese pasado una hora, y sin saber, empero, por qué deseaba que la hora mudase de nombre, pues ninguna cosa nueva traia sino una noche desvelada, y en pos de ella un día mas doloroso.

Una noche que pensaba hallarse próxima su partida, sollicitó verla una mujer; y recibíola, porque le dijeron que aquella mujer lo deseaba con ansia. Vió entrar en su aposento á una persona del todo contrahecha, desfigurado el rostro de una horrorosa enfermedad, vestida de negro, y cubierta con un velo para ocultarse, si era posible, de los que la veian. Aquella mujer tan maltratada se encargaba de recoger las limosnas: pedia noblemente y con tierna firmeza auxilios para los pobres, y Corina le dió mucho dinero, exigiendo únicamente que rogase por ella. La pobre mujer resignada con su suerte, miraba admirándose aquella belleza tan llena de vigor y de vida, rica, jóven, celebrada de todos, y no obstante oprimida, al parecer, de la desgracia. — ¡Dios mio! Señora, le dijo, deseara veros tan serena como yo estoy. — ¡Qué palabra de una mujer en semejante estado, á la mas brillante criatura de Italia, vencida por la desesperacion!

¡Ah! el poder de amar es harto grande, sí, es de-

masiado en las almas fogosas! ¡Cuán felices son las que consagran solo á Dios este profundo sentimiento de amor, de que son indignos los habitantes de la tierra! Mas aun no habia llegado el tiempo de Corina; aun necesitaba ilusiones, y aun queria ventura; rogaba, pero sin estar resignada. Su raro talento y la gloria que habia ganado, le daban harto interes por sí misma para renunciar al objeto amado, es preciso separarse de todo; los demas sacrificios preceden y el alma puede ser largo tiempo un yermo, sin haberse extinguido el fuego que la asoló.

Por fin, en medio de las dudas y de los combates que trastornaban y repetian á cada instante el plan de Corina, recibió una carta de Osvaldo, anunciándole que su regimiento debia embarcarse dentro de seis semanas, y no aprovechaba este tiempo para ir á Venecia, porque cualquiera coronel perderia su crédito si se ausentase en tal situacion. Solo le quedaba á Corina el tiempo preciso para llegar á Inglaterra, ántes que lord Nelvil partiese de Europa, y quizá para no volver mas. Este temor acabó de determinarla. Merece lástima Corina, porque no ignoraba la imprudencia que iba á cometer; juzgábase mas severamente que nadie; mas ¿cuál mujer osaria arrojar la *primera piedra* á la desventurada que no disculpa su falta, que no espera de ella ningun placer, sino huye de una desgracia en otra, como si la persiguiesen por todas partes hórridas fantasmas?



Estas eran las últimas líneas de su carta al príncipe de Castel-Forte: « Adios, fiel protector; adios, amigos de Roma, adios, vosotros todos con quienes pasé tan dulces y tan sencillos dias. Llegó ya el momento; el destino me ha herido; siento dentro de mí la llaga mortal; aun resisto, pero al fin caeré. Es preciso volver á verle, creedme, no soy responsable de mí misma; dentro de este pecho hay tormenta que mi voluntad no puede gobernar. No obstante, ya voy acercándome al término donde acabará todo para mí; ahora es el último acto de mi historia, despues vendrán la penitencia y la muerte. ¡ Rara confusion del corazon humano! En este propio instante, en que estoy obrando como una criatura tan apasionada, diviso ya las sombras del ocaso á lo léjos, y como que oigo á una voz divina decirme: — *Desdichada, pasa todavía estos dias de agitación y de amor, y te aguardo en el descanso eterno.* — ¡ Dios mio! concededme la presencia de Osvaldo, una vez, una vez no mas. Paréceme se ha oscurecido con mi desesperacion la memoria de sus facciones; pero ¿ no era su mirar sobrehumano? ¿ no parecia al entrar él, que avisaba de su venida un aire brillante y puro? Amigo mio, vos le visteis á mi lado, rodearme de sus obsequios, y protegerme con el respeto que inspiraba su eleccion. ¡ Ah! ¿ Cómo he de vivir sin él? Perdonadme mi ingratitude; ¿ debo reconocer de este modo el afecto noble y constante que siempre me habeis manifestado? Pero ya

no merezco nada, y pasaria por insensata si no tuviese el triste don de observar yo misma mi locura. Adios, pues, adios. »

## CAPITULO III

¡ Ay! ¡ cuán desgraciada es la mujer virtuosa y sensible que comete una grande imprudencia, y cometiéndola por un objeto de quien se cree ménos amada, no tiene en favor de sus acciones mas que á sí misma! Si arriesgase su reputacion y su tranquilidad para hacer un servicio notable á su amado, no fuera digna de compasion. ¡ Es tan dulce sacrificarse por otro: y goza tanto el alma cuando se arrostran todos los peligros por salvar una vida que amamos, ó para aliviar el dolor de un corazon amigo del nuestro! pero atravesar sola tierras desconocidas, llegar sin ser esperada, sonrojarse delante del mismo objeto amado, de la prueba de amor que recibe; arriesgarlo todo porque se quiere, y no porque otro lo pide; ¡ qué doloroso sentimiento! ¡ qué humillacion, digna empero de lástima! porque cuando procede de amar la merece. ¿ Qué seria si se comprometiese la existencia agena, si se faltase á vínculos sagra-

dos? Pero Corina era libre y únicamente sacrificaba su tranquilidad y su gloria; pero no perdía á nadie sino á sí misma, ni ofendía con su funesto amor mas destino que el suyo.

Al desembarcar en Inglaterra, supo Corina por los papeles públicos que la partida del regimiento de Osvaldo se habia vuelto á dilatar. No trató en Lóndres mas que con las gentes que visitaban al banquero, á quien la habian recomendado bajo un nombre supuesto; y él desde luego la estimó, procurando, así como su mujer y su hija, complacerle en todo. Cayó, á poco de llegar, gravemente enferma, y por espacio de quince dias la asistieron sus nuevos amigos con el mas tierno cariño. Supo que lord Nelvil se hallaba en Escocia, y debia volver á Lóndres dentro de pocos dias, porque su regimiento guarnecía entónces aquella capital; mas no sabia cómo determinarse á avisarle su llegada á Inglaterra; ni le habia escrito su partida; de suerte que en medio de su turbacion, hacia un mes que Osvaldo no recibia carta suya. Empezaba á sobresaltarle esta falta; acusábala de inconstancia, como si tuviera accion de quejarse, y apénas llegó á Londres, fué á ver á su banquero, esperando tendria en su poder cartas de Italia. Dijéronle no las habia; salióse, y estando reflexionando con sentimiento sobre aquel silencio, encontró á Mr. Edgermond á quien vió en Roma, y él le preguntó nuevas de Corina. — No sé, respondió con enfado lord Nelvil. — ¡Oh!

no lo extraño, repuso Mr. Edgermond, esas Italianas olvidan siempre á los extranjeros en no viéndolos. Hay mil ejemplares de esto, y no deben causar afliccion; serian demasiado amables si tuviesen tanta constancia como fantasía. Algo ha de quedar en favor de nuestras mujeres. — Apretóle la mano hablándole así, y se despidió para el principado de Gáles, su mancion habitual; pero en pocas palabras llenó de tristeza el corazon de Osvaldo. — No tengo razon decia entre sí, no tengo razon en querer que sienta mi ausencia, pues no me es dado dedicarme á hacerla dichosa. Pero olvidar tan presto á un objeto amado, es desfigurar igualmente lo pasado y lo venidero.

En el momento en que supo lord Nelvil la voluntad de su padre, determinó no dar la mano á Corina, pero tambien se resolvió á no ver mas á Lucila. Descontentábale la impresion demasiado viva que le habia causado, y decíase que pues se veia precisado á hacer á su amiga tanto daño, debia siquiera guardarle aquella fidelidad de corazon, que ninguna obligacion le mandaba quebrantar. Ciñóse á escribir á lady Edgermond renovando sus instancias acerca de la existencia de Corina; pero ella se negó constantemente á responderle sobre este punto, y lord Nelvil vino en conocimiento por sus conversaciones con Mr. Dickson, único amigo de lady Edgermond, de que el único medio de lograr sus deseos, era dar la mano á su hija; por cuanto discurs-

ria que Corina pudiera perjudicar para el matrimonio de su hermana, si recobraba su verdadero nombre, y la reconocia su familia. No recelaba todavía Corina el interes que Lucila inspiraba á lord Nelvil; hasta entónces le ahorró esta pena el destino; jamas, empero, habia sido mas digna de él, que cuando la suerte los separaba. En el tiempo de su enfermedad, entre aquellos negociantes sencillos y honrados en cuya casa vivia, tomó aficion á las costumbres y á los estilos ingleses. El corto número de gentes con quienes trataba en la familia que la habia admitido, no tenian ninguna especie de distincion; pero poseian una razon vigorosa; y una exactitud de entendimiento sumamente notables. Mostrábanle un cariño ménos tierno que el que solia disfrutar; mas le acreditaban á cada instante con nuevos favores. La severidad de lady Edgermond, el tedio de una ciudad reducida de provincia la habian engañado cruelmente, haciéndole desconocer todo lo noble y bueno del país á que renunció, y reconocia su error en unas circunstancias en que á lo ménos para su felicidad, no era quizá de apetecer que experimentase tal sentimiento.

## CAPITULO IV

La familia que daba á Corina tantas muestras de amistad y de interes, la rogó una noche la acompañase á ver representar á madama Siddons en Isabela, ó el matrimonio fatal, una de las piezas en que aquella actriz ostenta mas su admirable habilidad. Rehusólo mucho tiempo Corina; pero acordándose, por fin, de que lord Nelvil solia comparar su modo de declamar con el de madama Siddons, le entró curiosidad de oirla, y fué con su velo á un aposento, desde donde podia verlo todo, sin ser vista de nadie. Ignoraba que lord Nelvil hubiese llegado á Lóndres la vispera; pero temia la divisase algun inglés que la conociera de Italia. La noble figura, y la íntima sensibilidad de la actriz, fijaron de tal modo la atencion de Corina, que durante los primeros actos, no se apartaron del teatro sus ojos. La declamacion inglesa es mas á propósito que otra alguna para convencer el alma, cuande hace conocer su fuerza y su originalidad un buen actor: hay en ella ménos arte, ménos reglas convenidas que en Francia; por lo mismo es mas inmediata la impresion que causa; explicase como lo haria la desesperacion, pone ménos distante de la vida real el arte dramático, y causa

mas terrible efecto : en Francia se necesita mas genio para ser gran actor, por quanto es ménos libre cada individuo, y las reglas generales lo ocupan todo. Pero en Inglaterra nada debe omitirse, si lo inspira la naturaleza; aquellos largos sollozos, ridiculos al parecer contándolos, hacen estremecer oídos. La actriz mas noble en sus modales, madama Siddons, no pierde en cosa alguna su dignidad cuando se postra contra el suelo : nada hay que no llegue á merecer admiracion cuando nos arrebatara una conmocion nacida del centro del alma, dominando aun mas á quien la siente, que á quien la presencia. Hay varios modos de representar la tragedia en las diferentes naciones; pero la expresion del dolor se dilata de un extremo del mundo al otro; y desde el salvaje hasta el rey hay cierta semejanza en todos los hombres verdaderamente desgraciados.

En el intervalo del 4º al 5º acto, advirtió Corina que todos miraban hácia un aposento; y dentro de él vió á lady Edgermond y á su hija; pues no dudó fuese Lucila, aunque en siete años se habia aumentado notablemente su hermosura. La muerte de un pariente riquísimo de lord Edgermond habia precisado á la viuda de este á venir á Lóndres para arreglar los asuntos de la herencia. Adornóse Lucila mas que acostumbraba para asistir al teatro; y aun en Inglaterra, donde las mujeres son tan hermosas, hacia mucho tiempo no se habia mostrado otra criatura tan bella. Sorprendió á Corina dolorosamente

su vista, porque le pareció imposible que Osvaldo resistiese á la seduccion de semejante figura. Comparóse con ella en idea, y se halló tan inferior, se ponderó tanto, si cabia ponderarle, el atractivo de aquella juventud, de aquella blancura, de aquellos rubios cabellos, de aquella inocente imágen de la vida, que se sintió casi humillada de luchar con el talento, con el ingenio, con los dones adquiridos, ó á los ménos perfeccionados, contra las gracias prodigadas por la misma naturaleza.

De improviso descubrió en el aposento de enfrente á Lord Nelvil, mirando fijamente á Lucila. ¡Qué momento para Corina! volvía á ver por primera vez aquellas facciones que tanto ocuparon su memoria; aquel rostro que á cada instante buscaba en su mente, aunque jamas se le habia borrado, volviale á ver, y era cuando Osvaldo pensaba en Lucila y no mas. Es verdad, no podia recelar que Corina se hallase presente; mas si sus ojos se hubiesen dirigido por casualidad hácia ella, le habrian dado algunos presagios de felicidad. Por fin, volvió á presentarse madama Siddons, y lord Nelvil se volvió hácia el teatro para mirarla: entónces respiró Corina con aliento mas libre, lisonjeándose de que solo por un impulso de curiosidad habia fijado Osvaldo la atencion en Lucila. Cada vez se hacia mas interesante la pieza, y Lucila, bañada en llanto, procuraba encubrirlo retirándose dentro del aposento. En aquel punto la miró Osvaldo de nuevo con

mas interes que la vez primera. Llegó, por fin, el terrible momento en que habiendo huido Isabela de manos de las mujeres que intentan impedir su muerte, se hiere, y rie de sus vanos esfuerzos. Aquel reir de la desesperacion es el efecto mas dificil, y mas admirable que puede producir el arte dramático; enternece mucho mas que las lágrimas, y la ironía amarga de la desgracia es su mas horrorosa expresion. ¡Cuán terrible es el dolor del alma cuando inspira tan bárbaro regocijo, cuando da al aspecto de la propia sangre el contento feroz de un salvaje enemigo al satisfacer su vengaza!

Entónces se enterneció tanto Lucila que su madre se sobresaltó, y la vieron volverse con inquietud hácia ella: levantóse Osvaldo como para socorrerla; pero al punto se volvió á sentar. Corina sintió algun placer de aquel segundo movimiento; pero dijo para sí suspirando: — Lucila, mi hermana, á quien tanto amaba otro tiempo, es jóven y tierna: ¿debo privarla de una fortuna, de que pudiera disfrutar sin obstáculo, y sin que su amado le hiciese ningun sacrificio? — Concluida la pieza, quiso Corina dejar salir á todos ántes de irse, por no ser conocida, y se puso detras de la puerta de su aposento, desde donde podia descubrir cuanto pasaba en el corredor. En el instante de salir Lucila, se juntó la gente para verla, y por todas partes se oian aplausos de su encantadora figura. Turbábase mas y mas Lucila: y lady Edgermond delicada y enferma,

apénas podia romper el tropel, á pesar del cuidado de su hija, y de las atenciones que las mostraban; pero no conocian á nadie, y ningun hombre se atrevia á acercarse. Viéndolas lord Nelvil en aquella situacion corrió á encontrarlas, presentó á lady Edgermond un brazo, y el otro á Lucila, quien le tomó tímidamente bajando la cabeza, y llenándose de rubor. De esta manera pasaron delante de Corina; no pensaba Osvaldo que su pobre amiga presenciase un espectáculo tan doloroso para su corazon, porque daba indicios de alguna vanidad por llevar de aquel modo á la criatura mas hermosa de Inglaterra en medio de los innumerables admiradores que la seguian.

## CAPITULO V

Volvió Corina cruelmente turbada á su casa, sin saber qué determinacion tomar, cómo participaria á lord Nelvil su llegada, ni qué decirle para fundarla; á cada instante iba perdiendo mas su confianza en el cariño de su amigo, y á veces se le antojaba que veria en él á un extranjero sumamente

mas interes que la vez primera. Llegó, por fin, el terrible momento en que habiendo huido Isabela de manos de las mujeres que intentan impedir su muerte, se hiere, y rie de sus vanos esfuerzos. Aquel reir de la desesperacion es el efecto mas dificil, y mas admirable que puede producir el arte dramático; enternece mucho mas que las lágrimas, y la ironía amarga de la desgracia es su mas horrorosa expresion. ¡Cuán terrible es el dolor del alma cuando inspira tan bárbaro regocijo, cuando da al aspecto de la propia sangre el contento feroz de un salvaje enemigo al satisfacer su vengaza!

Entónces se enterneció tanto Lucila que su madre se sobresaltó, y la vieron volverse con inquietud hácia ella: levantóse Osvaldo como para socorrerla; pero al punto se volvió á sentar. Corina sintió algun placer de aquel segundo movimiento; pero dijo para sí suspirando: — Lucila, mi hermana, á quien tanto amaba otro tiempo, es jóven y tierna: ¿debo privarla de una fortuna, de que pudiera disfrutar sin obstáculo, y sin que su amado le hiciese ningun sacrificio? — Concluida la pieza, quiso Corina dejar salir á todos ántes de irse, por no ser conocida, y se puso detras de la puerta de su aposento, desde donde podia descubrir cuanto pasaba en el corredor. En el instante de salir Lucila, se juntó la gente para verla, y por todas partes se oian aplausos de su encantadora figura. Turbábase mas y mas Lucila: y lady Edgermond delicada y enferma,

apénas podia romper el tropel, á pesar del cuidado de su hija, y de las atenciones que las mostraban; pero no conocian á nadie, y ningun hombre se atrevia á acercarse. Viéndolas lord Nelvil en aquella situacion corrió á encontrarlas, presentó á lady Edgermond un brazo, y el otro á Lucila, quien le tomó tímidamente bajando la cabeza, y llenándose de rubor. De esta manera pasaron delante de Corina; no pensaba Osvaldo que su pobre amiga presenciase un espectáculo tan doloroso para su corazon, porque daba indicios de alguna vanidad por llevar de aquel modo á la criatura mas hermosa de Inglaterra en medio de los innumerables admiradores que la seguian.

## CAPITULO V

Volvió Corina cruelmente turbada á su casa, sin saber qué determinacion tomar, cómo participaria á lord Nelvil su llegada, ni qué decirle para fundarla; á cada instante iba perdiendo mas su confianza en el cariño de su amigo, y á veces se le antojaba que veria en él á un extranjero sumamente

querido, pero que ya no la podria conocer. Envió al otro dia por la noche á casa de lord Nelvil, y supo estaba en la de lady Edgermond; la misma respuesta le dieron al dia siguiente, añadiendo que lady Edgermond se hallaba indispuesta, y partiria para su hacienda apénas estuviere buena. Este momento aguardaba Corina para hacer saber á lord Nelvil que residia en Inglaterra; pero salia todas las noches, pasaba por delante de la casa de lady Edgermond, y veia parado allí el coche de Osvaldo. Oprimiala un terrible agobio de corazon; y volvía á su casa, y al dia inmediato empezaba otra vez el mismo camino para sentir el mismo dolor. Sin embargo, Corina no tenia razon de persuadirse que Osvaldo iba á casa de lady Edgermond con intencion de dar la mano á su hija.

El mismo dia del teatro le habia dicho lady Edgermond, cuando la acompañaba á su coche, que la herencia del pariente de su marido, muerto en la India, tocaba tanto á Corina como á su hija, pidiéndole pasase por su casa para hacerse cargo de noticiar á Italia las disposiciones que trataba de tomar sobre aquel punto. Prometi6 Osvaldo ir, y parecióle que en aquel instante temblaba la mano de Lucila. El silencio de Corina podia darle á entender que ya no le amaba, y la conmovion de aquella niña debia darle idea de que en su interior se interesaba por él. No tenia, empero, intencion de faltar á la promesa que hizo á Corina; y el anillo que tenia en su poder

era prenda segura de que nunca seria esposo de otra, sin su consentimiento. Volvió al dia siguiente á casa de lady Edgermond para cuidar de los intereses de Corina; pero lady Edgermond se hallaba tan enferma, y tan inquieta su hija de hallarse en L6ndres sin ningun pariente, estando ausente milord Edgermond, y sin saber siquiera de qué médico valerse, que Osvaldo juzgó obligacion suya, respecto de la amiga de su padre, emplearse en cuidarla con el mayor esmero.

Lady Edgermond, por naturaleza rígida y altiva, solo se suavizaba para lord Nelvil: dejábale venir á su casa todos los dias, sin pronunciar una palabra capaz de dar á entender intencion de unirse con su hija. El nombre y la beldad de Lucila la hacian uno de los partidos mas sobresalientes de Inglaterra, y desde que se mostró en el teatro, y sabian su mansion en L6ndres, no cesaron de visitarla los señores mas principales. Lady Edgermond rehusaba recibir á alguno, y nunca salia ni admitia mas que á Osvaldo. ¿Cómo no le habia de lisonjear una distincion tan fina? Aquella generosidad callada que fiaba en él, sin exigir cosa alguna, sin dar la mas leve queja, le causaba mucha sensacion, y no obstante, cada vez que iba á casa de lady Edgermond, temia interpretase su presencia como una promesa. Hubiérase retirado luego que no hubiese tenido por motivo de sus visitas los intereses de Corina, si lady Edgermond recobrara su salud; pero cuando la creian aliviada,

recayó con mas peligro que la primera vez, y si muriera entónces, no habria tenido Lucila mas apoyo que Osvaldo en Lóndres, pues su madre con nadie trataba.

No pronunció jamas Lucila siquiera una palabra, por la cual presumiera lord Nelvil que le preferia; mas á veces podia sospecharlo por una mudanza ligera y repentina en el color de su tez, por sus ojos inclinados al suelo con demasiada presteza, por una respiracion mas viva; en fin, estudiaba el corazon de aquella niña con un interes curioso y tierno, y su perfecto recato le dejaba siempre vacilante é incierto acerca de sus sentimientos. El mas alto grado de la pasion y de la elocuencia que inspira, no bastan para la fantasia; siempre anhela algos mas, y si no puede conseguirlo, se entibia y se cansa, mientras el escaso resplandor que traslucimos por entre las nubes, suspende largo tiempo la curiosidad, y promete en lo venidero nuevos sentimientos y nuevos placeres. Esta expectativa se frustra, no obstante y cuando al fin se hace patente todo lo que encubre el atractivo del silencio y de la inocencia, pierde tambien el misterio su encanto, y torna á sernos amable el abandono y el movimiento de un carácter vivo. ¡Ay! ¿cómo podrán prolongarse aquel hechizo del corazon, aquellas delicias del alma, que la confianza y la duda, la felicidad y la desgracia, disipan con el tiempo igualmente? tan ajenos son de nuestro destino los deleites celestiales! Quizá cruzan nuestro

corazon solo para hacernos acordar de nuestro origen y de nuestra esperanza.

Hallándose algo restablecida lady [Edgermond, dispuso partir dentro de dos dias para Escocia, donde se proponia visitar la hacienda de lord Edgermond, inmediata á la de lord de Nelvil. Esperaba por tanto que se ofreceria á acompañarla, pues habia manifestado su intento de volver á Escocia [antes que partiera su regimiento. Mas nada le dijo; miróle Lucila en el mismo instante, y sin embargo calló: entónces ella se levantó presurosa, y se acercó á un balcón; pocos momentos despues buscó lord Nelvil un pretexto para llegarse á ella, y le pareció tenia bañados los ojos de llanto; enternecióse y suspiró, y volviendo otra vez á su mente el olvido de que acusaba á su amiga, se preguntó á sí mismo, si aquella niña no era mas capaz que Corina de un cariño fiel.

Procuraba Osvaldo reparar el disgusto que causó á Lucila. ¡Da tanto placer alegrar un semblante todavía niño! No es la afliccion para aquellas fisonomías, en que ni la reflexion ha dejado aun huellas. El regimiento de lord Nelvil debia pasar revista al dia siguiente por la mañana en Hidépark: preguntó á lady Edgermond si queria ir en birlocho con su hija, y si le permitiria, despues de la revista, dar un paseo á caballo con Lucila, sin apartarse de su lado. Lucila habia dicho en una ocasion que deseaba mucho montar á caballo, miró á su madre con una



expresion siempre sumisa; pero en que podia, no obstante, advertirse el ansia de lograr sus consentimiento. Lady Edgermond calló un instante; y luego alargando á lord Nelvil su débil mano, que cada dia se enflaquecia mas, le dijo: — Si vos me lo pedis, milord, no tengo reparo. — Estas palabras hicieron tanta impresion en Osvaldo, que ya iba á renunciar á lo mismo que habia propuesto; pero de improviso cogió Lucila, con una vehemencia que todavía no habia nunca manifestado, la mano á su madre, besándosela en accion de gracias: y ya no tuvo lord Nelvil valor para privar de una diversion á aquella inocente criatura, siempre reducida á vivir triste y solitaria.

## CAPITULO VI

Quince dias hacia que Corina estaba sumida en la angustia mas cruel: todas las mañanas dudaba si escribiria á lord Nelvil para darle cuenta de su llegada, y todas las noches se renovaba el dolor incomparable de saber se hallaba en casa de Lucila. Lo que padecia por la noche le daba mas timidez para el dia siguiente; y se sonrojaba de decir á

quien ya acaso no le tenia amor la accion imprudente que cometió por él. — ¿Hanse borrado tal vez, decia frecuentemente, de su memoria todos los recuerdos de Italia? ¿No necesita ya encontrar en las mujeres un entendimiento superior, un corazon apasionado? Lo que ahora le agrada es la admirable belleza de diez y seis años, la expresion angelical de esa edad, esa alma tímida é inocente, dedicando al objeto de su eleccion los primeros sentimientos que jamas ha experimentado.

La imaginacion de Corina le representaba con tanta viveza las perfecciones de su hermana, que casi le daba rubor luchar con semejantes gracias. Pareciale que el mismo talento era un ardid, el ingenio una tiranía, y la pasion una violencia, á par de aquella inocencia desarmada: y aunque Corina no llegaba á veinte y ocho años, presentia ya aquella época de la vida en que las mujeres desconfian con tanto dolor de su poder de agradar. En fin, los celos y altivez tímida guerreaban en su corazon; y dilatava de dia en dia el momento tan temido y tan deseado de ver otra vez á Osvaldo. Supo que su regimiento pasaba revista al dia inmediato en Hidedpark, y resolvió concurrir á ella, discurriendo que tal vez estaria allí Lucila, y fiándose en sus propios ojos para juzgar de los sentimientos de Osvaldo. Al pronto pensó ataviarse con esmero y presentarse de repente á él; pero luego que empezó á vestirse, su negro cabello, su tez algo tomada del

sol de Italia, sus facciones vigorosas, de cuya expresion no podia formar juicio mirándose, la hicieron desconfiar de sus atractivos. Siempre veia en su espejo el semblante aéreo de su hermana, y desechando todos los adornos que se habia probado, se puso un vestido negro á la veneciana, cubrióse el rostro y el cuerpo con un manto, cual le llevan en aquel país, y entróse en un coche.

Apénas hubo llegado á Hidepark, vió á Osvaldo al frente de su regimiento. Presentaba con su uniforme la figura mas bella y majestuosa, y manejaba su caballo con suma gracia y habilidad. La música resonaba á un mismo tiempo con pompa y dulzura, aconsejando noblemente sacrificar la vida : uaa multitud de hombres vestidos con elegancia y sin afectacion, y de mujeres modestas y hermosas, llevaban estampados en su semblante, ellos el carácter de las virtudes varoniles, y ellas de las virtudes tímidas ; miéntras los soldados de Osvaldo le miraban llenos de confianza y de afecto. Tocaron la famosa sonata *Dios salve al rey*, que tan hondamente penetra en todos los corazones ingleses. Y Corina exclamó : — ¡ Ah ! tierra respetable que debiste ser patria mia ; ¿ por qué te abandoné ? ¿ qué valia mas ó ménos gloria personal, en medio de tantas virtudes ; ni qué gloria era comparable, ó Nelvil, á la de ser digna esposa tuya ?

Los instrumentos militares resonaron de nuevo, y representaron á Corina los peligros que Osvaldo

iba á arrostrar. Miróle largo rato, sin que él lo advirtiese, y decia entre sí, con los ojos llenos de lágrimas : — ¡ Viva, aunque no sea para mí ! ¡ Dios mio ! á él es á quien debes conservar. — En aquel instante, llegó el birlocho de lady Edgermond ; y lord Nelvil la saludó con respeto : bajando la punta de su espada : pasó y repasó muchas veces el birlocho ; todos los que veian á Lucila, la admiraban ; y Osvaldo la contemplaba de un modo que traspasaba el corazon de Corina. ¡ Ah ! la infeliz conocia aquellas miradas ; mil veces se habian vuelto á ella.

Los caballos, prestados por lord Nelvil á Lucila, recorrian con la velocidad mas airosa las alamedas de Hidepark, en tanto que el coche de Corina caminaba paso á paso, casi como unas exequias fúnebres, detras de los rápidos bridones, y de su estruendo tumultuoso. — ¡ Ah ! pensaba Corina, no iba yo de esta manera al Capitolio cuando le encontre la primera vez ; él me ha precipitado del carro triunfal al abismo de los dolores. Amole, y se han ajado todos los presentes de la naturaleza ; ámole, y han desaparecido todos los contentos de la vida. ¡ Perdonadle, Dios mio ! cuando deje de existir. — Pasó Osvaldo á caballo por junto al coche de Corina ; y la forma italiana del vestido negro que la cubria, le llamó mucho la atencion. Detúvose, dió vuelta al coche, volvió atras para examinarle de nuevo, y procuró descubrir quién era la mujer que en él se ocultaba. Durante aquel tiempo palpité el corazon de Corina

con suma violencia, y su mayor temor era desmayarse, y verse descubierta; mas resistió á su conmocion, y lord Nelvil se distrajo de la idea que le ocupó al pronto. Acabada la revista, por no llamar otra vez la atencion de Osvaldo, se apeó Corina, miéntras no podia verla, y se puso detras de los árboles y de la gente, de modo que no la descubriera. Entónces se acercó Osvaldo al birlocho de lady Edgermond, con el sombrero en la mano, y con una expresion tan respetuosa, que Corina descubria ya demasiado en el afecto á la madre, la inclinacion que inspiraba la hija.

Apeóse Lucila, con un vestido de montar, ostentando de un modo precioso la elegancia de su talle; cubria su cabeza un sombrerillo negro, adornado de blancas plunas, y sus hermosos cabellos rubios, ligeros como el aire, caian graciosamente sobre su rostro encantador. Bajó Osvaldo la mano de manera que Lucila pusiese el pié encima para saltar á caballo: ella esperaba este servicio de un criado, y se cubrió de rubor al recibirle de lord Nelvil; pero él insistió, y por fin Lucila puso sobre aquella mano un pié lindísimo, y saltó á caballo con tanta presteza, que todos sus movimientos excitaban la idea de una de las sílfides que nos representa la imaginacion con tan delicados colores. Partió á galope; y Osvaldo en pos de ella, sin perderla de vista: tropezó su caballo una vez; al instante le paró lord Nelvil, registró la brida y el freno con amable afán:

otra vez pensó que se desbocaba, y se volvió pálido como la muerte, y apretando un propio caballo con ardor increíble, alcanzó en un segundo al de Lucila, se apeó, y se precipitó delante de ella. No pudiendo Lucila contener su caballo, temblaba de atropellar á Osvaldo; pero con una mano tomó la brida, y con la otra sostuvo á Lucila, que al saltar se apoyó ligeramente en él.

¿Qué mas necesitaba Corina para convencerse de la pasion de Osvaldo á Lucila? ¿no veia todas las muestras de interes que en otro tiempo le prodigaba él mismo? y aun; no pensaba descubrir, para eterna desesperacion suya, en las miradas de lord Nelvil mas timidez y mas respeto que le mostraba á ella en los dias de su amor? Dos veces se sacó del dedo el anillo; iba á romper por medio del tropel para arrojarlo á los piés de Osvaldo; y la esperanza de morir al instante la animaba en su resolucion. Pero; cuál es la mujer, aunque haya nacido bajo el sol del mediodía, capaz de llamar, sin temor, hácia sus sentimientos la atencion de la muchedumbre? Presto se estremeció Corina del pensamiento de mostrarse á lord Nelvil en aquel punto, y se salió de en medio del gentío para volver á su coche. Al cruzar una alameda solitaria, volvió Osvaldo á ver de léjos aquella figura negra que habia excitado su curiosidad, y esta vez le causó todavía mas viva sensacion; mas atribuyó aquel impulso al remordimiento de haber sido la primera vez infiel

dentro de su corazón á la imagen de Corina; y volviendo á su casa, resolvió al instante partir á Escocia, pues su regimiento no debia embarcarse tan presto.

### CAPITULO VII

Corina volvió á su aposento tan abatida del dolor, que turbaba su razon, y desde aquel dia se debilitaron para siempre sus fuerzas. Resolvió escribir á lord Nelvil haciéndole saber su venida á Inglaterra y cuanto habia padecido desde que llegó á este país. Empezó al pronto llenando su carta de amargas quejas, y la rompió. — ¡Qué significan las quejas en el amor! exclamaba: ¿seria esta pasion la mas íntima, la mas pura, la mas generosa de las pasiones, si no fuera del todo involuntaria? ¿Qué lograré, pues, con mis quejas? Otra voz, otros ojos tienen el secreto de su alma: ¿qué resta ya? — Y empezó de nuevo la carta, queriendo pintar la falta de variedad que lord Nelvil podria hallar en su union con Lucila: intentaba probarle que sin armonia perfecta del alma y del entendimiento, no era duradera ninguna felicidad de amor; y luego rom-

pió aquella carta aun con mas ímpetu que la primera. — Si no sabe apreciarme, decia, ¿le enseñaré yo cuál es mi valor? ¿ni debo hablar así de mi hermana? ¿Es por ventura tan inferior á mí como procuro persuádmelo? y aun cuando lo fuese, ¿tócame á mí que como una madre la estreché siendo niña contra mi corazón, tócame decirlo? ¡Ah! no, la felicidad no ha de buscarse á cualquier precio, pasa esta vida de tantos deseos; y mucho ántes de morir, nos va separando de la existencia cierto sentimiento suave y melancólico.

Tomó otra vez la pluma, y habló puramente de su desgracia; pero conforme la iba explicando, sentia tanta lástima de sí misma, que cubria de lágrimas el papel. — No, exclamó de nuevo, no debe ir esta carta: si resiste á ella, le aborreceré; y si cede, ignoraré si hace un sacrificio, si tal vez conserva en su pecho la memoria de otra. Mejor es verle, hablarle, restituirle este anillo, prenda de sus promesas; y apresuróse á envolverle dentro de una carta que solo contenia estas palabras: *Sois libre*. Y guardando la carta en su seno, esperó la hora del anochecer para ir á casa de Osvaldo. Parecióle que en medio del dia se habria sonrojado delante de cuantos la miraran, y no obstante queria llegar ántes que lord Nelvil fuese, como acostumbraba, á casa de lady Edgermond. Salió, pues, á las seis; pero trémula como una esclava sentenciada. ¡Ah! perdida la confianza, ¡da tanto miedo el objeto de

nuestro amor ! Aquel que excita en nuestro corazon un cariño extremado debe ser siempre á nuestros ojos el protector mas seguro y dueño mas temible.

Mandó Corina parar su noche delante de la puerta de lord Nelvil, y preguntó al hombre que la abrió, con voz mal segura, si estaba en casa. *Señora*, le respondió, *hace media hora que partió milord para Escocia*. Esta nueva oprimió el corazon de Corina; temia ver á Osvaldo, y no obstante, su alma ansiaba inexplicable conmocion: habia hecho el esfuerzo, juzgábase proxima á oír su voz, y ahora era preciso tomar nueva determinacion para buscarle, esperar muchos dias, y condescender á una diligencia mas. Pero, á cualquier precio queria ya verle Corina; y al dia inmediato partió para Edimburgo.

### CAPITULO VIII

Antes de salir de Lóndres volvió lord Nelvil á casa de su banquero, y al saber que no habia llegado ninguna carta de Corina, se preguntó con amargura si debía sacrificar una felicidad doméstica, cierta y constante, por una persona que quizá le tenia

ya olvidado. Con todo, resolvió escribir otra vez á Italia, como lo habia hecho muchas en seis semanas, preguntándole el motivo de su silencio, y confirmarle de nuevo que mientras conservase su anillo, no seria jamas esposo de otra. Hizo su viaje en una situacion muy molesta: amaba, casi sin conocerla, á Lucila, pues no la habia oido veinte palabras; pero se acordaba con dolor de Corina y sentia las circunstancias que los separaban: ora le vencia el tímido atractivo de una, y ora se le representaba la brillante gracia de la otra, y su sublime elocuencia. Si supiera en aquel momento que Corina le amaba cual nunca, y lo habia abandonado todo por ir en pos de él, jamas habria vuelto á ver á Lucila, pero creíase olvidado; y reflexionando acerca del carácter de Lucila y de Corina, decia para sí que una apariencia fria y reservada encubria tal vez los sentimientos mas profundos; ¡ay! ¡se engañaba! las almas tiernas se descubren de mil maneras, y sin duda es débil lo que siempre se reprime.

Una circunstancia aumentó mas y mas el interes que Lucila inspiraba á lord Nelvil. Cuando volvia de su hacienda, pasó tan inmediato á la de lady Edgermond, que le llevó á ella la curiosidad. Hizose abrir el gabinete donde Lucila solia hacer labor, y encontróle lleno de memorias del tiempo que el padre de Osvaldo pasó allí con Lucila, mientras su hijo se hallaba en Francia. Háiale ella alzado un pedestal de mármol en el mismo sitio donde pocos meses ántes

tes de morir le daba lecciones, y en el pedestal estaba grabado: *A la memoria de mi segundo padre.* En fin habia un libro encima de la mesa. Le abrió Osvaldo, y conoció los pensamientos de su padre, y escritas de su propia mano en la primera página las palabras siguientes: *A la que me consoló en mis penas, al alma mas pura, á la mujer angelical que será la gloria y la felicidad de su esposo.* ¡ Con cuanta alteracion leyó Osvaldo estas líneas en que se expresaba con tanta viveza la opinion del que veneraba! Pensó ver en aquel silencio la delicadeza mas singular, el temor de violentar su eleccion con la idea de un deber: por fin le hirieron estas palabras: ¡ *A la que me consoló!* — Lucila es, pues, exclamó, Lucila es quien suavizaba el mal que yo hacia á mi padre, y ¡ la abandonaria, cuando casi espira su madre, cuando no tendrá mas consolador que yo! Corina, vos tan brillante, tan estimada, ¡ necesitais, como Lucila, de un amigo fiel y sincero? — No era ya brillante, no era estimada, aquella Corina que vagaba de posada en posada, sin ver siquiera al hombre por quien todo lo habia dejado, ni tener esfuerzo para alejarse de él. Cayó enferma en una reducida ciudad á la mitad del camino de Edimburgo, y no pudo, á pesar de sus esfuerzos, ir adelante. Muchas veces pasaba las largas noches de su dolor pensando que si muriese en aquel sitio, solo Teresina supiera su nombre, y le habria escrito sobre su sepulcro. ¡ Qué mudanza,

qué suerte para una mujer que no podia dar un paso en Italia sin ver arrojarse en pos de ella el tropel de los aplausos! Y ¡ así ha de despojar toda la vida un solo cariño? En fin, despues de ocho dias de angustias inexplicables, volvió á emprender su triste camino, porque si bien tenia por término la esperanza de ver á Osvaldo, se confundian con esta ardiente expectativa tantos sentimientos dolorosos, que no causaba á su corazon mas que un molesto cuidado. Antes de llegar á la morada de lord Nelvil, deseó Corina pararse algunas horas en la hacienda de su padre, poco distante donde lord Edgermond mandó colocar su sepulcro: desde entónces no le habia visto, ni nunca habia pasado en aquella hacienda mas que un mes, sola con su padre. Esta era la época mas feliz de su mansion en Inglaterra; y aquellas memorias le harian preciso ver de nuevo su habitacion, no discurriendo que lady Edgermond se hallase ya en ella.

A pocas millas del castillo, vió Corina un coche volcado en medio del camino: mandó parar el suyo, y miró salir del que estaba hecho pedazos á un anciano en extremo sobresaltado de la caída. Acudió Corina á darle favor, y le ofreció llevarle hasta la ciudad inmediata: aceptó él agradecido, y dijo se llamaba Dickson. Corina se acordó de aquel nombre por haberle oido muchas veces á lord Nelvil; y dirigió la conversacion de forma que el buen anciano hablase del único objeto interesante para ella en la

vida. Mr. Dickson era sumamente aficionado á hablar; y no presumiendo que Corina, cuyo nombre ignoraba, y á quien tenia por Inglesa, se interesase de un modo especial en sus preguntas, comenzó á decir cuanto sabia del modo mas circunstanciado; y como deseaba dar gusto á Corina, cuyos favores excitaron su gratitud, fué indiscreto por divertirla.

Contóle como habia hecho saber á lord Nelvil que su padre se opuso anticipadamente al enlace que ahora queria contraer, y extraxó la carta que le entregó, repitiendo muchas veces aquella palabra mortal para el corazon de Corina: *Su padre le prohibió ser esposo de esa Italiana; y si desatendiese á su voluntad, ofenderia su memoria.*

Mr. Dickson no se redujo á estas crueles palabras; afirmó ademas que Osvaldo amaba á Lucila, y Lucila le correspondia, añadiendo que lady Edgermond ansiaba aquella union, á la cual no se prestaba lord Nelvil por cierto compromiso en Italia. — ¡Cómo! dijo Corina, procurando ocultar la terrible turbacion de su alma, ¿presumis que únicamente por ese compromiso no es lord Nelvil esposo de miss Lucila Edgermond! — Estoy muy cierto, replicó Mr. Dickson, regocijándose de oír nuevas preguntas; hace tres dias vi á lord Nelvil, y aunque no me manifestó cuáles eran sus vínculos en Italia, me dijo estas mismas palabras, que yo he escrito á lady Edgermond: *Si fuese libre, daría mi mano á Lucila.* — ¡Si fuese libre! repitió Corina. —

Y en aquel momento se paró el coche delante de la puerta de la posada donde llevaba á Mr. Dickson. Quiso él darle gracias, y preguntarle dónde podria verla otra vez; mas Corina ya no le escuchaba: apretóle la mano sin acertar á responderle; y se ausentó sin decir una palabra. Era tarde; no obstante, quiso volver al sitio donde reposaban las cenizas de su padre: la turbacion de su ánimo le hacia mas precisa que nunca aquella sagrada peregrinacion.

## CAPITULO IX

Ya estaba dos dias lady Edgermond en el palacio, y aquella misma noche tenia un gran baile en su casa: habianla suplicado todos sus vecinos, y todos sus vasallos, les permitiese reunirse para celebrar su llegada; y Lucila tambien lo habia deseado, quizá esperando que asistiese Osvaldo; en efecto, se hallaba ya allí cuando llegó Corina. Vió en la avenida muchos coches, y mandó parar algunos pasos ántes de entrar en ella el suyo; apeóse, y reconoció la mansion donde su padre le habia mostrado el mas tierno cariño. ¡Qué diferentes eran

vida. Mr. Dickson era sumamente aficionado á hablar; y no presumiendo que Corina, cuyo nombre ignoraba, y á quien tenia por Inglesa, se interesase de un modo especial en sus preguntas, comenzó á decir cuanto sabia del modo mas circunstanciado; y como deseaba dar gusto á Corina, cuyos favores excitaron su gratitud, fué indiscreto por divertirla.

Contóle como habia hecho saber á lord Nelvil que su padre se opuso anticipadamente al enlace que ahora queria contraer, y extraxó la carta que le entregó, repitiendo muchas veces aquella palabra mortal para el corazon de Corina: *Su padre le prohibió ser esposo de esa Italiana; y si desatendiese á su voluntad, ofenderia su memoria.*

Mr. Dickson no se redujo á estas crueles palabras; afirmó ademas que Osvaldo amaba á Lucila, y Lucila le correspondia, añadiendo que lady Edgermond ansiaba aquella union, á la cual no se prestaba lord Nelvil por cierto compromiso en Italia. — ¡Cómo! dijo Corina, procurando ocultar la terrible turbacion de su alma, ¿presumis que únicamente por ese compromiso no es lord Nelvil esposo de miss Lucila Edgermond! — Estoy muy cierto, replicó Mr. Dickson, regocijándose de oír nuevas preguntas; hace tres dias vi á lord Nelvil, y aunque no me manifestó cuáles eran sus vínculos en Italia, me dijo estas mismas palabras, que yo he escrito á lady Edgermond: *Si fuese libre, daría mi mano á Lucila.* — ¡Si fuese libre! repitió Corina. —

Y en aquel momento se paró el coche delante de la puerta de la posada donde llevaba á Mr. Dickson. Quiso él darle gracias, y preguntarle dónde podria verla otra vez; mas Corina ya no le escuchaba: apretóle la mano sin acertar á responderle; y se ausentó sin decir una palabra. Era tarde; no obstante, quiso volver al sitio donde reposaban las cenizas de su padre: la turbacion de su ánimo le hacia mas precisa que nunca aquella sagrada peregrinacion.

## CAPITULO IX

Ya estaba dos dias lady Edgermond en el palacio, y aquella misma noche tenia un gran baile en su casa: habianla suplicado todos sus vecinos, y todos sus vasallos, les permitiese reunirse para celebrar su llegada; y Lucila tambien lo habia deseado, quizá esperando que asistiese Osvaldo; en efecto, se hallaba ya allí cuando llegó Corina. Vió en la avenida muchos coches, y mandó parar algunos pasos ántes de entrar en ella el suyo; apeóse, y reconoció la mansion donde su padre le habia mostrado el mas tierno cariño. ¡Qué diferentes eran



aquellos tiempos, entónces á su parecer desgraciados, de su situacion actual. Así castigan en la vida las penas reales de las desazones de la imaginacion, dando á conocer la verdadera desgracia.

Mandó Corina preguntar por qué se hallaba iluminado el palacio, y quiénes eran las personas que en aquel momento habia dentro de él. Por casualidad el criado de Corina preguntó á uno de los que lord Nelvil habia recibido en Inglaterra, y Corina le oyó responder: *Lady Edgermond da hoy un baile; y lord Nelvil, mi amo, le ha empezado con miss Lucila, heredera de este palacio.* Estremeciósese Corina de aquellas palabras; pero no mudó de resolucion. Una curiosidad inquieta la arrastraba hácia los sitios, donde la amenazaba tanto dolor; hizo seña á sus criados de que se retirasen, y entró sola en el parque, que se hallaba abierto, y por donde permitia pasearse largo tiempo, sin ser conocida, la oscuridad. Eran las diez; y desde el principio del baile, danzaba Osvaldo con Lucila aquellas contradanzas inglesas que se empiezan de nuevo cinco ó seis veces en una noche; pero siempre danza el mismo hombre con la misma mujer, y en esta diversion reina á veces la mayor gravedad.

Danzaba Lucila con nobleza; pero de un modo nada vivo: el mismo cariño que la dominaba, hacia mayor su seriedad natural, y como todos los vecinos del palacio tenian curiosidad de saber si amaba á lord Nelvil, mirábanla con mas atencion que solian,

lo cual la estorbaba levantar los ojos hácia Osvaldo; intimidándola de la manera que no veia ni oia cosa alguna. Aquella turbacion y aquella modestia enternecieron mucho á lord Nelvil en el primer instante; pero como su situacion era siempre la misma, comenzaba á cansarse, y comparaba aquella larga fila de hombres y mujeres, y aquella música uniforme, con la gracia vivísima de la música y danzas de Italia. Esta reflexion le hizo caer en una meditacion profunda, y Corina disfrutara todavía algunos momentos de felicidad, si hubiese podido penetrar los sentimientos de lord Nelvil. Pero la desventurada, que se sentia extraña en el suelo paterno, sola junto á aquel de quien esperó ser esposa, recorría sin objeto las oscuras alamedas de una morada que otro tiempo podia mirar como suya. Faltaba bajo su planta la tierra, y solo la mantenía, en vez de aliento, la agitacion misma de su pena; quizá pensaba encontrar á Osvaldo en el jardin, mas ¡ay! no sabia lo que deseaba.

Hallábase el palacio situado encima de una altura, á cuya falda corria un riachuelo: en una orilla habia muchos árboles; pero la otra solamente ofrecia áridas peñas cubiertas de maleza. Corina se encontró, siguiendo su camino, junto al riachuelo; y desde allí oyó á un tiempo mismo la música de la fiesta y el quieto murmullo de las aguas. El resplandor de las arañas del baile se repetía desde arriba en medio de las ondas, miéntras el reflejo de la luna

alumbraba solo los desiertos campos de la otra orilla. Diríase que en aquellos sitios, como en la tragedia de Hamlet, vagaban las sombras entorno del alcázar donde se daban los festines.

La infeliz Corina, sola, abandonada, no tenia que dar mas de un paso para sumirse en el eterno olvido. — ¡ Ah! exclamó, si mañana cuando se pasee por estas riberas con la alegre tropa de sus amigos, tropezase su planta triunfante con las reliquias de su amada, un tiempo, ¿ no sentiria una conmocion que me vengaria, un dolor parecido á lo que padezco? No, no, repuso, en la muerte no ha de buscarse la venganza sino el descanso. — Calló, y contempló de nuevo aquel riachuelo corriendo tan rápida y tan regularmente, aquella naturaleza tan bien ordenada, cuando el alma humana está toda llena de agitacion; y se acordó del día en que lord Nelvil se arrojó al mar para salvar á un anciano. — ¡ Qué bueno era entonces! exclamó Corina; ¡ ay! dijo deshaciéndose en llanto, ¡ quizá lo es todavía! ¡ He de acusarle porque padezco? acaso lo ignora, si me viera, quizá... — Y de repente determinó hacer llamar á lord Nelvil, en medio de la fiesta, y hablarle al momento. Volvió á subir hácia el palacio con la especie de esfuerzo que da una resolucion recién tomada, una resolucion que sucede á largas incertidumbres; pero al acercarse la sobrecogió tal temblor, que se vió precisada á sentarse en un banco de piedra delante de las ventanas. El tropel de los al-

deanos reunidos para ver bailar impidió que la descubriesen.

En el mismo instante salió lord Nelvil al balcon; respiró el ambiente fresco de la noche, y algunos rosales que allí habia le acordaron el perfume que Corina llevaba siempre, causándole una sensacion vivisima. Cansábale aquella funcion larga y pesada; acordóse del buen gusto de Corina para disponer una fiesta, de su inteligencia en todo lo perteneciente á las bellas artes, y conoció que solo en la vida regular y doméstica se figuraba por compañera, con gusto, á Lucila. Cuanto tocaba remotamente á la imaginacion ó á la poesia le renovaba la memoria de Corina, y excitaba su sentimiento. Miéntras se hallaba en esta disposicion, se acercó á él uno de sus amigos, y hablaron los dos algunos instantes. Corina oyó entonces la voz de Olvaldo.

¡ Inexplicable conmocion de la voz del objeto amado! ¡ Mezcla confusa de enternecimiento y terror! porque hay sensaciones tan vivas, que nuestra pobre y flaca naturaleza se teme experimentándolas á si misma.

Uno de los amigos de Osvaldo le dijo: — ¿ No os parece precioso este baile? — Sí, respondió con distraccion; sí, en verdad, repitió suspirando. — Aquel suspiro y el acento melancólico de sus voz, causaron á Corina suma alegría: creyóse segura de hallar otra vez el corazon de Osvaldo, de hacerse oír de él, y levántanlos con precipitacion se llegó hácia un

criado de la casa para encargarle llamase á lord Nelvil. Si hubiese seguido aquel impulso. ¡cuán diferente hubiera sido su suerte y la de Osvaldo!

En aquel instante se acercó Lucila á la ventana, y viendo pasear en el jardín, por entre las sombras, una mujer vestida de blanco; pero sin adorno alguno de fiesta, se movió su curiosidad. Alargó la cabeza, y mirando con atencion, le pareció que veía las facciones de su hermana; mas como no dudaba de su muerte, hacia siete años, el temor de aquella vision la hizo caer desmayada. Todos acudieron á darle favor: Corina no halló ya al criado á quien queria hablar, y se retiró mas hácia la arboleda, temiendo la conociesen.

Volvió en sí Lucila, y no se atrevió á confesar la causa de su sobresalto; pero como desde niña habia su madre impreso con viveza en su ánimo todas las ideas religiosas, creyó se le aparecía la imágen de su hermana, caminando hácia el sepulcro de su padre, para resprenderla por haberle olvidado; y mostrarle su yerro en recibir una fiesta en aquellos sitios, sin cumplir ántes una obligacion piadosa con sus cenizas respetadas. Al punto, pues, que Lucila pensó poder hacerlo sin nota, se salió del baile. Admiróse Corina de verla sola en el jardín, y discurrió que lord Nelvil no tardase en venir á acompañarla, presumiendo le habria pedido una conversacion secreta, para lograr de ella la licencia de manifestar á su madre sus deseos. Esta idea la dejó inmóvil;

pero muy presto advirtió que Lucila dirigia sus pasos hácia un bosquecillo donde sabia estaba el sepulcro levantado á su padre, y acusándose tambien por no haber comenzado llevando allí sus lágrimas y sus penas, siguió algo de léjos á su hermana, ocultándose á favor de los árboles y de la oscuridad. Divisó por fin á cierta distancia el sarcófago negro, alzado en el sitio donde se hallaban sepultadas las reliquias de lord Edgermond: y una sensacion profunda la obligó á detenerse y apoyarse en un árbol; Lucila tambien se paró al mismo tiempo, y se inclinó respetuosamente delante del sepulcro.

En aquel punto estuvo Corina próxima á descubrirse á su hermana, á reclamar de ella, en nombre de su padre, su distincion y su esposo; pero Lucila dió algunos pasos con precipitation para acercarse al monumento, y Corina sintió desfallecer su valor. Tiene el corazon de una mujer tanta timidez unida con la vehemencia de las pasiones, que la cosa mas leve la arrastra, y la cosa mas leve la hace detener. Pusóse Lucila de rodillas delante del sepulcro de su padre; apartó sus dorados cabellos, que mantenía juntos una guirnalda de flores, y alzó los ojos al cielo para orar con celestial mirada. Corina se hallaba detras de los árboles, y sin que pudieran verla veía con facilidad á su hermana, alumbrada suavemente de un rayo de luna; y se sintió sobrecogida de improviso de un enternecimiento puro y generoso. Miró aquella expresion de piedad tan cándida,

aquel semblante tan jóven, que aun se advertian en él las facciones de la niñez : recordó los días en que fué una madre para Lucila ; reflexionó sobre si misma ; pensó no distaba mucho de treinta años, del momento en que la juventud comienza á declinar, miéntras su hermana tenia á la vista un largo é ilimitado porvenir, un porvenir no turbado por ninguna memoria, por ninguna vida pasada de que fuese preciso dar cuenta á los demas ni á su propia conciencia. — Si me presento á Lucila, decia, si le hablo, su alma tierna conocerá al punto el dolor, y nunca tal vez recobrará la paz. ¡He padecido ya tanto ! sabré padecer mas ; pero la inocente Lucila pasará en un instante de la serenidad á la mas cruel agitacion ; y yo que la tuve en mis brazos y la dormí en mi seno ; ¡yo la precipitaria al mundo de las penas ! — Así reflexionaba Corina : y entre tanto el amor lidiaba cruelmente en su pecho con aquel sentimiento desinteresado, con aquella exaltacion del alma que la inclinaba á sacrificarse á sí misma.

Lucila dijo entónces en alta voz : — ¡Oh padre, rogad por mí ! — Oyólo Corina, y dejándose caer tambien de rodillas, pidió la bendicion paternal para las dos hermanas á un tiempo, y derramó lágrimas arrancadas de su corazon por sentimientos mas puros todavia que el amor. Lucila continuó su plegaria, y pronunció claramente estas voces : — Hermana mia, intercede por mí en el cielo ; me amaste niña, sigue pues protegiéndome. — ¡Ah ! ¡cuánto en-

terneció aquella plegaria á Corina ! Lucila, por fin, con voz llena de fervor, dijo : — Padre amado, perdonadme el instante de olvido de que fué causa un sentimiento ordenado por vos : no soy culpada por amar al que me nombrásteis para esposo ; pero acabad vuestra obra, y haced me escoja por compañera de su vida : no puedo ser dichosa sino con él ; mas nunca sabrá que le amo, nunca descubrirá su secreto este trémulo corazon. ¡Oh Dios mio ! ¡oh padre ! consolad á vuestra hija, y merezca el aprecio y el cariño de Osvaldo. — Sí, repitió Corina en voz baja, oídla, padre mio, y para vuestra otra hija una muerte dulce y sosegada.

Acabando este voto solemne, este esfuerzo, el mayor de que era capaz el alma de Corina, sacó del pecho la carta que contenia el anillo de Osvaldo, y se alejó velozmente. Bien conocia que si enviaba aquella carta, y dejaba ignorar á lord Nelvil su venida á Inglaterra, rompía sus lazos y daba Osvaldo á Lucila ; pero á la vista de aquel sepulcro, se le ofrecieron los obstáculos que la apartaban de él con mas fuerza que nunca, acordáronsele las palabras de Mr. Dickson : *su padre le prohibe hacer á esa Italiana su esposa*, y le pareció que el suyo se juntaba tambien con el de lord Nelvil, y la autoridad paterna toda entera se oponia á su amor. La inocencia de Lucila, su juventud, su candor exaltaban su fantasía, y al ménos por un instante se envanecia de

sacrificarse, porque Osvaldo viviese en paz con su patria, con su familia, y consigo mismo.

La música que se oía al llegar al palacio alentaba á Corina. Divisó á un pobre anciano ciego, sentado al pié de un árbol, y atento al estruendo de la fiesta : acercóse á él, y le pidió entregase la carta que ponía en sus manos, á un criado del castillo : así no se expuso siquiera á que lord Nelvil llegase á saber era una mujer quien la habia traído. En efecto, cualquiera que hubiese visto á Corina al entregar aquella carta, habria conocido que encerraba el destino de su vida. Sus miradas, su mano trémula, su voz majestuosa, todo anunciaba uno de aquellos momentos en que el destino se enseorea de nosotros, en que el ser desventurado obra ya únicamente como esclavo de la fortuna que le persigue.

Corina miró de léjos al anciano, guiado por un perro fiel, vióle dar su carta á uno de los criados de lord Nelvil, que por casualidad traía otras para el palacio. Todas las circunstancias se reunian para no consentir la esperanza : dió algunos pasos todavía volviéndose á mirar como llegaba el criado á la puerta, y luego que cesó de verle, luego que se halló en el camino, luego que no oyó mas la música, y ni distinguió las luces del palacio, bañó su frente un sudor helado, asaltóla un temblor mortal, y aun quiso ir mas adelante ; pero no lo consintieron sus fuerzas, y cayó sin conocimiento en el camino.

## LIBRO DÉCIMOCTAVO

### LA MANSION EN FLORENCIA

#### CAPITULO I

El Conde de Erfeuil, despues de pasar algun tiempo en Suiza, y haberse cansado de la naturaleza en los Alpes, como se cansó de las bellas artes en Roma, sintió repentinamente deseos de ir á Inglaterra, donde le habian asegurado se hallaba la profundidad del entendimiento; y se persuadió una mañana, al despertarse, de que aquello era lo que le hacia falta. No habiendo tenido este tercer ensayo mejor éxito que los dos primeros, se renovó de improviso su afecto á lord Nelvil, y diciendo tambien para sí una mañana, que sola la verdadera amistad hacia dichosos, partió para Escocia. Fué al punto á

sacrificarse, porque Osvaldo viviese en paz con su patria, con su familia, y consigo mismo.

La música que se oía al llegar al palacio alentaba á Corina. Divisó á un pobre anciano ciego, sentado al pié de un árbol, y atento al estruendo de la fiesta : acercóse á él, y le pidió entregase la carta que ponía en sus manos, á un criado del castillo : así no se expuso siquiera á que lord Nelvil llegase á saber era una mujer quien la habia traído. En efecto, cualquiera que hubiese visto á Corina al entregar aquella carta, habria conocido que encerraba el destino de su vida. Sus miradas, su mano trémula, su voz majestuosa, todo anunciaba uno de aquellos momentos en que el destino se enseorea de nosotros, en que el ser desventurado obra ya únicamente como esclavo de la fortuna que le persigue.

Corina miró de léjos al anciano, guiado por un perro fiel, vióle dar su carta á uno de los criados de lord Nelvil, que por casualidad traía otras para el palacio. Todas las circunstancias se reunian para no consentir la esperanza : dió algunos pasos todavía volviéndose á mirar como llegaba el criado á la puerta, y luego que cesó de verle, luego que se halló en el camino, luego que no oyó mas la música, y ni distinguió las luces del palacio, bañó su frente un sudor helado, asaltóla un temblor mortal, y aun quiso ir mas adelante ; pero no lo consintieron sus fuerzas, y cayó sin conocimiento en el camino.

## LIBRO DÉCIMOCTAVO

### LA MANSION EN FLORENCIA

#### CAPITULO I

El Conde de Erfeuil, despues de pasar algun tiempo en Suiza, y haberse cansado de la naturaleza en los Alpes, como se cansó de las bellas artes en Roma, sintió repentinamente deseos de ir á Inglaterra, donde le habian asegurado se hallaba la profundidad del entendimiento; y se persuadió una mañana, al despertarse, de que aquello era lo que le hacia falta. No habiendo tenido este tercer ensayo mejor éxito que los dos primeros, se renovó de improviso su afecto á lord Nelvil, y diciendo tambien para sí una mañana, que sola la verdadera amistad hacia dichosos, partió para Escocia. Fué al punto á

casa de lord Nelvil, y no le encontró; pero habiendo sabido estaba en la de lady Edgermond, volvió á montar á caballo, y marchó á buscarle; tanto afán tenia de verle. Iba corriendo muy velozmente, cuando halló á una mujer tendida en la margen del camino, sin ningun movimiento; paróse, se apeó del caballo, y corrió á socorrerla. ¡Cuál fué su admiracion al conocer, en medio de su mortal palidez, el rostro de Corina! Sintióse lleno de tierna compasion; dispuso, con auxilio de su criado, algunas ramas para llevarla, y pensaba conducirla al palacio de lady Edgermond, al tiempo que Teresina, que se habia quedado en el coche, llegó sobresaltada de no ver volver á su señora, y creyendo que solo lord Nelvil podia haberla puesto en semejante situacion, determinó trasladarla á la ciudad próxima. Siguió el Conde de Erfeuil á Corina, y en los ocho dias que duraron á la infeliz la calentura y el delirio, no la dejó: cuidaba de ella el hombre frívolo, y el hombre sensible le traspasaba el corazon.

Cuando volvió Corina en sí, notó aquella oposicion, y dió gracias al Conde de Erfeuil con íntima ternura; y él le respondió procurando consolarla presto; porque era mas capaz de acciones nobles que de palabras graves, y Corina debia encontrar en él mas bien un favorecedor que un amigo. Intentó sosegar su ánimo, y acordarse de lo que le habia acontecido; mas tardó mucho en acordarse de sus acciones, y de los fundamentos que la mo-

vieron. Quizá comenzaba su sacrificio á parecerle demasiado grande, y pensaba por lo ménos en decir á lord Nelvil el adios postero, ántes de salir de Inglaterra, cuando al dia siguiente de haber recobrado el sentido, vió en un periódico por casualidad, este artículo:

« Lady Edgermond acaba de saber que su hijastra, á quien creia muerta en Italia, vive, y disfruta en Roma, con el nombre de Corina, grandísima reputacion literaria. Lady Edgermond, se honra reconociéndola, y partiendo la herencia del hermano de lord Edgermond, que acaba de morir en la India.

» Lord Nelvil debe dar la mano, el domingo próximo, á miss Edgermond, hija menor de lord Edgermond, y única de Lady Edgermond, su viuda. Ayer se firmaron las escrituras. »

Por desgracia no perdió Corina el sentido leyendo esta nueva; sucedió en ella una revolucion repentina, y la abandonaron todos los intereses de la vida: se sintió como una persona sentenciada á muerte; mas que aun ignora cuándo ha de verificarse el suplicio; y desde aquel instante, el único sentimiento de su alma fué la resignacion del despecho.

Entró en su aposento el Conde de Erfeuil, y viéndola mas pálida que en el desmayo, le preguntó con ansia por su salud. — No estoy peor, desearia partir pasado mañana que es domingo, dijo con so-

lemnidad; iré á Plymouth, y me embarcaré para Italia. — Yo os acompañaré, respondió prontamente el Conde de Erfeuil; no tengo cosa alguna que me detenga en Inglaterra. Celebraré en el alma hacer este viaje en compañía vuestra. — Sois bueno, repuso Corina, bueno en verdad; no debe juzgarse por apariencias.... y luego parándose, prosiguió: acepto vuestro favor hasta Plymouth, porque no estoy cierta de poder gobernarme hasta allí: una vez embarcados, el bajel nos lleva de cualquier modo. — Hizo seña al Conde de Erfeuil rogándole la dejase sola, y lloró largamente delante de Dios, pidiéndole esfuerzo para soportar su dolor. Nada tenia ya de la impetuosa Corina, habiáanse agotado las fuerzas de su potente vida, y aquel aniquilamiento, que ella misma no acertaba á explicar, le daba sosiego. Rindióla el infortunio: ¿no es fuerza que tarde ó temprano doblen los mas rebeldes la frente á su yugo?

El domingo partió Corina de Escocia con el Conde de Erfeuil. — ¡Hoy, dijo ella levantándose de su lecho para entrar en el coche, hoy! — Quiso el Conde de Erfeuil preguntarla, y ella no respondió, y volvió al silencio. Pasaron por delante de una iglesia, y pidió Corina permiso al Conde de Erfeuil de entrar un instante en ella: arrodillóse delante del altar, y figurándose que veia allí á Osvaldo y Lucila, rogó por ellos; pero sintió tan violenta impresion, que al querer levantarse, vaciló, y no pudo

dar un paso sin apoyarse en Teresina y en el Conde de Erfeuil, que salieron á su encuentro para sostenerla. Todos se levantaban para dejarle paso, y le manifestaban suma compasion. — Parezco, pues, muy enferma, dijo al Conde de Erfeuil; ¡ay! otras personas mas jóvenes y mas brillantes que yo saldrán ahora de la iglesia con triunfante planta.

No oyó el Conde de Erfeuil el fin de aquellas palabras; era bueno, pero no podia ser sensible; así, en el camino, amando siempre á Corina, se cansaba de su tristeza, y procuraba desvanecerla, como si para olvidar todos los disgustos de la vida, bastase querer olvidarlos. Alguna vez la decia: *bien os lo predije*. ¡Extraña manera de consolar; satisfaccion que se toma la vanidad á costa del dolor!

Corina se esforzaba extraordinariamente para disimular lo que padecia, porque las pasiones vehementes causan rubor delante de las almas ligeras; todo lo que no se hace comprender, todo lo que se ha de explicar, aquellos secretos del alma, por fin, que solo se alivian adivinándolos, inspiran un sentimiento de pudor. Tambien se dolia Corina de no mostrarse bastante agradecida á las pruebas de afecto que le daba el Conde de Erfeuil; pero su voz, su acento, sus miradas, manifestaban tanta distraccion, tanta necesidad de divertirse, que á cada instante se olvidaban sus acciones generosas, como las olvidaba él mismo. Es, cierto, cosa nobilísima dar poco precio á nuestras buenas acciones; pero tal



vez la indiferencia que mostramos al hacer bien, esta indiferencia tan hermosa por sí, pudiera ser, no obstante, en ciertos caractéres, causada por la frivolidad.

Corina habia revelado, durante su delirio, casi todos sus secretos, y los papeles públicos hicieron enteramente saber lo demas al Conde de Erfeuil; mil veces habria deseado que Corina hablase con él de lo que llamaba *sus negocios*; pero esta palabra no mas era suficiente para helar la confianza de Corina, y le supplicó no la obligase á nombrar á lord Nelvil. Al separarse del Conde de Erfeuil, no acertaba Corina á explicarle su gratitud, porque al mismo tiempo se alegraba de hallarse sola, y sentia apartarse de un hombre, á quien debia tantos favores. Intentó darle gracias; pero él le dijo con tanta naturalidad, no hablase de eso, que calló. Encargóle manifestase á lady Edgermond que rehusaba enteramente la herencia de su tío, y le rogó desempeñase aquella comision como si la hubiera recibido de Italia, sin noticiar á su madrastra su venida á Inglaterra.

— Y lord Nelvil, ¿debe saberlo? dijo entónces el Conde de Erfeuil. — Estas palabras estremecieron á Corina: — No tardareis en poder decírselo; no, no tardareis. Mis amigos de Roma os avisarán cuando podais decírselo. — Cuidad de vuestra salud, dijo el Conde de Erfeuil: ¿sabeis que me teneis con cuidado? — Sí, respondió Corina sonriéndose: me pa-

rece que en efecto teneis razon. — Dióle el Conde de Erfeuil el brazo para ir al bajel; y al tiempo de embarcarse volvió la vista hácia Inglaterra, hácia aquel país de donde se ausentaba para siempre, y donde moraba el único objeto de su cariño y de su dolor; llenáronsele los ojos de lágrimas, de las primeras lágrimas que se le escaparon delante del Conde de Erfeuil. — Hermosa Corina, le dijo él, olvidad á un ingrato, acordaos de los amigos que os aman con tanta ternura; y creedme, pensad con placer en todas las distinciones que poseeis. — A estas palabras retiró Corina su mano de entre las del Conde de Erfeuil, y dió algunos pasos, apartándose de él; pero arrepintiéndose luego de aquel impulso impeditado, volvió, y le dijo suavemente adios. No advirtió el Conde de Erfeuil lo que habia pasado en el alma de Corina: entró en la lancha acompañándola; la recomendó con empeño al capitan, y aun cuidó, con el mas amable esmero, de todas las disposiciones que podian hacer mas cómoda su travesía, y volviendo con la lancha, saludó mientras pudo con su pañuelo al bajel. Corina respondió agradecida al Conde de Erfeuil: mas ¡ay! ¿era aquel el amigo con quien debió contar?

Los sentimientos ligeros suelen tener larga duracion, nada los quebranta, porque nada los oprime; siguen las circunstancias, desaparecen, y vuelven con ellas, mientras los cariños profundos... no tornan, y dejan únicamente en su lugar una dolorosa herida.

## CAPITULO II

Un viento favorable llevó á Corina á Liorna en ménos de un mes. Casi siempre tuvo calentura en este tiempo; y era tal su abatimiento, que mezclándose con la enfermedad el dolor del alma, se confundian unas con otras todas sus sensaciones, sin dejar ninguna huella distinta en su pecho. Dudó, al llegar, si se dirigiria desde luego á Roma; pero aunque sus mejores amigos la esperaban allí, una repugnancia invencible la impedía vivir en los sitios donde habia conocido á Osvaldo. Representábase su propia morada, la puerta que él abria cada dia dos veces para entrar en ella, y se pasmaba pensando que habia de volver á habitarla. Determinó, pues, ir á Florencia; y como tenia cierto presentimiento de que su vida no resistiria mucho tiempo á tanto dolor, le era conveniente apartarse de la existencia poco á poco, y empezar á vivir sola, y separada de sus amigos, separada de la ciudad, testigo de sus triunfos, separada de la mansion donde intentarían dar vigor á su ánimo, y le pedirían que se mostrase cual era otros dias, cuando le hacia odioso todo esfuerzo un desaliento invencible.

Atravesando la Toscana, aquella tierra tan fértil,

y al acercarse á Florencia, tan fragante de flores; en fin, al volver á encontrar á Italia, solo sintió Corina tristeza: todas aquellas bellezas del campo que la embriagaron en otro tiempo, la llenaban de melancolía. *¡Cuán horrorosa es, dice Milton, la desesperacion que no se sosiega con tan suave ambiente!* Es menester religion ó amor para gozar de la naturaleza; y en aquel momento la triste Corina habia perdido el mayor bien de la tierra, sin encontrar aquella quietud que solo la devocion puede dar á las almas sensibles y desdichadas.

La Toscana es un país muy cultivado, y en extremo risueño; pero no hiere la imaginacion como las cercanías de Roma. Los Romanos borrarón de tal suerte las instituciones primitivas del pueblo que habitaba la Toscana otro tiempo, que no queda en ella casi ninguno de los antiguos vestigios que inspiran tanto interes en favor de Roma y de Nápoles. Pero se advierte otra especie de bellezas históricas; las ciudades llevan el carácter del genio republicano de la edad média. En Siena, la plaza pública donde se juntaba el pueblo, el balcon desde donde le arengaba su magistrado, llaman la atencion de los viajeros ménos reflexivos; conócese que allí ha existido un gobierno democrático.

Es un placer oír á los Toscanos, aun de la clase mas ínfima de la plebe; sus expresiones, llenas de imaginacion y de elegancia, dan idea del deleite que debia disfrutarse en la ciudad de Aténas, cuando

el pueblo hablaba aquel armonioso griego, que era como una música continua. Es una sensación singularísima creerse en medio de una nación, cuyos individuos tuviesen todos iguales luces, y pareciesen todos de la clase superior; y esta es la ilusión que causa, por algunos momentos, al ménos, la pureza del lenguaje.

La vista de Florencia recuerda su historia ántes de la elevación de los Médicis á la soberanía; los palacios de las familias principales están contruidos á manera de fortalezas, desde donde podian defenderse: todavía se ven por fuera los anillos de bronce, donde se fijaban los estandartes de cada partido; en fin, todo estaba dispuesto, mas para mantener las fuerzas individuales, que para reunir-las todas en interes comun. Diríase que la ciudad se edificó para la guerra civil; tiene torres el palacio de justicia, desde donde podia descubrirse al enemigo, y ponerse en defensa: y eran tales los odios entre los linajes, que se ven palacios extrañamente contruidos, porque sus poseedores no consintieron que se extendiesen al terreno donde se habian arrasado casas enemigas. Aquí conspiraron los Pazzi contra los Médicis; allí asesinaron los Guelfos á los Gibelinos; donde quiera están los vestigios de la lucha y de la rivalidad; mas ahora todo ha vuelto al sueño, y solo las piedras y los edificios han conservado alguna apariencia. No hay ya rencores, porque no hay qué pretender, y porque un estado sin

gloria y sin poder, no es objeto de contienda para sus habitantes. La vida que hoy se hace en Florencia es sumamente uniforme; van todas las tardes á pasear por las orillas del Arno, y por la noche se preguntan unos á otros si han estado.

Situóse Corina en una casa de campo á corta distancia de la ciudad, y avisó al principe de Castel-Forte, manifestándole su intencion de fijarse allí. Esta carta fué la única que escribió Corina, porque habia tomado tal aborrecimiento á todas las acciones comunes de la vida, que para la menor resolución que adoptar, para la menor orden, sentia aumentarse su pena. No podia pasar los dias sino en una ociosidad completa; levantábase, y volvía al lecho, y se levantaba otra vez, y abría un libro; mas no entendía una línea de él. A veces pasaba horas enteras á la ventana; luego se paseaba apresuradamente por el jardin; y otras veces cogía un ramo de flores procurando aturdirse con su olor. En fin, el sentimiento de la existencia la perseguía como un dolor sin descanso, y probaba mil medios para aquietar aquella facultad devoradora de discurrir, que ya no le presentaba, como en otros dias, las reflexiones mas variadas, sino una idea sola, una sola imágen armada de puntas crueles que desgarraban su corazón.

## CAPITULO III

Un día resolvió Corina ir á ver las hermosas iglesias que adornan á Florencia, acordándose de que en Roma se tranquilizaba su alma, cuando pasaba algunas horas en San Pedro. Para ir á la ciudad atravesó el hermoso bosque situado á orillas del Arno, en una deliciosa tarde del mes de junio, en que llenaba el aire de suavísimas esencias copia increíble de rosas, y el semblante de cuantos se paseaban anunciaba felicidad. Sintió Corina hacerse mayor su tristeza por hallarse excluida de aquella ventura general que la naturaleza concede á la mayor parte de los seres; y no obstante la bendijo con amor porque hace á los hombres dichosos. Yo soy, decía, una excepcion del órden universal; para todos hay dicha, y esta terrible facultad de padecer que me da la muerte, es un modo de sentir propio de mí sola. Pero, ¡Dios mio! ¿por qué me escogisteis para soportar esta pena? ¿No podría pedir, como vuestro divino hijo, que *esta copa se aparte de mí?*

El ademan activo y ocupado de los habitantes de la ciudad admiró á Corina. Desde que no tenia interer alguno en la vida, no comprendia la causa de

los movimientos, las vueltas y el afan de los demas: y arrastrando lentamente sus pasos por las anchas losas de las calles de Florencia, perdía la idea de llegar, ni se acordaba dónde queria ir; en fin, se encontró delante de las famosas puertas de bronce, esculpidas por Ghiberti, para la pila de San Juan, que está al lado de la catedral de Florencia.

Examinó aquel trabajo algun tiempo, admirando su inmensidad y la multitud de fisonomías variadas con que se presentan en él grupos admirables en proporciones muy distintas, pero muy claras, expresando todos un pensamiento del artista, una concepcion de su ingenio. — ¡Qué paciencia! exclamó Corina, ¡qué respeto á la posteridad! y sin embargo, ¡cuán pocas personas observan con atencion estas puertas por donde pasa el tropel con distraccion, ignorancia ó desden! ¡Oh qué difícil es al hombre huir del olvido! ¡y qué poderosa es la muerte!

En esta catedral asesinaron á Julian de Médicis; y no léjos de allí se ven, dentro de la iglesia de San Lorenzo en una capilla de mármol, riquísima en pedrerías, los sepuleros de los Médicis y las estatuas de Julian y de Lorenzo, por Miguel-Angel. La de Lorenzo de Médicis, en el acto de meditar la venganza del asesinato de su hermano, mereció el honor de llamarse: *el pensamiento de Miguel-Angel*. Al pié de aquellas estatuas se hallan la Aurora y la Noche; el despertar de una, y en especial el sueño de la otra, tienen particular expresion. Un poeta

hizo versos sobre la estatua de la Noche, que acababan con estas palabras : *aunque duerme, está viva ; despiértala si no lo crees, y hablará.* Miguel-Angel que cultivaba las letras, sin las cuales presto se marchita toda especie de imaginacion, respondió en nombre de la noche :

*Grato m'è il sonno, e più l'esser di sasso.  
Mentre che il danno e la vergogna dura,  
Non veder, non sentir m'è gran ventura ;  
Però non mi destar, deh ! parla basso (1).*

Miguel-Angel es el único escultor de los tiempos modernos, que ha dado á la figura humana un carácter diferente de la belleza antigua, y de la afectacion actual, como que se está viendo en ella el espíritu de la edad média, un alma enérgica y melancólica, una actividad constante, formas muy señaladas, y facciones que muestran el carácter de las pasiones ; pero no representan lo ideal de la belleza. Miguel-Angel es el genio de su propia escuela, porque nada imitó, ni aun de los antiguos.

Su sepulcro está en la iglesia de *Santa Croce*. Quiso se colocase enfrente de una ventana, desde donde podia verse la média naranja construida por Filippo Brunelleschi, como si todavía debieran estremecerse sus cenizas debajo del mármol, al ver

- (1) Dulce me es ser de piedra, y de esta suerte Dormir ; que mientras el oprobio dura, No ver y no sentir es gran ventura ; Habla quedo, ¡ ay de mí ! no me despierte.

aquella cúpula, modelo de la de San Pedro. La iglesia de Santa Croce encierra la reunion mas brillante de muertos que hay en Europa : y Corina se sintió hondamente conmovida, caminando por entre aquellas dos filas de muertos. Aquí está Galileo, perseguido por los hombres en castigo de haber descubierto los secretos del cielo : mas allá, Maquiavelo, revelador del arte de los delitos, mas como observador que como delincuente ; pero cuyas lecciones son mas provechosas á los opresores que á los oprimidos ; el Aretino, aquel hombre consagró su vida á las burlas, y no experimentó en la tierra nada grave sino la muerte ; Bocacio, cuya fantasía risueña arrojó los azotes reunidos de la peste y de la guerra civil ; un cuadro en honor del Dante, como si despues de haberle dejado morir en el tormento del destierro, pudiesen todavía los Florentinos ensalzarse con su gloria (1) ; en fin vense allí otros muchos nombres honrosos ; nombres celebrados mientras vivieron ; y ahora van resonando mas débilmente de generaciones en generaciones, hasta que su estruendo se apague del todo (2).

(1) Despues de muerto el Dante, los Florentinos, afrentados por haberle dejado perecer lejos de su mansion natal, enviaron al Papa una diputacion, suplicándole les volviere sus reliquias sepultadas en Roma ; pero el Papa lo rehusó, creyendo con razon que el país que acogió al desterrado, se habia hecho su patria, y no queriendo privarse de poseer su sepulcro.

(2) Alfieri dice que la primera vez que sintió el amor de la gloria, fué paseándose en la iglesia de Santa Croce, y allí está

La vista de aquella iglesia, ornada con tan nobles memorias, excitó el entusiasmo dentro del pecho de Corina; habíala desaminado el aspecto de los vivos, y la presencia silenciosa de los muertos reanimó, al ménos un instante, aquella emulacion de gloria que la enseñoreó otro tiempo; caminó por la iglesia con planta mas segura, y cruzaron aun por su alma algunos pensamientos de los dias pasados; vió venir por debajo de las bóvedas jóvenes sacerdotes cantando en voz baja, y paseándose pausadamente por derredor del coro; y preguntó á uno qué significaba aquella ceremonia: — *Rogamos por nuestros muertos*, le respondió. — Si, haceis bien, pensó entre sí Corina, de llamarlos *vuestros muertos*; no os queda ya otra propiedad gloriosa. ¡ Oh! ¿ por qué ahogó Osvaldo estos presentes que debí al cielo, para excitar entusiasmo en las almas acordes con la mia? ¿ Dios santo! exclamó arrodillándose, no os pido que me volvais mi talento por un vano orgullo: sin duda son los mejores de todos esos santos oscuros que supieron vivir y morir por vos; pero hay para los mortales diversas carreras; y el genio que celebrase las virtudes generosas, el genio consagrado á todo lo noble, humano y sincero, pudiera á lo ménos ser admitido en los vestíbulos exteriores del cielo. — Al acabar esta plegaria, tenia Corina inclinados al

sepultado. El epitafio compuesto por él mismo para su respetable amiga la condesa de Albany, y para él, es la expresion mas sencilla y mas tierna de una larga y perfecta amistad.

suelo los ojos, y se fijaron en esta inscripcion de un sepulcro, sobre el cual se hallaba arrodillada: *Sola en mi aurora, y sola en mi ocaso, tambien aquí estoy sola.*

— ¡ Ah! exclamó Corina, esta es la respuesta á mi ruego. ¿ Puede sentir emulacion quien está sola en este mundo? ¿ Quién tomaria interes en mis triunfos, si pudiera conseguirlos? ¿ Quién participaria de mi suerte? ¿ Qué sentimiento pudiera estimular mi ánimo al trabajo? ¡ ay! su mirada era mi recompensa.

Otro epitafio llamó asimismo su atencion: *No me compadezeas*, decia un hombre, muerto en juventud, *¡ si supieses cuántas penas me ahorró este sepulcro!* — ¡ Qué desapego á la vida inspiran estas voces! dijo Corina derramando lágrimas. Al lado del bullicio de la ciudad está una iglesia que enseñaria á los hombres, si quisiesen, el secreto de todo; mas pasan y no entran en ella, y el mundo camina por la portentosa ilusion del olvido.

## CAPITULO IV

El movimiento de emulacion, que alivió á Corina algunos instantes, la llevó al día inmediato á la ga-

La vista de aquella iglesia, ornada con tan nobles memorias, excitó el entusiasmo dentro del pecho de Corina; habíala desaminado el aspecto de los vivos, y la presencia silenciosa de los muertos reanimó, al ménos un instante, aquella emulacion de gloria que la enseñoreó otro tiempo; caminó por la iglesia con planta mas segura, y cruzaron aun por su alma algunos pensamientos de los dias pasados; vió venir por debajo de las bóvedas jóvenes sacerdotes cantando en voz baja, y paseándose pausadamente por derredor del coro; y preguntó á uno qué significaba aquella ceremonia: — *Rogamos por nuestros muertos*, le respondió. — Si, haceis bien, pensó entre sí Corina, de llamarlos *vuestros muertos*; no os queda ya otra propiedad gloriosa. ¡ Oh! ¿ por qué ahogó Osvaldo estos presentes que debí al cielo, para excitar entusiasmo en las almas acordes con la mia? ¿ Dios santo! exclamó arrodillándose, no os pido que me volvais mi talento por un vano orgullo: sin duda son los mejores de todos esos santos oscuros que supieron vivir y morir por vos; pero hay para los mortales diversas carreras; y el genio que celebrase las virtudes generosas, el genio consagrado á todo lo noble, humano y sincero, pudiera á lo ménos ser admitido en los vestíbulos exteriores del cielo. — Al acabar esta plegaria, tenia Corina inclinados al

sepultado. El epitafio compuesto por él mismo para su respetable amiga la condesa de Albany, y para él, es la expresion mas sencilla y mas tierna de una larga y perfecta amistad.

suelo los ojos, y se fijaron en esta inscripcion de un sepulcro, sobre el cual se hallaba arrodillada: *Sola en mi aurora, y sola en mi ocaso, tambien aquí estoy sola.*

— ¡ Ah! exclamó Corina, esta es la respuesta á mi ruego. ¿ Puede sentir emulacion quien está sola en este mundo? ¿ Quién tomaria interes en mis triunfos, si pudiera conseguirlos? ¿ Quién participaria de mi suerte? ¿ Qué sentimiento pudiera estimular mi ánimo al trabajo? ¡ ay! su mirada era mi recompensa.

Otro epitafio llamó asimismo su atencion: *No me compadezeas*, decia un hombre, muerto en juventud, *¡ si supieses cuántas penas me ahorró este sepulcro!* — ¡ Qué desapego á la vida inspiran estas voces! dijo Corina derramando lágrimas. Al lado del bullicio de la ciudad está una iglesia que enseñaria á los hombres, si quisiesen, el secreto de todo; mas pasan y no entran en ella, y el mundo camina por la portentosa ilusion del olvido.

## CAPITULO IV

El movimiento de emulacion, que alivió á Corina algunos instantes, la llevó al día inmediato á la ga-

lería de Florencia, lisonjeándose de hallar su antigua afición á las artes, y recobrar algun interes para sus primeras ocupaciones. Las bellas artes son todavía en Florencia muy republicanas, y las estatuas y las pinturas se ven á todas horas con la mayor facilidad. Hay hombres instruidos asalariados por el gobierno, y destinados, como ministros públicos, á explicar todas aquellas obras preciosas: y este es un rastro del respeto al talento de todas clases que siempre existió en Italia; pero mas particularmente en Florencia, cuando los Médicis solicitaban el perdón de su poder con su ingenio, y de su dominio sobre las acciones, con el libre vuelo que dejaban siquiera al pensamiento. La plebe de Florencia gusta mucho de las artes, y mezcla con este gusto la devoción, mas regular en Toscana que en ninguna otra parte de Italia, de suerte que no es cosa rara verla confundir las figuras mitológicas con la historia cristiana. Un Florentino, de la clase del vulgo, enseñaba á los extranjeros una Minerva llamándola Judit, un Apolo nombrándole David, y afirmaba, explicando un bajo relieve que representaba la toma de Troya, que Casandra era una buena cristiana.

La galería de Florencia es una coleccion inmensa, donde pudieran pasarse muchos dias sin llegar á enterarse de ella bien. Corina recorria todos aquellos objetos, y se sentia, con dolor, distraida é indiferente. La estatua de Niobe le movió algun inte-

res; hizole impresion aquel sosiego, aquella nobleza en medio del dolor mas agudo. Ciertamente el semblante de una madre, en igual situacion, estaria del todo trastornado; pero lo ideal de las artes conserva la hermosura en la desesperacion; y lo que mas entenece en las obras del genio, no es la desgracia misma, sino el poder que el alma conserva sobre aquella desgracia. Cerca de la estatua de Niobe está la cabeza de Alejandro moribundo, y estas dos especies de fisonomías dan mucho que pensar. Se ve en Alejandro asombro é indignacion de no vencer á la naturaleza; mientras en todas las facciones de Niobe se pintan las angustias del amor maternal; aprieta á su hija contra su pecho con un afán que rompe el corazon; y el dolor expresado en aquel admirable rostro tiene el carácter de la fatalidad, que privaba, entre los antiguos, de todo arbitrio al alma religiosa. Niobe levanta los ojos al cielo, mas sin esperanza, porque los mismos dioses son sus enemigos.

De vuelta á su casa, procuró Corina reflexionar sobre lo que habia visto, y quiso componer como en otros dias, pero á cada página la detenía una invencible distraccion. ¡Cuán distante se hallaba de ella el talento para improvisar! Costábale trabajo encontrar una voz, y muchas veces escribía palabras que le daban espanto á ella misma, volviendo á leerlas, como si se viese escrito el delirio de la calentura. Entónces sintiéndose incapaz de apartar su



mente de su propia situación, pintaba lo que padecía; pero ya no eran aquellas ideas generales, aquellos universales sentimientos que corresponden al alma de todos los hombres, sino el grito del dolor, grito cansado, cuando se dilata, como el chirrido de las aves nocturnas; sus expresiones tenían demasiado ardor, demasiado ímpetu, pocas gradaciones; manifestaban dolor, pero no talento. Sin duda para escribir bien es menester una conmoción verdadera; mas no ha de ser penosa en extremo: porque para todo se necesita ventura, y la poesía mas melancólica debe ser inspirada por una especie de estro que supone vigor y deleites intelectuales. El dolor verdadero no es naturalmente fecundo; produce una agitación oscura que siempre vuelve á las mismas ideas; como aquel caballero perseguido por una suerte funesta recorría en vano dando mil rodeos, y siempre se hallaba en el mismo sitio.

La quebrantada salud de Corina acabó de perturbar su talento: y entre sus papeles se hallaron algunas reflexiones que se van á leer, escritas de su mano en aquellos dias en que hacia inútiles esfuerzos para volver á ser capaz de un trabajo seguido.

## CAPITULO V

*Fragmentos de los pensamientos de Corina.*

« ¡Mi talento ya fué! lo siento: hubiera querido que mi nombre llegase á él con gloria: hubiera querido que al leer un escrito mio sintiese alguna simpatía con su corazón.

» No debí esperar que volviendo á su país, en medio de sus hábitos, conservase las ideas y los sentimientos capaces únicamente de reunirnos. ¡Hay tanto que decir contra una criatura como yo! y solo queda una respuesta, el entendimiento y el alma que tengo; pero ¡qué respuesta para la mayor parte de los hombres!

» Empero no es razón temer la superioridad del entendimiento y del alma, porque es muy moral; quien todo lo comprende, tiene indulgencia, y quien siente mucho, es en extremo bondadoso.

» ¿Cómo dos seres despues de haberse confiado sus mas íntimos pensamientos, despues de hablarse de Dios, de la inmortalidad del alma y del dolor, se hacen de improviso indiferentes uno á otro? ¡amor, misterio portentoso! ¡sentimiento admirable ó nulo! religioso como los mártires, ó mas helado que la mas sencilla amistad. Lo mas involuntario en la tierra, ¿nace del cielo ó de las pasiones del mundo?

¿Debemos obedecerle ó combatirle? ¡Ah! ¡cuántas tormentas se mueven dentro del corazón!

» El talento debía ser un recurso: cuando el Dominiquino se vió encerrado en un claustro, pintó magníficos cuadros en las paredes de su cárcel, y dejó allí obras preciosas por señal de su mansión; pero padecía por las circunstancias exteriores: no estaba el mal en el alma: y cuando está allí, no hay nada posible, agotóse el manantial de todo.

» A veces me observo como un extranjero, y me doy lástima yo misma. Antes era viva, sincera, buena, generosa, tierna; ¿por qué es todo esto origen de tanto mal? ¿Es el mundo malo en realidad? y ¿no nos privan ciertas prendas de nuestras armas en lugar de darnos aliento?

» Es lástima: yo nací con algun talento, y moriré sin dejar, aunque soy celebrada, idea alguna de mí. Si hubiera sido venturosa, si no me devorara la fiebre del corazón, habría contemplado de muy alto el destino humano, hubiera descubierto en él relaciones desconocidas con la naturaleza y el cielo; mas me asió la garra de la desgracia; ¿cómo he de pensar libremente, si me oprime cada vez que quiero tomar respiración?

» ¡Ay! ¿por qué no ha querido hacer venturosa á una criatura, cuyo secreto sabia él solo; á una criatura que solo á él le hablaba con el corazón? ¡Ah! es fácil separarse de esas mujeres que aman por acaso; pero la que necesita admirar á su amado, la

de juicio perspicaz, aunque su imaginación sea exaltada, no tiene en el orbe mas que un objeto.

» Aprendí la vida de los poetas, y no es así; la realidad tienen cierta aridez, que es en vano esforzarse á mudar.

» Cuando me acuerdo de mis aplausos, siento un impulso que me irrita. ¿Por qué me llamaban encantadora si no habían de amarme? ¿por qué me inspiraban confianza para hacerme mas horroroso el desengaño? ¿Hallará en otra mas talento, mas alma, mas cariño que en mí? No, hallará ménos y se contentará; porque se sentirá acorde con la sociedad. ¡Oh cómo da penas, cómo da placeres falaces!

» A la vista del sol y de las esferas estrelladas, no es menester mas que amarse, y sentirse dignos uno de otro, Pero ¡la sociedad, la sociedad! ¡cuán árido hace el corazón, y cuán frívolo el entendimiento! ¡cómo obliga á vivir por lo que dirán de nosotros! Si algun día se viesen los hombres, libre cada uno del influjo de todos, ¡qué ambiente tan puro entraria en su pecho! ¡cuál le refrescaran nuevas ideas y sentimientos sinceros!

» También la naturaleza es cruel. Va á marchitarse esta hermosura que ella me dió; y ya en vano sentiré los mas tiernos afectos; mis ojos apagados no pintarán mi alma, ni harán compadecer á mi ruego.

» Hay dentro de mí penas que jamas explicaré, ni aun escribiendo; me falta valor; el amor no mas pudiera sondar estos abismos.

» ¡Qué fortuna tienen los hombres! ¡van á la guerra, exponen su vida, se abandonan al entusiasmo del honor y del riesgo! ¡Pero las mujeres! nada tienen que las alivie; su existencia, inmóvil frente á frente con la desgracia, es un tormento harto dilatado.

» A veces, si oigo música, me recuerda el talento que tuve; el canto, la danza y la poesía: siento impulsos de soltarme de la desventura, y volver al contento; mas de improviso me estremece una sensación interior, parece que soy una sombra que intenta permanecer en la tierra, cuando los rayos del día y la inmediación de los vivos la obligan á desaparecer.

» Quisiera ser capaz de las distracciones que da el mundo; amábalas otro tiempo y me hacían bien, porque las reflexiones de la soledad me enajenaban demasiado, mi talento se volvía mayor con la variedad de mis impresiones. Ahora tengo el mirar fijo como el pensamiento: ¿dónde estais, alegría, gracia, imaginación? ¡Ah! ¡quisiera, aunque solo fuese por un momento, disfrutar de la esperanza otra vez! mas no será: el desierto es inexorable, agotáronse la gota de agua y el río, y la felicidad de un día es tan difícil, como el destino de la vida entera.

» Hállole culpado conmigo; pero cuando le comparo con los demás hombres, ¡qué fingidos, qué pobres, qué limitados me parecen! y él es mi ángel,

mas un ángel armado de la espada de fuego que consume mi suerte. El objeto amado es el vengador de los yerros que cometimos en este mundo; la divinidad le presta su poder.

» No, no es indeleble el primer amor, nace de la necesidad de amar; pero cuando despues de conocer la vida, y en todo el vigor del ánimo, se encuentran el entendimiento y el alma, buscados hasta entónces en vano, subyuga la verdad á la imaginación; y es razón ser desventurado.

» ¡Qué insensatez, dirán, al contrario, la mayor parte de los hombres, morir por el amor, como si no hubiese otros mil modos de existir! El entusiasmo de todas especies es ridículo para quien no lo siente. La poesía, el cariño, el amor, la religion tienen un mismo origen; y hay hombres á cuyos ojos son estos sentimientos locura. Todo es locura, si se quiere, fuera del cuidado de la existencia; en todo lo demás puede haber ilusión y error.

» Lo que me hace mas desdichada, es que él solo me entendía, quizá un día conocerá que yo sola le sabía comprender. Soy la criatura mas cariñosa, y la mas esquivo del mundo; todos los seres benévolos me agradan como sociedad para algunos instantes: pero para intimidad, para afecto verdadero, no podía amar mas que á Osvaldo. Imaginación, entendimiento, sensibilidad, ¡qué reunión! ¿dónde se encuentra en el universo? Y el cruel poseía todas estas prendas, ó á lo ménos todo su atractivo.

» ¿Qué habría dicho yo á los demas? con quién podria hablar? ¿qué objeto, qué interes me queda? Los dolores mas amargos, los sentimientos mas deliciosos, los he sentido, qué puedo temer? qué podria esperar? El macilento porvenir no es ya para mí mas que el espectro de lo pasado.

» ¿Por qué son tan fugaces estas situaciones felices? ¿qué tienen mas frágil que otras? ¿Es el dolor el órden natural? El padecer es una convulsion para el cuerpo; pero para el alma es un estado habitual.

« *Ahi! null' altro che il pianto al mondo dura* (1).

PETRARCA.

» ¡Otra vida! ¡otra vida! esta es mi esperanza; pero es tanta su fuerza, que se buscan en el cielo los sentimientos de la tierra. Pintan en las mitologías del norte las sombras de los cazadores corriendo en pos de las sombras de los ciervos por las nubes; pero ¿con qué derecho decimos son sombras? dónde están las realidades? No hay seguro mas que el dolor; solo él cumple lo que promete.

» Sueño sin cesar con la inmortalidad, no con la que dan los hombres: los que segun la expresion del Dante, *llamarán antiguo al tiempo actual*, ya no me interesan; pero no creo que se aniquile mi corazon. No, no lo creo, Dios mio. Este corazon es

(1) ¡Ah! solo en este mundo el llanto dura.

para vos, y sois tan bueno que le recibireis aun despues de despreciarle un mortal.

» Conozco no viviré mucho tiempo, y este pensamiento da serenidad á mi alma. Es dulce debilitarse en la situacion en que estoy; á la par se embota el sentimiento del dolor.

» Ignoro por qué en la turbacion del pesar, somos mas capaces de supersticion que de piedad, yo hago presagios de todo, y no sé todavia poner en nada mi confianza. ¡Ah! ¡qué suave es la devocion en la felicidad! ¡qué gratitud al Ser supremo debe sentir la esposa de Osvaldo!

» El dolor, sin duda, perfecciona mucho el carácter; atribuimos en nuestra mente las desgracias á los errores; y siempre los junta, al parecer, á lo ménos á nuestra vista, un lazo invisible; pero este efecto saludable tiene ciertos límites.

» Necesito un recogimiento profundo ántes de lograr

» . . . . . *Tranquillo varco*  
*A più tranquilla vita* (1).

» Cuando me halle mala del todo, renacerá la serenidad en mi pecho: son muy inocentes los pensamientos del ser que va á morir, y á mí me agradan los sentimientos que inspira esta situacion.

» Enigma portentoso del vivir, imposible de penetrar á la pasion, ni al dolor, ni al genio, ¿te revela-

(1) Tranquilo paso á mas tranquila vida.

rás á la plegaria? ¡Quizá las mas sencilla de las ideas explica este misterio! ¡quizá estuvimos mil veces próximos á ella en nuestras meditaciones! Mas no es dable este prostrar paso, y nuestros vanos esfuerzos de todas clases causan sumo cansancio al alma. Ya es tiempo que descansen la mia. »

*Fermossi al fin il cor che balzo tanto (1).*

IPPOLITO PINDEMONTE.

## CAPITULO VI

El príncipe de Castel-Forte dejó á Roma para establecerse cerca de Corina; y ella agradeció infinito esta demostracion de amistad, aunque le causó algun rubor no poder ya dar á la conversacion el atractivo de otros dias. Hallábase distraida y silenciosa; el quebranto de su salud la privaba del aliento preciso para vencer, siquiera un momento, los sentimientos que la dominaban, y si bien aun tenia cuando hablaba el interes que inspira la benevolencia; ya no la animaba el deseo de agradar. Si el amor desgraciado entibia todos los demas afectos, no acertamos á explicar nosotros mismos lo que pasa

1) Paró ya el corazon que latió tanto.

dentro de nuestro corazon; pero tanto como ganamos con la felicidad perdemos con penas. El aumento de vigor propio de un sentimiento que hace gozar de toda la naturaleza, se derrama en todas las relaciones de la vida y de la sociedad; mas cuando se destruye esta inmensa esperanza, queda la existencia tan pobre, que no somos capaces de ningun movimiento espontáneo. Por esto mandan tantas obligaciones á las mujeres, y mas á los hombres, respetar y temer el amor que inspiran, porque esta pasion puede anonadar para siempre el corazon y el entendimiento.

Procuraba el príncipe de Castel-Forte hablar á Corina de los objetos que otro tiempo la interesaban: á veces pasaba muchos minutos sin darle respuesta, porque no le oia en el primer momento; luego le llegaban el sonido y la idea, y decia alguna cosa sin el colorido, sin la viveza que ántes admiraba en su modo de hablar; pero bastante para mantener la conversacion un rato, y tener lugar de volver á sus meditaciones. Por fin hacia otro esfuerzo para no desanimar la bondad del príncipe de Castel-Forte, y muchas veces equivocaba las palabras, ó decia lo contrario de lo que acababa de decir; entónces se sonreía de lástima de si misma, y pedia perdon á su amigo de aquella especie de locura que conocia en su interior.

Quiso el príncipe de Castel-Forte arriesgarse á hablarle de Osvaldo, y aun parecia que Corina hallaba

en aquella conversacion un amargo deleite; pero al acabarla se sentia tan decaida, que su amigo juzgó absolutamente preciso dejarla. El príncipe de Castel-Forte tenia un corazon tierno; mas un hombre, y en especial un hombre que ha abrigado viva inclinacion á una mujer, no sabe, por mas generoso que sea, consolarla de la pasion que le inspira otro: un tanto de amor propio en él, y de timidez en ella, impiden una confianza perfecta : y tampoco ¿de qué serviria? los males que no sanan por sí mismos, no sanan.

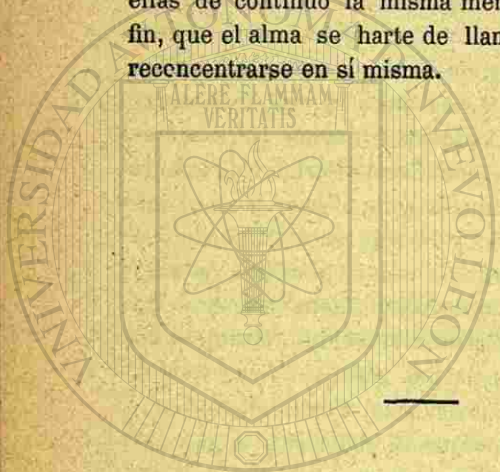
Todos los dias se paseaban juntos por las orillas del Arno Corina y el príncipe del Castel-Forte; y este recorria con amable mezcla de interes y de miramiento todos los asuntos de conversacion. Dábale ella gracias apretándole la mano, y aun procuraba tal vez hablar sobre los objetos que dependen del alma; mas llenábanse sus ojos de llanto; haciale mal su conmocion; ver su palidez y su temblor; y al punto trataba su amigo de distraerla de aquellas ideas. En una ocasion comenzó de improviso á chancarse con su gracia acostumbrada; y el príncipe de Castel-Forte la miró con admiracion y alegría, pero ella huyó al punto deshecha en lágrimas.

Cuando volvió á comer, alargó la mano á su amigo, diciéndolo : — Perdon, quisiera ser amable para recompensaros de vuestra bondad, mas no puedo; sed bastante generoso para sufrirme así como soy. — Lo que sobresaltaba mucho al prin-

cipe de Castel-Forte era el estado de salud de Corina. Todavía no la amenazaba un peligro próximo; pero no podia vivir largo tiempo, á no reanimar su vigor algunas circunstancias felices. Por este tiempo recibió el príncipe de Castel-Forte una carta de lord Nelvil; y aunque no mudaba en cosa alguna la situacion presente, pues le confirmaba que se hallaba casado, contenia, no obstante, palabras capaces de conmover hondamente á Corina. Horas enteras pasaba el príncipe de Castel-Forte meditando si debía, mostrándole aquella carta, causar á su amiga la sensacion mas viva, y la veia tan débil que no se determinaba. Mientras se sentia vacilante, recibió segunda carta de lord Nelvil, llena asimismo de sentimientos que habrian enternecido á Corina; pero traia la noticia de su partida para América. Entonces resolvió el príncipe de Castel-Forte callarlo todo; y acaso hizo mal, porque el dolor mas amargo de Corina era que lord Nelvil no le escribiese : á nadie queria confesarlo; pero aunque separada para siempre de Osvaldo, le habrian sido muy dulces un recuerdo, un sentimiento suyo; y lo mas horroroso á su vista era aquel silencio absoluto que no le proporcionaba siquiera ocasion de nombrarle, ó de oírle nombrar.

Un pesar, del cual nadie nos habla, un pesar que no muda en lo mas mínimo, ni con los dias ni con los años, ni es susceptible de acaecimiento ni de vicisitud, aflige mas que la variedad de las sensaciones

dolorosas. El príncipe de Castel-Forte siguió la máxima comun, que aconseja usar de todos medios para causar olvido; pero no hay olvido para las personas de vehemente imaginacion, y es mejor renovar en ellas de continuo la misma memoria, y hacer, por fin, que el alma se harte de llanto, que obligarla á recenctrarse en sí misma.



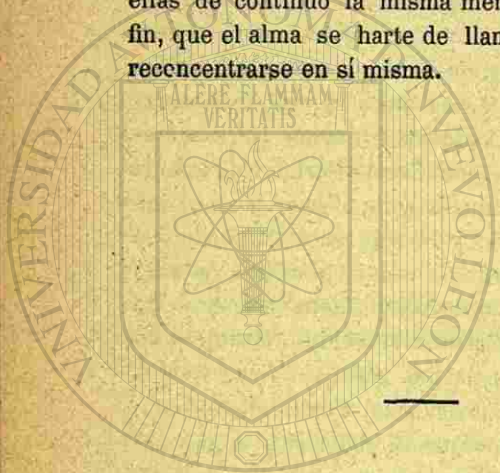
## LIBRO DÉCIMONONO

LA VUELTA DE OSVALDO A ITALIA

## CAPITULO I

Recordemos ahora los acontecimientos que pasaron en Escocia despues del dia de la triste fiesta en que hizo Corina tan doloroso sacrificio. El criado de lord Nelvil le entregó sus cartas en medio del baile; abrió muchas que le remitia su banquero de Londres, ántes de acertar con la que debia decidir de su suerte; pero cuando conoció la letra de Corina, cuando vió aquellas palabras : *Sois libre*, y distinguió el anillo, sintió juntamente un amargo dolor y la exasperacion mas viva. Dos meses hacia que le faltaban las cartas de Corina, ¡se rompía aquel silencio con palabras tan lacónicas, y con una accion

dolorosas. El príncipe de Castel-Forte siguió la máxima comun, que aconseja usar de todos medios para causar olvido; pero no hay olvido para las personas de vehemente imaginacion, y es mejor renovar en ellas de continuo la misma memoria, y hacer, por fin, que el alma se harte de llanto, que obligarla á recenctrarse en sí misma.



## LIBRO DÉCIMONONO

LA VUELTA DE OSVALDO A ITALIA

### CAPITULO I

Recordemos ahora los acontecimientos que pasaron en Escocia despues del dia de la triste fiesta en que hizo Corina tan doloroso sacrificio. El criado de lord Nelvil le entregó sus cartas en medio del baile; abrió muchas que le remitia su banquero de Londres, ántes de acertar con la que debia decidir de su suerte; pero cuando conoció la letra de Corina, cuando vió aquellas palabras : *Sois libre*, y distinguió el anillo, sintió juntamente un amargo dolor y la exasperacion mas viva. Dos meses hacia que le faltaban las cartas de Corina, ¡se rompía aquel silencio con palabras tan lacónicas, y con una accion



tan decisiva! Ya no dudó de su inconstancia; vino á la memoria cuanto lady Edgermond le dijo acerca de la volubilidad de Corina, y se juntó con sus enemigos, porque todavía la amaba bastante para ser injusto. Olvidósele que habia renunciado ya muchos meses á la idea de ser esposo de Corina, y que Lucila le inspiró una inclinacion harto viva; creyóse un hombre sensible vendido por una mujer infiel; sintió inquietud, enojo, desventura, pero en especial un impulso de orgullo que vencía á todas las demas sensaciones, inspirándole deseo de mostrarse superior á la que le dejaba. No debemos presumir de altivez en los afectos del corazon; porque apenas existe nunca, sino cuando el amor propio excede al cariño; y si lord Nelvil hubiera amado á Corina, cual en los dias de Roma y de Nápoles, no le separara de ella el resentimiento de sus presumidos agravios.

Lady Edgermond advirtió el desasosiego de lord Nelvil: era una persona de pasiones vehementes, con aparente tibieza, y la enfermedad mortal, de que se sentia amenazada, aumentaba su amor á su hija. Sabia que la pobre niña amaba á lord Nelvil, y temblaba de haber comprometido su felicidad dándosele á conocer: así no quitaba la vista de Osvaldo un instante, y descubria los secretos de su alma con una sagacidad generalmente atribuida al ingenio de las mujeres; pero dimanada en realidad de la continua atencion que inspira un verdadero

cariño. Valióse del pretexto de los asuntos de Corina, esto es, de la herencia de su tío que queria remitirle, para tener al otro dia una conversacion con lord Nelvil; y en ella adivinó muy presto que se hallaba descontento de Corina; y lisonjeando su enojo con la idea de una noble venganza, le propuso reconocerla por su hijastra. Admiróse lord Nelvil de tan pronta variacion en las intenciones de lady Edgermond; mas comprendió, no obstante, aunque sin expresar en manera alguna esta idea, que esta oferta no se realizaria si no daba la mano á Lucila; y en uno de los momentos en que mas bien se obra que se piensa, la pidió á su madre. Lady Edgermond pudo apenas, en el arrebato de su júbilo, contenerse bastante para no decir *sí* con demasiada prontitud; dió su consentimiento, y salió lord Nelvil de aquel gabinete comprometido con un vínculo que no pensaba formar cuando entró en él.

Mientras lady Edgermond preparaba á Lucila para recibirle, se paseaba él por el jardín con suma agitacion. Decíase que Lucila le habia agradado, porque la conocia poco, y que era cosa extraña fundar la felicidad de toda la vida en el atractivo de un misterio que habia de descubrirse por precision. Renació en su pecho un impulso de ternura hácia Corina, y se acordó de las cartas que él le escribia, manifestando harto claramente su lucha interior. — Hace bien, dijo, de renunciar á mí, pues no tuve

alientó para hacerla venturosa; pero debía costarle mas, y esta línea tan fria... ¿Y quién sabe si no la regaron sus lágrimas? y al pronunciar estas palabras, corrian, sin querer, las suyas. De tal suerte le arrebataron estas meditaciones, que se alejó del palacio, y le buscaron largo tiempo los criados de lady Edgermond, quien los habia enviado para avisarle que le esperaban; admiróse él mismo de su poco afán, y se volvió presuroso.

Al entrar en el aposento vió á Lucila arrodillada, y con la cabeza escondida en el seno de su madre: tenia en aquella postura la gracia mas tierna; y cuando oyó á lord Nelvil, alzó su rostro bañado de lágrimas, y le dijo alargándole la mano. — ¿No es verdad, milord, que no me apartareis de mi madre? — Aquel amable modo de manifestar su consentimiento causó á Osvaldo mucho interes; púsose tambien de rodillas y suplicó á lady Edgermond permitiese que el rostro de Lucila se inclinase hácia el suyo; y así recibió aquella criatura inocente la primera sensacion que la hizo salir de la infancia. Bañóse su frente de encendido rubor; Osvaldo conoció mirándola el vínculo sagrado y puro que acababa de formar, y la hermosura de Lucila, aunque encantadora en aquel momento, le causó ménos impresion que su celestial recato.

Los días anteriores al domingo señalado para la ceremonia se pasaron dando las disposiciones precisas para el matrimonio. Durante este tiempo no

habló Lucila mucho mas que ántes; pero cuanto decia era noble y sencillo; y lord Nelvil amaba y aprobaba todas sus palabras. No obstante, sentia algun vacío cerca de sí; la conversacion consistia en una pregunta y una respuesta; ni se extendia, ni se prolongaba; todo iba bien; pero no habia aquella vida inagotable, sin la cual no se puede pasar en probándola. Entónces se acordaba lord Nelvil de Corina; mas como nadie le hablaba ya de ella, tenia esperanza de que aquella memoria llegase por fin á ser una quimera, únicamente objeto de su vago pesar.

Lucila, sabiendo de su madre que su hermana vivia, y se hallaba en Italia, deseó con ansia preguntar por ella á lord Nelvil; pero lady Edgermond se lo vedó, y Lucila fué obediente, segun su costumbre, sin informarse de la razon de semejante precepto. La mañana del día destinado para el casamiento, se representó la imágen de Corina mas vivamente en el corazon de Osvaldo, y le sobresaltó á él mismo la impresion que sentia. Pero dirigió sus ruegos á su padre; díjole en lo íntimo de su corazon que por él, y por conseguir su bendicion en el cielo, cumpliera su voluntad en la tierra; y fortalecido con estos sentimientos llegó á casa de lady Edgermond, y se arrepintió de los agravios que en su pensamiento habia hecho á Lucila. Estaba tan hermosa cuando llegó á verla, que un ángel descendiendo á la tierra no habria escogido otra figura para dar idea á los hom-

bres de las virtudes celestiales : caminaron al altar, aun mas conmovida la madre que la hija, porque en aquel placer se mezclaba el temor, hijo siempre de una resolucion importante, sea cual fuere, para quien conoce la vida. Lucila no tenia mas que esperanza; juntábanse en ella la niñez y la juvenlud, y la alegría y el amor. Al volver del altar, se apoyaba timidamente en el brazo de Osvaldo, y así se aseguraba de su protector : Osvaldo la miraba enterneciéndose; parecia que dentro de su corazon sentia un enemigo amenazando á la felicidad de Lucila, y prometia defenderla de él.

Vuelta lady Edgermond al palacio, dijo á su yerno: Ya estoy sosegada; he puesto en vuestras manos la felicidad de Lucila, y me queda tan poco tiempo de vida, que me da sumo gusto ver tan bien ocupado mi lugar. — Estas palabras enternecieron mucho á lord Nelvil, y reflexionó con tanta conmocion como cuidado sobre las obligaciones que le imponian. Pocos dias habian pasado, y Lucila empezaba apénas á levantar hácia su esposo sus tímidas miradas, y á tomar aquella confianza que habria podido permitirle darse á conocer, cuando vinieron algunos incidentes desgraciados á turbar su union, anunciada al principio con auspicios mas favorables.

---

## CAPITULO II

Llegó Mr. Dickson á visitar á los novios, y se disculpó de no haber asistido á la boda, diciendo habia estado enfermo mucho tiempo de una violenta caida. Hablando de este accidente, dijo le socorrió la mujer mas seductora del mundo, en el instante en que Osvaldo jugaba al volante con Lucila. Era ella airosísima en este ejercicio, y Osvaldo miraba y no oia á Mr. Dickson, cuando él le gritó desde el extremo opuesto de la sala : Milord, seguramente ha oido hablar mucho de vos la hermosa desconocida que me dió favor, porque me ha hecho mil preguntas sobre vuestra suerte. — ¿Quién decís? respondió lord Nelvil siguiendo su juego. — Una mujer preciosa, replicó Mr. Dickson, aunque las penas habian alterado su semblante, que no podia hablar de vos sin conmoverse en extremo. — Estas palabras llamaron la atencion de lord Nelvil, y se acercó á Mr. Dickson pidiéndole las repitiese : Lucila no paró la consideracion en lo que decian, y fué á ver á su madre, que la envió á llamar; y Osvaldo se halló solo con Mr. Dickson, á quien preguntó cuál era la mujer de quien acababa de hablarle. — Lo ignoro, respondió; pero por su pronunciacion conocí era Inglesa; y pocas veces he

visto entre nuestras mujeres una criatura tan servicial, ni de tan amena conversacion : cuidó de mí, pobre anciano, cual si fuera mi hija, y en todo el tiempo que pasé con ella, no sentí las contusiones que habia recibido. Pero, querido Osvaldo, ¿sereis tambien infiel en Inglaterra, como lo fuisteis en Italia? porque mi preciosa bienhechora se ponía pálida y temblaba, cuando pronunciaba vuestro nombre. — ¡Cielo santo! ¿de quién hablais? ¿Una Inglesa? — Sí, por cierto, respondió Mr. Dickson, ya sabeis que los extranjeros nunca pronuncian nuestra lengua sin acento. — ¿Y su semblante? — ¡Oh! el mas expresivo que vi jamas, aunque se hallaba descolorida y flaca en términos que daba lástima. — No se parecia la brillante Corina á esta pintura; mas ¿no podia estar enferma? ¿no debia haber padecido infinito si habia venido á Inglaterra, y no habia visto á quien motivó su viaje? Estos celos asaltaron de repente á Osvaldo y prosiguió sus preguntas con sumo afan. — Mr. Dickson le respondia siempre que la desconocida hablaba con una gracia y con una elegancia que no habia encontrado en ninguna otra mujer; que en sus miradas se pintaba una expresion de bondad celestial; pero estaba triste y desmayada. No era esta la situacion acostumbrada de Corina; mas, lo repetimos, ¿no podia haberla mudado el dolor? — ¿De qué color tiene los ojos y el cabello? dijo lord Nelvil. — Del negro mas hermoso del mundo. — Turbóse lord Nelvil. — ¿Y ha-

bla con viveza? — No prosiguió Mr. Dickson; de rato en rato decia algunas palabras para preguntarme y responderme; pero las pocas voces que salian de sus labios, eran sumamente atractivas. — Iba á continuar, cuando volvieron lady Edgermond y Lucila : calló, y lord Nelvil no trató de saber mas; pero quedó sumido en una meditacion profundísima, y se salió á pasear hasta poder hallar solo otra vez á Mr. Dickson.

Lady Edgermond, á quien causó novedad su tristeza, hizo retirar á Lucila para preguntar á Mr. Dickson si habian hablado de alguna cosa que pudiera afligir á su yerno, y él le refirió sencillamente lo que le habia dicho. Al punto adivinó lady Edgermond la verdad, y se estremeció del dolor que sentiria Osvaldo si supiese con certeza la venida de Corina á Escocia; y previendo que preguntaria de nuevo á Mr. Dickson, le advirtió cuanto debia contestar, á fin de desvanecer los celos de lord Nelvil. En efecto, en otra conferencia con Mr. Dickson, no acrecentó su inquietud sobre este punto; pero tampoco la disipó, y la primera idea de Osvaldo fué preguntar á su criado si habian venido por el correo todas las cartas que le entregó en cerca de tres semanas, ó si se acordaba de haber recibido alguna por otro conducto? El criado aseguró que no; pero al salir del aposento, volvió atras, y dijo á lord Nelvil: *Con todo, me parece que el dia del baile me entregó un ciego alguna carta para V. S.; pero seria,*

*sin duda, pidiéndole limosna.* — ¡Un ciego! repuso Osvaldo; no, he recibido carta ninguna suya: ¿seria posible encontrarle? — Sí, señor, facilísimamente, respondió el criado; vive en el lugar. — Id á buscarle, dijo lord Nelvil; y no pudiendo esperar con sosiego la venida del ciego, salió al camino, y le encontró al fin de la arboleda?

— Amigo, le dijo, el dia del baile en el castillo os dieron una carta para mí: ¿quién os la entregó? — Milord ve que soy ciego, ¿cómo puedo saberlo? — ¿Pensais que fuese una mujer. — Sí, milord, porque tenia dulcísimo metal de voz, en cuanto podía conocerse, á pesar de su llanto, porque bien oí que lloraba. — ¡Lloraba! replicó Osvaldo. ¿y qué os dijo? — *Entregad esta carta al criado de Osvaldo, buen anciano;* y luego de repente, como si se hubiese equivocado, añadió: *á lord Nelvil.* — ¡Ah! ¡Corina! exclamó Osvaldo, y se vió precisado á apoyarse en el anciano, porque estaba para desmayarse. — Milord, prosiguió el anciano ciego, yo me hallaba sentado al pié de un árbol, cuando me hizo este encargo; quise cumplirle desde luego; pero como mi edad no me permite ya levantarme con facilidad, se dignó ayudarme ella misma, me dió mas dinero que tuve en mucho tiempo y sentí temblar su mano cuando me sostenia, como la vuestra, milord, ahora. — Basta, dijo lord Nelvil, tomad, buen anciano, tomad dinero como ella os dió; y rogad por nosotros dos. — Y se fué.

Desde aquel instante se apoderó de su alma un desasosiego horroroso; hacia por todas partes inútiles investigaciones, y no pudiendo comprender cómo era posible que Corina hubiese estado en Escocia sin solicitar verle, se atormentaba de mil modos para interpretar su conducta, y sentia tanta afliccion, que á pesar de todos sus esfuerzos para ocultarla, era imposible que lady Edgermond no la notase, y que hasta la misma Lucila no echase de ver cuanto padecia; su tristeza la tenia continuamente pensativa, y entre todos reinaba profundo silencio. Entónces escribió lord Nelvil al príncipe de Castel-Forte la primera carta, que este no juzgó oportuno enseñar á Corina, y que sin duda alguna la habria enternecido por el vehemente cuidado que manifestaba.

Volvió el Conde de Erfeuil de Plymouth, adonde acompañó á Corina, ántes de llegar la respuesta del príncipe de Castel-Forte: proponíase no decir á lord Nelvil lo que sabia de Corina, y al mismo tiempo sentia ignorasen que era sabedor de un secreto importante, y bastante discreto para callarle. Sus insinuaciones, de que al pronto no hizo caso lord Nelvil, llamaron su atencion luego que á su parecer podian referirse á Corina; y preguntó con ansia al Conde de Erfeuil, mas él se defendió bastante bien cuando hubo logrado le preguntasen.

Sin embargo, Osvaldo le arrancó, por fin, toda la historia de Corina, por el deleite del Conde de Er-

feuil en contar cuanto habia hecho por ella, la gratitud que le mostró siempre, la horrorosa situacion de abandono y dolor en que la encontrara; por último, hizo esta narracion sin atender, ni por pensamiento, al efecto que causaba en lord Nelvil, y sin mas objeto que ser en aquel momento, como dicen los Ingleses, *el héroe de su propia historia*. Cuando acabó de hablar el Conde de Erfeuil, se contristó de ver cuanto mal habia hecho, porque Osvaldo hasta entónces se contenia, y de improviso se puso como frenético de dolor, llamábase el hombre mas bárbaro y mas desleal; acordábase del desinterés y del cariño de Corina, de su resignacion y de su generosidad, en el mismo instante en que le creia mas culpado, y las comparaba con su dureza y con su inconstancia: repetia de continuo que nadie le amaria nunca cual ella le habia amado, y que era forzoso recibiese de algun modo el castigo de la crueldad de su trato: quería partir para Italia, verla un día, una hora no mas; pero ya ocupaban los Franceses á Roma y á Florencia, iba á embarcarse su regimiento, y no podia ausentarse sin deshonor, ni trapasar el corazón de su esposa, reparando agravios con agravios, y dolores con dolores. En fin esperaba los riegos de la guerra, y esta idea le serenó.

En esta disposicion escribió al príncipe de Castel-Forte la segunda carta, que este determinó ocultar tambien á Corina. La respuesta de su amigo la pintaba triste, pero resignada; y como era altivo,

y sentia su agravio, suavizó, en vez de ponderarla, su desgraciada situacion. Creyó, pues, lord Nelvil que no era bien atormentarla con su sentimiento, después de haberla hecho tan infeliz con su amor, y partió á las islas con una sensacion interior de pesar y de remordimiento que le hacia la vida insupportable y pesada.

---

### CAPITULO III

Afligia mucho á Lucila la partida de Osvaldo; pero el triste silencio que guardaba con ella en los tiempos postreros de su mansion en su propia casa, redoblaron en tales términos su natural timidez, que no se determinó á noticiarle se hallaba en cinta; de forma que él lo ignoró hasta que estando ya en las islas lo supo por una carta de lady Edgermond, á quien tampoco lo descubrió ántes su hija. Parecióle, pues, á lord Nelvil muy fria la despedida de Lucila; no hizo justicia á los sentimientos de su corazón, y comparando su dolor silencioso con las elocuentes penas de Corina, cuando se separó de ella en Venecia, no vaciló en creer que Lucila le amaba con tibieza. Sin embargo, en los cuatro años que

duró la ausencia de su esposo, no disfrutó de un dia feliz : y apénas llegó á distraerla un instante de los riesgos que corria el nacimiento de una niña ; agregándose á este cuidado el disgusto que debió causarle descubrir poco á poco todo lo relativo á Corina y á su trato con lord Nelvil.

El Conde de Erfeuil que pasó cerca de un año en Escocia, y vió con frecuencia á Lucila y á su madre, estaba intimamente persuadido de que no habia revelado el secreto de la venida de Corina á Inglaterra ; pero dijo tantas cosas parecidas á él, le era tan difícil cuando desmayaba la conversacion no hablar otra vez de un asunto tan interesante para Lucila, que esta llegó á saberlo todo. A pesar de toda su inocencia, no le faltaba arte para hacer hablar al Conde de Erfeuil, tan fácil era conseguirlo.

Lady Egermond, á quien su enfermedad ocupaba mas cada dia, no advirtió el afan de su hija por saber lo que habia de causarle tanto dolor ; pero cuando la vió tan melancólica, logró le descubriese el motivo de sus penas. Explicóse lady Edgermond con su suma severidad acerca del viaje de Corina á Inglaterra ; mas Lucila sentia de otra suerte, hallábase unas veces celosa de Corina, y otras descontenta de Osvaldo, por haberse mostrado tan cruel con una mujer que tanto le amaba, pareciéndole debia temer para su propia dicha al hombre que sacrificó la dicha de otra de tan desapiadada manera. Siempre habia conservado cariño y agradecimiento á su her-

mana, y esto aumentaba la compasion que de ella sentia ; de suerte que en lugar de complacerle el sacrificio de Osvaldo, se mortificaba con el pensamiento de que solo la habria preferido porque su situacion en el mundo era mejor que la de Corina ; acordábase de su vacilacion ántes de darle la mano, de su tristeza pocos dias despues, y cada vez creia mas firmemente la cruel presuncion de que su esposo no la amaba. Lady Edgermond hubiera podido serle muy útil en esta disposicion de su alma, si la tranquilizara ; pero no conocia la indulgencia, ni comprendia mas que la obligacion y los sentimientos que ella permite, y así pronunciaba anatema contra cuanto se apartaba de estos principios. No pensaba jamas en corregir contemplando, ántes discurría que él único medio para excitar remordimiento era manifestar enojo ; participaba demasiado de las desazones de Lucila, y se irritaba al pensar que una criatura tan preciosa no fuese estimada como merecia de su esposo ; por manera que en lugar de hacer bien, persuadiéndola que le tenia mas amor que juzgaba, hacia mayores sus recelos por fomentar mas su altivez. Lucila, mas suave y ménos ciega que su madre, no seguia sus consejos rigurosamente ; pero siempre dejaban alguna impresion : y sus cartas á lord Nelvil eran mucho ménos tiernas que lo interior de su alma.

Distinguiase Osvaldo, durante este tiempo, en la guerra con acciones de extraordinario valor, expo-

niendo mil veces su vida, no solo por entusiasmo de honor, sino por afición al peligro. Veíase que él se mostraba mas contento, mas vivo, mas feliz el día de las batallas; sonrojábase de alegría cuando empezaba el estrépito de las armas, y solo en aquel punto se aliviaba, y le permitía respirar libremente un peso que de continuo oprimía su corazón. Adorábanle los soldados, admirábanle sus compañeros, y tenía cierta vida activa, que sin hacerle dichoso, le aturdió respecto á lo pasado y á lo venidero. Recibía las cartas de su mujer, y parecíanle frías; pero se acostumbraba á su estilo: y la memoria de Corina se le presentaba frecuentemente en las hermosas noches de los trópicos, que dan idea tan grandiosa de la naturaleza y de su Hacedor; mas como el clima y la guerra amenazaban diariamente su vida, se creía ménos culpado hallándose tan próximo á perecer, porque los enemigos logran perdón cuando los amenaza la muerte, y nosotros mismos tenemos indulgencia en semejante situación con nuestros propios errores: solamente se acordaba lord Nelvil de las lágrimas de Corina cuando supiese su fin, y olvidaba las que le habian hecho derramar sus agravios.

En medio de los peligros que tantas veces hacen reflexionar sobre la incertidumbre de la vida, pensaba mas en Corina que en Lucila: habian hablado tanto los dos de la muerte, habian meditado tanto sobre los pensamientos mas graves, que

le parecia hallarse todavía hablando con Corina, cuando trataban de las magníficas ideas que recuerda el espectáculo habitual de la guerra y de sus peligros. A ella se dirigia cuando estaba solo, aunque la juzgaba irritada con él; antojábasele que aun se entendian, á pesar de la ausencia, á pesar de la infidelidad misma, en tanto que la apacible Lucila, á quien no presumia agraviada, solo se presentaba á su memoria como una criatura digna de protección, mas á quien era menester evitar todas las reflexiones tristes y profundas. Por fin, recibieron orden de volver á Inglaterra las tropas que mandaba lord Nelvil; volvió él tambien; pero la tranquilidad del navío le agradaba ya ménos que la actividad de la guerra; el movimiento exterior sucedió para él á los placeres de la imaginación, que otro tiempo le daban las conversaciones de Corina, porque no habia siquiera probado en su ausencia el descanso. Logró hacerse amar tanto de los soldados, y les inspiró tal entusiasmo, que sus obsequios y sus respetos renovaron todavía para él, durante el viaje, el interés de la vida militar; y este interés no cesó enteramente hasta que hubieron desembarcado.



## CAPITULO IV

Lord Nelvil partió, apénas llegó á tierra, para la hacienda de lady Edgermond en el Northumberland, porque necesitaba renovar su conocimiento con su familia, cuyas costumbres habia olvidado en una ausencia de cuatro años. Presentóle Lucila su hija, de mas de tres años, con tanta tímidez como una mujer delincuente: parecíase la niña á Corina, y no era extraño, pues la imaginacion de Lucila estuvo siempre ocupada, miéntras se halló en cinta, con la memoria de su hermana, y Julieta, este era su nombre, tenia los mismos ojos y el propio cabello de Corina. Lo reparó lord Nelvil y se turbó, tomóla en brazos, y la apretó cariñosamente contra su corazon; mas Lucila no vió en aquel movimiento mas que un recuerdo de Corina, y desde aquel instante no disfrutó con sosiego del afecto que lord Nelvil mostraba á Julieta.

Todavía se habia hecho mas hermosa Lucila; llegaba casi á los veinte años, y su belleza tomaba un carácter majestuoso, inspirando un sentimiento de respeto á Lord Nelvil. Ya no podia lady Edgermond salir de su lecho, y su situacion la desazonaba y la afligia; mas no obstante vió con gusto á lord Nelvil, porque temia mucho morir en

su ausencia, y dejar á su hija sola en el mundo. De tal manera se habia lord Nelvil acostumbrado á una vida activa, que le costaba sumo trabajo estar casi todo el dia en el aposento de lady Edgermond, donde ya no entraban mas que su yerno y su hija. Lucila amaba, como siempre, con extremo á lord Nelvil; pero tenia el pesar de no creerse correspondida, y le ocultaba por altivez lo que sabia de su pasion á Corina, y los celos que le causaba, aumentando su habitual reserva con este disimulo, y haciéndose mas fria y mas callada que lo fuera naturalmente. Cuando su esposo intentaba darle algunos consejos acerca del atractivo que tendria su conversacion, si tomase en ella mas interes, creia hallar en sus razones una memoria de Corina, y se ofendia en lugar de enmendarse. Lucila tenia un carácter sumamente suave; pero su madre le habia dado ideas positivas sobre todas las cosas; y cuando lord Nelvil ponderaba los placeres de la imaginacion, y el atractivo de las bellas artes, veia siempre en cuanto decia las memorias de Italia, y abatia con bastante sequedad el entusiasmo de lord Nelvil, pensando que su única causa era Corina: en otra situacion habria recogido con cuidado las palabras de su esposo para estudiar todos los medios de agradarle.

Lady Edgermond, cuyos defectos se aumentaban con la enfermedad, mostraba cada vez mayor antipatía á cuanto se apartaba de la uniformidad y de la regla habitual de la vida. En todo hallaba mal, y

su imaginacion, irritada por los dolores, se ofendia de todo ruido en lo físico y en lo moral: habria querido reducir la existencia al menor coste posible, quizá por no sentir tanto lo que se veia próxima á dejar; pero como nadie confiesa el motivo personal de sus opiniones, las apoyaba en los principios generales de una moral exagerada. No cesaba de quitar su encanto á la vida, haciendo delito los menores placeres, y oponiendo una obligacion á cada empleo de las horas que pudiese diferir en algo de lo que habian hecho la vispera. Lucila que si bien obediente á su madre, tenia no obstante mas flexibilidad de carácter, se habria reunido con su esposo para combatir suavemente la austeridad y el predominio cada dia mayor de lady Edgermond, si esta no la persuadiera que obraba así solo por oponerse á la inclinacion de lord Nelvil á vivir en Italia. — Es preciso luchar sin descanso, decia, por el poder de la obligacion contra una inclinacion funesta que podria renacer. — Lord Nelvil respetaba tambien mucho, por cierto, la obligacion; pero la miraba bajo diferente aspecto: gustábale subir á su origen, y la creia en todo de acuerdo con nuestras verdaderas inclinaciones, sin exigir de nosotros combates y sacrificios continuos. Parecíale, por fin, que la virtud, léjos de atormentar la vida, contribuia de tal suerte á la felicidad duradera, que podia considerarse como una especie de prescencia concedida al hombre en la tierra.

A veces Osvaldo, desenvolviendo sus ideas, se entregaba al deleite de usar las expresiones de Corina, y se escuchaba con gusto á sí mismo cuando se valia de su lenguaje. Lady Edgermond manifestaba enojo apénas advertia aquel modo de pensar y de hablar: las ideas nuevas desagradan á las personas de edad; gustan de persuadirse que el mundo va siempre perdiendo, en lugar de adquirir, desde que pasaron los dias de su juventud. Lucila, por el instinto del corazon, distinguia en el interes con que hablaba lord Nelvil el resonar de su cariño á Corina, bajaba los ojos por no manifestar á su esposo lo que pasaba dentro de su alma, y él sin recelo de que supiese sus relaciones con Corina, atribuia aquel inmóvil silencio, miéntras hablaba con calor, á la frialdad de su mujer. No sabiendo, pues, á quién dirigirse para encontrar un entendimiento que respondiese al suyo, se renovaban en su alma con mas viveza los sentimientos de lo pasado, y se entregaba á la mas profunda melancolía. Escribió al principe de Castel-Forte pidiéndole nuevas de Corina; mas la guerra impidió llegara su carta. Padecia mucho su salud con el clima de Inglaterra, y no cesaban los médicos de repetirle se le dañaria de nuevo el pecho, si no pasaba el invierno en Italia; pero no habia medio de pensar en ello, no cesando la guerra entre Inglaterra y Francia. En una ocasion habló delante de su suegra y de su mujer de los consejos de los médicos, y del obstáculo que encontraba

para seguirlos. — Aun cuando se haga la paz, dijo lady Edgermond, no pienso, milord, que vos mismo consintais ver á Italia otra vez. — Si la salud de milord lo exigiese, interrumpió Lucila, haria muy bien en ir. — Esta voz pareció á lord Nelvil bastante suave, y se apresuró á demostrar á Lucila su gratitud; pero esta misma gratitud la ofendió, porque pensó tenia intencion de prepararla para el viaje.

Hizose la paz en la primavera, y se facilitó el viaje á Italia. Cada vez que lord Nelvil soltaba alguna reflexion sobre el quebranto de su salud, se sentia Lucila combatida entre el cuidado que le daba, y el recelo de que lord Nelvil quisiese manifestar la precision de pasar el invierno en Italia; y mientras su cariño la inclinaba á ponderar la enfermedad de su esposo, los celos, nacidos tambien de aquel propio cariño, la hacian buscar razones para no dar fe á cuanto los mismos médicos decian acerca del riesgo que le traeria permanecer en Inglaterra. Lord Nelvil atribuia la conducta de Lucila á indiferencia y á egoísmo, y ambos se ofendian mutuamente por no confesarse con franqueza lo que sentia su corazon.

En fin, lady Edgermond se puso en un estado tan peligroso, que Lucila y lord Nelvil no hablaban sino de su enfermedad; perdió la pobre el habla un mes ántes de su muerte; y ya solo por lágrimas, ó por su modo de apretar la mano, se adivinaban sus

ideas. Lucila estaba desconsolada; Osvaldo sinceramente enternecido, velaba á par de ella todas las noches; y como era en el mes de noviembre, le hicieron sumo daño los cuidados que le prodigó. Lady Edgermond se mostró contenta de las demostraciones del cariño de su yerno; los defectos de su carácter desaparecian conforme los iba haciendo mas disculpables su terrible estado; tanto sosiega la proximidad de la muerte todas las agitaciones del alma, y la mayor parte de los defectos dimanaban de esta agitacion.

La noche de su muerte cogió la mano de Lucila y la de lord Nelvil, y poniéndolas una dentro de otra, las apretó contra su corazon, y alzando los ojos al cielo, no dió indicio de sentir verse privada del habla; nada mas hubiera dicho que aquella mirada y aquel movimiento. Pocos minutos despues espiró.

Lord Nelvil que se habia violentado para poder asistir á lady Edgermond, cayó peligrosamente enfermo: y la desgraciada Lucila hubo de sufrir la mas horrorosa zozobra, al mismo tiempo que el mas cruel dolor. Parece que en medio de su frenesí, pronunció lord Nelvil repetidas veces el nombre de Corina y el de Italia; pedia con frecuencia en su delirio, *sol, mediodía, un aire mas cálido*; y cuando le entraba el temblor de la calentura, decia: *hace tanto frio en este norte, que no será posible calentarse jamas*. Al volver en sí se admiró de saber que

Lucila lo tenia dispuesto todo para el viaje á Italia; mostró su extrañeza, y ella le dió por motivo el consejo de los médicos. — Si lo permitis, añadió, os acompañaremos mi hija y yo, no es bien que una niña se aparte de su padre ni de su madre. — Si en verdad, respondió lord Nelvil, debemos estar siempre juntos; pero ¿os incomoda este viaje? decidlo, no iré. — No, repuso Lucila, no es eso lo que me incomoda.... — Miróla lord Nelvil, y la cogió de la mano: iba ella á explicarse mas; pero la memoria de su madre, que le habia encargado no mostrase jamas sus celos, la contuvo de improviso, y prosiguió diciendo: — Lo mas interesante para mí, debeis creerlo, milord, es el restablecimiento de vuestra salud. — Teneis una hermana en Italia, continuó lord Nelvil. — Lo sé, respondió Lucila: habeis recibido noticias suyas? — No, dijo lord Nelvil; desde mi partida para América ignoro absolutamente cuál es su situacion. — Pues bien, milord, lo sabremos en Italia. — ¿La amais todavía? — Si, milord, respondió Lucila, no he olvidado el cariño que me mostró en mi niñez. — ¡Oh, nada debe olvidarse! dijo lord Nelvil suspirando; — y el silencio de ambos dió fin á la conversacion.

No iba Osvaldo á Italia intentando renovar sus primeros vínculos con Corina; tenia demasiada delicadeza para que se le ocurriese tal pensamiento; mas si no coseguia restablecerse de la enfermedad de pecho que le amenazaba, le parecia, al ménos, dulce morir

en Italia, y obtener en el postrer adios el perdon de Corina. No presumia que Lucila pudiese saber su pasion á su hermana, y aun ménos recelaba haber descubierto en el delirio los sentimientos que todavia agitaban su corazon; pero no hacia justicia al talento de su mujer, porque aquel talento era estéril y le aprovechaba mas para adivinar los pensamientos ajenos, que para interesar con los suyos propios. Habíase, pues, acostumbrado Osvaldo á mirarla como una criatura hermosa y helada, que cumplia sus obligaciones, y le amaba cuanto podia amar, pero ignoraba la ternura de Lucila, y ella la encubria con el mayor cuidado. La altivez, en esta ocasion, la hacia disimular lo que la affigia; mas aun en otra situacion feliz no habria creído lícito manifestar cariño demasiado vivo, ni á su esposo, creyendo la expresion contraria de la honestidad cualquier sentimiento apasionado; y como, sin embargo, era capaz de aquel cariño, su educacion, imponiéndole este deber de violentarse, la hizo triste y silenciosa: habíanla persuadido que no debia relevar sentimientos de su corazon; pero no encontraba placer en decir ninguna otra cosa. ®

## CAPITULO V

Lord Nelvil temia las memorias que le excitaba la Francia, y así la cruzó con rapidez, porque no manifestando Lucila con este viaje deseo ni voluntad de nada, él solo decidía de todo. Llegaron á la falda de los montes que dividen el Delfinado de la Saboya, y subieron á pié lo que llaman *el paso de las Escalas*; es un camino abierto en la peña, cuya entrada parece la de una honda cueva; está oscuro en toda su extension, aun durante los días mas hermosos del verano. Era entónces el principio del mes de diciembre, y todavía no habia caído nieve; pero el otoño, estacion de decadencia, iba á concluir, y el invierno le sucedía: cubrian todo el camino las hojas muertas traídas por el viento, porque aquel pedregoso terreno estaba sin árboles; y no se veían á par de las reliquias de la naturaleza marchitar los ramos, esperanza del año siguiente. Agradaba á lord Nelvil la vista de los montes: en los países llanos parece que la tierra no tiene otro destino sino sustentar y dar alimento al hombre; pero en las regiones pintorescas, como que se advierte la estampa del genio del Criador y de su omnipotencia. Si embargo, el hombre se ha familiarizado en todas partes con la naturaleza, y los caminos abiertos por su

mano trepan á los montes y descienden á los abismos; ya nada hay inaccesible para, él, sino el gran misterio de su propio ser.

En la Moriena se hizo el invierno á cada paso mas rigoroso; parecia que se iba hácia el norte, acercándose al Moncenís, y Lucila, no hecha á viajar, se asustaba de aquellos hielos que hacen los caballos tan poco tan seguros. Disimulaba sus temores por no incomodar á Osvaldo; pero se arrepentía con frecuencia de haber llevado consigo á su niña, preguntándose á sí misma si habia dictado aquella accion la mas perfecta moralidad, y si su cariño extremado á aquella criatura, y la idea de que Osvaldo la amaba mas presentándose á él siempre con Julieta, no la distrajeron de los peligros de tan dilatado viaje. Lucila era sumamente timorata, y solia fatigar su alma á fuerza de escrúpulos y de preguntas secretas relativas á sus acciones, porque la delicadeza va siempre creciendo, conforme crece la virtud, y con ella se aumentan tambien las zozobras de la conciencia: así Lucila no encontraba refugio contra esta disposicion mas que en la piedad, y la sosegaban largas é interiores plegarias.

A medida que se adelantaban hácia el Moncenís, se revestia toda la naturaleza de mas terrible carácter; caía la nieve copiosamente sobre la tierra cubierta ya de nieve; parecia la entrada del infierno de hielo tan bien pintado por el Dante: todas las producciones del suelo presentaban un aspecto uniforme

desde lo mas hondo de los precipicios hasta la cumbre de los montes; el mismo color donde quiera desvanecia todas las variedades de la vegetacion; corrian los rios todavia á la falda de los montes; pero los abetos, todos blancos, se retrataban en las aguas como espectros de árboles. Osvaldo y Lucila miraban callando aquel espectáculo : el habla parece ajena de la naturaleza helada, y con ella se calla; cuando de improviso divisaron, en un vasto llano de nieve, una dilatada hilera de hombres vestidos de negro, que llevaban un féretro hácia una iglesia. Aquellos sacerdotes, únicos seres vivos en medio de aquel campo frio y despoblado, caminaban con paso lento, que el rigor de la estacion apresurara, si el pensamiento de la muerte no hubiese comunicado su gravedad á su planta. El luto de la naturaleza y del hombre, de la vegetacion y de la vida; aquellos dos colores, aquel blanco, y aquel negro, que herian únicamente la vista y sobresalian mas uno con otro, llenaban el alma de espanto. Lucila exclamó con voz baja : — ¡Qué triste presagio! — Lucila, interrumpió Osvaldo, creedme, no es para vos. — ¡Ay! pensó dentro de sí, no hice con semejantes auspicios el viaje de Italia en compañía de Corina; ¿qué ha sido ahora de ella? ¿todos estos objetos lúgubres me anuncian acaso lo que voy á padecer?

Lucila se hallaba muy incomodada de los sustos del viaje : Osvaldo no se acordaba de aquella especie de terror ajena de un hombre, y en especial

de un carácter tan intrépido como el suyo; pero Lucila creia indiferencia lo que dimanaba únicamente de no ocurrirsele á él en aquella ocasion la idea de ningun peligro. En tanto, todo se reunia para aumentar las ansias de Lucila : los hombres del vulgo encuentran cierta satisfaccion en abultar el riesgo; esta es su especie de imaginacion; y se complacen en ver el efecto que causan en personas de otra clase, cuya atencion llaman espantándolas. Cuando se quiere atravesar el Moncenis en invierno, dan á cada instante los viajeros á los dueños de las posadas noticias del paso del *Monte*; así lo llaman, y parece que hablan de un monstruo inmóvil, guardian de los valles que llevan á la tierra de promision. Observan el tiempo para saber si hay motivo de recelar y cuando es de temer el viento llamado *la tormenta*, aconsejan con empeño á los extranjeros que no se arriesguen á encontrarse en el monte. Anuncia este viento una nube blanca que se extiende en el aire como un lienzo, y oscurece pocas horas despues todo el horizonte.

Lucila habia tomado secretamente, y sin decirlo á lord Nelvil, todas las noticias que pudo : él no pensaba en tales temores, y se entregaba enteramente á las reflexiones que le sugería su vuelta á Italia; mas Lucila, á quien conmovia el objeto del viaje aun mas que el viaje mismo, juzgaba de todo con una preocupacion contraria, y culpaba tácitamente á lord Nelvil de su completa seguridad por ella y por su

hija. La misma mañana del paso del Moncenís, se juntaron al rededor de Lucila muchos labradores, y le dijeron amenazaba la *tormenta*; empero los que debian llevar á ella y á su hija afirmaron no habia qué temer. Volvió Lucila los ojos á lord Nelvil, y le vió burlarse del miedo que intentaban causarle, y sentida de nuevo de su determinacion, declaró sin tardanza queria partir. No advirtió Osvaldo el sentimiento de donde procedia aquella resolucion, y siguió á caballo la litera en que iban su esposa y su hija. Subieron con bastante felicidad; pero al llegar en medio del llano que separa la subida de la bajada, se levantó un horroroso huracan. Cegaban á los conductores los torbellinos de nieve, y en muchas ocasiones perdía Lucila de vista á Osvaldo, á quien la tempestad tenia como envuelto entre sus nieblas impetuosas. Los venerables religiosos que se dedican, en la cima de los Alpes, á salvar á los caminantes, empezaron á tocar sus campanas de aviso; y aunque aquella señal anunciaba la compasion de los hombres benéficos que la daban, el sonido por sí tenia cierta oscuridad, y los golpes precipitados del bronce expresaban con mas propiedad el espanto que el favor.

Lucila esperaba que Osvaldo propusiese detenerse en el convento, y pasar en él aquella noche; pero como no quiso decirle lo deseaba, creyó mejor apresurarse á llegar: los conductores de Lucila preguntaron con inquietud si debian empezar la bajada. —

Sí, respondió ella, una vez que milord no se opone. — Hacia mal Lucila en no manifestar sus temores, porque tenia consigo á su hija; pero quien ama, y no se juzga amado, se ofende de todo, y cada instante de la vida para él es un dolor y casi una humillacion. Osvaldo permanecia á caballo, aunque de este modo era mas peligroso bajar; pero le parecia que de otra manera perderia tal vez de vista á su mujer y á su hija.

En el momento en que Lucila vió desde la cima del monte el camino que baja de él, aquel camino tan rápido que pasaria por un precipicio si los abismos que están á su lado no mostrasen la diferencia, apretó á su hija contra su pecho con vivísima alteracion; y advirtiéndolo Osvaldo, y apeándose de su caballo, fué á juntarse con los conductores para sostener su litera. Tenia Osvaldo tanta gracia en cuanto hacia, que Lucila, viéndole cuidar de ella y de Julieta con mucho afan y cariño, se sintió los ojos bañados de lágrimas; mas al instante se levantó una ráfaga tan terrible, que los mismos conductores se arrodillaron, exclamando: *¡Dios mio, socorrednos!* Entónces Lucila recobró todo su valor, y levantándose sobre la litera alargó á Julia á lord Nelvil, y le dijo: — Amigo mio, tomad vuestra hija. — Cogióla Osvaldo, y respondió á Lucila: — Venid vos tambien, á los dos os podré llevar. — No, repuso Lucila, salvad solo á vuestra hija. — ¿Cómo salvar? repitió lord Nelvil, ¿acaso hay peligro? Y volvién-

dose á los conductores, exclamó: ¡Infelices! ¿por qué no decíais... — Me han avisado, interrumpió Lucila... — ¿Y me lo ocultásteis? dijo lord Nelvil, ¿qué he hecho para merecer ese cruel silencio? — Diciendo estas palabras, envolvió á su hija con su capa, y bajó los ojos hácia el suelo en un ansia mortal; pero el cielo, protector de Lucila, hizo asomar un rayo que rompió las nubes, sosegó la borrasca, y ostentó á la vista hasta las fértiles llánuras del Piamonte. Dentro de una hora llegó toda la caravana sin contratiempo á la Novalesa, primera ciudad de Italia pasado el Monceíns.

Luego que llegaron á la posada, tomó Lucila en brazos á su hija, subió á un aposento, se arrodilló y dió gracias al Señor con ardiente devocion. — Osvaldo, mientras ella oraba, permanecia apoyado sobre la chimenea con ademan pensativo, y cuando Lucila se levantó, le alargó la mano, y le dijo: Lucila, ¿habeis tenido miedo? — Sí, amigo mio, le respondió. — ¿Y por qué os pusísteis en camino? — Parecía que estábais impaciente por partir. — ¿No sabeis, respondió lord Nelvil, que mi único recelo son vuestras penas ó vuestros riesgos? — Por Julieta son de temer, dijo Lucila. — Púsola sobre sus rodillas para acercarla al calor del fuego, y rizaba con sus manos os hermosos cabellos negros de aquella niña, que la nieve y la lluvia habian pegado á su frente. En aquel instante eran preciosísimas la madre y la hija; y Osvaldo las miraba á las dos

con cariño; pero el silencio suspendió otra vez una conversacion, que quizá habria conducido á una explicacion venturosa.

Llegaron á Turin: este año era el invierno rigorosísimo: los dilatados aposentos de Italia están destinados á recibir el sol, y parecen yermos en el frio, porque los hombres son muy pequeños para aquellas inmensas bóvedas. Dan gusto en el verano por su frescura; pero en el rigor del invierno no se siente mas que el vacío de aquellos vastos palacios, cuyos poseedores semejan pigmeos en la morada de los gigantes.

Acababa de saberse la muerte de Alfieri, y era un luto general para todos los Italianos que querian envanecerse con su patria. Lord Nelvil creia ver donde quiera la estampa de la tristeza; ya no conocia la impresion que otro tiempo hacia en él Italia, y la ausencia de la que tanto amó despojaba a sus ojos de todo su encanto á la naturaleza y á las bellas artes. Pidió noticias de Corina en Turin; dijeron que en cinco años no habia publicado nada, y vivia en el mayor retiro; pero le aseguraron estaba en Florencia. Resolvió, pues, ir, no para establecerse allí, ni faltar al cariño debido á Lucila, sino para explicar á lo ménos por sí mismo á Corina como habia ignorado su viaje á Escocia.

Atravesando las llanuras de Lombardia, exclamaba Osvaldo: — ¡Ah! ¡qué hermoso era esto cuando todos los olmos se hallaban cubiertos de hojas, y los



verdes pámpanos los unian entre sí! — Lucila decía en su interior : — Era hermoso cuando iba Corina con él. — Una niebla húmeda, cual suele haberla con frecuencia en aquellos llanos cruzados con tantos ríos, oscurecía la vista del campo : oíanse caer por las noches en las posadas las lluvias copiosas del mediodía, que se parecen al diluvio : penetran las casas, y persigue el agua por todas partes con la actividad del fuego. Lucila buscaba en vano el atractivo de Italia ; todo, al parecer, se reunía para cubrirla con un velo opaco á su vista y á la de Osvaldo.

## CAPITULO VI

Desde que entró en Italia no habia pronunciado Osvaldo una palabra en italiano ; parecia que aquella lengua le ofendia, y evitaba oirla y hablarla. La noche del dia en que lady Nelvil y él llegaron á la posada de Milan, oyeron llamar á su puerta, y vieron entrar en su aposento á un Romano de semblante muy negro, y muy notable ; pero no obstante sin verdadera fisonomía : tenia facciones propias para expresar, mas faltábales alma ; y en aquel ros-

tro se veía de continuo una sonrisa agraciada, y un mirar que aspiraba á ser poético. Púsose desde la puerta á improvisar versos llenos de alabanzas de la madre, la niña y el esposo ; de aquellas alabanzas que venian bien á todas las madres, á todas las niñas y á todos los esposos del mundo, cuya exageracion prescindía de todos los sujetos, como si las palabras y la verdad no tuviesen ninguna conexion entre sí. No obstante, el Romano usaba de aquellos sonidos armoniosos que hechizan en el italiano ; y declamaba con una fuerza que todavía daba mas realce á la insulsez de cuanto decía. Ninguna cosa podia ser mas incómoda para Osvaldo que oír de aquella suerte la primera vez, despues de largo espacio, una lengua querida ; volver á ver sus sentimientos disfrazados, y sentir una impresion de tristeza renovada por un objeto ridículo. Lucila advirtió la cruel situacion del alma de Osvaldo ; queria hacer callar al improvisador, pero era imposible que oyese : paseábase por el aposento apresuradamente, hacia exclamaciones y gestos continuos, y no se cuidaba del tedio que sentian sus oyentes : era su movimiento como el de una máquina de cuerda, que no se pára hasta cierto tiempo señalado : por fin llegó, y lady Nelvil logró despedirle.

Luego que salió, dijo Osvaldo : — Es tan fácil desfigurar el lenguaje poético en Italia, que debiera prohibirse á todos los que no merecen hablarle. — Sí, en verdad, respondió Lucila, con un tono quizá

verdes pámpanos los unian entre sí! — Lucila decía en su interior : — Era hermoso cuando iba Corina con él. — Una niebla húmeda, cual suele haberla con frecuencia en aquellos llanos cruzados con tantos ríos, oscurecía la vista del campo : oíanse caer por las noches en las posadas las lluvias copiosas del mediodía, que se parecen al diluvio : penetran las casas, y persigue el agua por todas partes con la actividad del fuego. Lucila buscaba en vano el atractivo de Italia ; todo, al parecer, se reunía para cubrirla con un velo opaco á su vista y á la de Osvaldo.

## CAPITULO VI

Desde que entró en Italia no habia pronunciado Osvaldo una palabra en italiano ; parecia que aquella lengua le ofendia, y evitaba oirla y hablarla. La noche del dia en que lady Nelvil y él llegaron á la posada de Milan, oyeron llamar á su puerta, y vieron entrar en su aposento á un Romano de semblante muy negro, y muy notable ; pero no obstante sin verdadera fisonomía : tenia facciones propias para expresar, mas faltábales alma ; y en aquel ros-

tro se veía de continuo una sonrisa agraciada, y un mirar que aspiraba á ser poético. Púsose desde la puerta á improvisar versos llenos de alabanzas de la madre, la niña y el esposo ; de aquellas alabanzas que venian bien á todas las madres, á todas las niñas y á todos los esposos del mundo, cuya exageracion prescindía de todos los sujetos, como si las palabras y la verdad no tuviesen ninguna conexion entre sí. No obstante, el Romano usaba de aquellos sonidos armoniosos que hechizan en el italiano ; y declamaba con una fuerza que todavía daba mas realce á la insulsez de cuanto decía. Ninguna cosa podia ser mas incómoda para Osvaldo que oír de aquella suerte la primera vez, despues de largo espacio, una lengua querida ; volver á ver sus sentimientos disfrazados, y sentir una impresion de tristeza renovada por un objeto ridículo. Lucila advirtió la cruel situacion del alma de Osvaldo ; queria hacer callar al improvisador, pero era imposible que oyese : paseábase por el aposento apresuradamente, hacia exclamaciones y gestos continuos, y no se cuidaba del tedio que sentian sus oyentes : era su movimiento como el de una máquina de cuerda, que no se pára hasta cierto tiempo señalado : por fin llegó, y lady Nelvil logró despedirle.

Luego que salió, dijo Osvaldo : — Es tan fácil desfigurar el lenguaje poético en Italia, que debiera prohibirse á todos los que no merecen hablarle. — Sí, en verdad, respondió Lucila, con un tono quizá

demasiado seco : en verdad debe ser cosa desagradable acordarse de lo que se admira por medio de lo que acabamos de oír. — Esta palabra ofendió á lord Nelvil. — Muy al contrario, dijo ; á mi parecer, semejante oposicion hace sentir mas el poder del genio : ese mismo lenguaje tan infelizmente degradado, se convertia en poesia celestial, cuando Corina, cuando vuestra hermana, añadió con afectacion, lo usaba para explicar sus pensamientos. — Lucila quedó como confundida al oír estas voces : en todo el viaje no habia aun pronunciado Osvaldo el nombre de Corina, y ménos el de *vuestra hermana*, que indicaba, como un baldon. Lás lágrimas iban á sofocarla, y si se entregara entónces á aquel impulso acaso fuera el momento mas dulce de su vida : pero se contuvo, y se hizo mas incómoda la sujecion que existia entre ambos esposos.

Salió al dia siguiente el sol, y no obstante los malos dias anteriores, se mostró espléndido y radiante como un desterrado que vuelve á su patria. Aprovecháronse de él Lucila y lord Nelvil para ver la catedral de Milan, obra maestra de la arquitectura gótica en Italia, como San Pedro de la arquitectura moderna. Esta iglesia, construida en figura de cruz, es hermosa imágen de dolor que se levanta sobre la rica y gozosa ciudad de Milan : pasma, subiéndolo hasta lo alto de la torre, el trabajo nimio de cada cosa ; el edificio en toda su elevacion, está adornado, esculpido, recortado, si puede decirse

así, como si fuese un juguete de entretenimiento. ¡ Cuánta paciencia y cuánto tiempo ha sido menester para llevar á cabo tal obra ! La perseverancia hácia el mismo objeto se trasmitia en otra edad de generacion en generacion, y el linaje humano, firme y constante en sus ideas, alzaba monumentos tan duraderos como ellas. Una iglesia gótica excita mucho ideas religiosas ; y Horacio Walpole dice : *se han dedicado á adornar templos al gusto moderno, las riquezas producidas por la devocion que inspiran las iglesias góticas*. La luz que pasa por las vidrieras pintadas de varios colores, las formas extrañas de la arquitectura, en fin, todo el aspecto de la iglesia, es silenciosa imágen de aquel misterio de lo infinito que sentimos dentro del corazon, sin poder jamas huir de él ni entenderle.

Lucila y lord Nelvil salieron de Milan en un dia en que la tierra estaba cubierta de nieve, y no hay cosa mas triste que la nieve en Italia ; nadie se halla acostumbrado á ver desaparecer la naturaleza bajo el velo uniforme de las escarchas ; y todos los Italianos se duelen del mal tiempo, como de una calamidad pública. Inspiraba á Osvaldo la Italia, viajando por ella con Lucila, una especie de ansia de agrandar que no se hallaba satisfecha ; el invierno es allí mas desagradable que en ninguna otra parte, porque la imaginacion no está preparada á recibirle. Atravesaron lord y lady Nelvil por Plasencia, Parma y Módena : sus iglesias y sus palacios son de-

masiado espaciosos á proporción del número y de la riqueza de los habitantes : y parece que aquellas ciudades están dispuestas para recibir algunos grandes señores que deben llegar; mas han enviado solo delante algunas personas de su comitiva.

La mañana del día en que Lucila y lord Nelvil pensaban pasar el Taro, como si todo debiese esta vez contribuir para hacer melancólico su viaje por Italia, habia salido el rio la noche anterior; y la inundacion de los rios que bajan de los Alpes y de los Apeninos es muy espantosa. Oyense rugir desde léjos como el trueno, y es tan rápida su corriente, que las ondas y el estruendo que las anuncia llegan casi siempre al mismo tiempo : ni es posible puente sobre tales rios, porque mudan á cada instante de cauce, y se levantan mucho encima del nivel del llano. De repente se hallaron detenidos Osvaldo y Lucila á la orilla del rio; habíase llevado la corriente los barcos, y era menester esperar á que los Italianos, pueblo que nunca se apresura, los llevasen otra vez á la nueva márgen formada por el torrente. Lucila entre tanto se paseaba helada y pensativa : la niebla era tan densa que el rio y el horizonte se confundian, y aquella vista recordaba mas bien las descripciones poéticas de las orillas de la laguna Estigia, que las aguas bienhechoras destinadas á recrear las miradas de los habitantes abrasados de los rayos del sol. Lucila temia por su hija el frio rigoroso, y la llevó á una choza de un

pescador donde estaba encendido el fuego en medio de la habitacion como en Roma, — ¿Donde está, pues, vuestra hermosa Italia? dijo Lucila sonriéndose á lord Nelvil. — No sé cuando la encontraré, respondió él con tibieza.

Acercándose á Parma y á todas las ciudades de este camino, se disfruta desde alguna distancia de la vista pintoresca que forman los techos en figura de azoteas, dando á las ciudades de Italia un aspecto oriental. Las iglesias y las torres sobresalen notablemente en medio de aquellas plataformas; y al volver hácia el norte, los techos en punta, contruidos así para resguardar de la nieve, causan una impresion muy desagradable. Parma conserva todavia algunas obras preciosas del Correggio; y lord Nelvil llevó á Lucila á una iglesia donde hay una pintura suya al fresco, llamada la *Madonna della Scala*. Está cubierta con una cortina, y luego que la descubrieron, tomó Lucila á Julieta en sus brazos para hacerla ver mejor la pintura, y en aquel punto la actitud de la madre y la niña fué por casualidad igual á la de la Virgen y su Hijo. Tenia el semblante de Lucila tanta semejanza con la modestia y la gracia ideal del Correggio, que Osvaldo volvia alternativamente los ojos de la pintura á Lucila, y de Lucila á la pintura : ella lo advirtió, y bajó los suyos, haciendo la semejanza mayor; porque el Correggio es quizá el único pintor que sabe dar á los ojos bajos una expresion tan viva como si estuviesen alzados

al cielo : no priva en manera alguna el velo que cubre las miradas la ternura ni el pensamiento, ántes les da nuevo atractivo, el de un misterio celestial.

Esta Madona se halla casi separada de la pared, y se ve su color medio trémulo que pudiera hacer caer un soplo : por tanto aquella pintura tiene el hechizo melancólico de todo lo pasajero, y se vuelve á ella muchas veces, como para decir un sensible y postrar adios á su belleza próxima á desaparecer.

Al salir de la iglesia dijo Osvaldo á Lucila : — Dentro de poco no existirá esa pintura; pero yo siempre tendré su modelo delante. — Estas palabras cariñosas enternecieron á Lucila; apretó la mano á Osvaldo, y ya iba á preguntarle si podia fiarse su corazon en aquella expresion de amor; pero cuando le parecia tibia una voz de Osvaldo, no la dejaba quejarse su altivez; y cuando era feliz por una expresion tierna, temia turbar aquel momento de felicidad queriendo hacerle mas duradero. De esta suerte su alma y su entendimiento hallaban siempre razones para callar : lisonjeábase de que el tiempo, la resignacion y la dulzura, traerian un dia venturoso que dispase todos sus temores.

## CAPITULO VII

La salud de lord Nelvil iba reponiéndose con el clima de Italia, pero siempre le agitaba una inquietud cruel; en todas partes pedia noticias de Corina y en todas partes le respondian, como en Turin, que creian estuviese en Florencia; mas no se sabia nada de ella desde que no escribia ni veia á nadie. ¡Ah! no era así como se anunciaba otro tiempo el nombre de Corina; y quien habia destruido su felicidad y su esplendor ¿podia perdonárselo?

A llegar á Bolonia se notan desde léjos dos torres sumamente elevadas, de las cuales una en especial está inclinada de modo que asombra la vista. En vano se sabe que está así construida, y que así ha visto pasar los siglos; aquel aspecto ofende la imaginacion. Bolonia es una de las ciudades donde se encuentran mas hombres instruidos en todas materias; pero el pueblo produce una impresion desagradable. Lucila esperaba el habla armoniosa de Italia que le habian anunciado, y debió sorprenderla de una manera incómoda el dialecto bolones, pues no le hay mas bronco en ningun país del norte. A mediados de carnaval llegaron á Bolonia Osvaldo y Lucila; y se oian de dia y de noche gritos de alegría parecidos á gritos de cólera. Una poblacion

igual á la de los lazzaroni de Nápoles duerme por la noche debajo de los infinitos arcos que rodean las calles de Bolonia; llevan por el invierno un poco de fuego en un vaso de tierra, comen en la calle, y persiguen á los extranjeros con importunas demandas. En vano aguardaba Lucila aquellas voces melodiosas que se oyen por la noche en las ciudades de Italia; callan todos cuando el tiempo está frío, y sucedenles en Bolonia unos clamores que asustan á quien no se halla hecho á ellos. La jerigonza de la gente baja parece hostil, tanta es la dureza de su sonido; y las costumbres de la plebe son mas rústicas en algunas regiones meridionales que en los climas del norte; porque la vida sedentaria perfecciona el orden social; en lugar que el sol, como permite vivir en las calles, introduce cierta selvaticidad en las costumbres del vulgo.

No podian dar un paso Osvaldo y lady Nelvil sin verse asaltados de mil mendigos, que son el azote general de Italia; si pasaban por delante de las cárceles de Bolonia, cuyas rejas dan á la calle, manifestaban los presos el mas desagradable contento, dirigiéndose á los que transitaban con una voz de trueno, y pidiendo limosna con gracejos y risas descompasadas; en fin, todo daba idea en aquel sitio de un pueblo sin dignidad. — No se presenta así, dijo Lucila, en Inglaterra nuestro pueblo conciadadano de los que le mandan. Osvaldo, ¿puede agradaros este país? — Libreme Dios, respondió

Osvaldo, de renunciar jamas á mi patria; pero en pasando los Apeninos oireis hablar toscano, y vereis el verdadero mediodia; conoceréis el pueblo ingenioso y vivo de estas regiones, y no sereis, lo espero, tan severa con Italia.

Puede juzgarse, segun las circunstancias, de la nacion italiana de un modo absolutamente diverso. A veces concuerda lo que se ve con lo que tan frecuentemente se dice contra ella; y en otras ocasiones parece injusto en sumo grado. En un país donde la mayor parte de los gobiernos carecian de garantía, y el imperio de la opinion era casi tan nulo para las clases mas elevadas como para las infimas, puede decirse poco bien de la nacion mirada en general; pero se hallan muchas prendas privadas: así la casualidad de las relaciones individuales inspira á los viajeros la sátira ó la alabanza, y las personas que cada uno conoce particularmente deciden del juicio que forma de la nacion; juicio que no puede tener fundamento sólido en las instituciones, ni en las costumbres ni en el espíritu público.

Osvaldo y Corina fueron juntos á ver las hermosas colecciones de pinturas de Bolonia, y Osvaldo, recorriéndolas, se detuvo largo rato delante de la Sibila del Dominiquino. Lucila advirtió el interese que aquella pintura excitaba en él, y viendo se suspendia contemplándola mucho tiempo, se determinó por fin á acercarse, y le preguntó tímidamente si la Sibila del Dominiquino decia mas á su corazon

que la Madona del Correggio. Entendióla Osvaldo, y se admiró de todo lo que significaba aquella palabra; la miró un poco sin responder, y luego le dijo: — La Sibila no da ya oráculos; su genio, su habilidad todo acabó; pero la figura angelical del Correggio conserva todos sus atractivos, y el hombre desgraciado que hizo tanto daño á una, no será nunca infiel á la otra. — Acabando estas palabras, se selió para encubrir su turbacion.

## LIBRO VIGÉSIMO

## CONCLUSION

## CAPITULO I

Despues de lo sucedido en la galería de Bolonia, comprendió Osvaldo que Lucila sabia mas que él pensaba de sus relaciones con Corina, y por fin le ocurrió la idea de que su tibieza y su silencio procedian quizá de alguna pena secreta; mas no obstante, esta vez fué él quien temió la explicacion que hasta entónces habia recelado Lucila. Dicha la primera palabra, ella lo revelara todo, si quisiera lord Nelvil; pero érale demasiado trabajoso hablar de Corina al punto de verla otra vez, ligarse con una promesa; en fin tratar de un asunto tan propio para alterarle, con una persona que siempre le causaba cierta sujecion, y cuyo carácter apénas conocia.

que la Madona del Correggio. Entendióla Osvaldo, y se admiró de todo lo que significaba aquella palabra; la miró un poco sin responder, y luego le dijo: — La Sibila no da ya oráculos; su genio, su habilidad todo acabó; pero la figura angelical del Correggio conserva todos sus atractivos, y el hombre desgraciado que hizo tanto daño á una, no será nunca infiel á la otra. — Acabando estas palabras, se selió para encubrir su turbacion.

## LIBRO VIGÉSIMO

## CONCLUSION

## CAPITULO I

Despues de lo sucedido en la galería de Bolonia, comprendió Osvaldo que Lucila sabia mas que él pensaba de sus relaciones con Corina, y por fin le ocurrió la idea de que su tibieza y su silencio procedian quizá de alguna pena secreta; mas no obstante, esta vez fué él quien temió la explicacion que hasta entónces habia recelado Lucila. Dicha la primera palabra, ella lo revelara todo, si quisiera lord Nelvil; pero érale demasiado trabajoso hablar de Corina al punto de verla otra vez, ligarse con una promesa; en fin tratar de un asunto tan propio para alterarle, con una persona que siempre le causaba cierta sujecion, y cuyo carácter apénas conocia.



Atravesaron los Apeninos, y á la otra parte hallaron el hermoso clima de Italia : el viento de mar, tan abrasador en el verano, derramaba entónces un calor suave; estaban verdes los céspedes; y aun casi no espiraba el otoño, y ya se veían anuncios de primavera. Encontrábanse en los mercados frutas de todas especies, naranjas, granadas; empezábase á oír la lengua toscana, y envolvían al alma de Osvaldo todas las memorias de la hermosa Italia; pero ninguna esperanza se mezclaba con ellas, y en todas sus sensaciones no habia mas que pasado. El ambiente dulcísimo del mediodía influía tambien en la disposicion de Lucila; habria tenido mas viveza y mas confianza si la animara lord Nelvil; pero á los dos detenía igual timidez, é inquietos de su mutua disposicion, no se atrevían á comunicarse lo que pensaban. Corina en semejante caso hubiera sabido al momento el secreto de Osvaldo y el de Lucia; mas ambos tenían la misma especie de reserva, y cuanto mas se parecían por esta parte, mas difícil era saliesen de la situacion violenta en que se encontraban.

## CAPITULO II

Al punto que llegaron á Florencia, escribió lord Nelvil al príncipe de Castel-Forte; y á pocos instantes entró el príncipe en su aposento. Osvaldo se alteró tanto al verle, que en mucho tiempo no pudo hablar; por fin le pidió noticias de Corina. — No puedo deciros, respondió el príncipe de Castel-Forte, sino cosas tristes, su salud es malísima, y cada dia se debilita mas. No ve á nadie, y suele serle muy difícil ocuparse; con todo, me parecia algo mas serena cuando supimos vuestra llegada á Italia: y no puedo negároslo, esta nueva la ha conmovido tanto, que le ha vuelto la calentura; pero ignoro cuál es su intencion respecto de vos, porque evita cuidadosamente pronunciar vuestro nombre. — Tened la bondad, príncipe, repuso Osvaldo, de mostrarle la carta que os escribí cinco años hace; contiene toda la relacion de las circunstancias que me impidieron saber su viaje á Inglaterra ántes de dar la mano á Lucila; y despues que la lea, pedidle me reciba: necesito hablarle para justificar, si es posible, mi conducta; he menester su aprecio, aunque ya no debo aspirar á su cariño. — Cumpliré vuestros deseos, milord, dijo el príncipe de Castel-Forte; desearia le hiciérais algun bien.

Lady Nelvil llegó en aquel instante; presentóle Osvaldo el príncipe de Castel-Forte; y ella le recibió con bastante frialdad; mas él la miró atentísimamente, porque sin duda le admiró su hermosura, puesto que suspiró pensando en Corina, y se fué. Lord Nelvil salió en pos de él. — Lady Nelvil es preciosa, dijo el príncipe de Castel-Forte, ¡qué juventud, qué frescura! Mi pobre amiga no tiene ya nada de esa lozanía; empero no debéis olvidar, mi lord, que también estaba muy brillante cuando la primera vez. — No lo olvido, no, exclamó lord Nelvil; no, no me perdonaré nunca... y se detuvo sin poder acabar lo que quería decir. — El resto del día pasó tristemente y callando: Lucila no intentó distraerle, y lord Nelvil estaba ofendido de que no lo intentara, diciendo dentro de sí mismo: — Si Corina me hubiera visto triste, Corina me habría consolado.

Al día siguiente le llevó muy temprano su cuidado á casa del príncipe de Castel-Forte. — Pues, le dijo, qué ha respondido? — No quiere veros, contestó el príncipe de Castel-Forte. — ¿Y en qué se funda? — Fui ayer á su casa, y la encontré agitada en términos que daba mucha compasión. Paseábase apresuradamente por su aposento, á pesar de su extremada flaqueza; y á veces sucedía á su palidez un vivo rubor, que al punto se disipaba. Dijo que deseábais verla; calló algunos instantes, y por fin me dijo estas palabras, que os repetiré con fideli-

dad, supuesto lo exigís. — *Ese hombre me ha hecho demasiado daño: el enemigo que me hubiera arrojado en una prision, desterrado y proscrito, no habria despedazado mi corazon tanto. He padecido lo que nadie padeció jamas, una mezcla de enternecimiento y de exasperacion, que convertia mis pensamientos en un suplicio continuo. Osvaldo me inspiraba igual entusiasmo y amor. Bien debe acordarse; una vez le dije que me costaria mas dejar de admirarle, que cesarle de amar: ha desfigurado el objeto de mi culto, me ha engañado, con voluntad ó sin ella; no importa, no es quien yo pensaba. ¿Qué ha hecho en mi favor? Disfrutó cerca de un año de mi pasion; y cuando llegó el momento de defenderme, cuando fué menester manifestar su alma con una accion, ¿la hizo? ¿puede gloriarse de un sacrificio, de un impulso generoso? Ahora es feliz, posee todos los bienes que el mundo estima, y yo me muero: déjeme en paz.*

Esas palabras son harto duras, dijo Osvaldo. — Está exasperada por el dolor, respondió el príncipe de Castel-Forte; muchas veces la he visto mas sosegada; muchas veces, permitidme deciroslo, os ha defendido contra mí. — Os parezco, pues, muy culpado, repuso lord Nelvil. — Me permitís deciroslo? dijo el príncipe de Castel-Forte, me lo pareceis mucho. Los agravios hechos á una mujer no perjudican en el concepto de las gentes: esos ídolos frágiles, adorados hoy, pueden romperse mañana, sin

que nadie quiera defenderlos, y por eso mismo los respeto mas; porque la moral, en esta parte, no tiene mas defensa que nuestro propio corazon. No se nos sigue inconveniente alguno de hacerles mal, y sin embargo este mal es cruel: las leyes castigan una puñalada, y el desgarrar un corazon tierno solo mueve una burla; mejor fuera dar la puñalada. — Creedme, respondió lord Nelvil, tambien yo he sido muy desgraciado, y esta es mi única disculpa; pero en otro tiempo la habria Corina entendido. Puede ser que ahora le parezca ya vana; mas sin embargo, quiero escribirle; y creo que por medio de cuanto nos separa escuchará la voz de su amigo. — Le entregaré vuestra carta, dijo el príncipe de Castel-Forte; pero os lo ruego, no la aflijais; no sabeis lo que aun sois para ella. Cinco años hacen una impresion mas profunda, cuando no distrae ninguna idea: ¿quereis ver en qué estado se encuentra ahora? un capricho extraño, de que mis ruegos no han podido disuadirla, os hará comprenderlo.

Acabando estas palabras, abrió el príncipe de Castel-Forte la puerta de su gabinete, y lord Nelvil entró con él. Vió allí desde luego el retrato de Corina, cual se presentó en el primer acto de Julia y Romeo, aquel dia en que se habia sentido mas arrebatado de su amor. Embellecia todas sus facciones un aire de confianza y de felicidad; y todas las memorias de aquellos tiempos de alegría se despertaron juntamente en la imaginacion de lord Nelvil;

hallaba placer en entregarse á ellas, cuando le cogió el príncipe de Castel-Forte de la mano, y descorriendo una cortina de gasa que ocultaba otro cuadro, le enseñó á Corina, cual se habia querido retratar aquel año, vestida de negro, copiando el traje que siempre llevaba desde su vuelta de Inglaterra. Acordóse de improviso Osvaldo de la impresion que le habia causado una mujer vestida de aquella manera, al divisarla en Hydepark; pero lo que le sobrecogió particularmente fué la increíble mudanza del rostro de Corina: pintábanla pálida como la muerte, medio cerrados los ojos, y sus largas pestañas cubrian sus miradas y extendian una sombra sobre sus mejillas sin color. Al pié del retrato estaba escrito este verso del *Pastor Fido*:

*Appena si può dir : questa fu rosa (1).*

— ¡Cómo! dijo lord Nelvil, ¿está ahora así? — Está así, respondió el príncipe de Castel-Forte, y hace quince dias, peor. Oyendo estas palabras, se salió lord Nelvil como un insensato; turbaba su razon el exceso de su pena.

(1) Puede apenas decirse: fué una rosa.

## CAPITULO III

De vuelta á su casa se encerró en su aposento todo el dia. Lucila llegó á la hora de comer á llamar poco á poco á su puerta; abrió, y la dijo: — Querida Lucila, permitidme estar solo hoy; no lo lleveis á mal. Volvióse Lucila hácia Julieta, á quien tenia por la mano, la abrazó, y fué sin decir mas palabra. Lord Nelvil cerró su puerta otra vez, y se acercó á la mesa donde estaba la carta que escribia á Corina; pero dijo entre sí, derramando lágrimas: — ¿Será posible haga padecer tambien á Lucila? ¿A qué es mi vida, si cuantos me aman son para mí desgraciados?

## CARTA DE LORD NELVIL A CORINA.

« Si no fuéreis la criatura mas generosa del mundo, ¿qué tendría que deciros? Podeis confundirme con vuestros baldones, y lo que es mas horroroso todavía, despedazarme con vuestro dolor. ¿Soy un monstruo, Corina, pues hice tanto daño á mi amada? ¡Ah! padezco con hartó extremo, para creerme del todo bárbaro. Sabéislo, cuando os conocí me hallaba agobiado del pesar que me seguirá hasta el sepulcro; no esperaba felicidad, y luché mucho

tiempo con la pasión que me inspirábais; y cuando por fin me venció, siempre conservé dentro de mi alma un sentimiento de tristeza, presagio de una suerte desventurada. Ora pensaba érais un beneficio de mi padre, que velaba por mi destino en el cielo, y queria fuese aun amado en esta tierra, como él me amó durante su vida: ora creia desobedecer á sus voluntades dando la mano á una extranjera, y apartándome de la senda señalada por mis obligaciones y mi situación. Cuando volví á Inglaterra, prevaleció este último sentimiento en mí, sabiendo que mi padre habia desaprobado de antemano mi cariño á vos. Si hubiera vivido, creyérame con derecho para luchar, en este punto, contra su autoridad; pero los que fueron no pueden ya oírnos, y su voluntad sin vigor tiene un carácter tierno y sagrado.

» Halléme otra vez en medio de las costumbres y de los vínculos de la patria; vi á vuestra hermana, á quien mi padre me destinaba, y tan propia para satisfacer la necesidad del descanso, y el proyecto de una vida arreglada. Mi carácter tiene cierta debilidad que me hace temible todo cuanto agita la existencia; seducen mi entendimiento las esperanzas nuevas; mas he padecido tantas penas, que mi alma enferma teme exponerse á conmociones demasiado violentas, ó á resoluciones que necesiten lidiar con mis memorias, ó con los cariños que nacieron á la par de mi corazón. No obstante, Corina, si hubiese sabido vuestra llegada

á Inglaterra, jamas me separara de vos, porque esta prueba portentosa de cariño habria arrebatado mi ánimo vacilante. Mas ¿para qué decir lo que hubiera hecho? ¿Seríamos dichosos, soy capaz de serlo? ¿Podia, siempre incierto por naturaleza, escoger una suerte, aun la mas hermosa, sin acordarme de otra con pesar?

» Cuando me volvisteis la libertad me irrité contra vos, y caí en la idea que los hombres en general deben formar al veros : dije para mí que una criatura tan superior me olvidaria con facilidad. Lo sé, Corina, he despedazado vuestro corazon, pero juzgaba me sacrificaria yo solo ; pensaba ser ménos capaz que vos de consuelo, y que me olvidaríais mientras lloraba sin cesar vuestra pérdida. En fin, me aprisionaron las circunstancias, y no lo niego tampoco, Lucila merece los sentimientos que me inspira, y aun mas ; pero apénas supe vuestro viaje á Inglaterra, y la desgracia que os causé, ya fué mi vida una pena continua. Busqué la muerte por espacio de cuatro años, en medio de la guerra, seguro de que sabiendo mi fin, me hallaríais justificado : vos, es verdad, podeis oponerme una vida de pesares y de dolores, una fidelidad invariable á un ingrato que no la merecia ; pero acordaos que el destino de los hombres se complica con mil relaciones diferentes que alteran la constancia del corazon. No obstante, si es cierto que no pude encontrar ni dar la felicidad ; si es cierto que vivo solo desde que os

dejé, si jamas hablo del centro de mi corazon ; si la madre de mi hija, á quien por tantos títulos debo amar, vive ignorando mis secretos y mis pensamientos ; si mi estado habitual de tristeza me ha sumido otra vez en la enfermedad de que me sacaron otro tiempo vuestros cuidados ; si vengo á Italia, no para curarme, bien sabeis no amo la vida, sino para deciros adios ; ¿ rehusaríais verme una vez, una vez no mas ? Lo deseo, porque me parece os haria bien, y no es la causa mi propio dolor : ¿ qué importa que yo sea desgraciado ! ¿ qué importa oprima eternamente mi corazon un peso horroroso, si me voy sin hablaros, y sin lograr me perdoneis ! Es fuerza padezca, y padeceré ; pero se me antoja que vuestro pecho se aliviaria si pudiéseis pensar en mí como en vuestro amigo, si viéseis cuanto os amo, si lo hubiéseis conocido en estas miradas, en este acento de Osvaldo, de este delincuente, cuya suerte ha mudado mas que su corazon.

» Respeto mis vínculos, y amo á vuestra hermana ; pero el corazon del hombre, extraño é inconsecuente, cual es, puede contener este cariño junto con el que vos me inspirais. Nada tengo que decir á propósito para escribirse ; cuanto se ha de explicar es en contra mia : pero si me viéseis postrado delante de vos, advertiríais por entre todos mis agravios y todos mis deberes, lo que aun sois para mí, y esta conversacion os dejaria un suave recuerdo. ¡ Ay ! la salud de los dos es muy débil, y no creo que el

cielo nos destine una vida larga. ¡Que el primero que espire se sienta llorado y querido del amigo que deja en este mundo! solo el inocente debiera tener este deleite; pero, ¡ay! ¡concédase también al culpado!

» Corina, sublime amiga, vos que leéis los corazones, adivinad lo que no acierto á decir; entendme cual me entendíais, permitidme veros, consentid que mis pálidos labios lleguen á vuestras manos sin vigor; ese mal no le he hecho yo solo; la misma pasión nos consumió á ambos; y el destino ha herido dos seres que se amaban; pero ha abandonado á uno de los dos al delito; y quizá, Corina, no es el ménos digno de lástima. »

RESPUESTA DE CORINA

« Si no fuera menester para veros, mas que perdonaros, no lo habria rehusado un momento: ignoro por qué no tengo ningun enojo contra vos, si bien me hace estremecer de espanto el dolor que me habeis causado; y es fuerza os ame para no aborreceros, pues la religion sola no bastaria para sosegar me de esta manera. He tenido ratos en que se perdía mi razon; otros, los mas agradables, en que creí morir ántes de acabarse el dia por el terrible agobio que oprimia mi pecho; otros en fin, en que dudé de todo, hasta de la virtud; vos érais para mí su imágen en la tierra, y ya me encontraba sin guía

para mis ideas, ni para mis sentimientos, cuando el mismo golpe heria en mí la admiracion y el amor.

» ¡Qué fuera de mí sin el auxilio del cielo? cuanto hay en este mundo está envenenado con vuestra memoria; solo me quedaba un asilo dentro de mi alma, y Dios me ha recibido en él. Mis fuerzas físicas van decayendo; pero no el entusiasmo que me sostiene: hacernos dignos de la inmortalidad, gústame crearlo, es el fin único de la existencia; ventura, dolores, todos son medios para este fin; y vos fuisteis escogido para separar mi vida de la tierra; uníame á ella un vínculo demasiado fuerte.

» Al saber vuestra llegada á Italia, al ver de nuevo vuestra letra, al oír estábais ahí á la orilla opuesta del rio, sentí un arrebató espantoso en mi alma: fuéme preciso acordarme que mi hermana era esposa vuestra para oponerme á lo que sentia; y no os lo niego, me parecia una felicidad veros, y una conmocion inexplicable que mi corazón embriagado otra vez, preferia á siglos de serenidad; mas la Providencia no me abandonó en este riesgo. ¿No sois esposo de otra? ¿Qué podia, pues, tener que deciros? ¿Érame lícito morir en vuestros brazos? ¿y qué me quedaba para mi conciencia, si no hacia ningun sacrificio, siquiera también el postrer día y la hora postrera? Ya compareceré delante de Dios, acaso con mas confianza, pues supe renunciar á veros; sosegará mi alma esta gran resolución. La felicidad, cual la sentí cuando me amábais, no concuerda con

nuestra naturaleza; agita, inquieta, y ¡está tan próxima á pasar! Pero una plegaria habitual, una meditacion religiosa, cuyo fin es perfeccionarse y decidirse en todo por lo que dicta la obligacion, es un estado agradable; y no puedo saber qué estrago causaria en esta vida de descanso, que presumo haber conseguido, solo el acento de vuestra voz. Me habeis hecho mucho mal con decirme que padece vuestra salud: ¡ah! ya no soy yo quien cuida de ella; mas aun soy quien padece con vos. ¡Bendiga Dios, milord, vuestra vida; ¡sed venturoso, pero sedlo por piedad! Una comunicacion secreta con la divinidad, parece pone dentro de nosotros mismos al ser que se confia, y á la voz que responde; hace dos amigos de un alma sola. ¿Buscareis todavía lo que llaman felicidad? ¡Ah! ¿encontrareis otro cariño mayor que el mio? ¿Sabeis que en los desiertos del nuevo mundo habria bendecido mi suerte, si me permitiérais seguiros? ¿Sabeis que os habria servido como una esclava? ¿Sabeis que me hubiera postrado delante de vos, como delante de un enviado del cielo, si me amárais fielmente? Y qué habeis hecho de tanto amor? ¿qué hicisteis de este afecto sin igual en el mundo? Una desgracia sin igual como él. No pretendais ya, pues, ser feliz; no me ofendais creyendo todavía conseguirlo. Rogad, como yo, rogad; y encuéntrense nuestros pensamientos en el cielo.

» No obstante, cuando ya me sienta del todo

próxima á mi fin, quizá me pondré en algun sitio para veros pasar. ¿Por qué no lo he de hacer? Sin duda cuando se nublen mis ojos, cuando ya no vea nada en lo exterior, se me aparecerá vuestra imagen. ¿Y no seria mas clara esta ilusion si os hubiese visto otra vez? Las divinidades, entre los antiguos, nunca presenciaban la muerte; yo os alejaré de la mia; pero deseo un recuerdo reciente de vuestras facciones que aun se represente á mi alma desfallecida. Osvaldo, Osvaldo, ¿qué os he dicho? Ya veis lo que soy, cuando me entrego á vuestra memoria.

» ¿Por qué Lucila no ha deseado verme? es vuestra esposa, mas tambien es mi hermana; tengo palabras dulces y aun generosas que decirle. ¡Y vuestra hija, por qué no me la traen? No debo veros; pero os rodea mi familia; ¿me desconoce? ¿Temen que la pobre niña Julieta se entristezca de verme? Es verdad, parezco una sombra; mas con vuestra hija sabré todavía sonreirme. Adios, milord, adios; acordaos que pudiera llamaros mi hermano; pero seria porque sois esposo de mi hermana. ¡Ay! á lo ménos llevareis luto por mi muerte, y asistiréis á mis exequias como pariente. Mis cenizas se trasladarán desde luego á Roma; haced pasar mi féretro por el camino que recorrió otro tiempo mi carro triunfal, y descansad en aquel mismo sitio donde me volvisteis mi corona. No, Osvaldo, no, hago mal: no quiero afligiros en nada; solamente quiero una

lágrima, y algunas miradas hácia el cielo donde os esperaré. »



#### CAPITULO IV

Trascurrieron muchos días sin que Osvaldo pudiese recobrar ninguna quietud, despues de la sensacion dolorosísima que la carta de Corina le habia causado. Huía de ver á Lucila; pasaba horas enteras á la orilla del rio que guiaba á casa de Corina, y muchas veces tuvo intencion de arrojarse á las ondas, para que le llevasen, á lo ménos despues de muerto, hácia aquella mansion, cuya entrada le negaban durante su vida. La carta de Corina le manifestaba habria deseado ver á su hermana, y aunque se sorprendia de este anhelo, ansiaba satisfacerle; pero ¿cómo intentaría hablar de esto á Lucila? Veíala ofendida de su tristeza; quisiera que ella le preguntase; mas no podía resolverse á ser el primero, y Lucila encontraba siempre medio para reducir la conversacion á asuntos indiferentes, proponer un paseo, ó en fin huir de una materia que pudiera parar en una explicacion. Algunas veces demostraba su deseo de salir de Florencia, y pasar á Roma y á Nápoles: lord

Nelvil nunca la contradecia; únicamente pedia algunos dias mas de plazo, y Lucila consentia en ello con una expresion seria y fria en el semblante.

Quiso Osvaldo que á lo ménos viese Corina á su hija, y mandó en secreto á su aya la llevase á su casa: cuando volvió salió á recibir á su niña, y le preguntó si venia contenta. Julieta le respondió con una frase italiana, y su pronunciacion parecida á la de Corina hizo estremecer á lord Nelvil. — ¿Quién te ha enseñado eso, hija mia? le dijo. — La señora á quien he ido á ver, respondió. — ¿Y cómo te ha recibido? — Lloró mucho al verme, dijo Julieta, no sé por qué, y me abrazaba y lloraba, y le hacia mal, porque tenia traza de estar bastante enferma. — ¿Y te gusta esa señora, hija mia? prosiguió lord Nelvil. — Mucho, respondió Julieta, y quiero ir á verla todos los dias: me ha ofrecido enseñarme todo lo que sabe: dice quiere hacerme parecida á Corina. ¿Quién es esa Corina, padre mio? no me lo ha querido decir la señora. — No respondió lord Nelvil, y fué para ocultar su enternecimiento; pero mandó llevar á Julieta todos los dias, á la hora del paseo, á casa de Corina; y quizá hizo mal de disponer de aquella suerte de su hija sin consentirlo Lucila; mas en pocos dias adelantó increíblemente la niña en todo: su maestro de italiano se embelesaba con su pronunciacion; y sus maestros de música admiraban ya sus primeros ensayos.

Nada de lo pasado causó á Lucila tanto pesar



como aquel influjo de Corina en la educacion de su hija. Sabia por Julieta que la pobre Corina, en su estado de flaqueza y de decaimiento, trabajaba infinito para instruirla y comunicarla sus habilidades como una herencia que legaba con gusto en vida : y la hubieran enternecido todos estos cuidados, si no pensara ver en ellos intencion de separar á lord Nelvil de su cariño ; pero combatianla el deseo naturalísimo de gobernar sola á su hija, y el sentimiento de privarla de las lecciones que aumentaban tan notablemente sus gracias. Pasaba un dia lord Nelvil por el aposento, cuando Julieta recibia leccion de música : tenia un arpa en figura de lira, proporcionada á su estatura, del mismo modo que Corina ; y sus bracitos y sus lindas miradas la imitaban con perfeccion. Créiase ver la miniatura de un hermoso cuadro, y junto á él la gracia infantil, que mezcla en todo su inocente atractivo. Conmovióse Osvaldo de tal manera que no podia proferir palabra, y se sentó temblando : entónces Julieta tocó en su arpa una cancion escocesa, que Corina hizo oír á lord Nelvil en Tivoli, delante de una pintura de Osian ; y miéntras Osvaldo la escuchaba, respirando apénas, llegó Lucila por detras sin que él lo advirtiese. Apénas acabó Julieta, la puso su padre sobre sus rodillas y le dijo : — Te ha enseñado á tocar así la señora que vive á orillas del Arno ? — Sí, respondió Julieta ; pero le ha costado mucho trabajo ; se ha puesto mala á cada instante, enseñándome ; la he rogado varias

veces lo dejase ; pero no quiso, y solamente me ha hecho prometer repetiros esta cancion todos los años en cierto dia ; me parece... el diez y siete de noviembre. — ¡ Ah ! ¡ Dios mio ! exclamó lord Nelvil ; y abrazó á su hija derramando muchas lágrimas.

Entónces se presentó Lucila, y cogiendo á Julieta de la mano, dijo á su esposo en inglés : — Milord, esto es ya demasiado ; quereis privarme del cariño de mi hija ; y siquiera merecia este consuelo en mi desgracia. — Diciendo estas palabras, se llevó á Julieta. En vano quiso seguir lord Nelvil á su esposa ; rehusólo ; y únicamente supo á la hora de comer, que habia salido hacia muchas horas, sola, y sin decir dónde iba. Dábale su ausencia sumo cuidado ; cuando la vió entrar con una expresion de dulzura y de serenidad en su rostro, del todo diversa de lo que esperaba. Resolvióse por fin á hablarle con franqueza, y á procurar lograr de ella perdon por su sinceridad ; mas díjole : — Milord, permitid se dilate todavía esa explicacion precisa para los dos : no tardareis en saber los motivos por que os pido este favor.

Miéntras duró la comida se interesó mucho mas que acostumbraba en la conversacion, y así pasaron algunos dias manifestándose siempre Lucila mas amable y mas viva. No comprendia lord Nelvil aquella mudanza : hé aquí cuál era la causa. Ofendióse en extremo Lucila de las visitas de su niña á Corina, y del interes que lord Nelvil tomaba, al pa-

recer, en los adelantamientos que sus lecciones proporcionaban á su hija. Todo cuanto tenia encerrado en su corazon, hacia tanto tiempo, rompió afuera en aquel instante; y conforme acontece á las personas que se exceden de su carácter, tomó de improviso una resolucion vivísima, y partió á ver á Corina, y á preguntarle si estaba empeñada en privarla siempre del cariño de su esposo. Hablaba Lucila entre sí con mucho calor, hasta llegar delante de la puerta de Corina; mas entónces la sobrecogió tal impulso de timidez, que no se determinara á entrar, si Corina, viéndola desde la ventana, no le enviase á Teresina para rogarla pasase adelante. Subió Lucila al aposento de Corina, y al verla se desvaneció todo su enojo contra ella; sintióse, al contrario, hondamente enternecida del estado lastimoso de la salud de su triste hermana, y la abrazó deshaciéndose en llanto.

Entónces empezó entre las dos hermanas un coloquio lleno de franqueza por ambas partes: primero dió el ejemplo Corina; pero hubiera sido imposible á Lucila dejar de imitarla. Corina adquirió sobre su hermana el ascendiente que tenia con todos: era imposible conservar con ella disimulo ni sujecion. No ocultó Corina á Lucila que se creia segura de vivir poco tiempo, y probábanlo harto su palidez y debilidad: trató desde luego con su hermana los asuntos mas delicados; le habló de su felicidad y de la de Osvaldo; y como sabia por lo que

le contaba el príncipe de Castel-Forte, y aun mas por lo que adivinaba, la tibieza y la falta de franqueza que solian tener los dos, se valió de la superioridad debida á su talento, y al próximo fin que la amenazaba, para procurar generosamente hacer mas dichosa á Lucila con lord Nelvil. Conociendo muy bien el carácter de este, dió á entender á Lucila por qué necesitaba encontrar en su amada un genio diferente del suyo en ciertos puntos; confianza espontánea, porque le impedía solicitarla su natural reserva; y mas interes, porque solia desalentarse, y su contento precisamente padecia con su propia tristeza. Pintóse Corina en sus dias de gloria; juzgó de sí como juzgara de una extraña; y manifestó con viveza á Lucila, cuán amable seria una mujer, que á la conducta mas arreglada y á la moralidad mas severa, juntase todo el atractivo, todo el abandono, y todo el deseo de agradar que á veces inspira la necesidad de reparar un agravio.

—Se han visto, dijo Corina á Lucila, mujeres amadas, no solo á pesar de sus errores, sino por estos errores mismos. El motivo de esta rareza es acaso que aquellas mujeres procuraban hacerse mas amables, porque se los disimulasen, y no molestaban porque tenian necesidad de indulgencia. No os envanezcáis, pues, Lucila, de vuestra perfeccion, y consista todo vuestro atractivo en olvidarla; y en no prevaleros de ella: es menester seais vos y yo juntamente; y que vuestras virtudes jamas os autoricen

para el mas leve descuido en vuestras gracias, ni os hagais un título de vuestras virtudes para mostrar vanidad y tibieza. Si la vanidad fuese infundada, quizá ofendiera ménos; porque quien usa de sus derechos entibia el corazon mas que si pretendiese distinciones injustas, y el cariño gusta especialmente de dar lo que no es debido.

Lucila daba á su hermana gracias con ternura por la bondad que le demostraba. — Si hubiese de vivir no sería capaz de semejante deseo; pero pues debo morir presto, mi único anhelo personal es todavía que Osvaldo encuentre en vos y en su hija algun rastro de mi influencia, y que á lo ménos jamas disfrute de un afecto tierno sin acordarse de Corina. — Todos los dias volvió Lucila á casa de su hermana, y se dedicaba á parecerse á la criatura que mas habia amado Osvaldo, con una modestia sumamente amable, y una delicadeza de cariño mas amable todavía. La curiosidad de lord Nelvil se aumentaba advirtiendo las nuevas gracias de Lucila: presto adivinó que habia visto á Corina; mas no pudo lograr se lo declarase, porque Corina desde su primera conversacion con Lucila, habia exigido fuese secreto su trato: proponiase ver algun dia reunidos á Osvaldo y Lucila; pero solamente, segun parece, cuando se creyese cierta de vivir ya pocos instantes: queria decirlo y sentirlo de una vez todo; y cubria este designio con tal misterio, que la misma Lucila ignoraba cómo tenia determinado cumplirlo,

## CAPITULO V

Creyéndose Corina herida de una enfermedad mortal, deseaba dejar á Italia, y en especial á lord Nelvil, un adios postrero capaz de recordar el tiempo en que brillaba con todo su esplendor. Era una debilidad perdonable; el amor y la gloria se habian confundido siempre en su ánimo, y hasta el punto en que su corazon sacrificó todos los afectos terrenos, deseó hacer conocer al ingrato por quien se vió abandonada, que ninguna mujer de su tiempo sabia amar ni pensar como aquella que moria por él. Ya no se sentia Corina con fuerza para improvisar; pero en su soledad componia versos, y desde la vuelta de Osvaldo parecia hallaba mas gusto en aquella ocupacion. Acaso deseaba recordarle ántes de morir su talento y sus triunfos, en fin, cuanto el amor y la desgracia le hacian perder. Escogió, pues, un dia para reunir en las salas de la Academia de Florencia á todos los que deseaban oir sus escritos, y confió su intento á Lucila, pidiéndole llevase á su esposo. — Puedo pedirlos, le dijo, en el estado en que estoy.

Al saber la resolucion de Corina, sobrecogió á Osvaldo un sobresalto horroroso. ¿Leería sus versos ella misma? ¿de qué asunto querría tratar? Por úl-

timo, bastaba la posibilidad de verla para trastornar enteramente el alma de Osvaldo. La mañana del día señalado, se mostró un instante el invierno, tan pocas veces sensible en Italia, como en los climas del norte: oíase silbar por las casas un viento terrible; daba con violencia la lluvia contra los vidrios de las ventanas, y por una extrañeza, de que suele no obstante haber mas ejemplares en Italia que en ninguna otra parte, sentíase el trueno á mediados de enero, y mezclaba con el mal tiempo un sentimiento de tristeza y terror. Callaba Osvaldo; pero todas las sensaciones exteriores como que aumentaban el estremecimiento interior de su alma.

Llegó á la sala con Lucila, y hallaron en ella un inmenso gentío: al extremo, en un sitio muy oscuro, estaba preparado un sillón, y lord Nelvil oía decir á su derredor, debía sentarse en él Corina, por hallarse tan mala que no podría recitar ella misma sus versos. Temiendo ser vista, tal era su mudanza, habia escogido aquel medio para ver á Osvaldo, sin que él lo advirtiese; y apenas supo se hallaba allí, se encaminó hácia el sillón, cubierta con su velo. Fué menester sostenerla para dar algunos pasos adelante; vacilaba su planta, y cuando se paró un breve espacio para tomar aliento, parecia que aquel corto trecho era viaje cansado. Así son siempre lentos y difíciles los últimos pasos de la vida. Sentóse, procuró, paseando la vista, divisar á Osvaldo, y le descubrió; y con un impulso del todo impensado,

alzóse, y le tendió los brazos; pero al momento volvió á caer, apartando el rostro como Dido cuando encuentra á Enéas en un mundo en que las pasiones humanas no deben ya penetrar. El príncipe de Castel-Forte detuvo á lord Nelvil que enteramente enajenado queria arrojarle á sus piés; detúvole por el respeto que debía á Corina delante de tanto gentío.

Mostróse sobre una especie de anfiteatro que habian preparado una doncella vestida de blanco y coronada de flores: aquel semblante tan sereno y tan amable, aquel semblante donde todavía no habian impreso huella alguna las penas de la vida, formaba una tierna oposicion con las palabras que iban á salir de su labio. Pero la misma oposicion agradó á Corina, porque derramaba serenidad en los pensamientos demasiado tristes de su alma abatida. Una música noble y tierna preparó á los oyentes para la impresion que iban á recibir; y en tanto el infeliz Osvaldo no podia apartar los ojos de Corina, de aquella sombra que le parecia una vision cruel en una noche de delirio; y entre sus sollozos oyó aquel canto del cisne, que la mujer á quien agravió, aun le dirigia de lo íntimo de su corazón.

## CANTO POSTRERO DE CORINA.

« ¡ Salud, conciudadanos míos! Recibid mi solemne adios. Ya se adelanta la noche hácia mi vista; pero no es mas hermoso el cielo por la noche ?

Adórnanle millares de estrellas, y de dia no es mas que un desierto. Así revelan las sombras eternas, pensamientos innumerables que el esplendor de la prosperidad hace dar al olvido : la voz, empero, que pudiera instruirme de ellos, se debilita poco á poco ; y el alma se recoge en si misma, y procura reunir su postrer calor.

» Desde los dias primeros de mi juventud, prometí dar honor al nombre de Romana que hace estremecer mi corazon aun hoy. Vos me prometisteis la gloria, ¡ oh ! vos, nacion generosa, que no desterrais á celos pasajeros talentos inmortales, vos que siempre aplaudís el vuelo del genio; ese vencedor sin vencidos, ese conquistador sin trofeos, que toma de la eternidad para enriquecer al tiempo.

» ¡ Qué confianza me inspiraban en otro tiempo la naturaleza y la vida ! Creia que todas la desgracias procedian de no pensar bastante, y ya en la tierra era dable disfrutar anticipadamente la felicidad celestial que no es sino la duracion del entusiasmo, y la constancia en el amor.

» No, no me arrepiento de esta exaltacion generosa, no es ella quien me hace derramar lágrimas, y regar con ellas el polvo que me aguarda. Cumpliera mi destino, y fuera digna de los beneficios del cielo, si consagrara mi lira resonante á celebrar la bondad divina manifestada en el universo.

» ¡ Dios mio ! vos no desechais el tributo del talento; el homenaje de la poesia es religioso, y las alas

del pensamiento sirven para aproximarse á vos.

» No hay cosa limitada, ni sujeta en la religion; es lo inmenso, lo infinito, lo eterno; y léjos de que el genio pueda separarse de ella, la imaginacion, á su primer vuelo, vence los términos de la vida, y lo sublime de todas especies es un reflejo de la divinidad.

» ¡ Ah ! si hubiese sido de ella sola mi amor : si hubiera puesto mi cabeza en el cielo al abrigo de las pasiones borrascosas, no me viera rota ántes de tiempo; no habrian ocupado los fantasmas el lugar de mis brillantes quimeras. ¡ Infeliz ! mi genio, si todavía subsiste, solo se conoce en la fuerza de mi dolor : bajo las facciones de un poder enemigo es únicamente como puede advertirse.

» Adios, pues, patria mia; adios, region, donde vi el sol primero : memorias de la infancia, adios. ¿ Qué teneis que hacer con la muerte ? Vosotros, que encontrásteis en mis escritos sentimientos acordes á los de vuestra alma, ó amigos míos, donde quiera que esteis, adios. No padeció tanto Corina por indigna causa; no ha perdido al ménos sus derechos á la compasion.

» ¡ Hermosa Italia ! en vano me brindas con todos tus atractivos, ¿ qué podrás para un corazon abandonado ? ¿ volverás á excitar mis deseos para hacer mayores mis penas ? ¿ me recordarás la felicidad para indignarme de mi suerte ?

» ¡ Ay ! me someto á ella con resignacion, ¡ Vos-

otros que viviereis, cuando torne la primavera, acordaos de cuánto amaba yo la belleza, de cuántas veces celebré su ambiente, y su fragancia! Acordaos tal vez de mis versos; en ellos estampé mi alma; pero mis cantos postreros los inspiran musas fatales, la desgracia y el amor.

» Una música interior nos prepara á la llegada del ángel de la muerte, cuando se han cumplido en nosotros los designios de la providencia : nada trae consigo espantoso, nada terrible; lleva alas blancas, aunque camina redeado de noche; mas ántes que venga le anuncian mil presagios.

» Si murmura el viento, parece se oye su voz, y al caer el dia hay por los campos dilatadas sombras, semejantes á los pliegues de su larga ropa, arrastrándose por el suelo. En medio del dia, cuando los poseedores de la vida solo ven un cielo despejado y sereno, ni sienten mas que un hermoso sol, aquel á quien reclama el ángel de la muerte, divisa á lo lejos una nube que va á cubrir presto toda la naturaleza.

» Esperanza, juventud, impulso del corazon, acabásteis. Léjos de mí, engañosos pesares : si logro algunas lágrimas todavía, si aun me juzgo amada, es porque voy á desaparecer; mas si asiera otra vez la vida, presto volviera contra mí todos sus puñales.

» Y tú, Roma, donde irán mis cenizas, perdona, pues viste morir tanto, si me junto á tus ilustres sombras con trémula planta, perdona si me quejo. Apá-

ganse conmigo ideas y sentimientos quizá mas nobles, quizá mas fecundos, y de todas las facultades de mi alma, solo he ejercitado enteramente la de padecer.

» No importa, obedezco. ¡ El gran misterio de la muerte debe dar quietud, y vosotros me lo asegurais, callados sepulcros, y vos mas, divinidad bienhechora! Escogí en esta terra, y mi corazon no tiene ya asilo : vos decidís por mí, y mi suerte será mejor. »

Así dió fin el canto postrero de Corina : resonó la sala con triste y profundo murmullo de aplausos; y no pudiendo resistir lord Nelvil á la violencia de su conmocion, perdió enteramente el sentido. Al mirarle en aquella situacion, intentó Corina ir hácia él; pero faltáronle fuerzas para levantarse, y la volvieron á su casa, perdida ya desde aquel momento toda esperanza de salvarla.

Mandó llamar á un sacerdote respetable, en quien tenia suma confianza, y habló largo rato con él. Lucila fué á verla, tan conmovida del sentimiento de Osvaldo, que se arrojó á los piés de su hermana suplicándola le recibiese; mas Corina lo rehusó, sin fundarse en rencor alguno. — Le perdono, dijo, haber despedazado mi corazon; los hombres ignoran el daño que hacen, y la sociedad les persuade es un juego llenar á un alma de felicidad, y henchirla despues de desesperacion; pero en el momento de espigar, me ha hecho Dios la gracia de volverme el so-

siego, y conozco que la vista de Osvaldo llenaría mi alma de sentimientos nada conformes con las angustias de la muerte. La religion sola tiene secretos para este terrible tránsito. Perdono al que tanto amé, prosiguió con voz desfallecida; viva venturoso contigo; mas cuando llegue el tiempo de que tambien se halle próximo á dejar la vida, acuérdesse de la pobre Corina : ella velará sobre él, si Dios lo consiente, porque el amor, cuando tiene bastante poder para costar la vida, no cesa jamas.

Hallábase Osvaldo en el umbral de la puerta, ora queriendo entrar á pesar de la declarada oposicion de Corina, ora abatido de dolor : Lucila iba de uno á otro, como un ángel de paz entre la desesperacion y la agonía.

Creyeron una noche que Corina estaba mejor y consiguió Lucila persuadir á Osvaldo fuesen los dos á pasar algunos momentos con su hija, á quien no habian visto en tres dias. Entre tanto se puso Corina peor, y cumplió con todas las obligaciones de su religion. Asegúrase dijo al anciano venerable á quien hizo su confesion solemne : « Padre mio, ya sabeis mi triste destino, juzgadme. Nunca me vengué del mal que me hicieron; nunca me halló insensible un sincero dolor; mis culpas son efecto de mis pasiones, y no habrian sido reprehensibles por si mismas, si el orgullo y la flaqueza humana no mezclaran con ellas el exceso y el error. ¿Creeis, padre mio, vos á quien la vida ha probado mas

tiempo, creeis que Dios me perdonará? — Sí, hija mia, le dijo el anciano, lo espero; ¿ es ahora todo suyo vuestro corazon? — Créolo, padre mio, respondió ella; apartad de mí ese retrato (era el de Osvaldo), y poned sobre mi corazon la imágen del que descendió á la tierra, no para el poder ni para el genio, sino para el dolor y la muerte : ¿ cuánto lo necesitaban! » — Entónces vió Corina al principe de Castel-Forte llorando al lado de su lecho. — Amigo mio, le dijo, tendiéndole la mano, solo vos estais en este momento conmigo. *Viva para amar*, y á no ser por vos moriria sola. — Y corrieron sus lágrimas hablando así : despues añadió : « Al fin, este momento no ha menester socorros : nuestros amigos no pueden seguirnos mas que hasta el umbral de la vida : allí comienzan los pensamientos, cuya turbacion y profundidad no pueden confiarse. »

Hizose llevar á un sillón, junto á la ventana, para ver otra vez el cielo. Entónces volvió Lucila, y no pudiendo contenerse mas el desgraciado Osvaldo, la siguió, y se puso de rodillas al llegar cerca de Corina : quiso ella hablar; pero no tuvo bastante fuerza : levantó los ojos al cielo, y vió la luna cubriéndose con la misma nube que habia hecho reparar á lord Nelvil, cuando se detuvieron en la orilla del mar, yendo á Nápoles : ensenósela con su mano moribunda; y su postrer suspiro hizo caer otra vez aquella mano.

¿Qué fué de Osvaldo? Enajenóle al pronto de tal suerte el pesar, que temieron perdiese la razon y aun la vida : siguió á Roma la pompa fúnebre de Corina; y se encerró largo tiempo en Tívoli, sin querer que la acompañasen su mujer ni su hija, hasta que por fin el cariño y la obligacion le reunieron con ellas. Regresaron juntos á Inglaterra, donde lord Nelvil dió ejemplo de la vida doméstica mas pura y mas arreglada; pero ¿se perdonó su pasada conducta? ¿le consoló el mundo que la habia aprobado? ¿se contentó despues de tanta pérdida con una suerte comun? Lo ignoro, y sobre este punto no quiero acusarle ni absolverle.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

## INDICE DEL TOMO II

LIBRO	XII. Historia de lord Nelvil. . . . .	1
—	XIII. El Vesuvio y el Campo de Nápoles. . . . .	42
—	XIV. Historia de Corina. . . . .	74
—	XV. La Despedida de Roma y el Viage á Venecia. . . . .	113
—	XVI. La Partida y la Ausencia. . . . .	166
—	XVII. Corina en Escocia. . . . .	215
—	XVIII. La Mansion en Florencia. . . . .	261
—	XIX. La Vuelta de Osvaldo á Italia. . . . .	293
—	XX. Conclusion. . . . .	337

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¿Qué fué de Osvaldo? Enajenóle al pronto de tal suerte el pesar, que temieron perdiese la razon y aun la vida : siguió á Roma la pompa fúnebre de Corina; y se encerró largo tiempo en Tívoli, sin querer que la acompañasen su mujer ni su hija, hasta que por fin el cariño y la obligacion le reunieron con ellas. Regresaron juntos á Inglaterra, donde lord Nelvil dió ejemplo de la vida doméstica mas pura y mas arreglada; pero ¿se perdonó su pasada conducta? ¿le consoló el mundo que la habia aprobado? ¿se contentó despues de tanta pérdida con una suerte comun? Lo ignoro, y sobre este punto no quiero acusarle ni absolverle.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

## INDICE DEL TOMO II

LIBRO	XII. Historia de lord Nelvil. . . . .	1
—	XIII. El Vesuvio y el Campo de Nápoles. . . . .	42
—	XIV. Historia de Corina. . . . .	74
—	XV. La Despedida de Roma y el Viage á Venecia . . . . .	113
—	XVI. La Partida y la Ausencia. . . . .	166
—	XVII. Corina en Escocia . . . . .	215
—	XVIII. La Mansion en Florencia. . . . .	261
—	XIX. La Vuelta de Osvaldo á Italia. . . . .	293
—	XX. Conclusion. . . . .	337

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

